CABEZA de VACA



El último caballero

Álvar Núñez Cabeza de Vaca está considerado como el último caballero de la historia. El último descendiente de uno de los viejos linajes de los caballeros de la Reconquista.

JUAN SÁNCHEZ GALERA

SEKOTIA

Juan Francisco Sánchez Galera

Cabeza de Vaca

Álvar Núñez

El último caballero

La vida del español que descubrió la mitad de Estados Unidos

EDITA
SEKOTIA, S.L. Teléfono: 914 337 328 www.sekotia.com
C/ Gamonal 5, planta 1, local 18. 28031 Madrid

DISEÑO, ARTE FINAL Y PREIMPRESIÓN
HB&h, S.L. Dirección de Arte y Edición
www.grupo-hbh.com

Conversión a ebook por Rosa García Perea

ISBN: 978-84-18414-02-2

A Pilar, mi mujer. Con amor.

«Los legajos de Sevilla y Simancas, y las piedras de Santiago, Burgos y Toledo, no son tumbas de una España muerta, sino fuentes de vida»

Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*.

«Es conveniente volver de cuando en cuando una larga mirada hacia la profunda alameda del pasado, en ella aprendemos los verdaderos valores, no en el mercado del día»

José Ortega y Gasset, *Castilla y sus castillos*.

Introducción

Todos los pueblos necesitan héroes, porque los héroes son una alta referencia para la vida cotidiana, una especie de molde y modelo de los años de formación, inspiración y estímulo en las grandes ocasiones, y luz de esperanza para las horas sombrías de la existencia colectiva.

Todo pueblo necesita recordar a sus héroes, y todos los pueblos lo hacen, menos el nuestro que los olvida.

Pues bien, Juan Sánchez Galera nos relata aquí la vida de un héroe, de un español universal, una de las figuras más nobles de la Historia de España: Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Este libro cuenta alegre y lisamente, sin complicaciones eruditas y sin aparato crítico, pero con rigor y fidelidad a la verdad, la esforzada vida de un español que recorrió a pie dos continentes y al que justamente consideran héroe muchas naciones de ambos lados del Atlántico.

Es un relato novelado, verídico porque se ajusta a los datos de las fuentes históricas, y tan verosímil como el contexto histórico permite conjeturar lo que las fuentes callan.

Porque la vida de Álvar Núñez Cabeza de Vaca se hubiera desdibujado en la común desmesura de los españoles de los Siglos de Oro, a no ser porque su grandeza de alma ilumina la Historia como un doble relámpago entre unos orígenes oscuros y un final incierto.

En el primer relámpago, Álvaro, un hombre en la flor de la vida, se alista en un cargo poco decisorio de la malhadada expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida para descubrir (o sea: explorar), cristianizar y españolizar el Sur de lo que hoy día son Estados Unidos.

La expedición de Narváez fracasó y Álvaro realizó una hazaña inmortal en medio de la nada y del infierno. Junto al menguante puñado de compañeros que iba escapando al hambre de aquellos indios siempre hambrientos, fue su esclavo, después se convirtió en mercader para terminar de apóstol discípulo de Cristo, acaudillando una muchedumbre que le seguía en pos porque era su chamán. A lo largo de diez años de marcha y diez mil kilómetros a pie, Álvaro se había ido elevando desde esclavo de los indios más pobres y famélicos de Norteamérica hasta acaudillar una muchedumbre cuyas voluntades

y corazones se había ganado con la fe y la caridad, no con la espada; con el ejemplo y no por la fuerza. Cuando llegó a Sonora, a Álvaro le seguían diez mil indios porque curaba y resucitaba con la cruz y el nombre de Cristo y dando ejemplo con su vida.

Y este primer relámpago termina con el brutal embrague con la realidad, porque cuando al fin llega a Sonora, donde ya hay españoles, el primer español que encuentra es un miserable que anda a la caza de indios para hacerlos esclavos.

Cuando Carlos V supo la hazaña de Álvaro, preocupado como estaba por las razones morales que justificaban la conquista y gobernante celoso de la justicia en sus reinos de Ultramar, quiso conocerle, se conmovió al escucharle, y en consecuencia le nombró gobernador de lo que llaman Cono Sur del continente americano, que entonces eran tierras vírgenes y poco pobladas, en las que se habían estrellado tres expediciones sucesivas, y donde los españoles de Santa María del Buen Aire, hoy Buenos Aires, terminaban en el vientre de los indios malones, mientras más al norte los esclavistas portugueses buscaban cantera humana.

Es el segundo relámpago de la vida de Álvaro, que vuelve a América, a la cabeza esta vez, y además de cabeza, guía, capitán, adelantado y gobernador de una gran expedición. Llega a la isla de Santa Catalina en la actual costa brasileña, desembarca y vuelve a cruzar a pie un continente, esta vez la América del Sur, descalzo, con las botas de montar al hombro y el caballo de la brida. Es verdad que esta vez no fueron diez años de peregrinaje sino dos meses de marchas, pero no hay que olvidar que, sin darle importancia, pasaron río abajo las cataratas del Iguazú.

Y en esta segunda aventura americana, Álvaro sufrió el segundo choque con la triste realidad de la naturaleza humana opuesta a sus ideales, que eran los del emperador.

Álvaro era un hombre de bien, un caballero investido de autoridad y con el respaldo de la fuerza para hacer cumplir la justicia y el derecho, y aplicar las Leyes de Indias en nombre del rey.

Álvaro conocía desde abajo los entresijos del alma indígena, estaba lleno de recursos, carecía de miedo, y era el hombre ideal para empezar de un modo magnífico la Historia del Cono Sur, el gobernante perfecto.

Pero en la ciudad de Asunción, único refugio de españoles en la cuenca atlántica sudamericana, a falta de oro, se había configurado lo que algunos llamaron el Paraíso de Mahoma. Los padres indígenas entregaban gustosos a los españoles la carne juvenil de sus hijas, y español hubo que tenía un harén de setenta indias. Es triste constatar que fueron dos frailes, pérfidos traidores a sus votos, a quienes Álvaro había obligado a devolver sus jovencillas, los que organizaron la

conjura.

Y efectivamente, los peores elementos sorprenden a Álvaro, lo encierran, y lo meten aherrojado en una barquilla para España; y si no se atreven a matarlo es porque confían que la larga navegación y el mar lo hagan por ellos; y añaden la infamia de acusarle ante el Emperador.

Pero sobre esta segunda escena negra, otro de los peores momentos de la conquista, cuando la autoridad de la corona todavía no tenía fuerza para imponerse, vuelve a resaltar la nobleza de la conducta de Álvaro y de sus leales, que representan lo mejor del esfuerzo de aquella España cuyas leyes, tal vez inoportunas, quizá desmesuradas, hacían nada menos que hidalgos a aquellos indios famélicos, cosa que no eran la mayoría de los conquistadores.

Juan Sánchez Galera ha titulado este libro *Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el último caballero*, y no estoy muy de acuerdo en que Álvaro haya sido el último, porque gracias a Dios esta tierra nuestra tiene una cantera inextinguible de quijotes, tan abundante o más que la de golfos, malsines y traidores.

Pero de lo que no cabe duda es de que Álvaro fue un caballero, porque lo que caracteriza al caballero no es el caballo ni la armadura, sino la conducta. Caballeros son quienes se atreven a ir más allá de lo que aconsejan el interés o la comodidad, mientras modesta pero firmemente se mantienen fiel a los suyos y a los diez mandamientos. Eran los que entonces se decía que “nacían con obligaciones”, porque cualquiera que fuese su clase y su estado social, entendían desde que tenían uso de razón que estaban obligados a dar siempre lo mejor de sí.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca no ganó batallas, no conquistó nuevas tierras y a nadie arrebató lo suyo. No acumuló haciendas, oro ni esmeraldas. No recibió un título nobiliario, no tuvo éxito y nunca brilló en sociedad.

Muy al contrario: fue esclavo, estuvo preso, fue condenado a muerte y parece que el Consejo de Indias le prohibió volver a América. No sabemos con certeza cómo acabó sus días, y ni siquiera sabemos dónde reposan sus restos mortales.

Pero fue un héroe porque realizó hazañas colosales sin derramar sangre ajena y sin más herramienta que su esfuerzo; y fue un caballero porque se mantuvo fiel a su conciencia, a su fe, a los suyos y a su rey.

Su esfuerzo y su conducta le ganaron el respeto y los corazones de los indios más pobres y hambrientos del Sur de los Estados Unidos y el Noroeste de México.

Su fidelidad a las leyes del reino le ganó odio y desgracia en América del Sur, y la turbia desconfianza de la Administración peninsular.

No importa; porque lo más importante no es lo que uno gana, sino cómo se obra.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca seguramente no fue el último caballero, no lo permita Dios, pero Juan Sánchez Galera ha hecho muy bien en volvernos a traer ante los ojos su noble estampa de héroe y caballero.

José María Sánchez de Toca.

Marqués de Somió. General del Ejército Español.

Nota del autor al prólogo del
General don José María Sánchez de Toca, Marqués de Somió.

El General don José María Sánchez de Toca, Marqués de Somió, y persona muy querida, escribió cuando prologó esta novela;: *Todos los pueblos necesitan héroes, porque los héroes son una alta referencia para la vida cotidiana, una especie de molde y modelo de los años de formación, inspiración y estímulo en las grandes ocasiones, y luz de esperanza para las horas sombrías de la existencia colectiva*.

Él fue uno de esos héroes. Ya no está entre nosotros, porque víctima del COVID, ha pasado del tiempo a la eternidad. Reproduzco el artículo que en su memoria escribí en la prensa.

En recuerdo de mi General don José María Sánchez de Toca, doctor en Historia, marqués de Somió

A principios del año 1989, hubo en la antigua Alemania Occidental una reunión de los diferentes representantes nacionales de los servicios de Inteligencia que por entonces conformaban la OTAN.

Se trataba, como ya venía siendo habitual en ese tipo de encuentros, de intercambiar información sobre los países que se encontraban al otro lado de lo que por aquel entonces se conocía como el “Telón de acero”. Y, si algo quedaba claro en la reunión secreta, es que todavía había amenaza comunista para rato, y que, después de cuatro décadas de “Guerra Fría”, el riesgo de hecatombe nuclear seguía ensombreciendo el futuro incierto de la humanidad. Ciertamente los datos de crecimiento económico o desarrollo social en esos países poco tenían que ver con el vertiginoso auge del estado del bienestar occidental, pero también era verdad que esos parámetros consumistas eran algo que importaban un rábano en esas dictaduras socialistas. Y, en este sentido, la información técnica aportada por el responsable de los servicios de inteligencia españoles —esa tibia mañana de primavera— no parecía en principio aportar nada nuevo; hasta se podría decir que fue una intervención gris y anodina en la que se repetían datos ya conocidos y expuestos anteriormente, por lo que el resto de compañeros simulaban escuchar sin molestarse siquiera en ocultar sus bostezos. Sin embargo, de repente, algo les hizo dar un respingo de sus asientos, y alguno hasta tuvo que desperezarse frotándose los ojos, cuando el representante español afirmó: «Sin embargo, otro tipo de fuentes no convencionales, me hacen estar en la certeza de que el Muro de Berlín en breve no será más que un montón de escombros». Evidentemente, nadie, en las últimas décadas, estaba preparado para escuchar algo así con tanta rotundidad… ¿Qué demonios podría saber el representante español que no hubiese sabido antes la CIA de los americanos, el MI6 de los ingleses, o el Mossad israelí?

«Mis fuentes se basan en las apariciones de la Virgen María y profecías de santos, así como de fieles de reconocida piedad»,

sentenció finalmente el general español.

Y me imagino que, mientras unos agacharon la cabeza mirando al suelo por vergüenza ajena, otros no se molestaron lo más mínimo en disimular sus risitas entre murmullos… «estos españoles, tan supersticiosos papistas como siempre».

* * *

Esta anécdota la escuché —hará unos veinte años— de boca del que fuera antiguo compañero de ese general en eso del espionaje. En todo caso, no recuerdo que me pareciese algo ridícula o siquiera medianamente descabellada la historia, pues, si bien siempre he sido bastante escéptico ante esa gente que pretende reducir la religión a una especie de ridículo club de frikis obsesionados por las apariciones y sus mensajes apocalípticos, no por ello podía obviar, como creyente, que el de profecía es uno de los dones del Espíritu Santo, así como que la Biblia nos dice «Ciertamente, el Señor Dios no hace nada sin antes revelar su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3,7).

* * *

Los años pasaron, y esa historia quedó aparcada en mis recuerdos, como tantas otras, hasta que un día conocí a un doctor en Historia que publicaba en la misma editorial en la que acababa de salir mi último libro. A pesar de estar ya jubilado y que casi me doblaba en años, la primera impresión que me dio fue la de ser uno de esos hombres con espíritu fresco que saben hacer que te sientas a gusto a su lado, independientemente de que seas de su edad, cuarentón, o un adolescente con barba rala salteada de espinillas.

Le faltó tiempo para invitarme a comer a su casa, en uno de esos edificios bajos del centro de Madrid, donde los relojes parecían haberse detenido hacía un par de siglos atrás. Evidentemente sin ascensor —todavía faltaban cien años para que se inventase—, las escaleras de madera acusaban el desgaste de cinco generaciones de marqueses de Somió subiendo y bajando a un hogar donde los libros y las santas imágenes lo inundaban todo, pero, con tal gusto y señorío, que allí, fuera de parecer cosas viejas o desfasadas, todavía conservaban la lozanía del primer día.

A esa primera comida en su casa, siguieron otras, en las que siempre María Amada —su mujer— te recibía con la elegante sencillez de quien sólo necesita demostrar que desea que te sientas allí a gusto.

Y puede que fuese ese mismo primer día en su casa, cuando le pregunté por un viejo morrión de los Tercios de Flandes que parecía hacer guardia todavía, entre los libros de una de las estanterías del salón…

«Era de un antepasado…», me comentó sin el más mínimo ápice de

falsa modestia.

A esa primera confidencia personal, siguieron otras muchas. Resultaba que mi nuevo amigo no había sido historiador toda su vida, sino militar, y que tanto la carrera de historia, así como el posterior doctorado, lo había estudiado una vez jubilado, y sin dejar de atender nada menos que a sus ocho hijos. Todo en Sánchez de Toca era grande. Él mismo tenía el tamaño de un buey; como militar fue un brillante General de Brigada, como padre de familia tuvo el coraje de saber hacer feliz a su mujer y educar exquisitamente a sus ocho hijos, como historiador se convirtió en las librerías en el gran referente sobre el Gran Capitán y los Tercios, y como hombre de Fe tocó indefectiblemente el corazón de cuantos le conocimos.

Pero había todavía algo más, que no me contó hasta la segunda o tercera comida. Resulta que él había sido quien por primera vez había traducido del alemán al español —allá por los ochenta— *La amarga pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, de Anna Katharina Emmerick. Fue entonces cuando un pensamiento, en principio absurdo, se me vino a la mente: si este hombre estuvo destinado en Alemania como militar en los ochenta, y allí se dedicó a traducir a una beata con el don de profecía… ¿no sería este mismo tipo del que me había hablado Fulanito hacía años?

–¿No serías tú el general de inteligencia que, en plena reunión de la OTAN, en primavera del 89, soltaste, con dos cojones, que el Muro de Berlín estaba a punto de caer, basándote en tus estudios sobre los mensajes de las apariciones de la Virgen y Santos? —le espeté sin cortarme un pelo.

–¿Cómo lo sabes…quién te lo ha dicho? —me respondió balbuceando; la primera y única vez que lo vi medianamente nervioso.

–No te preocupes… me lo contó Fulanito.

–Dale un abrazo de mi parte —fue toda su respuesta, al entender que nos unía algo más que los libros.

Desde aquel día, el siglo XVI, que tan enfrascados nos había tenido hasta ese momento, dejó de ser el tema principal de nuestra conversación. Yo no tenía duda alguna de que me encontraba ante un hombre verdaderamente excepcional. Al fin y al cabo, cualquier dato del siglo XVI podría terminar encontrándolo investigando en cualquier sitio, pero todas esas cosas que él sabía no se encontraban todavía en ningún archivo o documento, porque eran cosas que todavía no habían pasado… y yo quería empaparme de todo ello antes de que el tiempo nos separase para siempre.

Para mi general —desde entonces empecé a llamarlo así—, los tiempos que nos había tocado vivir no eran motivo de pesar ni de

quejas. Ciertamente, era plenamente consciente de que estábamos viviendo unos tiempos de prueba horrorosos, pero él, en lugar de perder el tiempo con lamentaciones estériles de “lo mal que están las cosas”, “que se han perdido los valores”, o de que “esto va de mal en peor”, se dedicaba a organizar cenáculos de oración y grupos de rezo del Santo Rosario, así como a escribir libros de historia. Seguía siendo tan militar como antes de jubilarse, pero ahora era consciente de que su nuevo puesto estaba en primerísima línea de combate, con esa fe ciega en la oración que tienen quienes saben que Dios nunca pierde batallas, y que el amor a la historia de nuestra patria es nuestra mayor garantía de futuro.

Sabía que su oración y su estudio tendrían fruto, y que este tiempo incierto pasaría, tras el cual Dios sería amado como nunca antes en la historia, y que España recuperaría el alto lugar que le corresponde. Sería como un nuevo Pentecostés, pero antes el mundo habría de purificarse. Todo comenzaría, sin aviso aparente, por el colapso del mundo que conocemos, y que creíamos indestructible…

–¿Y yo lo veré? —le pregunté con la ansiedad de un chiquillo al que le acaban de contar un cuento para que se duerma.

–Tú puede que sí, pero yo seguro que no…

Esa conversación fue el último recuerdo que tengo de don José María Sánchez de Toca. Mi general falleció hace un par de sábados, víctima del coronavirus, y Nuestra Madre quiso que le acompañase en el día de la Anunciación.

Madrid, abril de 2020.

I. El lunes de las Navas

(*Paso de Despeñaperros, 16 de julio de 1212*)

Los primeros rayos de sol asoman por entre las flamígeras crestas de Sierra Morena, produciendo hermosos destellos de luces multicolores, que rebotan en los bruñidos escudos y corazas de una interminable columna de soldados.

Estos hombres, que avanzan pesadamente sobre las estribaciones de la sierra andaluza, no han dormido en toda la noche, en una dura y frenética carrera contra el tiempo, y sus rostros adustos, acusan ya el fuerte cansancio que arrastran desde que apenas hace unos días salieron atropelladamente de Toledo, con rumbo a un destino incierto hacia el sur.

Caminan sin descanso, en un último intento a la desesperada de frenar el avance del nuevo imperio musulmán de los Almohades, quienes no sólo están a punto de dar al traste con lo conseguido tras cinco duros siglos de Reconquista en Hispania, sino que incluso amenazan con después invadir Europa. La gravedad de la tesitura es tal, que el mismo Papa Inocencio III le ha dado el carácter sagrado de Cruzada a la batalla que se prepara para frenar tan peligrosa amenaza, pues esta nueva invasión de los más fanáticos y sanguinarios hijos de Mahoma no es sólo un serio peligro para los diversos reinos de Hispania, sino incluso para todo el resto del orbe cristiano. De hecho, el mismo caudillo de los almohades, Al–Nasir, animado por la superioridad de sus mesnadas, sueña ya en cruzar los Pirineos, y así se lo manifiesta abiertamente a los atemorizados embajadores que envían los reyes cristianos, en un vano intento de alcanzar la paz:

–Después de exterminar a todos los cristianos de Hispania, atravesaré los Pirineos, y plantaré el estandarte de nuestro Profeta en San Pedro de Roma, y el resto de iglesias de la ciudad servirá de establos para mis caballos.

* * *

En este improvisado ejército cristiano combaten juntos, por primera vez, los diversos monarcas de los reinos que componen Hispania: don

Alfonso VIII, rey de Castilla; don Sancho VII, rey de Navarra; y don Pedro II, rey de Aragón.

Don Diego López de Haro, es el comandante en jefe del ejército de Castilla, y Señor de Vizcaya, y como tal, encabeza la marcha de las tropas, pero la verdadera alma de esta cruzada no está en manos de un militar experimentado como don Diego, ni siquiera en un linajudo caballero de la alta nobleza de Castilla, o Aragón, sino que por contra descansa en la persona del mismísimo arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, un hombre de paz y de libros, pero que como pastor de Cristo en Hispania ha sabido ver su humilde papel en la historia, haciéndose cargo de la responsabilidad de mediar entre los diversos reyes peninsulares, para que olviden sus viejas y absurdas disputas, y reúnan el coraje suficiente como para hacer causa común como hermanos en la defensa de Hispania y su Santa Fe.

En ayuda de este ejército se han sumado varios miles de caballeros, venidos de todos los rincones de Europa, ante la llamada a Cruzada que ha hecho el anciano Papa. En este ejército de cruzados predominan los franceses, si bien también abundan ingleses y alemanes. Se les conoce como los “ultramontanos”, en clara alusión a su procedencia ultrapirenaica. En un principio este fuerte contingente de hombres llegados de fuera da ánimos y esperanzas a la soldadesca hispana, pues ya no se sienten solos, los acompañan sus hermanos en la Fe, venidos de confines remotos, y hasta parece que se aleja el temor a un nuevo y estrepitoso fracaso, como el sufrido unos pocos años atrás en Alarcos y Salvatierra. Pero esta ayuda y estas ilusiones serán efímeras, pues a las pocas jornadas de abandonar Toledo con rumbo al sur, a la altura de Calatrava, el fuerte contingente de los ultramontanos decide darse media vuelta y volverse por donde ha venido. Dicen que no toleran la bárbara costumbre de los hispanos de cumplir la palabra dada a los agarenos, permitiéndoles conservar vida y bienes, después de rendir el Castillo de Calatrava. Consideran que no existe otra postura civilizada sino la de pasar a cuchillo a todos los musulmanes apresados, tal como dos días antes hicieran ellos mismos con toda la población almohade de Malagón. Pero en verdad su justificación es bien diversa; acaban de retornar los exploradores enviados y las nuevas que traen no pueden ser peores:

–Mi señor, el ejército enemigo nos triplica en fuerzas, y desde hace meses nos esperan bien pertrechados, descansados, y en su propio terreno —le dice el oficial de los exploradores, que acaba de retornar, a don Diego, mientras intenta recuperar la respiración.

* * *

Solos se han quedado de nuevo los reyes de Hispania, y sus mesnadas apenas suman en total unos sesenta mil efectivos, entre

caballeros y tropa de infantería, mientras que los exploradores no cifran en menos de doscientos mil el número de agarenos, quienes ya han sido avistados sobre la meseta que corona el Cerro de las Viñas.

–¡Aaalto! —gritó don Diego López de Haro, mientras tiraba del bocado de su caballo, haciéndole hincar sus ancas en el polvo.

Y, tras el general, todo el ejército se detiene al unísono, como si fuese un solo hombre. Ya no se escuchan los cascos de los caballos, ni el rechinar metálico de las armas. De repente se ha hecho un silencio absoluto, y el sol cae a plomo haciendo hervir las pesadas lorigas, yelmos y corazas de los soldados, produciéndoles un pegajoso sudor, al que se impregna, implacable, el polvo del camino.

El ejército cristiano se ha detenido ante lo que parece ser el único camino hacia la meseta en la que acampa el enemigo; el Paso de la Losa, un angosto desfiladero entre el montañoso boscaje, que se encuentra franqueado y bien defendido por las tropas de Al–Nasir. Desde sus escarpados riscos, los almohades les esperan bien pertrechados, con toda suerte de trampas y armas arrojadizas, con las que pretenden diezmar en una cruel carnicería al ejército cristiano, sin darle siquiera la oportunidad de luchar a campo abierto.

En un intento suicida, los primeros castellanos avanzan a una orden de don Diego, e intentan infructuosamente abrir una brecha por la que poder avanzar el grueso del ejército, pero sólo se consiguen violentos choques que merman la moral de una tropa que no ve en ese desfiladero más que la crónica de una muerte anunciada.

Desde la entrada al paso observan los reyes cristianos los infructuosos intentos de avanzar. El desconcierto en la tropa aumenta por momentos, y se teme que pronto empiecen las primeras deserciones en masa.

En ese momento, y levantando una inmensa polvareda, se presenta el oficial de retaguardia, trayendo a la grupa de su caballo a un hombre vestido a la usanza de los pastores.

–¡Mi general! —gritó el oficial, atrayéndose la atención de don Diego, al tiempo que con una acelerada inclinación de cabeza le mostraba sus respetos.

Don Diego se separa del grupo en el que se encuentran los tres reyes para acercarse al oficial, quien le comenta:

–Mi general, este hombre es un pastor de la zona. Asegura que es cristiano, y que conoce un paso por el que podemos avanzar sin peligro hasta una amplia meseta desde donde poder atacar con ventaja.

–¿Qué dijiste que era este hombre: pastor o estratega militar? —respondió irónico don Diego, después de carraspear profundamente y escupir un enorme salivajo contra el polvoriento suelo.

Y después de un breve momento, en el que se hace un ominoso

silencio, don Diego, con un gesto de asentimiento, espolea a su caballo dando indicación de dirigirse hacia el grupo en donde se encuentran reunidos los reyes.

Don Diego se acerca a los reyes, y mientras les susurra algo, estos no dejan de mirar de soslayo al pastor. Cuando acaba de hablar, don Alfonso se encara al pastor, y le dice:

–Acercaos, buen hombre, y contadnos qué buena nos traéis.

–Majestad, a no más de media legua, y a lo largo de ese sendero —dijo Martín Alhaja mientras señalaba hacia el este con su cayado—, encontraréis el cráneo de una vaca sobre una estaca que hay clavada en el cruce con un camino empedrado. Es la señal que os he preparado para que cojáis ese camino hacia el sur, que es una antigua calzada romana por la que podéis llegar hasta una alta meseta, conocida como Mesa del Rey. Allí podrán descansar vuestras tropas, para que, una vez repuestas, podáis atacar con ventaja al ejército de los almohades, situado justo enfrente, en el cerro conocido como de Las Viñas.

–¡Estratega militar!… ¡Justo lo que yo había dicho! —comentó, sin gracia, don Diego, mientras don Alfonso, le dirigía un gesto de desaprobación.

–¿Por qué he de creeros? ¿Cómo se que no sois un espía moro? —preguntó el Rey sin dejar de mirar fijamente al pastor.

–Majestad, mi familia y yo somos mozárabes; esclavos en nuestra propia tierra por negarnos a aceptar las falsas creencias de nuestros invasores. Son ya más de cinco siglos los que llevamos soñando con recobrar nuestra libertad, esperando que de nuevo Hispania vuelva a ser cristiana.

El éxito de la batalla, las vidas de todos estos hombres, el futuro de los reinos de Hispania, y parte del destino mismo de la cristiandad, está en manos de este sencillo pastor del que nada y todo a la vez conocen. Ni siquiera acierta a expresarse medianamente en castellano y se hace necesario el servicio de los intérpretes árabes para entender lo que atropelladamente sale de su boca, pero sus ojos, azules y profundos, son capaces de expresarse mejor que sus labios, y se entiende que hablan con nobleza, lo cual, ciertamente, saben que es imposible en un almohade.

–Peor paso que este es imposible que encontremos. No tiene, por tanto, sentido que este hombre nos engañe —musitó don Alfonso, mesándose la barba.

* * *

El ejército cristiano ha llegado salvo y sin contratiempos a la meseta señalada por el pastor, donde emplearán el resto del día en acampar y descansar. Al día siguiente, domingo, se celebra una gran misa de campaña, y casi todos los hombres aprovechan para hacer

confesión; no saben si en breve tendrán que rendir cuentas ante su Hacedor, y quieren estar preparados.

El lunes, 16 de julio de 1212, nada más alborear, don Alfonso da la orden de ataque. Antes ha previsto mezclar la caballería con los peones, y las mesnadas de los concejos, con las gentes de armas. Esto conferirá gran cohesión a los distintos escuadrones, contribuyendo a homogeneizar unas fuerzas ya de por sí muy dispares; nobles y plebeyos lucharán juntos en las mismas líneas; los plebeyos confiriendo valor y coraje, y, por su parte, los nobles imponiendo orden y disciplina. Por último, ha reforzado el ejército con cuanta caballería pesada ha conseguido reunir, disponiéndola como reserva. Don Alfonso todavía no ha olvidado la dura derrota de Alarcos —pocos años atrás— y, consciente de que un nuevo fracaso supondría el fin definitivo, no quiere que nada quede esta vez al azar.

De repente, todo se ve suceder con una vertiginosa rapidez; la vanguardia cristiana, nada más comenzar a ascender desde la Meseta del Rey al Cerro de las viñas, es diezmada por una incesante lluvia de flechas y dardos, y pronto los pocos que quedan vivos se encuentran completamente rodeados, o han empezado la retirada. Las sombras de Alarcos se ciernen de nuevo sobre el ejército cristiano, y urge un cambio de estrategia.

El noble Alfonso, al darse cuenta de ello, y al observar que algunos con villana cobardía, no atendían a la conveniencia, dijo delante de todos los hombres al arzobispo de Toledo:

–¡Arzobispo, muramos aquí yo y vos!

–¡De ningún modo! Antes bien, aquí os impondréis a los enemigos.

–¡Corramos a socorrer a las primeras líneas, que están en peligro!

Los musulmanes, confiados en el terrible golpe que acaban de asestar al ejército cristiano, y viendo que muchos de los que han sobrevivido comienzan la huida, dan por ganada la batalla, cometiendo el error de romper la formación, para lanzarse desenfrenadamente en tropel a la busca del botín. Pero en ese momento, y con una embestida tan inesperada como arrolladora, irrumpe en medio del campo de batalla el mismo don Alfonso, con el grueso de su ejército y la caballería pesada que había dispuesto como reserva. La crudeza del choque consigue abrir una enorme brecha en las filas almohades, que aprovechan don Sancho y sus caballeros para llegar hasta el palenque de Al–Nasir. El palenque se encuentra defendido por la guardia negra del caudillo moro, encadenada alrededor de la jaima para impedir que huyan, pero es inútil; el rey navarro, con sus hombres, superan esa última línea defensiva, y Al–Nasir tiene que huir a uña de caballo, apenas acompañado por cuatro hombres.

* * *

La batalla ha acabado con una victoria cristiana tan aplastante como inesperada, y don Alfonso quiere aprovecharla para impedir que puedan reorganizarse de nuevo. Para ello dispone que persigan a los vencidos en su huida, sin darles cuartel. Será una cacería que durará hasta la caída del sol, y en la que, a lo largo de casi seis leguas, la caballería cristiana dejará un reguero de más de cien mil musulmanes muertos.

–Señor, el rey os llama a su presencia —le dice el capitán de la Guardia Real al pastor, después de encontrarlo vagando por el campo de batalla, completamente absorto y como sin sentido.

El pastor, Martín Alhaja, y el capitán de la Guardia Real, suben, sin mediar palabra, por la suave vertiente que forma la ladera, hasta llegar a la meseta del Cerro de las Viñas. La planicie se encuentra completamente desierta, y la única silueta que recorta el horizonte es la del palenque de Al–Nasir, con su enorme jaima en medio, sobre la que todavía ondean multitud de estandartes, sin apenas gracia, como esperando una mínima brisa que los levante al vuelo, pero que ya no llegará. Ya nada queda del orgullo de los agarenos, sino solo cadáveres, cascos, lanzas, y todo tipo de armas esparcidas por el suelo, y que tienen que ir sorteando para no tropezar, mientras se dirigen a la puerta de la jaima.

Dentro se encuentran los tres reyes y el arzobispo. Están eufóricos, cada uno comentando en alto su particular visión de la batalla que acaban de ganar, al tiempo que no paran de trastear, revolviéndolo todo, y poniendo mangas por hombro lo que hasta hacía escasos momentos había sido cuartel general de Al–Nasir, y por eso el capitán prefiere esperar a que acaben, antes de anunciar la visita.

–¿Os gusta este pendón, don Sancho? Es, sin duda soberbio, me lo llevaré a Burgos, al Monasterio de las Huelgas, allí quedará como exvoto ante la Virgen Santísima, y como recuerdo de esta memorable jornada, para las generaciones futuras —afirmó ufano don Alfonso.

–Pues… ¿Qué queréis que os diga? Un trapo con un montón de palabrejas en árabe que no hay quien las entienda. ¡A saber qué barbaridades pueden decir! No tendría yo tan claro eso de llevar algo moro a un convento —respondió desdeñoso don Sancho mientras examinaba al contraluz una enorme esmeralda.

–¡Mi Señor, aquí le traigo las cadenas a las que estaban atados los negros, tal como me ordenó! —le gritó a don Sancho uno de sus caballeros, al tiempo que entraba en la jaima, arrastrando los pesados eslabones.

–¡Cargadlas en las acémilas!, nos las llevamos a Pamplona —le respondió mientras seguía ensimismado mirando la esmeralda.

–¡Por los clavos de Cristo, don Sancho! ¿Es que en Navarra no tenéis cadenas, como para tener que ir cargando hasta Pamplona con

semejante chatarra? Desde luego que sois borricos los vascos… no hay quien os entienda; os parece vulgar que me lleve el pendón de Al–Nasir, nada menos que el símbolo de nuestra victoria, y os quedáis prendado de un montón de chatarra que solo servía para herrar esclavos negros.

–No son unas simples cadenas, mi querido Alfonso, ni esto es una esmeralda cualquiera. Habéis de saber que, desde hoy, esta esmeralda y estas cadenas forman el escudo de Navarra.

–Pues brindemos por ese nuevo escudo y por ese pendón, y, ya que tanto os agradan, no encontraréis reparo alguno en que yo me lleve para Aragón el resto del botín —añadió don Pedro mientras vaciaba una jarra de vino en media docena de labradas copas de plata que había sobre la mesa.

El arzobispo, don Rodrigo Jiménez de Rada, cogió la primera copa, y mirando con un gesto de simpatía a los tres reyes, y casi con la misma e impresionante solemnidad con la que acostumbraba a consagrar en la Santa Misa, la alzó, al tiempo que lanzaba su plegaria:

–Dios Nuestro Señor, que por su infinita misericordia nos ha concedido en el día de hoy la victoria, bendiga el nuevo escudo de Navarra, y el de Castilla, y el de Aragón, y nos alcance un día la Gracia de acabar esta reconquista con un único escudo para toda Hispania.

–Amén, se escucho tronar al unísono.

–¡Alto!, un momento; no sería justo que brindásemos, mientras tenemos ahí de pie, como un pasmarote junto a la entrada, al verdadero artífice de la victoria. Por favor, caballero, entrad y brindad con nosotros, el mérito ha sido vuestro —espetó don Alfonso, dirigiéndose a Martín Alhaja.

–Yo, yo… soy un simple pastor, majestad —dijo titubeando Martín Alhaja, mientras se acercaba tembloroso a la mesa.

–¿Cómo os llamáis? —preguntó afectuosamente el arzobispo.

–Martín Alhaja.

–Pues desde hoy, ni vos, ni vuestra descendencia volveréis a ser pastores, ni os apellidareis Alhaja, pues dispongo que troquéis el cayado por la espada, pasando a mi servicio y al de Castilla como caballero, y para que nunca olvide la historia lo que hoy habéis hecho, vuestro nuevo apellido será Cabeza de Vaca, en recuerdo de la señal con la que nos dirigisteis a la victoria. Señor arzobispo —añadió don Alfonso—, ahora sí podemos brindar; ¡Por Hispania, y su nuevo caballero!

–Don Pedro, no sé cómo sabíais que Al–Nasir, siendo moro, tenía vino en su tienda. Pero más me sorprende el extraordinario parecido que guarda al paladar con los caldos que todos los años os compro, aunque este, ciertamente, sabe mejor —refunfuñó don Sancho,

acercándose una copa de vino a los labios.

–Nuestros mejores vinos del Penedés, para quienes mejor plata nos den por ellos, sean moros o cristianos —respondió impasible don Pedro.

–¡Catalanes…! —musitó, esbozando una sonrisa, don Sancho.

* * *

La Batalla de las Navas de Tolosa, que es así como la conoció la historia, supuso para los musulmanes la pérdida de su hasta entonces indiscutible hegemonía sobre Hispania. A partir de ese momento, y durante los dos siglos y medio siguientes, el gran Imperio Almohade se fue deshaciendo en pequeños Reinos Taifas, a los cuales ya no fue difícil ir haciendo caer, uno tras otro; Extremadura, Murcia, Valencia, Jaén, Córdoba, Sevilla… como si de fichas de dominó se tratase.

Mientras, y en ese mismo tiempo, los reinos cristianos, antes pequeños y divididos, han adquirido madurez y confianza, se han ido uniendo y haciéndose fuertes, y han acabado formando una misma Corona; la de los Reyes Católicos, quienes han puesto el broche de oro a la Reconquista con la toma del último reino moro, el de Granada.

Testigos de esos últimos siglos de Reconquista, y de esa magnífica reunificación de España, han sido los descendientes del pastor que un día señaló el camino hacia la victoria. La familia de los Cabeza de Vaca, quienes, desde la jornada decisiva de Las Navas de Tolosa, no han dejado de estar al servicio de los diversos reyes de Castilla. Avanzando siempre con ellos hacia el sur, luchando y reconquistando terreno, hasta que llegó un día en que, tras ganar Cádiz en la Batalla del Salado, vieron que hacia el sur ya no había nada más que reconquistar, por lo que don Diego Cabeza de Vaca —nieto de Martín Alhaja— y su familia decidieron seguir sirviendo a su rey, pero ahora guardando sus fronteras, motivo por el cual se establecieron en Jerez de la Frontera, que es así como se llamó la ciudad, por hacer de frontera occidental entre el reino cristiano de Castilla, y el último reino moro, el de Granada.

* * *

Pero de todo esto ha pasado ya mucho tiempo, casi tres siglos y medio, y hoy los Cabeza de Vaca son unos hidalgos más, de los muchos que abundan por Andalucía, dedicados a los menesteres de sus tierras, su familia, sus negocios, y a poco más. Apenas queda ya nadie que se acuerde de quiénes fueron en otro tiempo, ni de sus heroicas gestas, salvo uno, ya muy viejo, que pasa las horas muertas perdiendo su mirada en el infinito. Quizás esperando, un año más, ver cómo el chiar de las golondrinas, cruzando raudas el azul del firmamento, anuncia una nueva primavera. Puede que sea porque sabe que a su edad quizás sea la última vez que las vea, o tal vez sean

demencias de viejo chocho, el caso es que después de setenta y dos años, uno aprende a valorar las cosas importantes de la vida, como son las golondrinas o la primavera, y a desdeñar las meramente accesorias, como los honores, la gloria, o el dinero.

Pero…, perdón; antes de seguir, creo que no me he presentado —a los viejos nos falla la cabeza con demasiada frecuencia—: me llamo Álvar Núñez Cabeza de Vaca, y este libro que tienes entre tus manos es la historia de mi vida, la del último caballero del linaje de los Cabeza de Vaca. Un apellido raro, y hasta cierto punto ridículo, motivo por el cual he querido comenzar esta narración contándote la historia de mi familia y de nuestro apellido.

Los viejos tenemos ganada a pulso la mala fama de cansar a la gente joven con interminables y pesadas historias, nuestras famosas batallitas, pero no te preocupes; prometo intentar contarte mi vida sin aburrirte, no escribiré al estilo de los pesados cronistas del reino, o de los profundos abades de los monasterios. Lo haré como hacen los juglares que recorren los caminos, o los trovadores que van de pueblo en pueblo, con su carga de romances y canciones, que tanto me hicieran soñar en mi juventud.

II. Primavera en el Guadalete

Jerez de la Frontera, 1492–1506

Los paisajes de la infancia siempre están coloreados por la memoria. Una memoria por la que me deslizo hasta Jerez de la Frontera, donde nací el año de 1492. La recuerdo como una de esas ciudades andaluzas de estampa aquilina, que se desparrama informe entre la orilla de poniente del río Guadalete, y el Coto de Doña Ana, y tan solo unas leguas al norte de la Bahía de Cádiz. Muchas otras ciudades he conocido en mi vida. Podría, incluso, afirmar que he recorrido la mitad del mundo que hoy sabemos dibujar en planos, y aun quedándome la otra mitad por conocer, creo que no existe en todo el orbe una tierra con tan fuertes contrastes de olores, como los que todos los años, por primavera, inundaban mi ciudad natal, Jerez de la Frontera. Allí el sol de la mañana les arrancaba a las marismas un profundo y limpio olor a agua salada y campo, y al caer la noche, la luna embriagaba el aire con su sensual perfume a jazmines y azahar.

Fue en ese paraíso donde, hace ya setenta y dos años, mi madre me parió, y es también el sitio donde viví mi juventud, una época dorada y feliz, de la que solo guardo entrañables recuerdos, a pesar de la temprana pérdida de mis padres.

Eran mis padres don Francisco de Vera, y Teresa Cabeza de Vaca, ambos pertenecientes a familias de la nobleza provinciana andaluza, sin más bolsa ni rentas que las de su trabajo y buen hacer, pero con un enorme capital de virtudes cristianas y señorío humano. Mi padre era hijo de don Pedro de Vera Mendoza, quien ganó Canarias para Castilla, mientras que mi madre descendía directamente de Martín Alhaja, el humilde pastor que cambió el destino de España, en la brillante batalla de las Navas de Tolosa. De este matrimonio nacimos tres varones, y otras tantas hembras. Yo era el menor de los varones, siendo mis hermanos mayores Fernando y Juan, mientras que las hembras se llamaban María, Mencía y Violante.

No siendo yo el primogénito, y según la costumbre de la época, podía elegir como primer apellido entre cualquiera de los de mis padres, y, como quiera que mis hermanos varones aseguraban la

continuidad a los Vera, opté por Cabeza de Vaca, en lugar de Vera, a fin de que no se perdiese el apellido. Todavía me siento orgulloso de mi elección, y supongo que quizás también mis antepasados opinen —desde arriba— lo mismo, pues, aunque conmigo parezca que muere el apellido para este mundo, en verdad queda inmortalizado para el Cielo, o al menos con esa esperanza paso mis últimos días entre los muros de este convento.

En Jerez teníamos nuestra casa dando a la Plaza del Mercado, en pleno meollo de la ciudad, y, en nuestra misma colación, se encontraba también la casa donde vivían mi abuelo paterno, don Pedro de Vera, y su hijo Diego. Bueno, más que vivir en esa casa, se puede decir que dormía, pues siendo viudo, comía, cenaba, y pasaba la mayor parte del día en nuestro hogar. Sus otros hijos, los cuatro hermanos de mi padre, eran Diego, Martín, Hernando y Rodrigo, pero lo normal es que pasasen los años sin que supiésemos de ellos, siempre trajinando, y viajando de acá para allá. No los he vuelto a ver, pero tampoco olvidaré jamás las fiestas que había en casa del abuelo Pedro cuando regresaba alguno de ellos, siempre cargados de regalos e impresionantes historias de viajes y batallas que despertaban nuestra imaginación, y que nos contaban una vez tras otra, cada vez que llevábamos a un amigo, sin aburrirse ni ellos de contarlas, ni nosotros de escucharlas.

Por último, la familia se completaba con mi tía Beatriz, hermana de mi madre, su marido, el tío don Pedro de Estopiñán —que era un hombre muy importante, por ser la persona de confianza del mismísimo Duque de Medina Sidonia—, y sus hijos; mis primos, Pedro, Lorenzo, Ramón, Francisco y Diego. Entre ambas familias formábamos una piña, de tal guisa que allá donde iban mis padres allí iban también mis tíos y primos, y, adonde ellos acudían, tampoco faltábamos nosotros.

* * *

Con una familia numerosa y que se quería, y en una ciudad entrañable, como era Jerez, mi infancia no pudo menos que ser la de un niño feliz y alegre, con un universo que se desenvolvía entre las clases en el Colegio de los Franciscanos, y los juegos en la Plaza del Mercado, donde mis hermanos, mis primos, y nuestros vecinos —los Riquelme—, pasábamos las tardes enteras jugando a batallas entre moros y cristianos, batallas que acababan siempre con algún descalabrado, y una semana de castigo sin bajar a la plaza.

Coincidió mi paso de la infancia a la juventud, o edad del pavo, como la llamaba mi madre, con el cambio académico. En un principio, tanto mis primos, como mis hermanos, asistíamos diariamente a clase en el Convento de los Franciscanos, como ya he dicho antes. La idea

había partido de mi padre, quien no dejaba de insistir en que la Orden Franciscana acababa de ser reformada por la reina Isabel y por Cisneros, y que por tanto no había institución donde nos pudieran formar con mayores garantías. Así fue hasta que don Juan Riquelme —vecino nuestro y nada menos que el regidor de Jerez— les pidió a mi padre y mi tío que nos cambiasen a las clases que se iban a empezar a dar en su palacio. Mi tío Pedro se mostró de acuerdo, sacando a relucir su vena política, y argumentando que nos convenía educarnos en compañías que algún día nos pudiesen granjear buenas relaciones sociales. Por mi parte, mi padre no puso mayor objeción, una vez que nos fue asignado como tutor el Padre Fons, un sacerdote, también de la orden franciscana, con fama de ser tan santo como sabio.

El Palacio del Regidor, recién edificado al más puro estilo plateresco, tan en boga por aquel entonces, daba directamente a la Plaza del Mercado. En él, don Juan Riquelme había mandado que nos habilitasen un gran salón interior, de unos veinte pies, que daba directamente al claustro. El suelo, de ladrillo basto cocido, las paredes simplemente enjalbegadas, y unos simples tablones corridos, a forma de bancos y pupitres, constituían toda la decoración y mobiliario del aula. Por contra, el artesonado del techo estaba labrado con ricas y profusas formas geométricas labradas a la usanza mozárabe. Este absoluto contraste entre una exquisita elegancia y una austeridad que rayaba la pobreza no era algo exclusivo de nuestra aula, pues también constituía el estilo común, tanto en el resto del Palacio de los Riquelme, como en nuestras propias casas, o edificios públicos. No se puede decir que fuese una combinación de estilos, surgidos al azar en diferentes épocas, quizás por motivos de presupuesto. Era, con toda seguridad, más que una forma de edificar o decorar, toda una declaración de principios, una expresión plástica de ese dualismo que conformaba una concepción mística de la vida: Cielo y tierra, gloria y humildad, alegría y sacrificio…

A las seis de la mañana teníamos ya que estar en el palacio. Desde mi casa, apenas tenía que cruzar un par de cuadras, pero en invierno, y a esas horas, el endiablado frío húmedo de las marismas me calaba hasta el tuétano de los huesos, colgándome de las narices unos mocarrones como témpanos, que, por no sacar las manos del jubón, no limpiaba hasta llegar a la misma puerta del palacio. A esa hora, el Padre Fons daba su misa en la capilla, donde, una vez por semana, nos tocaba a cada uno hacer de acólito. Una vez terminada, nos dirigíamos a la cocina, donde podíamos calentarnos en el hogar, recién encendido con las ascuas de la noche anterior, mientras nos daban a desayunar un bollo caliente, y un vaso de leche, o un cuartillo de vino aguado. Con el bollo todavía en la boca, nos mandaban al aula, a esperar que

llegase el Padre Fons, quien antes gustaba de departir distendidamente con el regidor, mientras daban buena cuenta de algunas viandas. Recibíamos las clases en dos grupos, divididos por edades, mayores y pequeños, y fue allí donde forje mi profunda amistad con mi primo Pedro, y Juan Riquelme, hijo del regidor.

* * *

Esos inviernos de colegio siempre parecían eternos, con esa dura monotonía que invadía los días, las semanas, y los meses. Fue por aquel entonces cuando me tocó vivir el peor día que recuerdo de toda mi existencia. Llegué a casa esa tarde, después de las clases, ya de anochecida, en medio de una apretada lluvia, y allí me encontré con mi padre enfermo en la cama. Primero mis hermanos mayores acudieron en busca del físico, y después el físico acudió en busca del cura, y después mi madre, con el rostro descompuesto, acudió en busca nuestra para que nos despidiésemos de papá, porque se iba al Cielo. Todo sucedió así, de repente. Resulta que eres un niño y tienes padre, y de repente ya no lo tienes. Contaba yo apenas trece años, por lo que, si no me equivoco, ha transcurrido bastante más de medio siglo desde entonces, pero así transcurriesen enteros todos los siglos de la humanidad, no podré olvidar jamás ni ese primer duro golpe de la vida, ni esa serena sonrisa que iluminaba la cara de mi padre la noche que nos dejó para irse al Cielo, como quien sabe que pronto se presentará ante la Eternidad con las manos llenas.

Jerez entero, y buena parte de la gente de la comarca, estuvo desfilando por mi casa sin parar durante todo un interminable día de velatorio, y más todavía quienes tuvieron que agolparse, sin poder entrar, ante la puerta de la iglesia del Monasterio de Santo Domingo el Real, donde mi abuelo Pedro había dispuesto que fuese enterrado mi padre.

Parece mentira esa ruin condición humana de no saber apreciar lo que se tiene, hasta que se pierde. A mí me pasó eso con mi padre. Primero. esa envidiable sonrisa con la que se fue; sin duda, un lujo reservado en exclusiva para aquellos que durante su vida han sabido estar por encima de todo lo que simplemente acaba con la muerte. Y después el sermón del Padre Fons en el funeral:

–Nuestro hermano Pedro fue un ejemplar esposo y padre de familia numerosa. Con sólo eso bastaría para concluir mi sermón asegurando que es santo y disfruta de la Gloria Eterna, pero, aparte, Pedro fue útil, dejó poso, luchó la batalla hasta la victoria, y ha alcanzado la meta…

Y por último las visitas y cartas de condolencia de medio mundo, incluidos el mismísimo don Cristóbal Colón, y el rey don Fernando.

Yo, sencillamente, no dejaba de salir de mi asombro, no entendía nada. Sabía, eso sí, que mi padre, aparte de regentar sus huertas en el

Valle de Sidueña, tenía un puesto importante en el Cabildo de Jerez, pero poco más. Por eso quise saber más, y no queriendo acrecentar el dolor de mi madre con recuerdos de su amado, acudí a mi abuelo Pedro:

–Abuelo, ¿por qué dispusiste que fuese mi padre enterrado en la capilla mayor de los Franciscanos, y no tú o uno de los tíos? —pregunté con picardía.

–A cada cual lo que le toca, y si algún Vera ha de ser honrado, sin duda ese honor correspondía a tu padre.

–Sí, pero tú conquistaste Gran Canaria, y los tíos… —me apresuré a responder, ávido de tirarle de la lengua al abuelo.

–Sin mí, tarde o temprano, se hubiese conquistado igualmente La Gran Canaria. Esos pobres guanches, aparte de una buena higa que les honra, no tenían para tirarnos más que piedras. Y con respecto a tus tíos, pues ¡qué te voy a contar…! que más les valdría tener el coraje necesario como para sentar la cabeza de una puñetera vez, como Dios manda.

Entonces mi abuelo se arrellanó en el sofá, suspiró profundamente, y volviendo de nuevo la mirada hacía mí, me dijo:

–Anda, ven para acá, y arrímate a la vera de este viejo, que te voy a contar cosas de tu padre.

Esa tarde la pasamos entera solos mi abuelo y yo. Y de forma pausada, entrecortando sus narraciones con silencios en busca de recuerdos, mi abuelo me fue desgranando la historia de esa otra vida de mi padre que hasta entonces no me había molestado en conocer. Durante horas, desde que empezó hasta que acabó, me tuvo con el estómago encogido como en un puño, sobre todo, cuando a veces, en medio de esos largos silencios, se le escapaba entre gemidos lastimeros;

–¡Qué duro es perder un hijo! ¡Qué duro que es perder un hijo!

Era entonces cuando yo no podía aguantarme más, y se me hacía imposible evitar que se me resbalasen algunas lágrimas, mejilla abajo, quizás reprochándome el poco caso que le había hecho a mi padre, sobre todo últimamente, desde que empecé eso que mi madre llamaba la edad del pavo. En todo caso, intentaba que no lo notase mi abuelo, pues yo quería hacer creer que ya era todo un hombre, y ya se sabe que los hombres no lloran.

Y así, entre anécdotas sueltas y desordenadas, desde sus pillerías infantiles, hasta sus gestas más heroicas, tuve el honor, el gran honor, de conocer a mi padre. Resumiendo su vida, diré que, en contra de esa aparente normalidad que parecía caracterizarle, escondía un corazón magnánimo, de esos que son capaces de ver más allá de los agobios del día a día. Solo desde esta perspectiva podría explicarme esa especie de visión de futuro que tenía, y que le llevó a desempeñar un

crucial papel político en su tiempo. Por aquel entonces, en 1505, ya nadie dudaba que la España de los Reyes Católicos empezaba a despuntar como primera potencia mundial, pero en 1477 España no era más que un corral de ovejas, compuesto por unos cuantos reinos divididos, incluidos los moros de Granada, y donde los Reyes Católicos no eran más que una pareja de recién casados, por los que nadie en su sano juicio hubiese apostado una blanca. De hecho, estaban a punto de perder la guerra y la corona contra los nobles partidarios de la bastarda Juana la Beltraneja, apoyada nada menos que por el entonces poderoso Reino de Portugal. Sin embargo, mi padre, en aquel mismo año de 1477, y desoyendo los consejos de los “listos” que le prevenían con eso de “conviene no señalarse” por las posibles “consecuencias”, recibió en el Consistorio de Jerez a los Reyes, ofreciéndoles todo su apoyo y bienes. Años más tarde, ganada ya la guerra civil, les apoyó también en la Guerra de Granada, no solo luchando como capitán al frente de las milicias concejiles de Jerez, sino también suministrando abundantes sumas de dinero y bienes. Y, por último, una vez también ganada la Guerra de Granada, volvió de nuevo a brindarles su ayuda colaborando en el aprovisionamiento de los buques que se armaban para la expedición de don Cristóbal Colón a las Indias, cuando todos los “grandes hombres de negocios” decían que esa expedición a las Indias no era más que una locura imposible de realizar.

Resultaba que mi padre, más que un héroe, había sido todo un fenómeno, no cabía duda. Pero, sobre todo, y eso es lo más me impresionó, mi padre, y según me contó mi abuelo, antes que héroe o santo, resulta que primero había sido un niño al que le gustaba escaparse de casa para irse al río a pescar con los amigos, y más tarde, de joven como yo, seguía escapándose, pero no ya para irse a pescar peces, sino todo aquello que llevase faldas. Eso me hizo ver que a veces lo que entendemos por grandes santos, o grandes héroes, primero y antes que nada han sido grandes hombres normales y corrientes. Y sin duda, con casi catorce años, eso es algo que a uno le saca de muchos miedos e incertidumbres propios de esa edad.

Desde aquella larga tarde de confidencias, entre mi abuelo y yo se estableció esa especie de complicidad que traspasa las barreras del parentesco o la edad. A veces, hasta pienso que decidió dejar de lado ese papel del abuelo distante que había sido hasta entonces, para pasar a ocupar un poco el puesto del padre que tan pronto había perdido.

* * *

El resto de aquel invierno transcurrió largo y lento, con el perenne recuerdo de mi padre acompañándome a cada momento. Todos los días me despertaba queriendo pensar que su muerte no había sido más

que una pesadilla, que me iba a levantar y lo encontraría allí, en el comedor, desayunando mientras examinaba con fruición alguno de sus documentos. Pero en el comedor ya solo estaba mi madre, con la mirada perdida en ninguna parte, mientras sorbía pausadamente su tazón de leche. A veces la sorprendía con los ojos hinchados, y húmedos, como quien se acaba de secar las lágrimas aceleradamente para que nadie note nada.

Se dice que el dolor es como el yunque donde se forja el buen acero. A mí, sin duda, me sirvió para encontrarme, antes de tiempo, con el hombre que había en mí, y que hasta ese momento solo tenía forma de niño feliz, con barba rala y espinillas en la cara.

* * *

Un día, de repente, volvió la primavera. Sucedió como siempre: resulta que esa mañana te levantas con un alegre pálpito en el corazón, y empiezas a experimentar esa especie de aviso que te sobresalta cuando sientes que empiezas a ser feliz de nuevo. Tienes la seguridad de que la mala racha ha pasado, y que ahora, ¡por fin!, toca que te la vida empiece a sonreírte, que las cosas te salgan bien, y te sientas contento contigo mismo. Sales a la calle, y resulta que el sol, aparte de iluminar radiantemente, también te calienta, y que las golondrinas parece que bailan en el aire en tu honor, y te hace gracia ver en una plaza cómo los palomos, que hasta entonces solo sabían andar cabizbajos en busca de una migaja, ahora van con el pecho sacado y la cabeza alta, arrullando pesadamente a una palomita de la que solicitan su amor. Quizás sea que las verdaderas cosas que nos hacen felices en esta vida no surgen de esos únicos e irrepetibles acontecimientos que siempre estamos esperando, y que en verdad nunca o casi nunca llegan, sino de esa dulce monotonía del sucederse siempre las mismas cosas.

Pero, aparte, lo mejor de la primavera era que suponía el principio de la cuenta atrás para el fin de las clases. Todos los años, a finales de junio, y coincidiendo con San Juan, era costumbre entre los maestros darnos vacaciones hasta septiembre, pues los calores de verano no eran buenos amigos de los estudios. Era entonces cuando nuestro maestro, el señor Fons, después de un agotador repaso general del curso, se despedía de nosotros hasta septiembre.

Los meses de verano discurrían primeramente entre El Coto de Doña Ana, con mis tíos, y más tarde en las playas de Valdelagrana, del Puerto de Santa María, con mis padres y hermanos.

En un principio, y antes de la muerte de mi padre, era yo solo quien me iba con mis primos el mes de julio entero al Coto de Doña Ana, mientras que mi madre permanecía en casa, acompañando a mi padre. En el Coto, el Duque de Medina Sidonia les había cedido a mis

tíos una magnífica casa de campo en su misma cortijada, y a tan solo una jornada de Jerez. Como ya dije antes, mi tío, don Pedro de Estopiñán, era el contable mayor y hombre de confianza del Duque, y sin duda ese mes que pasaban juntos no solo lo empleaban en liquidar cosechas y plantear siembras, sino que además constituía la excusa perfecta para disfrutar de la gran amistad que les unía, sobre todo desde que en 1497 mi tío, en calidad de oficial de la Casa Ducal, conquistase Melilla a los piratas berberiscos que asolaban las costas andaluzas.

A partir de ese verano de 1505, y ya muerto mi padre, empezaron también a venir conmigo tanto mi madre, como mis hermanas, por solicitud de doña Mencía, la mujer del Duque. Con los años, tanto mi madre como mi tía también habían forjado una profunda amistad con ella, quien, sin hijos y con un marido siempre de viaje, agradecía toda la compañía que se le diese. La de mi madre, tía Beatriz, y doña Mencía, era una de esas amistades que un hombre jamás sería capaz de comprender —aunque sí de envidiar—, basada en esa especie felicidad que solo las mujeres son capaces de encontrar en las cosas pequeñas de cada día, de esos detalles aparentemente tontos y simples, pero que son de los que, al fin y al cabo, está hecha la vida; que si el retal de tela estampada que he comprado esta mañana en el mercadillo es ideal…, que si ayer vi a María saliendo de misa de nueve y estaba guapísima…, que si Fulanita ha dado a luz una niña preciosa con unas piernecitas regordetas que están para comérselas…

El Coto formaba parte del enorme señorío de la Casa Ducal de Medina Sidonia, y constituía su residencia estival, en la que el Duque gustaba de organizar grandes fiestas y cacerías. Era un inmenso jardín, con una enorme cantidad de recursos forestales, a la vez que escasamente poblado. Este hecho generaba la doble consideración de dichos espacios: mientras que para las clases gobernantes era un lugar de ocio y diversión, idóneo para la práctica de la caza y ostentación de sus riquezas, para las clases menos desfavorecidas de las villas limítrofes constituía la despensa donde avituallarse a través de la caza furtiva y recolección de especies vegetales.

Durante esos meses de julio en el Coto, la vida de mi primo Pedro y yo transcurría en su propio universo, completamente al margen, tanto de las fiestas y cacerías de mi tío y el Duque, como del control de nuestras madres, quienes continuamente nos reprochaban si nos habíamos creído que estábamos en una posada, dado que apenas aparecíamos por la casa para comer y dormir. Con esa edad, el Coto era una especie de paraíso en el que se podía hacer todo lo que a un par de gamberros se les pasara por la cabeza: registrar a escondidas los desvanes en busca de algún viejo secreto hasta entonces olvidado, bañarnos en la alberca de la huerta, cazar gorriones con costillas y

conejos con lazos, o hacer guerras de piedras contra los hijos de los labriegos.

* * *

Al llegar el mes de agosto, nos trasladábamos a Valdelagrana. Era una costumbre familiar que ya venía desde bastante tiempo atrás, desde que mi abuelo dejó de dar tumbos de acá para allá con sus conquistas, para dejarse ser conquistado —por mi abuela— y sentar la cabeza. Mi abuela, que se llamaba Mónica, había heredado de su padre —mi bisabuelo Mariano— almadrabas y salazones en la zona, junto a una buena casa solariega, desde la que poder regentar cómodamente dichos negocios. Desde entonces, la casa de Valdelagrana se convirtió en el refugio familiar del que huir de la pesada monotonía, la pegajosa canícula, y los insufribles mosquitos del Jerez de julio y agosto.

Pocos recuerdos guardo de esos veranos de infancia en Valdelagrana, anteriores a la muerte de mi padre. Los juegos de niños en la playa, los paseos con mis padres por el Puerto de Santa María, y poco más. Sin embargo, a partir de ese verano de 1505 todo empezó a cambiar. Ese verano mi primo Pedro se vino con nosotros. Al principio, los primeros días nos aburrimos soberanamente, dado que, después del ajetreo del Coto, eso de jugar en la playa con mis hermanas, o pasear con mi madre, era algo que, fuera de despertarnos el más mínimo interés, nos producía una especie de natural rechazo. Como si de repente esas ñoñadas, propias de la infancia, ya no fuesen con nosotros. Creo que debíamos sentir eso mismo que les pasa a los gusanos: que, mientras son gusanos, se contentan con arrastrarse por el suelo comiendo porquerías, pero que un día, de buenas a primeras, se metamorfosean en espléndidas mariposas, que revolotean de flor en flor saboreando su néctar, y entonces son felices. Nuestro problema era que, siendo conscientes de nuestra particular metamorfosis de adolescentes, no sabíamos ni por dónde revolotear, ni qué néctar probar. En ese dilema, pronto creímos encontrar una distracción, acorde con nuestro nuevo estado: entre los juncales de la desembocadura del río Pedro, y amarrado a uno de los pilotes de los pescadores, encontramos, semihundido y desvencijado, un viejo bote abandonado. Pronto nos pusimos manos a la obra sacándolo del agua, limpiándolo de fango y algas, cambiándole la tablazón descompuesta, y calafateando las vías de agua. Una vez concluido el trabajo, por supuesto a escondidas de mi madre, procedimos a emprender nuestra primera gran aventura en la vida: cruzar la escasa milla que separa Valdelagrana del Puerto de Santa María. Al principio, y con un par de improvisados remos, tuvo su aliciente, pero pronto empezamos a necesitar más emoción, y decidimos montarle un rudimentario timón

en el espejo de popa, desde el que poder gobernar un aparejo de vela latina.

El día que terminamos de instalar la vela, llegamos tarde a casa, con la esperanza de encontrar un buen viento a la mañana siguiente con el que lanzarnos a la conquista de la bahía. Pero tan pronto como aparecimos por el comedor, mi madre nos echó por tierra todas nuestras ilusiones:

–Álvar, no sé qué diablos andáis trajinando todo el día de acá para allá, pero mañana es menester que os levantéis al alba y os arregléis de domingo, pues pasamos el día de visita en el Puerto, en el palacio del Duque. Ya sabes que don Juan era muy amigo de tu padre…

Efectivamente, en vida de mi padre, todos los veranos hacíamos una visita semanal al palacio que don Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli, tenía en el Puerto de Santa María. Recuerdo que esas visitas, siempre los miércoles, eran un día odioso, temido por todos los hermanos. No podía haber nada más inútil y aburrido sobre la faz de la tierra. Primero los pegajosos besuqueos de la duquesa, con sus histéricos:

–¡Uy, qué monísimos que están los niños! ¡Es que hay que ver cómo crecen! ¡Ven para acá y dame un beso, ricura!

Y después, un día entero, sentados en un salón, sin poder tocar nada para no romperlo, emperifollados con gorgueras de encaje, sudando la gota gorda, y callados para no molestar, mientras los mayores no paraban de hablar de sus cosas.

Sin embargo, ese año también la hasta entonces tediosa visita nos deparaba sorpresas. Para empezar, nada más llegar, la duquesa se contentó con un simple:

–¡Pero, Dios mío, si estás ya hecho todo un hombre!

Y sin más, me dejó tranquilo, ignorándome por completo. Como si mi nueva cara delgada, salpicada de espinillas a punto de reventar, y sembrada con los pelillos de un incipiente proyecto de barba, no le hiciese tanta gracia como esas caritas rosadas y redondetas en las que tanto disfrutaba dejando la saliva de sus besuqueos. Está claro que, en esta vida, nunca hay mal que por bien no venga.

Una vez librados de la duquesa, pensé que nuestro próximo destino sería un rincón con unas sillas, donde no molestar en el resto del día, pero tampoco fue así. El duque, dirigiéndose a nosotros, de igual a igual, nos pidió cortésmente:

–Álvar, tráete a tu primo, y sentaos aquí con nosotros.

Todo era tan nuevo para mí, que tuve que esperar a una mirada de aprobación de mi madre para poder reaccionar.

Sentado junto al duque se encontraba don Alonso de Carvajal, marqués de Jódar y regidor de Baeza. Yo lo conocía de años atrás, pues junto con su mujer doña Ana y sus hijas acostumbraba a pasar

los veranos con el duque, invitados en su palacio. Supongo que en esa amistad entre don Juan —el duque— y don Alonso algo o mucho tendría que haber tenido que ver el Almirante don Cristóbal Colón. No sabría ahora decir quién conoció primero a quién; el caso es que don Alonso, junto con muchos de sus hombres, acompañó a Colón en su segundo viaje, y que, a su vez, Colón vivía en Sevilla en el Palacio de don Juan. De hecho, apenas unos meses atrás, y poco después que mi padre, don Cristóbal Colón había muerto residiendo en Sevilla en casa de don Juan.

Tanto el duque como don Alonso, eran de ese tipo de hombres que a primera vista pueden parecer severos y reservados, distantes, y hasta como rodeados de un cierto halo misterioso. Quizás solo fuese esa especie de coraza que pretende tener la gente importante para ocultar su timidez; el caso es que con nosotros se desvivieron. No podría decir que fuese una tertulia alegre, entre otras cosas porque tanto el recuerdo de mi padre, como el de Colón, salía continuamente a colación, pero sí pasamos un rato tremendamente entrañable en el que dos hombres curtidos les cuentan a dos imberbes como nosotros lo que hay que saber de la vida.

Todavía me encontraba ensimismado, escuchando a don Alonso —que lo tenía sentado en frente de mí—, refiriendo detalles de su viaje con Colón, cuando de repente, en mitad de la conversación, se queda callado bruscamente, y levantando secamente la mirada, dice:

–¿Qué queréis?

Y fue entonces cuando escuché a mi espalda, por primera vez en mi vida, esa voz clara y femenina, casi angelical que respondía:

–Papá, que si nos podemos ir a dar un paseo por el pueblo.

Entonces don Alonso movió la cabeza dubitativo, hasta que se escuchó insistir de nuevo:

–Por favor, papááá…

Y entonces se rindió.

–Está bien, pero siempre y cuando estos dos caballeros tengan a bien acceder a acompañaros, y estéis de vuelta para la cena —dijo después de titubear un momento.

–Será un honor —respondí mientras mi primo me hacía un descarado gesto de asentimiento.

Lo que todavía no sabía exactamente era en qué consistía ese honor. Recordaba haber visto, y hasta jugado alguna vez, con las hijas de don Alonso. Por un instante, intenté hacer memoria, pero me era imposible recordar si eran feas o guapas, si simpáticas o inaguantables. Todavía estaba intentando salir de la duda, cuando me di media vuelta, y miré para atrás.

Allí había tres señoritas, más o menos de nuestra edad. Una alta y delgada, de tez morena y pelo lacio y negro como el azabache, otra

más bien bajita y rellena —sin llegar a ser gorda—, castaña y con el pelo rizado. No eran ni feas ni guapas ninguna de las dos, pero sí tenían ese tipo de sonrisa simpática y agradable que invita a la amistad. Se llamaban Carmen e Inés. Y, por último, o mejor dicho delante de ellas, estaba Miriam, la hija de don Alonso. Tenía el pelo suave y dorado, a juego con unos preciosos ojos azules y chispeantes, como una linterna mágica capaz de transformar el tedioso salón del palacio, en un lugar iluminado por el sol.

–Hola, tú eres Álvar, ¿verdad?

–Sí, y tú te llamas…

–Me llamo Miriam. Ya veo que te habías olvidado de mi nombre —me reprochó, mientras con sus delgados dedos se ceñía el cabello sobre la oreja derecha.

Hechas las presentaciones, salimos del palacio, sin rumbo fijo, perdiéndonos por entre las pocas calles y plazuelas del pueblo. Ese primer paseo consistió, básicamente, en que las chicas, en grupo, iban siempre delante de nosotros, repitiendo de forma monótona un mismo ritual: primero acercaban sus tres cabezas susurrando en voz baja, después alguna volvía descaradamente la vista hacía nosotros, tras lo cual empezaban a reírse con hipos hasta que se cansaban, entonces volvían a juntar las cabezas para susurrar de nuevo, y todo comenzaba otra vez. Y mientras nosotros, detrás. Callados, sin poder entrar en su conversación, ni en sus risas, pero contentos, como dos perrillos que siguen a sus amos meneando la cola, a la espera de una migaja. No sabíamos si eso era lo normal la primera vez que se salía con niñas, supongo que sí; el caso es que nosotros, fuera de molestarnos, estábamos encantados. Yo me había quedado prendado de Miriam, y mi primo de Carmen, y así se rieran de nosotros, o nos diesen con un canto en los dientes, lo importante era que nosotros ya teníamos tres mozas con las que salir.

Llegando de nuevo al palacio, y dando las chicas el paseo por concluido, Miriam se dignó —¡por fin!— a dirigirme la palabra:

–¿Volveréis por aquí a vernos? —preguntó con una mirada a medio camino entre pícara y de cordero degollado.

* * *

Esa noche, ya después de volver a casa, y por primera vez en mi vida, me costó dormirme. Me encontraba como borracho, como aquella vez que mi primo y yo le sisamos vino a mi padre. Pero esta vez era diferente, porque en lugar de caerme al suelo casi sin conocimiento, resulta que parecía flotar por encima de la cama, con una especie de gusano bailándome en la tripa, y con la cabeza más despierta que nunca; imaginando cómo sería el próximo encuentro, qué le diría, intentando recordar su cara y sus gestos…

A partir de ese día, nuestro orden de prioridades en la vida había experimentado un cambio radical. Resulta que lo más importante del mundo ya no era probar la vela recién instalada en nuestro bote, sino las chicas. Y el bote pasó a ser simplemente un medio de transporte con el que cruzar a la otra orilla, y el testigo mudo de nuestras conversaciones, en el ir y venir de nuestras visitas: quién te gusta, por qué te gusta, cómo conquistarlas…

Al principio, nos costó coger confianza, siempre midiendo las palabras, e intentando causar buena impresión. A los pocos días habíamos ya perdido la vergüenza a mostrarnos con total naturalidad, y a la semana parecíamos cómicos de feria, haciendo tonterías para que se riesen. Después, la armonía de la convivencia en grupo dio paso al sutil juego de las miradas, y más tarde al de las confidencias, cada vez más íntimas entre Miriam y yo.

Los días fueron pasando, y con ellos agosto, hasta que llegó el momento de la despedida hasta el año siguiente. Ese último día de visita, cenamos invitados en el palacio. Concluido el convite, nos despedimos de los duques y de don Alonso, y salimos a pasear con las chicas. Atravesamos la plaza, en dirección a la playa, por una de esas pocas calles que había empedradas, y, de pronto, la pequeña alquería del Puerto, ya no quedaban más que unas siluetas de casas que se dibujaban en el oscuro horizonte. En los ajetreados últimos días, no habíamos parado un solo momento de hablar y reír con frenesí, y, sin embargo, en ese último paseo de despedida, solo el aullido lejano de un perro vagabundo rompía el silencio de la noche.

Mientras andábamos en dirección a la bahía, Carmen e Inés se las ingeniaban, como sólo las mujeres saben hacerlo, para que Miriam y yo nos quedásemos continuamente rezagados. Cosa que en parte agradecía como la merced más grande que jamás me hubiese hecho nadie, pero esa noche no sabía qué decirle. El corazón me latía con tal fuerza que hasta tenía miedo de que llegase a oírlo, y al mismo tiempo no era capaz de articular palabra. De repente Miriam, llegando ya a la playa, suspiró con placer, y un instante después musitó:

–Álvar, esto es maravilloso: estar aquí los dos juntos, paseando bajo esta bóveda tan maravillosa de estrellas…

Me encantó que me dijese eso, pero también pensé que cualquier respuesta mía, fuera de estar a su altura, no sería más que una cursilería, impropia de un hombre como yo, así que, sin que nadie nos viese, me atreví a tomarle la mano, y se la estreché.

Cuando llegamos a la playa, nuestros amigos ya nos estaban esperando junto al bote, mientras Pedro se enfrascaba en explicar lo “marinero” que era.

–¿A este bodrio lo llamáis barco? ¡Qué valor, estáis locos! —dijo Miriam sin quitarme la mirada, y al tiempo que se sentaba en la arena

apoyando su espalda sobre el casco de nuestro “barco”.

Todos los demás hicimos lo mismo, ocupando nuestras cinco espaldas toda la eslora de la chalupa, de proa a popa, por lo que, de haber estado más gente, no hubiese habido casco sobre el que apoyarse. Entonces un ominoso silencio, solo roto por el batir de las olas, se apoderó del ambiente. Era como si todos a la vez quisiéramos saborear esa pletórica sensación de libertad a la que nos invitaba esa noche mágica, y en la que hasta la misma bahía parecía que hubiese sido hecha para nosotros.

De repente Inés rompió el silencio:

–Pedro, acompáñanos, te queremos enseñar una cosa, venga. ¡Vamos! —dijo, a la vez que se levantaba y cruzaba una sonrisa de complicidad con Carmen.

Yo hice ademán de levantarme, pero una mirada inquisitiva de Inés me hizo entender que me quedase sentado.

Por un momento Miriam se quedó mirando cómo se alejaban sobre la arena de la playa las figuras de nuestros amigos, al tiempo que se acercaba a mí y entrelazaba sus dedos con los míos.

Y entendí que nos habían dejado solos. Era el momento de dar la talla como un hombre. Ahora o nunca, pensé.

–Te quiero, Miriam, y te pido que seas mi novia —le dije en un arrebato de valor.

Miriam me miró con ternura, acercó su cara a la mía, me besó suavemente en la mejilla, y plantando su cara frente a la mía, a menos de medio palmo, me contestó:

–Yo también te quiero, y me casaré contigo, o no lo haré con ningún otro hombre.

Ante nosotros se extendía el mar inmenso, mientras la noche desparramaba —ciega y fría— sus sombras sobre la dilatada extensión de sus aguas, y durante un momento, nuestro espíritu quedó abstraído de cualquier otra cosa que no fuera disfrutar ese instante único. La realidad circundante dejó por un momento de existir para nosotros, y hasta las estrellas parecían brillar con más luz que nunca sobre la bóveda negra del cielo.

III. Provincianos en Sevilla

1509–1512

¿Cómo los seres que hemos amado tanto pueden desaparecer de este modo tan rápido y brutal? La muerte de mi madre, en el otoño de 1509, fue para mí un golpe que a veces pienso que todavía no he encajado. Sin duda el más duro que he recibido en mi vida, y no es que quisiera más a mi madre de lo que pude querer a mi padre. Siempre los quise por igual, pero mientras que el dolor por la pérdida de mi padre pronto se fue difuminando como esas nubes que pasan y dejan de nuevo brillar el sol, la muerte de mi madre más bien se parecía a la caída de un maldito rayo destructor que todo lo quema y abrasa, impidiendo que nada verde brote de nuevo a su alrededor. Yo por entonces tenía dieciocho años, y hasta podía considerarme un hombre, es cierto, pero también lo es que hasta ese momento había seguido viviendo en la misma casa en la que nací, y disfrutando de la seguridad y compañía de la familia. Faltaba mi padre, pero seguíamos siendo una familia. Sin embargo, la muerte de mi madre supuso, de la noche a la mañana, que ya no éramos esa familia, y que cada uno de los hermanos, de ahora en adelante, estaba solo, y tenía que empezar una nueva vida en la que la seguridad y el calor del hogar habían ya desaparecido para siempre. A veces ese pensamiento me producía tal angustia, que era como si una especie de voz interior me invitase a reprocharle a Dios la crudeza de la vida, como si quisiera establecer una enemistad entre yo, una pobre criatura, y su Omnipotente Hacedor. Hoy todavía, más de medio siglo después, me sigo sintiendo huérfano de padres, hermanos y hogar, y cien veces daría lo conseguido en este tiempo, por volver a oír los gritos de mi madre despertándome a mí y a mis hermanos en nuestra casa de Jerez, en una soleada mañana de primavera.

La muerte de mi madre no podía llegar en peor momento, pues apenas un par de meses antes había fallecido también mi querido tío don Pedro de Estopiñán, dejando viuda a tía Beatriz, con sus cinco hijos, más ahora seis sobrinos. En tal tesitura no es de extrañar que

aceptase la propuesta de su amiga la duquesa, doña Mencía Girón, quien le ofrecía trasladarse a Sevilla, donde el Duque le había cedido, en agradecimiento a los servicios de su marido, una espléndida casa solariega, muy cerca de su palacio en la Plaza del Duque, en la Colación de San Miguel, así como una holgada renta.

Una vez decidido el traslado a Sevilla, y poco antes de mudarnos, mis hermanos mayores, Fernando y Juan, decidieron vender la casa de nuestros padres, a fin de liquidar y hacer repartición del patrimonio familiar, pues habían resuelto, junto con algunos de mis primos, quedarse en Jerez dedicados al creciente negocio del comercio y abastecimiento de buques para Canarias y las Indias. Igualmente, mis hermanas mayores, Mencía y Violante, que ya estaban novias de tiempo atrás, adelantaron sus bodas, para no tener que abandonar a sus prometidos en Jerez. Mencía se casó en septiembre con Luis de Mendoza, y Violante, un mes más tarde, con mi compañero de estudios, e íntimo amigo de juventud, Juan Riquelme, el hijo del regidor.

Así las cosas, partimos para Sevilla mi tía Beatriz, con sus tres hijos menores, mi hermana pequeña María, también llamada "la moza", y yo. En principio, mi hermano mayor, Fernando, se había ofrecido a hacerse cargo en Jerez de mi hermana y de mí, entre otras cosas, porque, al ser nosotros menores, nuestra tutoría legal recaía en él, pero al final mi tía le convenció de que sería para nosotros como una madre, y que teníamos mejor porvenir en Sevilla.

* * *

Tras un par de jornadas de viaje, remontamos un altozano. Desde allí, a lo lejos, se divisaba la ciudad toda de Sevilla, abrazada por su augusta muralla, y una rica campiña que se desparramaba en torno a una legua de extramuros, engalanando la ciudad con los colores de sus huertas y regadíos. Sobre su muralla, y hacia su extremo de levante, se alzaba majestuosa la torre mozárabe de la catedral. Sus campanas lanzaban sus largos repiques al Ángelus, y mientras, en la orilla del río, unas mujeres que lavaban y carmenaban la ropa se habían puesto de pie para rezar.

La ciudad me fascinó desde el primer momento, y no pasaron muchos días, antes de que hiciese propio el dicho de los sevillanos: "Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla".

Los primeros días transcurrieron con la agitación propia del acomodo en una casa que se estrena, y una ciudad que se desconoce. Pero pronto, cada uno fue encontrando su sitio en esa nueva vida que empezaba para nosotros. Mi hermana no tardó en quitarle a mi tía el hacerse cargo de la casa, y mis primos tampoco esperaron mucho para colocarse, de una u otra forma, trabajando en las mil industrias y

negocios del Duque de Medina Sidonia. Yo, por mi parte, escribí a Salamanca pidiendo una beca para cursar estudios de humanidades, pues después de la repartición, y siendo yo un segundón, mi parte de la herencia apenas podía alcanzarme a pagarme la universidad, a falta de techo y comida que me diesen cobijo y sustento durante los años que tardase en cursar los estudios. Así que, esperando respuesta de Salamanca, y sin nada que hacer, comencé a explorar y descubrir la fascinante vida de la ciudad.

Pronto, después de no muchos días deambulando sin rumbo fijo, conseguí encontrar mi rincón en la ciudad. Supongo que es algo que necesitamos todos allá donde vivamos. A veces, o casi siempre, no importa tanto el hecho de vivir en una gran ciudad, o incluso en una pequeña alquería, como el ser capaces de encontrar unas cuantas calles y plazas por las que pasear todos los días, sintiéndolo como algo verdaderamente propio y familiar. Como si esos pequeños espacios vitales fuesen una extensión natural de tu propia casa, y las gentes con las que por allí te paras a hablar, alguien más de la familia.

Desde nuestra casa en la Plaza del Duque, hasta las Gradas de la Catedral, no distaba más que un disparo de ballesta, y otro tanto desde las Gradas al Arenal. Fuera de la monotonía de la ciudad, eran precisamente esos lugares —prohibidos para los que se llamaban gente decente— donde siempre había algo nuevo que ver o descubrir. Era imposible llegar a aburrirse. Uno podía pasar todos los días por las Gradas y el Arenal, que nunca dejaba de sorprenderse con la infinidad de cosas tan diferentes que se vendían en las Gradas, ni con las historias que se contaban en el Arenal.

Las Gradas eran las escalinatas que se encontraban rodeando la Catedral. Allí acudían diariamente todos los mercaderes, tratantes, cambistas, corredores, marineros, caballeros, rufianes, pícaros y ladrones de la ciudad para cambiar, vender o comprar. De la misma forma todos, los días que no eran de guardar, al toque de la campana de oración, desde dichas gradas se pregonaban las almonedas, casas, muebles, toda clase de bienes, y allí mismo se adjudicaban y vendían prendas de gran valor, joyas de oro y plata labrada, ropas costosísimas, tapicerías preciosas y toda suerte de armas y libros y cuantas riquezas puedan imaginarse. Igualmente se voceaban las quiebras y las pérdidas de objetos valiosos y puestos a la vista de todo el mundo, se vendían los esclavos negros y berberiscos, jóvenes y grandes. Las Gradas eran, en efecto, un lugar literario, como así también lo era el Arenal, barrio y orilla portuaria del río, las dos cosas al mismo tiempo. El Arenal era la extensión y continuación de las Gradas, y acabaría siendo el centro vertiginoso de Sevilla, abarcando desde extramuros de la ciudad, hasta la misma orilla del río, y desde el puente de barcas de Triana, hasta la Torre del Oro. Allí se

preparaban o calafateaban las galeras, galeones, fragatas, y demás buques de la mar. Se les armaba con toda suerte de aparejos y jarcias, así como de ingenios de artillería. Se descargaban o almacenaban los fardos de mercancías de sus bodegas. Se cerraban las últimas formalidades, se contrataban a las tripulaciones… Y, sobre todo, se escuchaban las mejores historias de boca de los más variopintos personajes que recalaban en el Arenal, recién llegados de las Indias, o de cualquier punto del Mediterráneo.

Pero como ya he dicho antes, ni las Gradas, ni el Arenal, eran nada sin sus historias. Historias contadas siempre por personajes que parecían allí puestos a propósito, como formando parte de la decoración del entorno, hasta llegar a confundirse con misma arquitectura del lugar, fundiéndose con ella en un todo homogéneo.

En las Gradas, de todos los puestos de artesanos y mercaderes, había uno en especial que despertaba todo mi interés: el de don Francisco Ortiz Losano, un viejo maestro armero que, a pesar de su avanzada edad, había sabido adaptarse a los nuevos tiempos, pasando de fabricar espadas y alabardas, a especializarse en la nueva arma española: los arcabuces. Según me contaba el viejo maestro armero, tener un arcabuz era el sueño de cualquier soldado, pues garantizaba el triple de paga que un bisoño —así llamaban a los novatos—, y la ventaja de combatir en segunda línea, en lugar de tener que aguantar con la pica la embestida del enemigo en primera fila. El principal problema no estaba en su precio, tres ducados de oro, la soldada de un año —nada menos—, sino en que las soldadas se cobraban en Italia, siempre después de una campaña militar, y entre Italia y España había las suficientes tabernas y mancebías, como para llegar de nuevo a casa sin blanca, y tener otra vez que empezar de cero. Era entonces cuando muchos cambiaban de planes, y se embarcaban rumbo a las Indias, seguros de volver con el oro suficiente no ya solo para comprar un mosquete, sino todo un señorío con el que olvidar los duros años de sufrimientos, y del que vivir el resto de sus días, a cuenta de las de rentas.

Sin embargo, y ya una vez llegados al Arenal, la versión de la misma historia, allí contada, era bien distinta. Ciertamente allí era donde embarcaban aquellos hombres, rumbo a las Indias, hartos de pasarse la vida destripando terrones bajo el duro invierno y el sofocante calor de Castilla, cargados de ilusiones de grandeza. Y también era allí a donde regresaban los pocos que vivían para contarlo, y los que así lo conseguían apenas podían presumir de haber conservado el pellejo, cuando no mutilado, curtido de cicatrices.

* * *

Una mañana, desayunando, me fijé en el rostro de mi tía Beatriz, y

un escalofrío me corrió de arriba abajo. Había palidecido, como una flor marchita, y su cara, antaño redondeada y rosa, se había tornado macilenta, con arrugas surcando las comisuras de los labios, y las ojeras que circundaban sus ojos hablaban de ayunos y vigilias.

Tía Beatriz, desde la muerte de su marido, de la de mis padres, y desde que la mayoría de mis primos y hermanos decidiesen establecerse a vivir por su cuenta, se había sumido en una religiosidad que rayaba el ascetismo. No es que antes no hubiese sido una mujer de profunda fe y vida ejemplar. Simplemente, creo que, sintiéndose en el ocaso de su vida, y sin fuerzas como para hacerse responsable en este mundo de ambas familias, se había abandonado en la oración y mortificación, confiada en que Dios supliese en nuestra educación y formación, allí donde ya no llegaban sus energías, y menos el ambiente de una Sevilla que por aquel entonces se abría a las banalidades del mundo.

Esa imagen de tía Beatriz me hizo reflexionar, y darme cuenta de que debía dejar de ser una carga para ella, y hacer algo de provecho de lo que no solo se sintiese ella orgullosa, sino también mis padres desde el Cielo. El último año, con la excusa de estar esperando respuesta de la Universidad de Salamanca, a mi petición de ser becado en humanidades, no había hecho otra cosa que holgazanear. Y ni un solo reproche había recibido en ese tiempo de tía Beatriz, pero sí de su hijo Pedro, que a la par era mi primo y tutor, por no tener yo todavía la mayoría de edad.

Por eso acepté la propuesta de mi primo de entrar al servicio de la Casa Ducal de Medina Sidonia como paje. Él mismo se cuidó de recomendarme personalmente ante el propio duque, y en apenas unos días había dejado mi incorporación negociada, a falta de entrevistarme con don Enrique.

* * *

Los Medina Sidonia constituían, con toda seguridad, la familia más noble y rica de toda Andalucía. Eran oriundos de León, pero a finales del Siglo XIII, uno de ellos —don Guzmán de Zúñiga, también apodado el Bueno— resulta que se encontraba defendiendo la fortaleza de Tarifa, en una de esas ocasiones en que los moros querían arrebatarnos de nuevo España. Y, como quiera que esta gente tiene menos vergüenza que honor, prendieron al hijo de don Guzmán, amenazándolo con degollarlo al pie de la muralla si no rendía la fortaleza. Supongo que no esperaban que don Guzmán, con el gesto altivo —aunque supongo que con el corazón y el alma desencajada—, desenvainase su daga, y se la echara desde lo alto de la torre a los moros, gritándoles:

–¡Que sea con mi daga!

A mí, la verdad, esta parte de la historia nunca me gustó. Una cosa es no ceder ante una extorsión, aun a costa de perder un hijo, y otra ser tan macabro como para ofrecer tu propia daga para que con ella le devanen el gaznate al fruto de tus entrañas, y además ante tus propias narices. El caso es que este gesto de don Guzmán, nos guste o no, aparte de impedir una nueva invasión de los herejes mahometanos, le hizo granjearse el favor del Rey. Un favor pagado con las suficientes tierras y honores, como para que más de dos siglos después la familia de los Medina Sidonia fuese, sin duda alguna, la que marcaba modas y habladurías en la joven y brillante Sevilla de aquellos años de mi juventud. La Plaza del Duque, su Palacio, sus fiestas, sus amigos… su dinero…, constituían el eje de una alambicada vida social en la que ser alguien era sinónimo de estar, de una u otra forma, relacionado con los descendientes del macabro héroe.

Por aquel entonces ese descendiente se llamaba don Enrique Pérez de Guzmán y Velasco. Era uno de esos hombres altos y delgados, de profundos y penetrantes ojos grises, rostro afilado, y revestido de un cierto halo misterioso. Don Enrique, sin duda alguna, era la fortuna mayor de toda España, lo que por aquel entonces equivalía a decir que también lo era del mundo entero. Solamente sus rentas anuales ascendían a 170.000 ducados anuales, lo mismo que percibían seis virreyes juntos, si los hubiese, porque solo había cuatro juntando las dos partes del hemisferio. Sin embargo, nunca en esta vida la felicidad es completa, y no me cabe duda de que don Enrique —que era una buena persona— hubiese cambiado todos esos miles de ducados por que su santa mujer, doña Mencía, le hubiese dado un hijo al que poder arropar en las noches de invierno.

Seguramente, para cualquier otro hidalgo segundón, entrar como paje al servicio de don Enrique hubiese constituido todo un honor, o incluso, en el peor de los casos, una extraordinaria ocasión de medrar. Sin embargo, para mí no era más que una cruel ironía del destino, como si el hilo de los hados quisiera tejer conmigo una de esas viejas tragedias griegas. Yo, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, siendo el último descendiente directo de quien salvó a España y media cristiandad de los Almohades, tenía que humillarme pidiendo un vulgar trabajo ante quien simplemente era el descendiente del que impidió que los moros retomasen de nuevo una simple plaza, como era Tarifa.

* * *

El día de la cita me levanté temprano, y sin apenas desayunar, salí de casa, y sin rumbo fijo me dediqué a deambular toda la mañana, callejeando por la ciudad, cabizbajo, triste y meditabundo. No sé cuánto tiempo pude pasar dando vueltas, a veces por las mismas calles y plazas. Me negaba a enfrentarme con la realidad; toda mi vida había

soñado con estudiar humanidades en Salamanca, y poder optar a un buen cargo en la Corte, o en la carrera militar, como había venido siendo habitual en mi familia desde tiempo inmemorial, y ahora, de la noche a la mañana, la dureza de la vida me hacía ver que no era más que un don Nadie, con la única opción de tener que ganarme el sustento como un paje más de la Casa de los Medina Sidonia.

Pasadas varias horas, y harto a base de aburrirme contándome mis propias penas, decidí volver sobre mis pasos. Un rumoroso hormiguero de gente discurría por la calle, y yo, como cordero que conducen al matadero, me encaminé de nuevo a la Plaza del Duque, llamada así en su honor, y donde estaba su palacio.

La puerta estaba abierta de par en par, franqueando el paso a un ancho zaguán limpio, embaldosado con losetas blancas y negras.

–Sube. Don Enrique te espera en su despacho —me ordenó un sirviente, mientras allí mismo unos lacayos daban explicaciones a un joven chambelán muy nervioso.

Ahí estaba don Enrique paseando por el despacho, a largas zancadas, como absorto en algún pensamiento.

–Muy bien, jovencito, ¿así que quieres entrar a trabajar como paje? —añadió mientras se rascaba la cabeza.

IV. Soldado de Castilla

1512–1521

Nunca antes en mi vida, el impacto de un paisaje había sido tan fuerte como para hacerme apear del caballo, y quedarme de pie boquiabierto, embelesado, contemplando su belleza. Esa nervuda y árida tierra de Castilla, atravesada por llanuras que se pierden en el horizonte infinito, la tierra recién arada, la luz, el silencio, y la sombra, formaban una armonía espléndida que aún me conmueve cada vez que la recuerdo.

Descubrí Castilla a principios de enero de 1512. Fue en compañía de don Alonso de Carvajal, en calidad de sargento y tesorero, ayudándole en la recluta de soldados, con los que formar una compañía, y partir para las guerras de Italia. Todo había comenzado apenas unas semanas antes, a finales de 1511, cuando recibí de nuevo carta de Miriam; me felicitaba las Navidades, y me invitaba, una vez más, a visitarla a Baeza. No le hubiese prestado más atención que a las recibidas en los dos últimos años, de no ser porque me pedía que no demorase la respuesta, a fin de que le diese la carta a su padre, que pasaría por Sevilla esos mismos días.

No me lo pensé dos veces. El ejército no era sólo mi salida a esa vida tediosa que últimamente no dejaba de hacérseme cada vez más gris y pesada en Sevilla, sino que suponía, sobre todo, la oportunidad definitiva de cambiar de vida, de encontrar un sitio donde poder hacer carrera y llegar a ser alguien. Precisamente lo que cada vez me parecía más difícil en una ciudad donde la única forma de destacar era, o teniendo mucho dinero, o bien un apellido que sonase lo suficientemente bien como para no tener que dar más explicaciones. Y ni que decir tiene que "Cabeza de Vaca" no era algo que sonase, así de primeras, lo suficientemente bien.

La misma tarde en la que recibí la carta, me apresuré a responderla, con la única intención de que me sirviese de excusa para ver a don Alonso, y, como quien no quiere la cosa, intentar que me llevase consigo a Italia. Así que me enfundé mi capote de fieltro, esa lluviosa

tarde, y me encaminé decidido al palacio de los Medinaceli, donde se alojaba el padre de Miriam, don Alonso de Carvajal. Todo pareció sucederse con una vertiginosa rapidez esa tarde, pues, nada más llegar, en la misma puerta me lo encontré, disponiéndose a salir del palacio. Hubiese querido tener más tiempo, y poder pensar detalladamente cómo le iba a pedir que me admitiese en su compañía, sobre todo teniendo en cuenta el poco caso que le había hecho a su hija los dos últimos años.

–¡Hombre, Álvar, qué alegría encontrarte!

–Venía a por usted, le traigo una carta para Miriam —respondí, forzando una sonrisa.

–¡Ayyy, gorrión! ¿Y por qué no se la llevas tu a Baeza, que está deseando verte? —me respondió, mientras con la enorme palma de su mano me azuzaba la cabeza despeinándome.

–Pues sí, me encantaría llevársela personalmente, sobre todo si es de camino a Italia, como soldado de su compañía…

* * *

Y así fue como después de dos años, desde aquel último verano en la Bahía, me encontré de nuevo con Miriam. Estuve frío y distante con ella, y hasta me alegré de que pasáramos con el tiempo justo de darle la carta y apenas poder hablar del tan recurrido "¿Cómo te va?", obviando el "¿Cómo nos va?". Con veinte años uno se piensa que se puede permitir el lujo de ignorar a una mujer que te quiere de verdad, como si el resto de las hembras de este mundo estuviesen esperando que uno chascase los dedos para ponerse a sus pies. Con setenta años, quizás ya demasiado tarde, uno ha aprendido que las cosas no funcionan así. Muchas veces, por no decir siempre, nuestra vida entera depende de pequeñas decisiones tomadas un día cualquiera. Yo doy gracias a Dios por acabar mis días en este convento, desde el que escribo, pero no por ello dejo de avergonzarme de no haber sido lo suficientemente hombre, como para haber amado a Miriam ese día, como solo ella se merecía.

Habíamos ya dejado Baeza atrás, pero de lejos todavía llegaban débiles, aunque nítidas, las campanadas de su iglesia. Nos adentrábamos en Castilla, y don Alonso, durante todo el camino, no dejaba de tratarme ni un solo momento como a un amigo, o al menos eso era seguramente lo que yo quería pensar, quizás no queriendo darme cuenta de que en verdad no me veía como amigo, sino más bien como a un yerno.

Don Alonso de Carvajal, como Marqués de Jódar y Regidor de Baeza, no sólo era toda una institución en Jaén, sino que era, también, un hombre peculiar. Había luchado durante años en la Guerra de Granada, acompañado a Colón en su segundo viaje a las Indias, y

luchado en las dos campañas anteriores de Italia, y en las que nuestros hombres, a las órdenes del Gran Capitán, habían incorporado Nápoles a nuestra Corona. Muy pocos hombres en toda España podían presumir de tantos méritos; sin embargo, no se encontraba en él un mínimo ápice de vanidad, o de esa rudeza tan característica de los hombres acostumbrados a verter sangre en los campos de batalla. Quien no lo conociese, como yo lo conocía, hubiese apostado un puñado de ducados de oro a que no solamente era la primera vez que se aprestaba al combate, sino que además en toda su vida no había hecho nada digno de mención.

A poco de cumplirse dos meses desde que saliésemos de Sevilla, llegamos, ya de anochecida, al cerro del Tibidabo. Allí, desde lo alto, se divisaba la vieja y distinguida ciudad de Barcelona, alineada entre la costa y los pies de la montaña, y graciosamente iluminada por un radiante chisporroteo que la luna llena producía sobre las ondulaciones de las olas, y que se reflejaban el granito de sus imponentes edificios. Don Alonso dio orden de acampar en lo alto del cerro, para al día siguiente, después de maitines, escuchar misa en la catedral, y desde allí acudir a formar ante las atarazanas, donde los voluntarios prestaron juramento, dándose por constituida oficialmente la compañía, ante el virrey de Aragón. A la jura, sucedieron unos breves días de permiso, a la espera de acabar los avituallamientos, tras lo cual embarcábamos en la fragata Jaime I, con rumbo al puerto de Ostia.

Era la primera vez que me hacía a la mar en un barco de verdad, y hasta tenía miedo de hacer el ridículo vomitando o mareándome, pero lo cierto es que, tan pronto como empezó a perderse la costa de vista, desaparecieron los miedos y comencé a experimentar unas sensaciones hasta entonces nuevas para mí, y que, desde ese momento y hasta el día de hoy, me han hecho sentirme fuertemente ligado al mar. La inmensidad del océano, la brisa marina soplando suavemente en la cara, el sabor a sal en los labios, y ese suave acompasar de los pantocazos del casco contra las olas, fue una pletórica sensación de satisfacción y libertad de la que me hice amigo para toda la vida, y que ha sabido acompañarme en todos estos años, escuchando mis alegrías y mis penas, cada vez que mis obligaciones me hicieron de nuevo surcar sus aguas, rumbo a todos esos sitios tan lejanos a los que Dios ha querido llevarme en esta vida, y en los que he intentado servirle.

* * *

A pesar de las fortísimas diferencias sociales, pronto comencé a confraternizar con el resto de soldados de la compañía. En su inmensa mayoría eran hijos de labriegos, pastores, o humildes artesanos.

Gentes que, durante generaciones y siglos, no habían acostumbrado a salvar mayores distancias que las que pudieran mediar desde sus humildes hogares a los campos de labranza, o a los pastos, a la iglesia el domingo, o a lo más, una vez al año, a la feria de la comarca, donde intercambiar una vaca por un carro, o quizás unos sacos de harina por un arado de forja. Sin embargo, ahora, en esos tiempos que por la Gracia de Dios nos había tocado vivir, los hijos de esas mismas, humildes, y viejas familias, los jóvenes de mi generación, se embarcaban a la conquista de un todo imperio. Era algo verdaderamente vertiginoso para nosotros, y no creo que en toda la historia de la humanidad haya podido existir una nación que, en tan breve espacio de tiempo, hubiese conocido cambios tan alucinantes. Grecia tardó tres siglos en engendrar a Alejando Magno, Roma otros tantos en salir de su península, y nosotros mismos casi ochocientos años en liberarnos de los moros. Sin embargo, y como si Dios quisiera premiar nuestra infatigable y fiel gesta de la Reconquista, en menos de dos décadas nuestra nación había pasado de ser unos cuantos reinos divididos al sur de Europa, apenas dedicados a criar borregos y exportar su lana, a un imperio descomunal, como jamás se había conocido. Sin quererlo, nos habíamos convertido en la envidia del mundo, y ahí estábamos nosotros, disfrutando del momento.

Todo eso era para nosotros algo tan nuevo, que nos llenaba de un optimismo que saltaba hasta la euforia. Era como si tuviésemos que disfrutarlo, no solo por nosotros mismos, sino en nombre de todos aquellos antepasados que de forma anónima nos habían labrado el camino. Nuestra clara superioridad no venía dada por que nuestro país fuese más rico o mejor que cualquier otro. Todo lo contrario; éramos plenamente conscientes de que España era, y seguirá siendo por los siglos, un país pobre, seco, montañoso. Donde simplemente hacer una carretera o comer de los frutos de la tierra costaba el triple de sudor que en el resto de la verde, llana y rica Europa. Todo ello sin contar con que nos encontrábamos arruinados tras siglos de dura Reconquista, palmo a palmo. Pero quizá lo que para cualquier otra raza o pueblo hubiesen sido adversidades más que suficientes como para constituir una excusa ideal con la que tirarse el resto de los siglos hundidos en la desidia y la miseria, para nosotros no era más que una extraordinaria ocasión de demostrarle al mundo que nuestra hombría alcanzaba hasta superar esas diferencias. No teníamos lo mejor, ciertamente, pero sí éramos los mejores, y por eso lo conseguimos.

Y por todo eso los franceses no nos tragaban. No aceptaban hacerse a la idea de que, después de mil años acostumbrados a enseñorearse por Europa, como si fuesen el ombligo del mundo, los españoles les quitásemos el puesto. Verdad es que hasta entonces nos habían tenido en mucho aprecio, pero, claro, el aprecio que se le puede tener al

perro que cuida tu casa, como hacíamos nosotros defendiendo Europa de los musulmanes, o el aprecio que se le puede tener a un simpático mesonero que te sirve una pinta de cerveza o una paella, en un viaje de placer, con la excusa de peregrinar a Santiago.

Así que esos franceses, no queriendo aceptar que sus perros guardianes y simpáticos mesoneros, se hubiesen adueñado de Nápoles, después de humillarlos el Gran Capitán en las batallas de Gaeta y Garellano, habían decidido darse un desquite, ocupando el norte de Italia. Y mandados por su rey, Luis XII, cruzaron los Pirineos, adueñándose rápidamente de Venecia y Lombardía. Tal alarde de prepotencia provocó que el Papa Julio II convocase una coalición para echarlos, a la que se denominó "Santa Liga", y compuesta tanto por sus propios hombres de armas, como por los ejércitos de Venecia, más las tropas que hasta allí nos envió nuestro Rey Católico: 10.000 peones de infantería, 1.200 hombres de caballería pesada, y otros 1.000 de caballería ligera. Por acuerdo expreso de las tres partes, el mando de las fuerzas combinadas recayó en manos de nuestro Virrey de Nápoles, don Ramón de Cardona, de quienes dependían los generales de los diversos ejércitos aliados: Pedro Navarro, Fabricio Colonna y el Marqués de Pescara.

El ejército francés, al mando de Gastón de Foix, Duque de Nemours, que contaba con la inestimable ayuda de alguien que conocía el terreno, como era don Alfonso del Este, Duque de Ferrara, y su ejército, se dirigió rápidamente a Rávena, situada al noreste de la península italiana, en la orilla izquierda del río Ronco. Sus planes pasaban por sitiar y tomar Rávena, pues ello suponía evitar que, a través de su puerto, nos llegasen los refuerzos y suministros necesarios con los que poder compensar nuestra enorme desproporción de fuerzas, dado que los franceses, merced a su proximidad geográfica, habían tenido más facilidad para desplazar hombres y artillería. Y fue allí, en esa llanura, atravesada por el río, que separa a Rávena de las montañas, donde finalmente se encontraron nuestros ejércitos.

* * *

La mañana había amanecido terriblemente fría y húmeda, con una densa niebla que cubría el campo de batalla. Serían las ocho de la mañana cuando una ligera brisa empezó a disipar las brumas. Para entonces llevábamos ya más de dos horas firmes en pie, en posición de combate, sin hablarnos, sin mirarnos, con los huesos tan calados por el frío, como por el miedo. Fue entonces cuando pudimos distinguir claramente que las siluetas que se recortaban en el horizonte no se correspondían con las de los troncos desnudos de un bosque seco de invierno, como hasta ese momento nos había parecido tras toda una mañana de espera, sino con las picas y lanzas del impresionante

ejército enemigo que teníamos frente a nuestras narices.

Pero lo peor vino cuando vimos horrorizados que quienes portaban esas lanzas y picas no vestían a la rimbombante y afeminada usanza de los franceses, sino con los llamativos vestidos multicolores de los sanguinarios lansquenetes. Se confirmaban así los peores rumores que desde la noche anterior se habían ido extendiendo por el campamento, desde que nuestro Maestre de Campo, don Pedro Navarro, regresara de cumplimentar la visita de rigor al cuartel de nuestro enemigo, el mariscal francés don Gastón de Foix. Por lo visto —yo me enteré entonces—, era costumbre entre los caballeros hacerse una visita de cortesía, y brindar como amigos de toda la vida antes de matarse, ocasión que aprovechaban para ultimar detalles:

–Ustedes dispararán primero —espetaba uno enseñoreado.

–No, me niego. ¡Por San Jorge! Ustedes se encuentran en nuestros dominios, y como invitados nuestros que son, a ustedes les corresponde el honor…

Los Lansquenetes eran cuerpos de infantería compuestos por mercenarios alemanes, súbditos del Emperador Maximiliano. Hombres temidos en toda Europa, que se caracterizaban tanto por su valor y arrojo, como por su gratuita crueldad, de la que gustaban hacer gala con su peculiar forma de vestir y armarse. Toda una inimaginable profusión de formas y colores donde el único patrón de diseño y estética radicaba en que cada paño con el que confeccionaban sus vestidos formase parte del botín de guerra incautado a cada uno de los soldados a los que habían dado muerte en sus batallas anteriores. No menos terrorífico era su armamento. Portaban indefectiblemente espada o pica. Armas comunes en cualquier ejército de por aquel entonces, con la diferencia de que sus espadas, con más de dos varas y media de longitud, sobresalían por encima de las cabezas de esos gigantes, cuando las apoyaban de pie. Y las picas, si bien de la misma longitud que las nuestras, no sólo estaban rematadas con una punta de lanza con la que herir de frente, sino también con un prominente pincho y un hacha a ambos lados, a fin de poder matar tanto de frente, como a diestra y siniestra. En manos de un francés, o un español, o un italiano medio, esas armas eran inútiles. Sencillamente imposibles de manejar, por lo pesadas que resultaban, pero en manos de esos descomunales y salvajes pelirrojos, descendientes de los vikingos más sanguinarios del norte de Europa, eran como las hoces de nuestros campesinos, y nosotros sus gavillas de trigo. De esa guisa vestidos y armados, en cualquier otra circunstancia o momento de la vida, los hubiésemos tomado por cómicos, a punto de dar comienzo a una de sus funciones itinerantes de pueblo, pero en medio del campo de batalla de Rávena, eran la representación misma de la muerte, y seguro que a todos se nos pasó por la cabeza si no sería cualquier

parte llamativa de nuestro propio vestido la que se sumase a sus peculiares ornamentas en la próxima batalla en la que alquilasen sus descomunales espadas y picas.

Recordé en esos momentos que, según me había contado don Alonso de Carvajal, hasta entonces los franceses habían acudido a luchar contra nosotros siempre con sus espléndidas formaciones de caballería. Un auténtico espectáculo digno de ver, en el que se daba cita lo más florido de la nobleza de Francia, vistiendo sus mejores armaduras, relucientes como el sol, sobre sus hermosos corceles, ricamente enjaezados con plata y terciopelo. Supongo que esas primeras veces en que los generales franceses habían visto caer diezmados sus bonitos ejércitos a manos de nuestros rudos peones de infantería en Nápoles, no debieron de salir de su asombro. No habían caído en la cuenta de que durante ocho siglos nosotros no habíamos hecho otra cosa sino luchar de verdad, a vida o muerte, haciendo de vanguardia de la Cristiandad, mientras que sus elegantes caballeros, en ese mismo tiempo, prácticamente no habían hecho otra cosa más que jugar a los torneos. Y que cuando se vieron de veras en un aprieto, contra los ingleses, tuvo que ser una muchacha, Juan de Arco, quien les sacase las castañas del fuego. El caso es que en esa ocasión los franceses, hartos de perder todas las batallas en las que se habían enfrentado con nosotros en la última década, habían decidido cambiar de táctica, contratando a los lansquenetes para que les hiciesen el trabajo duro de abatir nuestras defensas, para después ellos cargar con su caballería, y llevarse la gloria.

* * *

Nada más empezar a despejarse la niebla, el lejano cañonazo de una batería francesa fue la señal de que la batalla había comenzado. A ese primer estruendo, y durante horas, le sucedió un macabro intercambio de regalos en forma de balas de cañón, seguido de sus inseparables densas e irrespirables nubes de humo de pólvora. Durante todo ese tiempo, las órdenes eran tajantes: permanecer impasibles, firmes en el puesto, guardando la formación. Y esos mismos hombres que, cuando les sorprendía el granizo en mitad de sus faenas en el campo, corrían despavoridos a guarecerse en el primer cobijo que encontrasen, resulta ahora que permanecían de pie, con el rostro inmutable. Como si no pasara nada, como esas vacas gordas que, en mitad de sus prados, y que así haga frío y llueva, así haga calor y estén plagadas de moscas, siguen pastando tan felices. Pero para nuestra desgracia, no parecía ser esa la misma pasta de las que estaban hechos nuestros aliados italianos, quienes, no soportando el bombardeo de una artillería que contaba con más del doble de piezas que la nuestra, se lanzaron a la desesperada al ataque con todo el

grueso de la caballería, desoyendo las órdenes del Virrey, don Ramón de Cardona.

Era justo lo que estaban esperando los franceses, quienes ya tenían preparado un contraataque con una carga de caballería más numerosa y experimentada. El choque fue tan brutal como breve, pues después de superar, en una primera y única embestida, la carga aliada, dejando muertos a la mitad de hombres y caballos, consiguieron rodear a los generales italianos Fabricio Colonna y al Marqués de Pescara, tomándolos prisioneros, antes de que les diese tiempo a reaccionar retirándose.

El resto de la caballería aliada huyó despavorida, y dando la batalla por perdida, el Virrey ordenó la evacuación de las tropas aliadas, mientras que a la infantería española —nosotros— se nos ordenaba permanecer guardando la retirada, a fin de darles tiempo para huir del campo de batalla, y ponerse a salvo. Una retirada, en principio ordenada, pero que pronto se convirtió en una lamentable desbandada, quebrando, incluso, la voluntad de los más veteranos. Era el momento de salvar el pellejo, y de las geométricas formaciones ya no quedaba más que una informe melé de cobardes, corriendo a la desbandada.

Los franceses lo celebraron haciendo rugir de nuevo a sus cañones, convencidos de que también los españoles íbamos a salir corriendo despavoridos, y así poder echarse sobre nosotros, diezmándonos en la huida. Pero aguantamos. Aguantamos hasta que se les acabaron las municiones, y, sin atreverse ellos a luchar contra nosotros, mandaron a sus mercenarios.

Pronto, las sólidas compañías de lansquenetes comenzaron a marchar con un paso lento y pesado, y sentimos cómo la sangre huía de nuestro rostro al compás de los tambores alemanes en su avance, mientras nuestros propios corazones latían aceleradamente ante el inminente y brutal choque. Teníamos orden expresa de no disparar nuestros arcabuces hasta tener al enemigo a la distancia de tres picas. Fue una espera taquicárdica, con el mosquete apoyado en la horquilla, el moflete encarado a su culata, y la mirada puesta sobre la mira de su largo cañón octogonal, viéndolos acercarse cada vez más, mientras el irritante humo que desprendía la mecha de algodón nos arrancaba las lágrimas de unos ojos ya enrojecidos

De repente, se oyó un grito largo, agudo, espantoso, que me hizo pararme en seco. Un proyectil acababa de impactar en la reserva de pólvora de uno de nuestros arcabuceros, produciendo una explosión que destrozó al pobre desgraciado, al tiempo que una suave brisa extendía una enrarecida humareda, con un desagradable hedor, que impregnaba el ambiente con una mixtura de olores a base de pólvora, carne y pelo quemado.

No habíamos salido del susto, cuando, delante de nuestras narices, un pequeño grupo de lansquenetes se había adelantado, encarándose de forma suicida con nuestra primera línea de piqueros, en un intento por romper la formación, y produciendo un choque violento, en el que multitud de alemanes quedaron muertos, o ensartados en las puntas de nuestras picas.

Nuestras descargas de arcabuz, en un principio al unísono y ordenadas, pronto se convirtieron en un desacompasado fuego a la desesperada, mientras los piqueros, en primera línea, rendían heroicamente sus vidas, en un intento suicida de mantener intacta nuestra línea de fuego. Se portaron como españoles, permitiendo que nuestras descargas hiciesen ir cayendo una línea tras otra de lansquenetes, igual que la brisa hace pasar a las hojas de un libro.

Ninguna de esas primeras embestidas consiguió su objetivo de abrir brecha entre nuestras líneas de infantería, y hasta empezamos a mirarnos entre nosotros, con cierta cara de satisfacción, como convencidos que, a pesar de la enorme desproporción de fuerzas, nos íbamos a hacer con la victoria. Pero ya era tarde. Nuestros aliados hacía horas que habían abandonado el campo de batalla, antes de ver destrozados sus inmaculados ejércitos.

Aun así, nosotros continuábamos aguantando, y tanto mi capitán don Alonso de Carvajal, como los de las demás compañías, no paraban de gritar apremiando a la formación, mientras los mercenarios alemanes, a golpe de alabarda y mandoble, agotaban sus últimas fuerzas en un intento inútil por abrirse paso entre nuestras líneas.

Por fin se agotaron también las cargas de Lansquenetes. Habíamos conseguido lo imposible: resistir hasta consumir toda su ingente artillería e infantería. Solo les quedaba la caballería, a la que hubimos de aguantar en una última embestida con el propio Duque De Nemours a la cabeza, quien, en un desesperado intento por acabar con nosotros, solo consiguió acabar con su propia vida, rindiéndola heroicamente a nuestros pies. En otras circunstancias, aun solos y diezmados, hubiera sido la ocasión perfecta para un contraataque sobre los restos de un desconcertado ejército francés, y alzarnos con la victoria, pero en ese momento no teníamos más opción que acatar las órdenes de una retirada ordenada.

* * *

Aquel día más de once mil hombres, de ambos ejércitos, pasaron a formar parte de ese campo para siempre. Ya jamás volverían a ser enemigos, ni tampoco jamás regresarían a sus hogares.

No pasaron muchas semanas antes de que nuestro Virrey, a través de Maximiliano, Emperador de Alemania, y aliado nuestro, ordenase a los lansquenetes que quedaban volverse a casa. Ya sin lansquenetes, y

con nuestro ejército reorganizado, fue cosa fácil desquitarnos del sinsabor de Rávena, con una aplastante y definitiva victoria en Novara, que obligó a los franceses a volverse a su país por donde habían venido, y abandonando a nuestra suerte Génova, Milán, y todo el norte de Italia.

Pero todavía quedaba la cuestión de don Alfonso del Este, el Duque de Ferrara, quien, después de traicionar al Papa, uniéndose a los franceses, había tenido que volver a sus dominios en Ferrara, con el rabo entre las piernas, tras la derrota y posterior huida de sus amigos los franceses.

Poco antes, y a propuesta de mi capitán, don Alonso de Carvajal, el Virrey me había ascendido a alférez. Y con la tinta todavía fresca del nombramiento me enviaron a Ferrara, a fin de hacerle entrar en razón al Duque, en forma de un escarmiento, lo suficientemente convincente como para que se olvidase de futuros devaneos y escarceos políticos, al margen del santo parecer papal. Por aquel entonces la península italiana, carente de cualquier tipo de unidad política, se dividía en dos: el Sur, Nápoles, que era nuestro; y el Norte, dividido, a su vez, en una infinidad de ducados, reinos, señoríos, y toda suerte de disputas y trifulcas territoriales. De entre ellos destacaba, con luz propia, el Ducado de Ferrara. Sin duda la corte más refinada de toda Europa. Era como si sus milenarias canteras de mármol rosa, el más fino y codiciado del mundo, hubiesen acabado, con el transcurrir de los siglos, impregnando de elegancia y majestuosidad a toda esa rica comarca. Allí el duque había hecho de Ferrara una extraordinaria corte disputada por los mejores escritores y artistas: Ariosto, Petrarca, Bellini… Y hasta la misma esposa del Duque parecía haber sido escogida a propósito, como remate de un mundo perfecto diseñado al margen del mundo real: Lucrecia Borja (Borgia para los italianos).

Con todo ello, el tener que atacar las robustas paredes de la fortaleza de Ferrara, que se alzaban sobre el borde desnudo de la roca, alargando su silueta sobrecogedora, más que parecer una simple empresa bélica, daba la sensación de ser todo un acto salvaje de profanación artística. En todo caso, el rey y el Papa nos mandaban hasta allí a rendir la fortaleza, cosa que conseguimos por la vía rápida de hacer saltar sus muros por los aires, después de un meticuloso trabajo de excavar túneles hasta sus cimientos, y minarlos.

Mientras, por esas mismas fechas en las que cristianos españoles, cristianos franceses, y cristianos italianos nos dedicábamos a matarnos, animados a ello por un Papa más preocupado por la política y el poder que por predicar el Evangelio, un joven y desconocido fraile alemán se dedicaba a excavar, de forma también meticulosa, un túnel hasta los cimientos de la misma Iglesia, con la intención de minarla. Pero no con pólvora, sino con una nueva y fatal herejía.

* * *

Desde el puerto de Mesina, al sur de Nápoles, salían cinco galeras reales para Barcelona, y, por uno de esos azares del destino, me tocó embarcar nuevamente en la Jaime I, después de haberme licenciado de la compañía con un nuevo ascenso: capitán. Apenas había caído la noche cuando, después de un par de días de navegación, se empezaron a adivinar en el horizonte de una noche de luna llena unas extrañas luces de lo que, sin duda, no podía ser otra cosa sino la ciudad de Barcelona. Desde luego que no eran candelas de las que acostumbran a hacer los pescadores en la playa, ni linternas de las que alumbran las calles por la noche; más bien parecían fuegos de artificio o de artillería. No supimos a qué podía deberse, hasta que una hora más tarde desembarcamos en el Moll de la Fusta, y nos encontramos la ciudad despierta, en medio de unas fastuosas fiestas que se celebraban por todas las calles y plazas. Fue entonces cuando nos enteramos de que el Duque de Alba acababa de tomar Navarra, en nombre de nuestro Rey, Fernando el Católico, motivo por el cual la gente había salido a las calles a celebrarlo. Navarra era el último reino dividido —desde la invasión musulmana— que faltaba por reunificarse al resto de España, y allá por donde fuésemos todo eran bailes y celebraciones rebosantes de alegría, en los que no paraban de agasajarnos y vitorearnos todo tipo de personas: nobles y plebeyos, jóvenes y viejos… Todos los habitantes de la ciudad, y todos los catalanes en general, parecían electrizados de entusiasmo con las victorias de nuestro ejército en Navarra e Italia, lo cual no era de extrañar, pues después de dos siglos de plena decadencia para Cataluña, y en los que habían perdido todo su antiguo poder y prestigio, la reunificación de España, obrada por Isabel y Fernando, les había devuelto a los catalanes en menos de una década lo que los franceses les habían arrebatado en los últimos doscientos años, y el Rosellón, Córcega, Cerdeña, y Nápoles volvían a ser catalanes…, volvían a ser españoles. No es de extrañar que fuese precisamente a los catalanes a los que más les gustaba presumir de ser españoles, por encima de gallegos, andaluces o castellanos, y nunca jamás, como en Cataluña, he escuchado tantos gritos de “¡Viva España!”, como los que durante esos días no dejaban de retumbar a todas horas por las calles y plazas de Barcelona.

Permanecimos en la ciudad apenas un par de días, lo suficiente como para cumplir con los compromisos oficiales de rigor, mientras la Jaime I desestibaba las mercaderías de Nápoles, y arreglaba papeles con aduanas, tras lo cual, partimos de nuevo. Después de dos días de una soleada travesía sin casi perder la costa de vista, arribamos al puerto de Cartagena, que es donde la Jaime I tenía su puerto base, y desde donde nosotros debíamos seguir camino tierra adentro, en

dirección a Andalucía.

* * *

Don Alonso de Carvajal se encontraba ya mayor y cansado. Había dedicado los mejores años de su vida a servir en el ejército a cambio de renunciar a su vida, y creía llegado el momento oportuno de emplear su vejez en recuperar el tiempo perdido, no ya sólo administrando sus posesiones como Marqués de Jódar, o ejerciendo como Regidor de Baeza, sino también siendo un padre para sus dos hijas —hechas ya unas mujeres—, y un marido para su mujer, que medio en broma, medio en serio, decía que era viuda, pues para el caso le era lo mismo.

Hicimos el camino juntos hasta Baeza, sin apenas detenernos y aguantando como podíamos los rigores de un crudo invierno, atravesando valles y sierras, hasta que un temporal de nieve y viento nos sorprendió ascendiendo Sierra Mágina. Ese último tramo de nuestro camino fue el más duro, y durante una interminable jornada nos vimos atravesando sinuosos caminos, cada vez más angostos y empinados, acompañados solos por el sonido de los chasquidos de las ramas de los pinos al romperse bajo el peso de la nieve. Don Alonso quería, a toda costa, pasar las Navidades en su casa —se lo había prometido a su mujer—, y así fue como llegamos, la misma mañana en las que todas las mujeres de la casa se encontraban afanadas en la cocina, preparando toda suerte de caldos, carnes y pasteles para la cena de Nochebuena.

Miriam estaba radiante. Quizás fuese ese delantal de cocina lleno de lamparones de grasa y yema de huevo, o el discreto embadurnado de harina que le llegaba hasta las cejas lo que le daba ese mágico toque de naturalidad que tanto le favorecía. Nunca, hasta entonces, me había parecido tan guapa, ni tan desinhibida, pues sin el más mínimo pudor, y ante la presencia misma de sus padres, se echó sobre mí en un apretado y largo abrazo, que no se vio correspondido por mi parte.

–¡Qué alegría que estéis de vuelta, sanos y salvos! —dijo dándole un beso a su padre, mientras me tenía todavía fuertemente agarrado de la mano.

No se despegó de mí un solo momento el resto del día, y no pocas fueron las ocasiones —ahora me arrepiento—, en las que estuve a punto de caer rendido entre sus brazos, buscando desesperadamente sus labios, con la promesa, susurrada al oído, de quedarme allí con ella para siempre. Pero una fuerza en mi interior, todavía más egoísta que mi pasión carnal, me mantuvo firme hasta la esperada hora de la cena, cuando un nuevo nudo se me hizo en la garganta, al tener que revivir algo que no sólo me quedaba ya muy lejos, desde los alegres

años en Jerez, sino que hasta creía perdido para siempre: celebrar la Navidad en compañía de abuelos, padres, hijos, tíos, amigos…, cantando villancicos, comiendo turrones, brindando todos juntos… Sin duda, esos últimos años, vividos apenas sin alegrías, y con las penas de la muerte de mis familiares, la separación de mis hermanos y primos, el forzoso traslado a Sevilla, y la monotonía de un trabajo que odiaba… me habían endurecido el corazón. Era como si me hubiese hecho viejo de repente, sin tiempo a que me saliesen arrugas en la frente. Y resulta que una simple cena se había convertido para mí en toda una lucha interna en la que llegaba a cuestionarme lo que creía haber aprendido en mis últimos años. Por un lado, lo que quedaba del Álvar joven y jerezano estaba encantado de tener al alcance de la mano el pertenecer a esa nueva familia que, sin perder un ápice de señorío, rezumaba una envidiable y contagiosa alegría. Por otro lado, el nuevo Álvar sevillano, convertido prematuramente en un adulto calculador, lo que pretendía evitar a toda costa era precisamente eso: verse atrapado por esa contagiosa alegría, al punto de acabar quedándose en Baeza para siempre. Estaba claro que sólo había dos opciones: rendirme ante lo que me apetecía, y convertir mi vida en una tediosa y simple vida provinciana, o volver a Sevilla gritando a los cuatro vientos que era capitán, después de haber humillado a los franceses en Italia, y esperar que todo el mundo me admirase por ello.

A la cena siguieron los postres, y a los postres los brindis, y ya una vez que el vino —que, como dice la Biblia, alegra el corazón de los hombres— consiguió su mágico efecto de adormecer vergüenzas, de esas gargantas embravecidas empezaron a salir desafinadas canciones, a las que pronto acompañaron todas las mujeres bailando, contoneándose desde las caderas hasta el último extremo de los dedos, con la misma gracia que si de música de verdad se tratase. Así transcurrió una larga velada, sin dejar de observarnos Miriam y yo con disimulo, desviando rápidamente la mirada cada vez que nos descubríamos el uno al otro, hasta que al final, como siempre, la noche y el cansancio vencieron a esas gargantas y a esas caderas, y por orden cronológico de edades cada uno se fue retirando a sus respectivas casas o aposentos. Mañana sería otro día, y un nuevo año, lleno de ilusiones.

Y como quiera que Miriam y yo éramos los más jóvenes, acabamos quedándonos solos, en medio de un embarazoso silencio, apenas roto por el chisporroteo de la lumbre, hasta que Miriam, arrellanándose en su asiento, y después un largo suspiro, dijo, mientras miraba hacia el techo:

–¡Por Dios, Álvar! ¿En qué estás pensando? ¿Dónde tienes la cabeza?

–No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

–Pues quiero decir que hace ya años que nos prometimos, y que he renunciado a muchos pretendientes por esperarte. Quiero decir que mi padre te adora, y que está deseando que nos casemos ya de una vez. Él necesita un yerno que le dé nietos que aseguren su descendencia, y que algún día administre sus señoríos. Pero si quieres, si Baeza no es suficiente para ti, o te agobia y necesitas algo más grande, como Sevilla, aun a costa de ser un simple encargado de los Medina Sidonia, me iré allí contigo. Estoy dispuesta a renunciar a las comodidades que aquí podríamos tener.

–Miriam, tengo solo veinte años, y un provenir por delante que labrarme, antes de dedicarme a vivir de las rentas de tu padre.

Miriam deslizó su mirada hacia la pared, suspiró, y me contestó con una voz entrecortada:

–Trabajar para mi padre no es vivir de las rentas. ¿Por qué trabajar para los Medina Sidonia en Sevilla es sin duda algo distinguido, y sin embargo el mismo trabajo en un pueblo como Baeza, y para mi padre no te parece noble? ¿No será que soy yo la que no te parece digna?

–No es eso, Miriam, tú lo sabes…

Volvió de nuevo la cara hacia mí, tras secarse un par de minúsculas lágrimas que resbalaban por sus mejillas, y concluyó con dulzura, después de un largo suspiro:

–Yo lo único que sé es que mañana te vuelves a Sevilla, y te pido que antes me digas algo. De lo contrario, tendré que entender por terminada nuestra relación, y con total libertad para decidir lo que vaya a hacer. Como te he dicho, otros hombres me han propuesto relaciones.

–No quieres entenderme, Miriam… —le dije, sin atreverme a mirarla, mientras le daba la espalda y me dirigía a mi cámara a grandes zancadas, sin querer volver la vista atrás.

Un agridulce sentimiento me acompañó esa noche a la cama, como envolviéndome en medio de una rara mezcolanza entre remordimientos y una cierta sensación de liberación. Antes de acostarme había dejado ya todo preparado para mi partida, dormí unas pocas horas, y antes del alba abandoné Baeza sin despedirme de nadie, ni volver la vista atrás. Sabía que estaba actuando como un canalla, tanto con el bueno de don Alonso, como con Miriam, pero aún así en mí había vencido la firme decisión de llegar a ser alguien importante en esa fastuosa Sevilla, que por aquellos años comenzaba a brillar con el fulgor del oro de las Indias.

* * *

Apenas unos días más tarde llegué a Sevilla, todavía en la primera semana de ese recién estrenado 1513. Fue medio muerto de frío, y con la humedad calada hasta los huesos, pero deseando que se enterase la

ciudad entera de que era capitán. Una alegría e ilusión que me duró poco; justo el tiempo que tardé en ir desde la Puerta del Alcázar, por donde entré, hasta casa de tía Beatriz. Una vez allí, tuve que insistir un buen rato, aporreando el portalón con su vieja y desgastada aldaba de bronce en forma de cabeza de dragón, hasta que un cansado y jadeante "¡ya vaaa!" me hizo intuir que algo no iba bien. A través de la puerta se percibían unos pies que cansadamente se acercaban arrastrándose, hasta detenerse ante el torpe y lento descorrer del cerrojo. Todo ello no hizo más que aumentar mi inquietud, ante la evidencia de que tía Beatriz se encontraba sola y con una notable pérdida de facultades. Y cuando finalmente apareció tía Beatriz, fue en versión color de cera, ligera e ingrávida, como un fantasma, que se deslizó hasta mí sin decir una palabra, hasta que consiguió coger el aliento suficiente para decirme, sencillamente: "Tu hermana Violante ha muerto".

Hacía ya cuatro años que no veía a mi hermana. Justo desde que nos despedimos por última vez en Jerez, después de su boda con mi amigo Juan Riquelme, y poco antes de irme a vivir a Sevilla. Cartas y recados con promesas de visita no faltaron en todo ese tiempo. Pero nada más. Precisamente ese nada más que ahora echaba tanto de menos. El caso es que apenas hacía un par de días que la habían enterrado, y, por eso, tanto mi hermana la Moza, como el resto de mis primos, estaban ya en Jerez, adonde habían acudido corriendo nada más enterarse de la fatal noticia. Dejé el petate en mi cámara, bajé a la cocina, donde devoré lo primero que encontré en la alacena, y salí aceleradamente en dirección al Arenal —después de darle un beso a tía Beatriz—, esperando encontrar todavía algún barco despistado que bajase hasta Sanlúcar. Todos los barcos habían salido con la primera pleamar, como era normal, menos una apestosa barcaza a la que no le había dado tiempo a completar su carga, y en la que embarqué entrada la madrugada a cambio de cuatro reales, el doble de lo que me hubiese bastado vistiendo como un labriego, en lugar de lucir mis galas de capitán.

Era una de esas noches claras, en las que las tranquilas aguas del río se dejan acariciar por el reflejo de la luna. No había la más mínima brizna de viento, ni a favor, ni en contra nuestra, lo que hacía que la barcaza se dejase llevar trémulamente por la corriente, río abajo, sin que de su proa llegase a saltar siquiera la más mínima gota de agua. Me agencié, como pude, un mullido y calentito hueco entre los sacos de grano, al amparo del relente húmedo de la noche ribereña, y donde poder echarme a ordenar un poco mis pensamientos, rebuscando entre ellos los mejores recuerdos de mi hermana. Pero al cabo, ya medio dormitando, la ronca voz del piloto me retornó al mundo de los mortales.

–¿No se habrá equivocado vuestra merced de barco? ¡Esto es una barcaza de carga, no una galera real! —dijo después de echar una sonora y forzada carcajada.

–¡Ah, muchas gracias por avisarme! No me había dado cuenta; como me habían cobrado lo mismo que en una galera… Supongo, entonces, que no tendrá usted inconveniente, buen hombre, en devolverme los dos reales de diferencia…

El piloto era uno de esos hombres a los que les gustaría ser graciosos, y que hasta puede que se lo crean, pero que no lo son. Así que, sin saber qué responderme, titubeó un momento, carraspeó, y escupió entre dientes, al tiempo que se daba media vuelta. Y yo me alegré enormemente de que no me devolviese los dos reales, porque entonces, con toda seguridad, habría tenido que aguantar su pedorrea el resto de la noche.

A la mañana siguiente, nada más llegar a Sanlúcar, desayuné corriendo en una tasca del puerto, arrendé allí mismo una vieja yegua, y para el toque al Ángelus ya estaba entrando en Jerez. Enfilé directo, sin detenerme, hacia el Palacio de Los Riquelme, frente a la Plaza del Mercado, donde todavía colgaban de sus balcones los crepones negros del luto.

–El señor don Juan no se encuentra —me respondió el chambelán que me abrió la puerta, mientras los lacayos de palacio se afanaban por poner orden, en un intento de hacer volver a la normalidad a lo que hasta entonces había sido un velatorio y funeral de varios días, con su correspondiente e interminable trasiego de condolencias.

No había nadie conocido en la casa. Mi hermana la Moza, y mis primos de Sevilla habían partido de vuelta horas antes de que yo llegase, y tanto mi cuñado, como el resto de hermanos y primos afincados en Jerez, habían retornado a sus habituales ocupaciones. Al fin y al cabo, la vida tiene que seguir. Así que esa mañana, solo y sin otra cosa que hacer, más que ver a esos lacayos limpiando, estuve por salir a dar una vuelta, pero al final, y después de pensármelo dos veces, opté por quedarme en el palacio esperando el regreso de Juan. No estaba bien salir por ahí a la calle, saludando y hablando con el primero que te encontrases, sin haberle dado todavía el pésame al desconsolado marido, que además resulta que era tu cuñado. Finalmente, ya caída la tarde, llegó mi buen amigo Juan. Nos abrazamos, nos dimos mutuamente el pésame, echamos un par de lagrimones, y nos sentamos a contarnos lo que había sido de nuestras vidas en esos últimos años en los que, sin vernos, nos habíamos hecho mayores.

Todavía me quedé una semana en la ciudad, alojado en el Palacio de los Riquelme. Aproveché para rezar, tanto ante la tumba de mi hermana —en compañía de Juan—, como ante la tumba de nuestros

padres —en compañía de mis hermanos—. Intenté, también, rebuscar por la ciudad y sus alrededores, esos rincones mágicos de la infancia, asociados siempre a los recuerdos de esos momentos inolvidables en los que uno ha sido feliz, y a los que te agarras muchas veces después en la vida, precisamente cuando lo pasas mal. Pero ya no estaban, se habían desvanecido, porque habían perdido su magia, y era como si de repente Jerez se hubiese convertido en una ciudad extraña para mí. Como si allí ya no pintase nada, y eso terminó haciendo que una extraña melancolía me invadiese hasta hacerme jurar a mi mismo que jamás volvería. Está claro; los recuerdos hay que dejarlos donde están; en el pasado. Allí es donde existen, y si intentas hacerlos presente, entonces se desvanecen y dejan de existir, los matas. Es lo mismo que le pasó a la mujer de Lot, que se paró, apenas in instante, para darse media vuelta y recordar Sodoma por última vez, pero solo consiguió quedarse ahí para siempre, convertida en una estatua de sal.

Y, por si fuera poco, en esos días no sólo fue el pasado lo que había dejado de existir para mí, sino que casi también le ocurría lo mismo al presente. Con la noticia del fallecimiento de mi hermana, ni me había preocupado en lo más mínimo por mi trabajo en casa de los Medina Sidonia; sin embargo, las malas noticias —no así las buenas— corren como reguero de pólvora, y pronto me enteré de que don Enrique había fallecido, y un nuevo Duque, su hermano don Alonso, ocupaba su lugar. Urgía volver cuanto antes a Sevilla, y recuperar el tiempo perdido. ¿Habría todavía un hueco para mí, o ya me habrían olvidado, y mi puesto lo ocuparía ahora un nuevo paniaguado?

Don Enrique había dejado este mundo sin descendencia, por lo que automáticamente el título hubo de pasar a su hermano don Alonso Pérez de Guzmán y Zúñiga, casado con doña Ana de Aragón y Guerrea, nada menos que una nieta del mismísimo rey don Fernando el Católico. Tuve la suerte de llegar a tiempo, pues, nada más llegar, fui recibido y confirmado como paje del nuevo duque. Ya desde un principio, me pareció un mentecato, y pronto descubrí —era su camarero— que además era impotente y falto de seso, al punto de no saber hacer letra ni firma, ni otra habilidad alguna. Así que con el tiempo hubo de ser declarado por los tribunales como incapaz, y ceder el título a su otro hermano don Juan Alonso Pérez de Guzmán y Zúñiga, quien, ya de camino, también aprovechó para casarse con la esposa de éste, doña Ana —una vez también anulado el matrimonio—. El nuevo Duque, don Juan, sin duda, había heredado la brillantez y el valor que la fortuna parecía haber negado a sus dos hermanos mayores, y vivió muchos años, en los que la Casa Ducal recobró su nombre, ganándose de nuevo la confianza de la Corona, en los muchos años y servicios que le prestó, y de los cuales yo fui testigo.

* * *

Pocos días después de reincorporarme a mi antiguo trabajo, y de establecerme de nuevo en casa de tía Beatriz, me encaminé al Palacio de los Duques de Medinaceli. Don Alonso de Carvajal, una vez decidido a quedarse en Baeza, me había pedido que le llevase en mano una carta a su amigo el Duque, don Juan de la Cerda, cosa que no había querido hacer antes por no levantar suspicacias antes de mi reincorporación, pues las dos grandes casas de Sevilla —Medina Sidonia y Medinaceli— se llevaban bastante mal.

Los Duques de Medinaceli vivían en un palacio nuevo, conocido como la Casa de Pilatos, cerca de la Puerta de Carmona, y lindando con la iglesia de San Esteban. De estilo mudéjar, con sus características taraceas, y mosaicos alicatados, hacía alarde de una belleza y un lujo que contrastaba fuertemente con la sencillez y frialdad ornamental de los interiores góticos castellanos. En esos palacios de Andalucía, el arte de los vencidos parecía haber triunfado finalmente sobre el de los vencedores.

En la misma puerta, un sirviente que se encontraba descargando los fardos de una acémila se prestó a presentarme ante el duque. Entramos en el palacio, atravesamos el patio, donde un buen grupo de quinceañeras animaban la mañana cantando y batiendo palmas, y después de subir la escalinata, me encontraba ante un gran salón, donde un chambelán me pidió que esperase.

Apenas pasaron unos minutos, cuando se escuchó el quejido herrumbroso de la puerta y aparecer al duque.

–¡Álvar, qué alegría verte! ¡Estás hecho todo un hombre! —dijo mientras me abrazaba, sin saber yo qué hacer, ni imaginarme que se acordaba de mí.

–Así que vienes de darles un buen escarmiento a esos pretenciosos gabachos. ¡Muy bien! —añadió de nuevo.

–Álvar, siéntate aquí. Francisco, trae vino y algo de la cocina —nos ordenó a mí y al sirviente, mientras rasgaba el sobre con un dedo.

Permanecí callado, sin saber qué decir, mientras el duque leía la carta, y compulsivamente se llevaba la copa de vino a los labios. En una de esas, la apuró de un solo sorbo, carraspeó nervioso, y después de guardar silencio por unos instantes, me miró diciendo:

–Nuestro buen amigo don Alonso de Carvajal se despide. Me dice que se retira a Baeza, y aprovecha para pedirme que te recomiende ante el rey. Enhorabuena, sin duda te aprecia mucho. Y yo también, es algo que haré gustoso —añadió sonriéndome don Juan.

Esas palabras del Duque retumbaron en mi interior con toda la fuerza del peso de la conciencia. Creo que hasta hubiese preferido que me escupiesen a la cara por canalla, en lugar de perdonarme y olvidar mi afrenta con ese acto de elegancia. No me merecía que don Alonso de Carvajal fuese tan bueno conmigo, y menos en un mundo donde los

favores no se dan gratis, sino a cambio de intereses y prebendas, y entonces me recordó a ese otro caballero que era mi padre, y me prometí a mi mismo intentar ser como ellos por el resto de mis días.

Concluido el aperitivo, y una entrañable tertulia, salí del palacio completamente eufórico, bajando las escaleras de dos en dos, sin parar de repetirme a mí mismo: “¡Recomendado ante el rey! ¡Recomendado ante el rey!”. Ya en el patio, y antes de salir a la calle, me topé con una pareja de chicas, de las que había visto antes al entrar, que se habían arrancado a bailar al son de las palmas y canciones de sus amigas. Embriagado de alegría, decidí seguirles la gracia, así que me incliné cortésmente ante ellas, y alargué mi brazo solicitando pareja. Se miraron entre sí, al tiempo que intentaban reprimir sus risitas tapándose la boca con la palma de la mano, hasta que una de ellas apoyó suavemente sus dedos sobre los míos. Fue entonces, al levantar de nuevo la cabeza —mientras con la otra mano ceñía su cintura—, cuando me quedé petrificado al ver esos impresionantes ojos vivos, rasgados, que me miraban fijamente a un palmo de la cara.

Y de repente yo, todo un héroe de guerra que había pretendido hacerse el gracioso ante unas simples colegialas, me veía sin saber qué hacer, seguramente colorado y con cara de imbécil, paralizado y con las piernas temblando, como si tuviese en el gaznate la daga de un lansquenete.

–¿Vas a bailar, o es que no sabes? —me reprendió con una voz suave e impasible.

Sin ser capaz de articular palabra, le sonreí al tiempo que empecé a marcar los primeros pasos, intentando no perder de vista a mi pareja, a fin de tratar de recordar, y en su caso improvisar, los siguientes movimientos. Siempre sin dejar de menearme de un lado a otro, intentando hacer creer que lo mío era todo un estilo personal, y no más bien, como en verdad ocurría, que me había quedado en blanco y no sabía cómo seguir. Lo peor era que la niña se desenvolvía con una gracilidad, y un arte, que parecía que no había hecho otra cosa en la vida sino ensayar cada uno de esos precisos movimientos, ejecutados simplemente a la perfección. Hasta que, ¡por fin!, y después de dos o tres angustiosos minutos, que juro se me hicieron eternos, sus amigas dejaron de cantar y empezaron a aplaudir, dando por terminado el baile.

Me incliné de nuevo, con ademán de despedida, al tiempo que me descubría alzando mi chambergo de fieltro marrón, rematado por una pluma de pavo todavía más grande que el mismo sombrero. Por un instante no quise levantar la cabeza, por miedo a encontrarme de nuevo con esos ojos. Pero me armé de valor, y alcé de nuevo la mirada, deseando salir corriendo. Pero lo que me encontré, me dejó todavía más abatido: una cálida y cariñosa sonrisa, tan majestuosa

como un arco iris al revés, que todavía no acierto a comprender cómo demonios podía salir de esa boquita tan pequeña, con esos labios encarnados tan delgados. Debía de ser cosa de magia o un hechizo, así que, sin mediar palabra, salí a grandes zancadas, casi en volandas, a respirar aire fresco a la calle.

Esa mañana todavía me quedaban un par de gestiones por resolver, pero, sin pensármelo dos veces, me di por excusado el resto del día, y me fui, completamente absorto, caminando hasta El Arenal. Allí, tendido sobre la arena, a la sombra de una galera varada, respiré hondo esa suave brisa húmeda que acompaña siempre al río, fuertemente impregnada de olor a pescado y brea. Intenté ordenar mis pensamientos, pero no hubo forma. No sabía si esa tal Victoria —así se llamaba la niña— era un ángel del que me había enamorado perdidamente, o simplemente una vulgar colegiala, ante la que había quedado como un imbécil.

V. El mundo está revuelto

1521–1525

A veces nos puede parecer que la rutina nos va carcomiendo la vida, quitándole su gusto y sabor. Quizás fuese eso lo que me pasó a lo largo de los ocho años que pasé al servicio de los Medina Sidonia, después de volver de Italia. Los primeros años seguí empleado como paje de don Alonso sin poder en ese tiempo aspirar a otra cosa que no fuese conservar el puesto, pues, siendo el Duque un inútil, estaba en manos de su cuñado, quien supo aprovecharse de su retraso mental para mangonearle y expoliarle a su antojo. Ese tiempo fue como un ir escapándoseme la vida de las manos, siempre con la misma e idéntica monotonía, machacando mis ilusiones con un melancólico golpeteo. Estuve tentado de abandonar la Casa Ducal, y no perdía ocasión de acudir a la Casa de Contratación, o a la Plaza de la Catedral, cada vez que se tenía conocimiento de que partían expediciones a las Indias, o se convocaba a la formación de compañías para Italia. Miles fueron las oportunidades que tuve de alistarme en cualquiera de ellas, pero siempre como simple soldado bisoño, como cabo, y hasta una vez como alférez, pero ni una sola como capitán. Fue pasando el tiempo, y con él parecían también desvanecerse mis aspiraciones.

Pero un día, ya aburrido de todo, amaneció con un revuelo de alguaciles, magistrados y escribanos que irrumpieron en el palacio registrando todo, levantando actas, haciendo inventarios, tomándonos declaración a los empleados… Resulta que, finalmente, don Alonso había sido incapacitado por los Tribunales, y, antes de que se hiciese cargo de la administración el nuevo duque, su hermano don Juan, había que dejarlo todo claro y anotado en papeles, como no podía ser de otra forma en una España donde hasta el mismo rey, siendo el hombre más poderoso del mundo, no podía siquiera rascarse la higa sin antes tener en cuenta el protocolo al respecto, la opinión del Consejo Real, la aprobación de las Cortes, y el acta de un escribano, dando fe de tan portentoso acontecimiento para la posteridad. Resueltas y cumplimentadas todas las disposiciones legales y judiciales

de rigor, don Juan tomó cargo de su puesto, y no tardamos mucho en comprobar que éste era un hombre, sin duda, doblemente dotado de las virtudes de buen gobierno que han de caracterizar a un duque; las que le correspondían de propio, más aquellas otras tantas de las que había carecido su hermano. Con él pronto empezaron a cambiar las cosas para mí, pues a los pocos meses, y en consideración a mi edad, años de servicio en la Casa, y sobre todo a mi rango de capitán, fui ascendido a camarero personal, que venía a ser, más o menos, como el criado de íntima confianza. No mucho más tarde se me hizo caballero, para lo cual me donó nada menos que 15.000 maravedíes, cantidad suficientemente generosa como para poder dotarme del armamento digno de un caballero al servicio de tan noble señor. Y, por último, ya como camarero personal y caballero, tuve también el honor de ser enviado en unas cuantas ocasiones a la Corte, representando a la Casa Ducal en asuntos de menor importancia.

Quizás fuese ese cambio tan radical, y en tan poco espacio de tiempo, lo que me convirtió en un imbécil. Es decir; ese tipo de individuos que se consideran a sí mismos como uno de los hombres más listos y audaces del mundo entero, y que creen que todo lo bueno que les pasa en la vida les corresponde por merecimiento propio, como si no tuviesen por ello que dar gracias ni a Dios en los Cielos, ni a hombre alguno en la tierra. Hoy, al cabo de los años, veo que la vida no es así, y rezo por toda aquella gente que deja este mundo sin haber intentado dejar más de lo que ha recibido, pues se van a encontrar en la otra vida con que van a recibir menos de lo que han dejado. Pero, bueno, veo que vuelvo a salirme del relato, y el caso es que este viejo fraile, que ahora viste con un áspero hábito de lana sin devastar, por aquel entonces no se contentaba con menos de gastar sus buenos ducados de oro y maravedís de plata en vestir con elegancia y primor, a base de camisas de Holanda y Ruán, fajas de terciopelo, medias de seda, y botas de piel de vaca. Todo mi afán se había mudado en vestir a la guisa de los hidalgos, ser considerado como uno más en las tabernas más distinguidas, y contarme entre los invitados a las grandes fiestas de la ciudad de Sevilla. A eso había terminado reduciéndose todo el universo en el que giraba mi vida y existencia en esos años. No dejaba de ser una ironía del destino que yo, el mismo que no muchos años antes se angustiaba con la estrechez de miras de esa sociedad sevillana, hueca y vacía, andando el tiempo, había llegado a convertirme en un hidalgo más, de los muchos que deambulaban por la ciudad, y a los que tanto había criticado.

* * *

Sin embargo, en esos mismos años, ese otro mundo que había fuera de Sevilla, y de sus huecas fiestas y vanidades, estaba cambiando. Los

acontecimientos se sucedían con una vertiginosa rapidez, nunca hasta entonces vista en la historia. Toda una forma de entender la vida se estaba tambaleando, y era obvio que a partir de entonces el mundo que habíamos conocido ya nunca volvería a ser el mismo.

Nuestra providencial y santa reina, doña Isabel, había muerto, y pocos años más tarde le acompañó a la otra vida —espero que también al Cielo—, nuestro brillante y astuto rey, don Fernando. Con ellos pasaba a la historia la vieja dinastía castellano–aragonesa de los Trastámara, dando paso a una nueva casa, venida del extranjero, la de los Habsburgo. Todavía durante unos meses, tuvimos al cardenal Cisneros como regente, hasta que a principios de 1517 desembarcó en Santander, proveniente de Flandes, un inexperto y adolescente rey —Carlos I—, rodeado de una toda camarilla de favoritos, todos ellos también forasteros que, sin saber ninguno una sola palabra en castellano, pretendían hacerse, de la noche a la mañana, con el reino más antiguo de Europa, fundado nada menos que por los mismos emperadores de Roma, y salvado tras ocho siglos de lucha contra los moros.

Todo ello hacía que el futuro pareciese incierto, y esta nueva corte de prepotentes extranjeros no tardó en despertar el descontento generalizado de toda la nación. De una parte, estaban nuestras clases más humildes, que, aún en muchas ocasiones desposeídas de bienes y hasta vistiendo andrajos, no por ello carecían de ese tan característico orgullo castellano que les hacía preferir el morir de hambre o frío, antes que ser gobernados o humillados por extranjeros. Igualmente, y aunque por motivos bien distintos, también se oponía al nuevo monarca buena parte de la nobleza y la burguesía, quienes, ya en tiempos de los Reyes Católicos, habían perdido sus viejos privilegios feudales y concesiones mercantiles a favor del Estado, y ahora, en una posible revuelta contra el rey, veían la mejor ocasión de recuperarlos.

Este descontento fue aumentando, sobre todo a partir de 1519, fecha en la que nuestro rey heredó el título de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, con el nombre de Carlos V. Ello supuso que, junto con su magnífica Corte, abandonase España rumbo a Aquisgrán, donde sería coronado. El miedo a que no volviese el rey, y ser gobernados por extranjeros desde el extranjero, sumado a que esos viajes y asuntos europeos, completamente ajenos a nuestros intereses de por aquel entonces, se sufragaban con la plata de las siempre pobres y maltrechas arcas de Castilla, hizo que finalmente en 1520, parte de la nobleza, apoyada por la burguesía de los municipios —o "Comunas" como también se los conocía— llamasen al levantamiento general contra el rey, proponiendo a la demente doña Juana como reina títere, quien, fuera de su juicio e incapaz de gobernarse a sí misma, sería fácil de doblegar ante sus ansias de poder.

* * *

La revuelta, que pronto se conoció como “Movimiento de los Comuneros”, me sorprendió como una bocanada de aire fresco en medio de mi aburrida vida de hidalgo sevillano. “¡Por fin algo interesante pasa!”, me decía inconscientemente a mí mismo, sin saber siquiera hasta qué punto ello podía ser bueno o malo, o al menos quién tenía razón; si los comuneros, o el rey. Las primeras noticias llegaban a la ciudad de forma bastante confusa, y muchas veces contradictorias, pues todos los acontecimientos habían empezado a tener lugar en las viejas ciudades de Castilla, de las que Sevilla distaba muchas jornadas. Se respiraba un enorme revuelo e inquietud, al tiempo que casi nadie nos atrevíamos a manifestar, de forma pública y clara, nuestras ideas o preferencias al respecto. Entre otras cosas, porque tampoco sabíamos exactamente lo que estaba pasando.

Una de esas mañanas, don Juan nos citó a todos los hombres que estábamos a su servicio, sin distinción de clase u oficio, ya fuésemos caballeros o lacayos, ante la plaza de su palacio. Durante más de media hora permanecimos todos de pie, esperando al Duque, agrupados en corrillos de amigos, y sin parar de hacer conjeturas, cábalas, y hasta chistes sobre cuál podía ser el asunto por el que se nos había requerido de forma tan urgente como inesperada.

De repente, don Juan apareció en el balcón central del primer piso, luciendo una impresionante y flamante armadura de parada, cruzada por un vistoso tahalí rojo de franela, del que pendía su espada. En ese momento, un silencio absoluto se apoderó de la plaza, y hasta las mismas palomas y gorriones parecieron enmudecer. Nunca antes habíamos visto al Duque luciendo sus galas de Maestre de Campo, y esa primera vez que lo veíamos de tal guisa vestido bastó para que un escalofrío nos sacudiese a todos, sabiendo que nos iba a hablar de guerra. Ya solo nos quedaba escuchar su arenga, para saber a favor de qué bando íbamos a arriesgar nuestras vidas y fortunas.

–Queridos amigos, hoy aquí todos somos españoles. Hoy da igual nuestra cuna o fortuna, y lo único que interesa es que todos somos uno en nuestras obligaciones ante nuestra Santa Fe, y nuestra amada España.

”La historia nos ha enseñado que, cuando nuestro pueblo se ha dejado llevar por sus más bajos instintos de envidias y partidismos, no hemos hallado en ello otra cosa que revueltas, sediciones y guerras civiles que nos han desangrado, arruinando a veces por generaciones nuestras ciudades y campos. Y también todos sabemos hoy, después de andar juntos como nación desde hace más de mil años, que la grandeza de España siempre ha ido unida a nuestra virtud principal; La de la fidelidad a Roma. Por fidelidad a Roma engrandecimos el Imperio dándole nuestros mejores hombres: Séneca, Columela,

Trajano, Adriano, Teodosio… Acabamos con la herejía arriana en Nicea y convertimos a los visigodos, defendimos Europa de la amenaza mahometana, redescubrimos en nuestra Escuela de Traductores de Toledo a los grandes autores de la cultura clásica… Por fidelidad a Roma, estamos llevando hoy la civilización a nuevos mundos…

”Y esa fidelidad de la que os estoy hablando, y que nos hace grandes, no es una virtud que obligue solo cuando apetece, sino siempre. Al Papa, a la esposa, y al rey se le ha de guardar fidelidad cuando cuesta y cuando no cuesta. Cuando tienen razón, y cuando no. Cuando están lúcidos, y cuando chochean. Cuando nos parecen justos, y cuando nos agravian. En ello está el mérito y la virtud, y no en simplemente cuando le place a la higa.

”Hoy Dios ha querido que don Carlos sume a su título de Rey de España el de Emperador de Roma, y por eso estamos obligados doblemente a serle fieles. Y si así nos conducimos en esta jornada; tened por seguro que Dios nos lo premiará con creces, tanto en esta vida, como en la eterna, y que la historia nos juzgará como los héroes que forjaron un imperio, y no como los mezquinos que lo echaron a perder.

”Podemos luchar de parte de nuestro legítimo rey, o del lado de quienes no ven más allá de sus mundanos intereses.

”Quien esté de acuerdo conmigo puede alistarse en la compañía que la Casa Ducal está formando. En todo caso, dejo la decisión en la conciencia de cada uno de ustedes”.

Terminada la arenga del duque, buena parte de los hombres se fue agrupando en corrillos y poco a poco abandonaban la plaza cabizbajos y entre cavilaciones. Apenas se había visto alejarse a los últimos, cuando se oyó rechinar el enorme portalón tachonado del palacio, y los pocos hombres que allí habíamos quedado, impasibles de pie, y en medio de una plaza prácticamente vacía, nos dispusimos a entrar en el zaguán. Allí en medio, un secretario había improvisado una mesa con un montón de hojas en blanco, un tintero, y una enorme pluma de ganso con la que apuntaba el nombre, oficio, y paga de cada uno, a medida que se alistaba.

Había llegado ya mi turno, y me encontraba ante el secretario, a punto de darle mi nombre, como uno más, cuando se me acercó un chambelán del Duque;

–Don Juan os llama a su despacho —me susurró al oído.

Subí de dos zancadas las escaleras hasta la primera planta, y entré al escritorio sin acordarme de llamar a la puerta.

–¡Por fin ha llegado vuestra oportunidad! —me dijo don Juan sin levantar la mirada, y mientras atendía unos papeles en su bargueño.

–¡A vuestras órdenes, para lo que mandéis! —respondí

mecánicamente, sin obtener más respuesta que el sonido de una enorme pluma de ganso al rasgar el rudo papel.

–Aquí tenéis vuestra conduta de capitán —dijo por fin don Juan—. Por ella os autorizo, en nombre del Rey, a formar compañía para reconquistar el Alcázar, que ha caído en manos del traidor don Jorge de Portugal. Tenéis que actuar con prontitud, antes de que se hagan más fuertes, y peligre Sevilla entera. Yo, por mi parte, he de partir a la recluta de un ejército con el que estabilizar la situación en Andalucía —concluyó con cierto tono de orgullo.

A veces, las cosas aparentemente sencillas y fáciles cuestan muchísimo. Y otras veces, lo que nos parece casi como imposible acaba saliendo solo adelante, y casi sin esfuerzo. Algo parecido a esto último es lo que me ocurrió con la toma del Alcázar, y casi debería decir que el mérito ni siquiera fue mío, pues tuve la suerte de que el canónigo de la Catedral nos dirigió por un pasadizo, de época mora, que comunicaba los antiguos sótanos del templo con el alcantarillado del Alcázar, y por donde pude fácilmente y sin peligro pasar la compañía entera al interior de la fortaleza enemiga. Sin tiempo todavía a organizarse militarmente, y completamente desconcertados por nuestra mágica aparición donde menos lo esperaban, la toma del Alcázar no dejó de ser una escaramuza de pasillos en la que ya los dos primeros muertos bastaron para acabar con cualquier ánimo de resistencia.

Cumplida la misión del Alcázar, se me asignó la custodia de la Puerta del Osario, la más importante estratégicamente en esos momentos, por ser la que daba al norte de la ciudad, y por donde temíamos que pudiesen entrar nuestros enemigos. Allí permanecí hasta que, una vez estabilizada la situación, y reducidos los comuneros a las viejas ciudades de Castilla, se me requirió como mensajero de los despachos que la Casa Ducal mantenía con el Cardenal Adriano, regente de España. Y fue allí, en Toledo, después de despachar con el Cardenal, y saliendo de vuelta a Sevilla, cuando se nos movilizó a mis hombres y a mí para formar parte del ejército que, con el Emperador a la cabeza, se preparaba para acabar con los últimos focos de resistencia. Tomamos Tordesillas, y el veintitrés de abril acabamos definitivamente con ellos en la batalla que hubo en Villalar, donde no solamente fueron vencidos, sino deshechos, aplastados, aniquilados.

Un fracaso, un desastre, pudieron pensar muchos por aquellos días viendo todavía las cabezas de los caudillos del movimiento, Bravo, Padilla, y Maldonado, enclavadas en el cadalso, descomponiéndose al sol. Sin embargo, la verdad es que pasarán años y siglos antes de seamos capaces de agradecer a esos hombres lo que hicieron posible. Es increíble ver cómo Dios juega con la historia, haciendo siempre que

todo lo que parecía malo, acabe mudándose en bueno. Es como uno de esos magos de las ferias que hacen desaparecer ante tus narices un mugriento pañuelo en el interior de un sombrero vacío, le dan media vuelta, y sale un precioso pichón. Algo parecido acabó ocurriendo con la revuelta de los Comuneros, pues, si esos hombres, convencidos de que lo que hacían era recto, no se hubiesen sublevado contra el Rey, quizás jamás hubiese regresado a España y, con toda seguridad, España hubiese sido una provincia más, gobernada desde Alemania. Y quizás también el Rey hubiese terminado contagiándose de la nueva herejía protestante de esas tierras, y desde luego que no le habría dado importancia alguna ni a la conquista de las Indias, ni al problema turco en el Mediterráneo. Sin embargo, el Emperador se vio obligado a regresar a España y, una vez vencidos los comuneros, despachó a sus consejeros extranjeros, sustituyéndolos por españoles, dejó de hablar francés y aprendió español, restableció los fueros de ciudades y villas, volvió a gobernar mediante Cortes y procuradores elegidos por el pueblo, trocó el lujo borgoñón por la austeridad castellana, y acabó siendo más español que nadie. ¿Y no era, acaso, eso mismo lo que pretendían los vencidos?

* * *

Los Comuneros habían sido derrotados, pero fuera de retornar los hombres a sus hogares y celebrar la paz, tuvimos que disponernos para ir nuevamente para la guerra, pues los franceses, con villana cobardía y sin el más mínimo agravio por nuestra parte, se habían aprovechado de nuestra precaria situación interna con los Comuneros, para atravesar los Pirineos, tomar Pamplona y sitiar Logroño. Ciertamente, no había otra razón alguna para ello que no fuese ese triste homenaje que la inferioridad le tributa al mérito, y que se conoce más vulgarmente como envidia.

En momentos delicados como esos, es donde se aprecia el temple de los grandes hombres, y desde luego que nuestro emperador demostró en esas jornadas estar a la altura del título que acababa de recibir. No ordenó, en contra del parecer de muchos viejos generales, partir aceleradamente a vengar la afrenta recibida. Eso era, sin duda, lo que esperaban los franceses; que saliésemos corriendo a contraatacar, sin tiempo de organizar nada como Dios manda, y así derrotarnos fácilmente. Por el contrario, las órdenes fueron dejar que el tiempo corriese a nuestro favor, dejando que los franceses se desgastasen por días en un territorio que les era hostil y enemigo, mientras nosotros aprovechábamos en reunir un magnífico ejército, bien pertrechado y armado hasta los dientes, con el que infringirles una segura y aplastante derrota, tanto en venganza por la injusta afrenta recibida, como escarmiento para el futuro.

Así las cosas, se me ordenó partir con mis hombres hacía las Vascongadas, a fin de unirnos allí a otras compañías que se estaban movilizando. Salí de Villalar en compañía de un nuevo amigo, Juan de Urbieta, uno de esos vascongados típicos de las montañas, huesudo y de pronunciados pómulos, desgarbado y tan cabezón como para hacer imposible que se le llevase la contraria en lo más mínimo.

El camino desde Villalar hasta las Vascongadas fue para mí todo un descubrimiento, pues esos paisajes castellanos, a base de inmensas llanuras regadas por la luz, pronto se fueron tornando, a medida que pasaban las jornadas, cada vez más sinuosos, hasta alcanzar formas hasta entonces para mí desconocidas y sorprendentes; llenas de montañas y desfiladeros, de valles estrechos llenos de misterio, sin otra señal de vida humana que unas cuantas chozas dispersas por las laderas de las colinas, entre espesos bosques de robles, castaños, y hayas.

A la semana de partir, cruzamos el puente de Loyola, en Azcoitia, pudiendo ya divisar el hosco y macizo castillo, plantado sobre la colina, y desde donde se dominaba el río Urola, con sus graciosos torreones colgados casi a pico. Ese castillo, perteneciente a la familia de los Loyola, viejos conocidos de mi nuevo amigo Juan, iba a ser nuestra residencia durante esos largos días de espera.

Allí, a la puerta misma del castillo, nos esperaba Magdalena, esposa del señor de la casa, don Martín de Loyola. Magdalena y Juan se saludaron como lo harían dos hermanos que no se ven desde hace tiempo.

–¿Quién es este caballero que te acompaña? —preguntó ella.

–Es mi nuevo capitán, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, con quien he luchado en Villalar, y a quien me he permitido invitar a esta santa casa, como si de la mía propia se tratase —respondió Juan con cierto aire de autosuficiencia.

–Pues, andad, subid a saludar a vuestro amigo Ignacio, que no hay quien lo aguante con el misticismo con el que ahora le ha dado, con tanto libro de santos, que yo, mientras, voy a preparar vuestra cámara. Tendréis que descansar; el viaje habrá sido agotador —decía Magdalena, al tiempo que se daba media vuelta y subía las escaleras delante de nosotros.

Al llegar a la alcoba del enfermo, Juan se abalanzó sobre su amigo, que se encontraba recostado sobre una enorme cama con un dosel que más bien parecía un baldaquino digno de un papa. La alcoba era verdaderamente digna de un castillo, con su alto techo artesonado, y sus dos ventanas mudéjares, de ladrillo, una de ellas orientada al norte, dominando Izarraiz con sus canteras de mármol y sus robledales, y la otra al este, sobre el valle de Azpeitia, con sus huertos, el santuario de Nuestra Señora de Olaz y la iglesia parroquial.

–¡Bellaco, vas a conseguir terminar de destrozarme la pierna! Presentadme a vuestro nuevo capitán —se oyó desde la cama.

La cabeza de Ignacio era noble, bien proporcionada. Sólo la frente resultaba demasiado grande, o tal vez fuese que estaba un poco calvo, aunque no parecía tener más de treinta años. Los ojos negros, un poco rasgados hacia arriba; los párpados caídos; una nariz maciza y bien conformada, y una boca firme, que no daba la sensación de ser empleada para hablar mucho.

* * *

Permanecimos en el castillo de Loyola un par de semanas disfrutando de esa dulce monotonía diaria que había dejado olvidada en mis años de niñez en Jerez. Todos los días nos despertábamos con los lejanos repiques de las campanas de la iglesia de Azcoitia, y, después de asearnos con una jofaina de agua caliente que nos subían de la cocina, nos vestíamos, para inmediatamente bajar al salón del castillo, donde ya nos estaba esperando Magdalena. Allí desayunábamos en medio de un sinfín de panoplias, armaduras y banderas; sin duda, viejos trofeos ganados por varias generaciones en mil batallas, y que ahora sólo servían como testigos mudos de un noble pasado. Eran unos desayunos eternos, con tertulias que a veces se alargaban hasta que, a media mañana, de repente, Magdalena se acordaba de que tenía algo que hacer; dar instrucciones en la cocina sobre la comida a preparar, ir al mercado, encargar unas telas… Era entonces cuando nos acordábamos de que en la planta de arriba teníamos a nuestro herido de guerra, y subíamos a verlo. A veces, incluso teníamos que esperar todavía a que despertase, señal de que esa noche los dolores no le habían dejado descansar.

Sin duda, el mejor momento del día venía acompañado de esos cálidos atardeceres, de un color indefinible, entre terroso y rojizo, y siempre con una ligera brisa que nos traía la suave fragancia de los manzanos del huerto. Era el momento idóneo para conversar con Ignacio por los alrededores del castillo, entre paseos lentos, en los que nuestro convaleciente amigo aprendía a caminar de nuevo, apoyando su brazo izquierdo sobre mi hombro, o sobre el de Juan, y el derecho sobre el bastón. Ningún físico había apostado una blanca a que volvería a recuperar la movilidad en la pierna, destrozada por nada menos que una bala de esos enormes cañones franceses —era lo único que tenían grande esos engreídos—. Pero Ignacio estaba hecho de otro material. Todavía hoy no acierto a decir de qué material exactamente, pero, en todo caso, no tenía nada que ver con aquel otro del que estábamos hechos el resto de los mortales.

Resulta que Ignacio era el oficial al que el mismísimo Virrey de Navarra había encargado la defensa de la fortaleza de Pamplona,

mientras abandonaba la ciudad en busca de refuerzos con los que levantar el asedio de los franceses. El problema surgió cuando los franceses, conscientes de la importancia de una acción rápida, consiguieron llegar antes de lo esperado, e Ignacio se las tuvo que arreglar solo, con apenas unas compañías a medias, para defender la fortaleza de Pamplona. En cualquier otra circunstancia, cualquier otro capitán en su sano juicio hubiese capitulado ante la imposibilidad material de esperar a la llegada de refuerzos, pero, como he dicho, Ignacio estaba hecho de otro material. Los franceses, conocedores de las escasas fuerzas que guarecían la cuidad, no dudaron en lanzar unos primeros ataques de infantería, tan masivos como desprotegidos. Pero la fortaleza, gracias a los ánimos que Ignacio supo infundir entre su tropa, aguantó los fuertes y desproporcionados envites, primero de la infantería, a la que le produjeron numerosísimas bajas en sus múltiples y vanos intentos por hacer rendir sus muros, y más tarde de la artillería, hasta que a fuerza de cañonazos los muros terminaron por ceder. Pero aún así, con enormes brechas, la fortaleza siguió resistiendo, hasta que una de esas balas de cañón alcanzó a Ignacio en una pierna. Fue entonces, con su capitán tendido en el suelo y desangrándose, cuando a los pocos supervivientes no les quedó finalmente más opción que la de rendirse. Impresionados por el valor y la capacidad de resistencia de un simple capitán, fueron los propios franceses quienes ordenaron a sus mejores físicos salvar la vida del oficial enemigo a toda costa. Ya desde un primer momento, los hábiles cirujanos aconsejaron la inmediata amputación de los jirones que quedaban de pierna, pero Ignacio, aún prisionero y medio desangrado, todavía tuvo el suficiente coraje como para torcer el parecer de esos médicos que le atendían, y conseguir salvar la pierna.

El caso es que Ignacio, bien fuese porque, estando herido de gravedad, o bien porque acabó con la paciencia de los franceses —me inclino más bien a pensar esto último—, no fue considerado como un prisionero peligroso, y se le dejó volver a su hogar. Un regreso a casa con el que dio comienzo, por empeño propio, todo un viacrucis de numerosas y dolorosísimas operaciones, a fin de poder recuperar la movilidad en un miembro que le había quedado seco e inútil. Los propios cirujanos que lo atendieron nos aseguraban no haber visto jamás a un hombre con semejante aguante, mudo e impasible ante las carnicerías a las que habían de someterlo de continuo, y sin que en ningún momento de su boca saliese el más mínimo gemido. Sin duda, Ignacio se había determinado a aguantar todo lo que fuese menester, con la única obsesión de volver cuanto antes a su puesto en el ejército, recuperar la fortaleza perdida, retorcerles personalmente el cuello a los franceses, y utilizar sus tripas como argamasa con la que reconstruir los muros derruidos. Pero, como he dicho antes, muchas

veces los planes de Dios son distintos —y en todo caso siempre mejores— que los de los hombres. Y los planes que tenía Dios para con Ignacio no eran que reconquistase simplemente Pamplona para el Rey de España, sino el mundo entero, y nada menos que para Él, Rey de Reyes. Pero, bueno, veo que este viejo chocho se adelanta otra vez a los acontecimientos, pues todo eso ocurrió muchos años después.

El Ignacio que yo conocí por aquel entonces ya era el San Pablo caído del caballo, de las místicas ideas y ardientes deseos de evangelización, pero todos los demás que lo conocían de antaño se encontraban profundamente conmocionados ante el cambio que, por lo visto, habían obrado en él las lecturas de santos a las que se había dedicado durante su larga convalecencia. Eran los mismos que habían pasado con él noches enteras, de tasca en tasca, vaciando jarras de vino, corriéndose juergas con mujerzuelas, y organizando todo tipo de trifulcas en las fiestas de los pueblos. Y pensaban, por aquel entonces, que esas ideas no eran más que delirios de los que acostumbran a acompañar a las fiebres, y que olvidaría al tiempo que se le fuesen las calenturas. Ciertamente, a mí nunca me dio la sensación de que se tratase de algo pasajero, pero tampoco me pude imaginar que, andados los años, esas fiebres y calenturas nos acabasen contagiando a mí, y a medio mundo.

* * *

Una de esas tardes se nos acercó al galope un mensajero; venía de parte de don Pedro de Zabala, un notable de la comarca, para comunicarnos que al día siguiente nos esperaban, después de misa, en la plaza de la iglesia de Azcoitia. Desde allí habríamos de partir directamente a Logroño, a fin de levantar el duro sitio al que los franceses estaban sometiendo la ciudad.

Sin duda, había llegado el momento que durante tantos días habíamos estado esperando, y esa misma mañana, de madrugada, abandonábamos el castillo. Apenas habíamos salido, con un frío que calaba hasta los tuétanos, cuando de repente, ante la misma puerta, una voz proveniente de la densa y húmeda niebla nos recriminó:

–¿Tan mal os hemos tratado, como para no despediros?

Y al punto vimos aparecer a Ignacio de entre la neblina, sonriéndonos mientras se frotaba las manos, intentando calentarse.

–No hemos querido despertarte; tienes que reponer fuerzas, y, como duermes tan mal… —dije excusándonos.

–No te preocupes, Ignacio, vamos a matar a unos cuantos franceses de parte tuya, y en unos días estamos aquí de vuelta, después de liberar Logroño y Pamplona —añadió Juan mientras se subía al caballo.

–Amigos míos, creo que los que oran hacen más por el mundo que

los que simplemente luchan; y que, si el mundo va de mal en peor, es porque son más las batallas que las oraciones. Si pudiéramos penetrar en los secretos de Dios y de la historia, tengo para mí que nos habríamos de asombrar ante los prodigiosos efectos de la oración, aún en las cosas más humanas… Mi convicción en esto es tan firme, que creo que, si hubiese una sola hora, de un solo día, en que la tierra no enviase una sola oración al Cielo, ese día y esa hora serían el último día y la última hora del universo.

–Lo dicho; que en unos días estamos de vuelta, y para entonces espero que, aparte de sanar la pata, hayas recuperado también el juicio. Agur —concluyó irónicamente Juan, al tiempo que espoleaba su caballo.

* * *

Esa mañana, un intenso crepitar de caballerías dio salida, desde el Concejo de Azpeitia, a algo más de mil cien hombres, con don Pedro de Zabala a la cabeza, uno de esos vascos tozudos, que en apenas dos jornadas consiguió que nos plantásemos en Logroño, medio muertos de agotamiento, y con los caballos reventados. Una vez allí, nos unimos al magnífico ejército que había conseguido reunir el Virrey de Navarra, a base de vascongados y castellanos, y con el que conseguimos que los franceses levantaran el sitio de Logroño. Lo que no impidió que consiguiesen huir en dirección a Pamplona, y con nada menos que 12.000 infantes y 800 caballos. Era menester conseguir a toda costa derrotarlos a campo abierto, antes de que les diese tiempo a llegar a la ciudad, pues con dichos efectivos no solo podrían dificultar enormemente nuestra reconquista, sino que incluso dispondrían de margen para la llegada de más refuerzos desde Francia, con lo que ya difícilmente Pamplona podría volver a ser española.

El virrey no les dio tregua en su persecución, hasta que consiguió alcanzarlos y darles batalla en Esquiroz, a la vez que nosotros interceptábamos a su retaguardia, apenas a una legua al suroeste de Pamplona, intentando cruzar con su artillería el río Arga, a través del Puente de la Reina. El majestuoso puente de cinco ojos les había hecho de embudo a los gabachos, con su pesada artillería, y allí mismo, sin darles oportunidad a pisar la otra orilla, apresamos a buena parte de su ejército, veintiún cañones y hasta al mismísimo general don Gastón de Foix.

Jamás olvidaré esa jornada; en un mismo día había vengado nuestra derrota en Rávena, capturando al hijo de quien allí nos había vencido, y ahora también eran nuestros los mismos cañones que habían herido a nuestro amigo Ignacio.

* * *

Entre Navarra y Andalucía, en la tierra árida y nervuda de Castilla, menudean los pueblos de estampa aquilina y romántica. Tan romántica, que tardé más de un año en volver desde Pamplona a Sevilla. Me consta que la mayoría de soldados y demás oficiales de mi compañía no emplearon más de veinte jornadas en completar ese mismo viaje. Pero el hecho, desgraciadamente, es que yo tardé cerca de un año en recorrer esa misma distancia, y que, cuando llegué de nuevo a ver el plateado Guadalquivir, fue sin una blanca en la bolsa, y con mis ropas sucias y raídas, como las de un mendigo, a pesar de haberme licenciado en el ejército con cincuenta ducados de oro, lo mismo que muchos labriegos no ganaban en toda una dura vida de trabajo, destripando terrones bajo el sol. Lo que hice en ese tiempo es algo de lo que no me siento orgulloso, y que, por eso mismo, prefiero no contar.

El día que llegué a Sevilla, todavía no había terminado de retirarse el sol, cuando las últimas luces del atardecer me permitieron distinguir la silueta de la torre de la Catedral, recortándose en el horizonte. Apreté el paso para recorrer esa última legua, pero, cuando llegué a extramuros de la ciudad, por la Puerta del Osario, ésta se encontraba ya cerrada. Golpeé la puerta insistentemente varias veces, hasta que una voz, fuerte y ronca, se escuchó desde el otro lado:

–La puerta está ya cerrada, vuelvan mañana, después de las campanas de maitines.

No contento, insistí nuevamente, golpeando aún con más fuerza todavía, al tiempo que gritaba:

–Soy el capitán Álvar Núñez Cabeza de Vaca, oficial de esta puerta, y exijo que se me abra.

No tuve que repetirlo más de dos veces, antes de oír el tan familiar chirrido del pesado y oxidado cerrojo del portalón al descorrerse.

–¿Quién dice ser el capitán de esta puerta? —preguntó un desgarbado guardián, con un cuello tan grueso como el de un toro.

–Yo mismo, el capitán Álvar Núñez Cabeza de Vaca —respondí forzando una sonrisa.

–Acércate aquí a la luz, que te vea bien la cara —me respondió el guardián.

Y, tan pronto como me acerqué, tardó medio segundo en mirarme despectivamente, de arriba abajo, y menos todavía en sacudirme un puñetazo que me dejó tendido de espaldas en el suelo.

–Hasta mañana, después de las campanas de maitines, ¡capitán de mierda! —fue lo último que escuché, mientras un espeso y dulzón sabor a sangre me invadía la boca.

No sé cuánto tiempo pude tardar en recobrar el sentido. Sólo recuerdo que fue medio muerto de frío, y tumbado de espaldas en el barro, por lo que no me quedó más opción esa noche que buscar el

amparo de la muralla, y arrebujarme como buenamente pude, en lo que quedaba de mi raído capote de fieltro, a la espera de que llegase el nuevo día. Evidentemente, tratar de dormir al raso, sobre la tierra húmeda, y con un labio recién partido por un garrulo, no es algo que invite especialmente a conciliar un profundo y reparador sueño. Y menos lo es, todavía, la vergüenza de tener que presentarse, a la mañana siguiente, en la ciudad más fastuosa del mundo y como un rufián, quien apenas un año antes había salido de allí mismo cubierto de gloria.

Ni que decir tiene que no pegué ojo en toda la noche, pudiendo contar cómo pasaban, uno a uno, los repiques eternos de las horas, hasta que finalmente, y tras el esperado toque a maitines, el crujido de las bisagras de los pesados portalones dio por inaugurado un nuevo día en Sevilla. Y juro que, si finalmente me decidí a entrar en la ciudad, más que por voluntad propia, fue por la brutal patada en el culo con la que me levantó, de un respingo, la bestia que guardaba la puerta, y que me hizo salir corriendo, con el rabo entre las piernas, antes de que le diese tiempo a sacudirme de nuevo.

Y allí estaba de nuevo Sevilla, entrando en ebullición toda ella, nada más quebrar el alba, con su variopinto hormigueo de gentes, pululando apretadamente en todas direcciones: nobles, artesanos, obreros, labriegos… comprando, vendiendo, paseando, trabajando… Y yo, en medio de todos ellos, paralizado como un paleto recién llegado de la alquería, sin saber adónde ir, ni qué hacer con esas pintas que llevaba. Bien sabe Dios lo que hubiese estado dispuesto a dar esa mañana por poder siquiera asearme y cambiarme de ropa, antes de tener que presentarme como un pordiosero en casa de tía Beatriz, y darle un disgusto que no se merecía. Pero, como he dicho, no me quedaba ni un asqueroso puñado de maravedís con los que poder lavarme en un miserable baño público, y comprarme una simple camisa de algodón y unas medias de lana blanca. Pasé todavía media mañana deambulando como alma en pena por los barrios de poniente —donde nadie me conocía—, mientras repasaba mentalmente los nombres de todas aquellas personas que hasta entonces había considerado como amigos, y a los que poder acudir pidiendo favor en tan lamentable estado. Pero caí en la cuenta de que mendigar esa ayuda equivalía a cavarme la tumba de mi muerte social, después de una dura y larga agonía de habladurías y chismorreos. Sin duda, era preferible presentarse en casa de tía Beatriz como un pordiosero —pues, al fin y al cabo, ella me quería por lo que era—, antes que en la casa de cualquiera de aquellos amigotes que, hasta entonces, si me habían querido, había sido solo por lo que había tenido.

Finalmente, y tras largas cábalas, decidí que lo mejor sería apostarme cerca de casa, a la espera de que saliese algún criado, con

el que dar recado a mi hermana la Moza, y que ella me hiciese llegar algo de dinero. Así que, con esa idea, atravesé la ciudad, zigzagueando por entre esas calles menos concurridas, con la cabeza baja —apretada la barbilla al pecho—, esperando no ser reconocido. Finalmente, llegué a la Plaza del Duque, contento por no haber tenido que saludar ni dar explicaciones a nadie, y deseando poder adecentarme para celebrar mi regreso uniéndome a esa exultante vitalidad y alegría que respiraba Sevilla a todas horas. Pero la Providencia tenía dispuestos para mí otros planes bien distintos para mi regreso, y, nada más alzar la mirada hacia nuestra casa, se descorrió el telón de un nuevo drama en mi vida. Colgando de la balconada, me encontré de bruces con esos negros crespones ya tan familiarmente asociados al desgarro de la muerte, a ese irreparable perder algo de ti mismo para siempre. De repente, me sentí como el ser más despreciable del mundo, y sin saber todavía a quién despedían esos crespones, si a mi hermana o mi tía, estaba claro que había dejado este mundo mientras yo malgastaba mi vida, alma y hacienda, pendoneando con esos amigos que sólo duran lo que una pinta de tintorro, y amores de los que se compran por una noche.

Así que, con más remordimiento por mis pecados que vergüenza por mis andrajos, me encaminé directo a la puerta, que estaba entreabierta, y entré sin más miramientos. Allí, en el mismo zaguán, me encontré de espaldas con Antonia, quien, sorda como una tapia, barría el empedrado sin advertir todavía mi presencia. Ella era la vieja aya de mi tía, quien se la había traído desde Jerez, y a la que servía desde que fuese joven —allá por el inicio de los tiempos—. Su fidelidad a la familia sólo tenía parangón con la devoción que le profesaba a su raído echarpe gris de ganchillo, y a su entrecana y bien ceñida moña de bola.

–Antonia, soy Álvar. ¿Qué ha pasado? —pregunté, tocándole en el hombro, sin atreverme todavía a preguntarle "¿Quién ha muerto?".

Carraspeó nerviosa y, tras titubear un momento, apenas acertó a decirme:

–Señorito Álvar, espéreme, que acudo a dar aviso a su hermana.

Evidentemente, estaba claro que era mi tía Beatriz quien había muerto, pensé ligeramente aliviado, mientras se escuchaba el acelerado repiqueteo de las baldosas sueltas, en el ir de la aya y venir de mi hermana.

–¡Por las llagas de Cristo! —me espetó mi hermana María, nada más verme—. ¿Se puede saber dónde te has metido, qué has hecho? —continuó.

–Lo siento mucho, perdona… —supliqué entre balbuceos ante quien había despedido siendo una niña a la que llamábamos "La Moza", y que ahora me reprendía con la autoridad de una mujer de

cabellos suaves y dorados, labios finos y mejillas sonrosadas.

* * *

A la semana de mi llegada a Sevilla, tuvieron el detalle de venir a presentarnos sus condolencias los Duques de Medinaceli; don Juan de la Cerda, y su mujer doña María de Silva. Bien podía hacer más de diez años que no los veía, desde aquel día —a la vuelta de luchar en Italia— que fui a su palacio, la Casa de Pilatos, a llevarle a don Juan la carta de recomendación ante el rey que me había firmado don Alonso. Evidentemente, los años no habían pasado en balde, y don Juan había envejecido notablemente, tornándosele gris casi todo su cabello, pero aún así todavía conservaba intacto, sentado o de pie, su porte majestuoso. Por su parte, doña Maria, si bien —gracias a Dios— parecía haber perdido su debilidad por besuquear a todo el mundo, no se podía decir lo mismo de esa peculiar verborrea con la que acostumbraba a comunicarse, y a la que necesariamente acompañaba con gran abundancia de muecas y ademanes.

Toda esa tarde la duquesa se empleó con esmero en desgranarle a mi hermana cada uno de los pormenores de la vida social del momento y sus correspondientes consecuencias o consideraciones morales, mientras don Juan, con disimulada complicidad, se dejaba escanciar —una y otra vez— un vaso de vino dulce con el que tan fácilmente se le venían a la memoria esos recuerdos a los que tanto embellece el paso del tiempo.

–Bueno, ha sido muy agradable veros de nuevo, pero nos esperan invitados a cenar y tengo un hambre que me muero —terminó concluyendo la duquesa, después de haber liquidado entera la bandeja de pastas, y mientras se sacudía las migajas del regazo.

–Álvar, espero pronto verte por casa; a mí ya me quedan pocos amigos en esta vida, y tú todavía tienes muchas cosas que aprender —me espetó el duque, despidiéndose.

Ciertamente, el mero hecho de tener la oportunidad de escuchar a alguien con la edad y experiencia de don Juan era motivo más que suficiente para considerar todo un lujo el poder pasarse de vez en cuando por su palacio. No en vano, y en un tiempo en el que las lejanas guerras contra los moros o la gesta de Colón empezaban a formar parte de esa nebulosa del pasado, sus relatos constituían todavía el último testimonio directo de alguien que había vivido todo ello en primera persona. Pero, para ser sincero, lo que verdaderamente me atraía de ese palacio, más que esas interesantísimas y edificantes historias, era esa niña a la que le bastaron diez minutos para encandilarme durante esos últimos diez años que habían pasado desde aquella mañana en que la conocí, cuando pisé por primera vez el palacio.

Sabía, porque me preocupé de averiguarlo, que se llamaba Victoria, y que era sobrina de la duquesa, quien —sin descendencia propia— la quería y cuidaba como si de su propia hija se tratase. Incluso me dediqué, durante un buen tiempo, a deambular por los alrededores del palacio, como quien no quiere la cosa, en busca de una simple excusa con la que poder ver de nuevo a esa colegiala de la que me había enamorado perdidamente. Recuerdo que pudo así pasar más de un año, y viendo que la ocasión no llegaba, me decidí a esperarla, a veces horas enteras, sentado en el mesón de "Cantaores" frente a la ventana, y con la esperanza siempre puesta en verla salir de palacio para correr a hacerme el encontradizo. Y hasta lo acabé consiguiendo en un par de ocasiones, al cabo de otros tantos meses de esperas, pero siempre me faltó el valor de arrancarme con esas frases —que siempre llevaba aprendidas de memoria—, y no fui capaz de hacer otra cosa que no fuese dirigirle una sonrisa, al tiempo que me cruzaba con ella, mientras forzaba un gesto de interesante indiferencia.

* * *

Evidentemente, no era cuestión de presentarse en el palacio al día siguiente de recibir la invitación de don Juan. Lo suyo era dejar transcurrir, al menos, un par de semanas antes de mandar recado y esperar respuesta para la visita. Máxime, teniéndose en cuenta —no había que olvidarlo— que yo seguía siendo un hidalgo, y él nada menos que don Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli. Por otro lado, apenas hacía unos días que me había reincorporado a mi puesto en la Casa de Medina Sidonia, al servicio de don Juan Pérez de Guzmán, y tampoco era cuestión de levantar suspicacias en quien, siendo mi Señor y quien me daba de comer, se encontraba enfrentado con el otro don Juan. A ello se añadía que mi situación con los Medina Sidonia era en extremo delicada, pues, si finalmente había sido readmitido, ello se debía más a la consideración que el duque le tenía a mi difunta tía, que a la pena que podía sentir por mí, después de cómo le había fallado en ese último año de golferías, y desatendiendo mi puesto sin dar explicaciones.

Con todo ello, los días pasaban entre mis intentos de recuperar la confianza perdida de don Juan, y esos otros intentos por no hacerme demasiadas ilusiones con Victoria, pues, evidentemente, en esos últimos años podía haber pasado de todo. Para empezar, yo ya no era ese joven que pasó un día —de casualidad— por el palacio a dejar, simplemente, un recado, sino todo un flamante capitán invitado por el propio duque. Pero, por lo mismo, Victoria ya no sería una preciosa chiquilla, sino una hermosa mujer a la que su tía, la mismísima duquesa, estaría buscándole un linajudo y hacendado partido con la que casarla por todo lo alto, por supuesto en la Catedral, con su nave

toda ella abigarrada de lo más florido de España, y oficiando, como mínimo, un arzobispo. Con ese panorama, y teniendo en cuenta que yo no tenía ni título, ni tierras, ni plata, cualquier persona sensata me hubiese aconsejado contentarme con estar invitado de vez en cuando a departir amigablemente con el viejo duque, antes de ser el hazmerreír de la ciudad entera, viendo cómo un hidalgucho hacía el ridículo aspirando a lo que no le correspondía ni por cuna, ni por merecimientos.

Lo malo de la monotonía de las esperas es que normalmente sólo sirven para que los sueños se echen a volar, como le sucediese a Ícaro, sin imaginar que el encuentro con el primer rayo de realidad los derretirá, haciéndoles caer precipitadamente contra el desamparado suelo de la decepción. Pero, por una vez en la vida, no fue eso lo que me pasó, y, cuando finalmente pisé de nuevo el palacio, todas esas fantásticas ilusiones de los últimos días, fuera de desvanecerse, cobraron vida, como en un mágico cuento de hadas.

El día de la cita llegó con los primeros calores del verano, a la caída de la tarde. Cuando llegué, el viejo duque me esperaba en su jardín, al tiempo que los últimos chorros de luz anaranjada bañaban los cipreses, y los gorriones gorjeaban ruidosamente entre sus copas, antes de irse a dormir. Apenas me había acomodado junto a mi anfitrión cuando, de repente —y contra toda norma de costumbre o protocolo —, tanto la duquesa como Victoria se sentaron con nosotros a la mesa, interesándose por todas mis historias, viajes y batallas. Consiguieron que me sintiese realmente bien acogido. No por el hecho de ser yo el centro de atención, cosa que me producía un enorme pudor, sino por esa peculiar satisfacción que produce el encontrarse entre gente con la suficiente educación como para saber escuchar lo que puedan contar otras personas que no sean ellos mismos.

Impresionado por la sencillez de la familia, me esforcé en convertir mis heroicas gestas en sencillas y simpáticas anécdotas, que Victoria celebraba siempre con esa hermosa y fascinante sonrisa, capaz de salir de una boquita tan pequeña y bien encarnada.

La tertulia se prolongó hasta bien entrada la noche, momento en el que el duque —batiendo palmas para llamar la atención— ordenó a su esposa:

–Ha llegado nuestra hora, nos retiramos…

Con lo que también hice yo ademán de levantarme para despedirme, cuando se le escuchó:

–¡Chsss…! Vosotros os quedáis aquí hasta que os plazca, y no olvides venir cuando quieras, Álvar; esta es tu casa —exclamó mientras se alejaba con su mujer.

Y allí nos quedamos los dos solos; yo sin saber qué decir, y ella mirándome descaradamente a la cara, con esos ojos vivos y rasgados,

que tan bien combinaban con su vestido de brocado azul y gorguera de encaje.

–¿Qué, Álvar, has aprendido a bailar? —dijo irónicamente Victoria, rompiendo el embarazoso silencio.

–Durante estos años he hecho bailar de miedo a franceses y Comuneros, pero ante ti me tengo que rendir, pues el culo se me hace mantequilla nada más verte… —añadí con una voz quebrada.

–Muchas gracias, Álvar, nunca me habían dicho nada tan bonito —añadió con una enorme sonrisa, al tiempo que una suave brisa hacía llegar el aroma a tierra húmeda del albero, recién regado por el jardinero.

Después, apenas fui capaz de decirle muchas más cosas. No sé ahora si porque no se me ocurrieron, o porque Victoria supo trazar esa sutil y opaca línea que tan bien saber fijar las mujeres, y que hace imposible saber si la tienes rendida a tus pies, o si simplemente te has convertido —a cambio de una vana ilusión— en un esclavo que lo da todo a cambio de nada.

–Espero verte pronto —concluyó, mientras abría la cancela, que rechinó.

Ante mí se extendía la calle desierta y polvorienta, mientras del cielo se descargaba una apretada lluvia de estrellas sobre las azoteas. Entonces me dije a mí mismo: “Ya no es una chiquilla, es un ángel, y será para mí”.

VI. Boda en el Alcázar

1526

Desde lo alto del viejo minarete moro, las campanas de la Catedral de Sevilla marcaban de forma indefectible el pulso de la ciudad; esas grandes y hermosas campanas repicaban a fiesta por el feliz regreso de los galeones, doblaban a duelo por una muerte significada, tocaban a oración caída la tarde, y anunciaban tanto el nacimiento de príncipes, como las grandes victorias militares. Y todos, desde cualquier rincón de la ciudad, escuchaban e interpretaban sus particulares sonidos y repiques.

Era la primavera de 1526, y desde hacía días, en esas campanas no paraban de sonar los repiques a fiestas, pues el Emperador se encontraba en Sevilla, y había escogido la ciudad para contraer nupcias con la princesa María de Portugal. La boda sería en el Alcázar, donde yo llevaba varias semanas destacado como capitán de la Compañía de Medina Sidonia, encargado de la seguridad personal del Emperador durante su estancia en Sevilla. Fueron unas semanas de continuo ajetreo, de ir y venir; organizando a la tropa, las guardias, los alojamientos, la intendencia… El castillo parecía un auténtico enjambre humano en medio del cual se desenvolvía toda una pléyade de los más variados oficios y menesteres; ebanistas, costureros, cocineros, limpiadoras, y toda suerte de servicios domésticos que no paraban de pulular de aquí para allá, dando cera y abrillantando suelos, enjalbegando muros, y pintando paredes, cosiendo y montando cortinas, doseles, y tapices, dando lustre a vajillas de porcelana y cuberterías de plata…

* * *

Por aquel entonces, el frecuente recuerdo de Ignacio me había hecho intentar cambiar de vida, y ser mejor persona. Me había confesado, asistía a misa con frecuencia, y hasta se podía decir que, más o menos, había empezado a ordenar mi vida; cosa, por otra parte, no muy difícil de conseguir, habida cuenta de lo caótica que había

sido hasta entonces.

Solía ir algunas mañanas a misa en la Catedral, y fue uno de esos días, a la salida de misa, cuando me detuve a contemplar esas imágenes que, grabadas en altorrelieve, adornaban los arcos del pórtico. Nunca, hasta entonces, me había fijado en esas figuras; antaño no más que roca bruta, pero que, en las manos bastas y callosas de esos viejos artesanos, habían cobrado una desbordante vitalidad, expresada en las más variadas formas de la naturaleza: vegetales, animales, y hombres.

De repente, mientras todavía me encontraba ensimismado ante el pórtico, noté que alguien me tocaba por la espalda en el hombro, al tiempo que me decía:

–Caballero, por favor.

–Tú me dirás, mozalbete —me atreví a responderle, después de darme media vuelta, y ver que quien me había tocado era un chico que no tendría más de dieciséis años.

–¿Es usted capitán? —me preguntó con enorme avidez.

–Sí, caballero: capitán de su Augusta Majestad el César Carlos.

–¿Y dónde prestáis servicio? —insistió nuevamente.

–En el Alcázar, soy el responsable de la seguridad del Emperador. Durante la rebelión de los Comuneros fui yo quien arrebató la fortaleza al traidor don Jorge de Portugal, en nombre de la Casa de Medina Sidonia, y por eso han querido corresponderme con el honor de ser yo también quien ahora lo custodie, ante esta ocasión tan significada de las bodas de nuestro rey —me apresuré a explicar, intentando impresionarle.

–¡Bah!, entonces nada… —respondió desdeñoso.

–Ah, bueno, será que, para alguien tan distinguido como vos, ese honor le parece poco…

–No, no es eso… —añadió excusándose—. En misa estaba sentado detrás de vuestra merced, y me fijé en vos, preguntándome si tan cristiano capitán podría aceptarme en su compañía como soldado. Pero, claro, para ir a luchar, no para estar todo el día de pie como un pasmarote, con una pica entre las manos, y sin salir de Sevilla.

Me quedé mirándolo con una sonrisa. Estaba claro que no era un mocoso fácilmente impresionable. Era un zagal alto; desde luego, más alto que yo, rubio y con unos enormes ojos claros, vivos, que delataban una avidez insaciable que todo lo escrutaba. Sin duda que debía de pertenecer a una muy buena familia, si bien no de la zona, pues su cara no me resultaba conocida, y el acento más bien parecía levantino. Vestía con ese tipo de elegancia que no necesita demostrar nada; un impecable traje corto de terciopelo negro, con unas medias de seda roja.

–¿Cómo te llamas, zagal?

–Francisco —respondió, después de titubear un momento.

No quise preguntarle el apellido, por no comprometerme, ni comprometerle. Por aquel entonces era bastante común, entre los jóvenes de las grandes familias, escaparse en busca de fortuna y aventuras. No es que fuesen malos chicos; todo lo contrario, pues, teniendo la vida resuelta, se alistaban en las compañías que partían para Italia, o en las expediciones a Indias, con la única intención de luchar por la Corona y la Cristiandad. Lo malo es que muchos acababan perdiéndose entre mancebías o tabernas de mala muerte, y no pocos eran los que volvían a casa en un barril de sal para ser enterrados en las tierras de su familia.

–España, sin duda, necesita soldados —me apresuré en responderle—, pero, sobre todo, necesita de buenos soldados. Empuñar una espada y liarse con ella a dar mandoblazos, o disparar una ballesta, es algo que bien lo puede hacer un turco o un francés. Sin embargo, nosotros necesitamos que cada uno de nuestros soldados valga por un ejército entero del enemigo. España, no lo olvides nunca, es una nación pequeña, y aún así Dios ha querido confiarnos grandes empresas, y para poder realizarlas, como lo estamos haciendo, cada uno de nosotros tenemos que valer por toda una compañía de nuestros enemigos. Fijaos en Cortés o en el Gran Capitán; sus victorias son fruto de sus estudios y cabeza, no de simple fuerza bruta. Estudiad, formaos. Ese es ahora el mejor servicio que podéis prestar a España y la Cristiandad. Yo mismo, os lo aseguro, quise estudiar en Salamanca, pero no puede. Sin duda, vos si podéis, no desaprovechéis vuestra vida.

–Gracias, seguiré vuestro consejo —respondió con sincera gratitud.

–¿Qué tienes que hacer? —le pregunté, intentando quitarle importancia al sermón que acababa de soltarle.

–Nada —dijo encogiéndose de hombros.

–Pues, sígueme, creo que te gustará lo que puedo enseñarte.

Atravesamos las gradas, en dirección al Arenal, deteniéndonos antes en uno de los últimos puestos, donde compré un cañuto.

–Toma. Es para ti; lo primero y más importante que ha de tener un buen oficial del Emperador.

–Muchas gracias —respondió con su mirada, sin necesidad de articular palabra—. ¿Para qué sirve este tubo de latón estañado, y pringado de cera? —terminó añadiendo, mientras lo examinaba con delectación.

–Algún día, mi querido Francisco, cuando concluyas tus estudios, pues esa es la condición de este humilde regalo —argumenté—, no me cabe la menor duda de que podrás llegar a capitán, general, o incluso maestre de campo. Recibirás muchos documentos; unos te avalarán en tus nombramientos, y otros contendrán las órdenes e instrucciones que

habrás de observar para desempeñar tu cargo. Puede, incluso, que algunas de esas cartas contengan el sello y la firma del mismísimo Emperador. Y teniendo en cuenta que hoy día nuestros ejércitos han de estar prestos a desplazarse a cualquier parte del mundo, y en todo tipo de condiciones, necesitarás de algo donde poder guardar todos esos documentos y órdenes, sin que el sol, ni el polvo, ni el salitre, ni la humedad, ni el sudor… (compañeros, todos ellos, de viaje de un buen soldado) los puedan estropear. De la misma forma que la coraza y el morrión te protegerán en el campo de batalla, el cañuto sabrá defender tu graduación, honor, y hacienda en la vida, guardando fielmente todos esos documentos.

–Estudiaré, y después seré un gran oficial, pero ni el consejo, ni el cañuto te lo acepto gratuitamente, quedo en deuda contigo…

–Bueno, en ese caso, y para que así tengas más cosas que deberme, te voy a mostrar todos los secretos del Arenal, desde allí salen a luchar los hombres más valientes del mundo, y los barcos más hermosos que surcan los océanos, y es también allí donde llegan las mejores historias de conquistas y aventuras, y los tesoros más fascinantes…

* * *

Sevilla se levantó esa mañana al son de las trompetas vibrando, mientras miles de banderas y gallardetes se dejaban mecer por el viento desde sus recios mástiles en el Alcázar. Por fin había llegado el esperado once de marzo, el día señalado de la boda, en el que toda la ciudad entera se arremolinaba entre el escaso tiro de ballesta que separaba los Reales Alcázares y la Catedral. Y de ese corto tramo, en esa precisa mañana, dependía todo mi trabajo de los últimos meses y hasta mi porvenir mismo. Estaba previsto que los augustos novios saliesen desde los Reales por separado en dos comitivas diferentes, con dirección a la Catedral, donde tendría lugar la ceremonia, y desde allí, una vez concluida, retornarían juntos al Alcázar, que durante tres interrumpidos días serviría tanto de recinto festivo, como de alojamiento para sus majestades e invitados principales. Los Reales Alcázares, rodeados de prietas y altas murallas, formaban una extraordinaria fortaleza, con un acceso fácil de controlar. El problema se planteaba fuera de sus muros, donde, aparte de miles y miles de personas agolpándose por ver y vitorear a sus soberanos en día tan señalado, también podría ocultarse un demente o un criminal dispuesto a atentar. Todavía se encontraba fresco en la memoria de muchos el fallido atentado de un loco contra don Fernando el Católico, a lo que había que sumarle el hecho de que el Emperador se casase con su prima doña Isabel de Portugal, lo que aumentaba todavía más los recelos de una Francia capaz de cualquier cosa, a cualquier precio.

Finalmente, la entrada en los Alcázares del Emperador, al descubierto, y montando una preciosa jaca andaluza ricamente enjaezada con adornos de plata, y a la que seguía su joven esposa, anunciaba que todo el peligro había pasado, y que yo era ya un hombre libre. Aún así, esperé todavía a que terminasen de pasar al recinto los últimos invitados, y la Guardia Real, tras los cuales, me uní yo también a la fiesta, mientras que todo un plantel de ordenanzas, vestidos de librea de damasco rojo, comenzaban a servir un suntuoso banquete.

Apenas me había sentado en una de las mesas habilitadas para los oficiales, cerca de la entrada a los jardines, cuando un chambelán se acercó hasta nuestro sitio preguntando:

–¿Por ventura se encuentra el capitán Álvar Núñez Cabeza de Vaca entre vuestras mercedes?

–Sí, soy yo. ¿Existe algún problema? —pregunté asustado.

–¡Oh no, en absoluto! Al contrario; el Marqués de Llombay le reclama a su mesa, junto al emperador.

Cualquiera sabía que el Marqués de Llombay, don Francisco de Borja, acababa de ser nombrado consejero del emperador. Las malas lenguas comentaban que quizás era demasiado cargo para un joven imberbe, cuyo único merecimiento era ser sobrino del Emperador, bisnieto del rey don Fernando, y fruto del pecado de su bisabuelo, el mismísimo Papa Alejandro, Rodrigo de Borja. Por su parte, las buenas lenguas argumentaban que precisamente ese parentesco familiar era una garantía de fidelidad, así como que su nombramiento venía precedido de una extraordinaria reputación como administrador de las ricas extensiones y propiedades del Ducado de Gandía, del cual era heredero único.

Así que me levanté, siguiendo al chambelán, quien se fue haciendo camino entre un enorme mar de mesas e invitados que departían de pie. A medida que nos acercábamos al otro extremo de los jardines, y en relación directa con la cercanía a la mesa de los novios, aumentaba el abolengo de aquellos personajes que teníamos que ir sorteando en nuestro avance, hasta que finalmente, y precedida de un gran claro, nos encontramos de frente con una enorme mesa, tan larga como toda la muralla que se encontraba a sus espaldas, y en la que no menos de cien personas daban buena cuenta de la mayor cantidad y variedad de comida que jamás había visto en toda mi vida.

Y allí mismo, sin necesidad de que me diesen ya más explicaciones, comprendí de momento la razón de mi llamada: sentado en mitad de la mesa, y a no más de dos o tres puestos del mismísimo Emperador, se encontraba aquel joven al que unos días atrás le había regalado el cañuto.

–¡Acercaos! —ordenó, mientras se levantaba para comentarle algo

al Emperador.

–¿Así que es con vuestra merced con quien estoy en deuda por haber reconquistado este magnífico Alcázar a los comuneros? —me espetó directamente el Emperador, sin mediar más presentación.

–¡Álvar Núñez Cabeza de Vaca, para servir a Dios y a su Augusta Majestad! —repliqué automáticamente, como si estuviese acostumbrado a decirlo todos los días.

–Sí, sí, ya lo sé… Mi sobrino me ha informado debidamente de quién sois, y, por las viejas Crónicas del Reino, conozco sobradamente la fidelidad a España de vuestro noble apellido. Os ruego que os sentéis a mi mesa.

Y, sin más, me acomodé en el hueco que Francisco o, mejor dicho, su Excelencia don Francisco de Borja, me había agenciado a su vera, mientras el Emperador cerraba el paréntesis de atención que me había dedicado, retornando a la conversación con sus más próximos.

–Ya he estrenado mi cañuto; guarda mi nombramiento como consejero del Emperador. No he tenido más opción que aceptarlo… Como no habéis querido alistarme en vuestra compañía… —me comentó por lo bajo, con cierto tono de ironía.

Y, como quien no quiere la cosa, enseguida Francisco se ocupó, con total sencillez, de que me sintiese cómodo, como si me encontrase entre mis camaradas de toda la vida. Me presentó a los comensales más próximos —virreyes, duques, condes y marqueses— con la misma naturalidad que se acostumbra en las posadas, plazas o mercados, y les relató mis humildes hazañas como si fuesen las gestas más importantes de la historia, ante aquellos hombres, acostumbrados a verse rendir el mundo a sus pies…

Entre tanto, de vez en cuando nos llegaban frases sueltas o entrecortadas de entre quienes a nuestro lado departían con el emperador, y que sin darse cuenta elevaban el tono para hacerse escuchar. Sin duda, nuestro monarca llevaba demasiado tiempo fuera de España y de sus asuntos de gobierno, lo que hacía que algunos intentasen, inevitablemente, convertir el banquete de bodas en una especie de Consejo Real encubierto.

–Vuestra Majestad ha sido demasiado bueno dejando irse al francés de Madrid, después de que lo apresáramos tras nuestra victoria en Pavía —se escuchó de entre el barullo.

–No sólo todo acto de bondad es una demostración de poderío, sino que yo, además, como príncipe cristiano, me encuentro obligado a liberar al enemigo que me ha perdido perdón, y dado su palabra de caballero de no volver a atacar nuestros dominios o intereses…

–¡Por los clavos de Cristo, Majestad! ¿Cómo podéis llamar caballero cristiano a un rey que suplica de rodillas ayuda de los turcos, y de los herejes protestantes, para combatir a quien en buena lid defiende a

nuestra Santa Fe…? No solamente tienen ya por costumbre atacarnos a traición, sino que, a más inri, nos echan la culpa a nosotros, difundiendo por toda Europa que somos unos intolerantes…

–Bien sabe Dios que no existe mayor intolerancia que la exclusión de la verdad, y a su defensa hemos de emplearnos, como braceros de Cristo que somos en la tierra —añadió el monarca mientras pellizcaba con avidez una hogaza de pan.

* * *

Acabada la cena, empezaron a tocar los músicos, invitando a los más notables a levantarse de las mesas y dirigirse al centro de los jardines del Alcázar, donde se había habilitado una tarima, a manera de tablao. Y como ocurre en todas las bodas, sean de nobles o plebeyos, todos se arremolinaron en coro, en torno a la pareja, mientras el novio se decidía a coger etéreamente la mano a su joven esposa, y dar los primeros pasos, dando por inaugurado el baile y la fiesta.

–Es hermosísima —afirmó embelesado Francisco, mientras miraba a la joven novia en sus gráciles evoluciones al compás de la música.

Ciertamente, la nueva Emperatriz era una mujer de un atractivo fascinante, con unos bellos y enormes ojos azules, que remataban un cuerpo verdaderamente escultural.

–Te dejo —me espetó de repente Francisco, dirigiéndose al tablao, con una preciosa chiquilla cogida de la mano.

Y, antes de que quisiera darme cuenta, todos los demás se habían agenciado, de no se sabe dónde, una hermosa dama, y sumado al baile. Me había quedado solo. Durante un rato permanecí todavía de pie, volviendo discretamente la mirada a mi alrededor en busca de algún conocido con el que seguir hablando, o incluso de alguna posible pareja con la que salir yo también a bailar. Pero no conocía a nadie, y las pocas damas que quedaban libres no parecían estar tan desesperadas como para contentarse con un simple y desconocido capitán como yo. Entonces quise pensar que el baile no estaba hecho para mí, o al menos esa era la excusa perfecta con la que consolarme, viendo que no tenía posibilidad de estrechar ninguna de aquellas sensuales cinturas. Así que, con una copa en la mano, me alejé del centro de la fiesta, sabiendo que mi momento de gloria había concluido, y que desgraciadamente nadie me echaría ya de menos.

Atravesé los jardines, hasta asomarme a la balaustrada de una de las arcadas que decoraban el muro exterior. La luna, en cuarto creciente, plateaba los cipreses y se respiraba una paz dulce y alegre, como de jardín de monasterio.

Respiré una profunda y refrescante bocanada de esa agradable noche, y oí una voz a mi espalda:

–¿No te gusta la fiesta, Álvar?

Era Victoria, con su irresistible sonrisa. Me tendió las manos y se las estreché devolviéndole una afectuosa mirada.

–¡Así que sentado a la mesa del mismísimo Emperador…! ¡Menudos secretitos guardas! —me espetó.

–Bueno, no es para tanto… —respondí dándome importancia.

–Pues, para no ser para tanto, no me has hecho ni caso. Cuando se ha abierto el baile, me he acercado a vosotros, intentando llamar tu atención para que me sacases, pero nada, ni por esas… —añadió poniendo los brazos en jarras, en ademán de fingido enfado.

Y, por unos instantes, me quedé mirándola sin saber qué decir. Jamás había podido imaginar, en mis ya cerca de treinta y cuatro años, que las simples palabras de una mujer pudiesen causarle tal sensación de plenitud a un hombre. Era como si mi vida, hasta ese momento, no hubiese tenido otro sentido más que el de llamar la atención de Victoria, y de repente, sin esperarlo, lo había conseguido. Deseaba —y hasta hubiese dado mi vida— que ese momento pletórico durase para siempre.

–Esta noche, bailar es algo que bien podías haber hecho con cualquier otro. Lo que quizás no puede hacer cualquiera es ponerte Sevilla entera a tus pies… —añadí buscando una salida airosa.

Y sin decir nada más, la cogí descaradamente de la mano, apretando el paso hacia el interior del Alcázar. Bajamos hasta el subterráneo que comunicaba con los jardines de la Catedral, y desde allí atravesamos el patio, compuesto por todo un bosque de naranjos, con su fuente en el centro, hasta llegar a la rampa interior de la torre de Santa María, desde donde se ascendía suavemente a su terraza.

En todo ese trayecto, Victoria no fue capaz de articular palabra alguna, quizás tan sorprendida por mi audaz atrevimiento, como de ver a todos los soldados que nos cruzábamos cuadrándose a mi paso.

Una vez llegados a lo alto de la torre de la Catedral, le dije sencillamente:

–Ahí tienes: Sevilla entera a tus pies.

Desde allí se divisaba la redondez del perímetro que dibujaba la muralla de la ciudad y toda su trama urbana, la campiña labrada y las huertas de extramuros, el puerto y el collar que formaba el río con sus galeones fondeados frente al Arenal, los jardines del Alcázar, y la catedral, con sus gradas del comercio embaldosadas de mármoles.

–Nunca había visto nada tan hermoso, Álvar —exclamó absorta.

–Yo sí…, a ti —le respondí.

Entonces ella me hizo callar, primero poniéndome su dedo sobre mis labios, y después poniendo sus labios sobre los míos.

VII. De paseo por América del Norte

1527–1536

El día se apagaba en mitad de la inmensidad del mar, y la tarde —en retirada— no podía ser más hermosa, con el sol del ocaso tiñendo de un naranja intenso el horizonte infinito del océano.

–Buena navegación, mi señora —le dije a doña Ana, esposa de uno de los oficiales de a bordo, mientras miraba la azulenca agua rompiendo en la proa de la nave.

–Mala la presiente mi corazón; porque tengo por cierto que, de los presentes, casi nadie vivirá para contarlo.

–¿Cómo decís? —preguntó inquieto fray Juárez.

–Una morisca de Hornachos, muy sabedora de las cosas del destino, me lo predijo al partir —respondió titubeando doña Ana.

–¿Y vos, fiel cristiana, creéis en esas brujerías, que la Madre Iglesia rechaza y el Santo Oficio condena? —apeló severamente fray Juárez.

–¿Y qué tendrá que ver, padre Juárez, la brujería con el don de profecía? ¿Es que acaso hay una sólo página del Nuevo Testamento en la que no se cite a los santos profetas del Viejo Testamento? —añadí yo intentando restarle importancia.

–Una morisca no es un santo profeta del Viejo Testamento. Con esas cosas no se juega…

Por lo visto, en Sanlúcar de Barrameda, mientras su marido se afanaba ultimando los preparativos para partir, doña Ana le pidió parecer a una vieja mora de Hornachos, y de la que según se decía, junto con el bautismo, había recibido el don de profecía. La conversa le vaticinó que “Durante un tiempo, los hombres pensarán que lo que comenzó como una ambiciosa empresa acabó como una tremenda catástrofe, pues de los muchos que embarcasen, la mitad se hundirán en las aguas, y a la otra mitad se los tragará la tierra. Ni siquiera llegarán al puñado los que conserven la vida, pero con ellos Dios se bastará para hacer tan grandes prodigios y maravillas como jamás toda la armada entera hubiese soñado nunca, y en ello demostrando Nuestro Señor, que Él sólo se basta de lo más pequeño para hacer las

cosas más grandes”.

* * *

Pero… perdón; veo que este viejo vuelve a salirse del relato, adelantándose a los acontecimientos, y olvidando contar lo que pasó después de la boda, y antes de embarcarme, rumbo a las Indias —que ya, por aquel entonces, se empezaban a llamar las Américas.

El caso es que, a la mañana siguiente de esa noche mágica con Victoria, todo pareció volver a la más absoluta y monótona normalidad, lo cual me hacía encontrarme confuso, y sin saber cuál había de ser el siguiente paso que dar, si es que acaso debía darlo. Ciertamente, un hombre de mi posición estaba en condiciones de cortejar o pedir la mano de cualquier señorita de buena familia de la ciudad, pero los Medinaceli no eran, precisamente, una buena familia de la cuidad, sino una de las grandes casas de España. Con todo, algunas mañanas me levantaba ilusionado, y creyéndome con posibilidades, al recordar cómo aquella última vez que visité su Palacio, la Casa de Pilatos —hacía apenas unas semanas—, fueron los propios duques quienes sentaron a Victoria a la mesa conmigo, y quienes insistieron en dejarnos después a solas. Otras veces, sin embargo, me hundía en la miseria pensando que quizás —era lo más probable— tan sólo se tratase de un simple gesto de cortesía o familiaridad, propio de esas gentes educadas, que sabían recibir, y del cual no debería esperar nada más. En todo caso, y aún en el remotísimo supuesto de que los duques no tuviesen inconveniente en que la pretendiese, lo que estaba claro es que quien sí tendría algo más que problemas conmigo sería don Juan, quien —enemigo mortal de los Medinaceli— interpretaría mi galanteo con Victoria como una vil traición de su hombre de confianza, lo que me haría merecedor de ponerme de patitas en la calle, convencido de así realizar un deber de justicia, lavando tan humillante afrenta. Y sin trabajo, ni posición, ni hacienda, ni futuro, ¿qué iba a poder ofrecerle a Victoria, o a su familia? Eso de “contigo pan y cebolla”, que sin duda era algo muy bonito y romántico, no dejaba de ser un lujo fuera de nuestro alcance, reservado en exclusiva a las clases más humildes.

Apenas pasó así algo más de una semana, cuando un día, al volver a casa, me encontré en la misma puerta con un mensajero del emperador esperándome para darme una carta.

–Es menester que aguarde respuesta —sentenció escuetamente el correo.

Desenvainé mi pequeña daga para abrirla, intentando imitar la naturalidad de quien está acostumbrado a repetir ese mismo ritual todos los días, rasgando meticulosamente las cintas lacradas, sin dañar el soberbio sello que las anudaba.

–Sí, confírmele a su Augusta Majestad que mañana estaré en el Alcázar —le contesté, después de leer dos veces la carta, y cerciorarme de que era el mismo Emperador quien me requería a su presencia.

Sin duda alguna, que mi nuevo y joven amigo Francisco de Borja me deparaba alguna sorpresa. ¿De qué, si no, que el Emperador me citase, sin conocerme de nada, y además con tanta urgencia?, me preguntaba mientras todavía permanecía de pie, contemplando cómo el correo se perdía entre el hormigueo de las calles. Y, mientras, algo más que un simple barrunto empezó a rondarme las tripas, sin duda esa misma y placentera sensación que se tiene siempre que sabes que algo bueno está a punto de transformar tu vida.

* * *

–Su Excelencia, el Duque de Gandía, le espera —me contestó marcialmente el chambelán al que anuncié mi presencia.

Y, antes de que llegásemos a ningún despacho, y en mitad de ese intrincado de pasillos por los que me conducía, me salió al encuentro Francisco.

–¡Álvar! ¿Qué tal? Desapareciste de la fiesta sin despedirte de los amigos…

–Excelencia… yo…

–Sí, ya… no tienes que explicarme nada; vi perfectamente cómo te ibas con esa chica. Claro que yo también estaba ocupado… Vamos, aquí hay una salita, y te cuento… todavía tengo pendiente contigo saldar la deuda del cañuto.

* * *

Pasé toda la mañana en el Alcázar con Francisco, y aunque finalmente no me viese con el Emperador, sí lo hice con otros muchos consejeros y hombres principales, quienes me explicaron primero, y con todo lujo de detalles, para qué se me requería, y después —sin darme tiempo siquiera a aceptar la propuesta— desplegaron un enorme documento, de buen papel y con preciosa letra de monasterio, donde se exponían todas mis prebendas y obligaciones como tesorero real en una nueva expedición que se preparaba para las Indias. Me extendieron una pluma y, antes de que me diese cuenta, ya lo había firmado, mientras alguien se afanaba en aplicarle secante a la tinta, todavía fresca.

–Espérese unos días, don Álvar, a la rúbrica del Emperador, y a recibir instrucciones —comentó un secretario, mientras guardaba de nuevo el documento.

–Espero que vuelvas pronto como gobernador o maestre de campo. Pronto te van a faltar cañutos donde guardar tus títulos —añadió satisfecho Francisco.

* * *

Todavía en aquellos primeros años de los grandes descubrimientos y conquistas, la iniciativa de esas expediciones solía partir de algún noble o potentado, quien, tras llegar a un acuerdo con el rey —los famosos documentos de “Capitulaciones”—, se hacía cargo de financiar y armar la empresa, a cambio de títulos y rentabilidad con los que asegurarse una buena vida, llena de reconocimientos, para el resto de sus días. De esta forma, tanto el Rey, como todo el aparato administrativo de la Corona, podían centrar todo su esfuerzo en los duros asuntos europeos y mediterráneos, defendiendo al Imperio y la Cristiandad de moros, protestantes y franceses. No obstante, y aún por muy distantes que se encontrasen las Indias, la Corona jamás se desentendía de su principal objetivo en esos descubrimientos y conquistas: la conversión de los indios y la civilización de sus tierras, motivo por el cual siempre se enviaban religiosos y funcionarios acompañando a las diferentes expediciones. Los religiosos, en principio, no tenían más misión que la de impartirnos sacramentos a los cristianos, y convertir a los indios, pero también tenían autoridad —cuando así lo consideraban oportuno— para autorizar o prohibir el uso de las armas, bien cuando era menester defenderse, o, caso contrario, cuando se trataba de evitar abusos. Los funcionarios, por su parte —tesoreros, magistrados, escribanos…—, eran los responsables de garantizar la conquista y pacificación, conforme a las leyes generales y capitulaciones específicas.

* * *

Y, retornando al contrato que había firmado, por dicho documento se me facultaba como Tesorero Real de la expedición que don Pánfilo de Narváez, con autorización del Emperador, estaba organizando para la conquista de la Florida. Allí don Pánfilo esperaba encontrar el mítico “El Dorado”, y su Majestad nuevas tierras y súbditos con los que engrandecer aún más su ya vasto Imperio. Sin embargo, y después de haber conocido personalmente a don Pánfilo, no terminaba de entender bien cómo un hombre ya cincuentón, y de posición acomodada, se obstinaba en embarcarse en una aventura de la que pocas eran las posibilidades de volver con vida y fortuna, y ninguna la de vivir después los suficientes años como para pensar que había valida la pena. Y fue el tiempo —que todo lo aclara— quien acabó desvelándome que las verdaderas intenciones de don Pánfilo eran bien diferentes; caballero fornido y rubiejo, tenía su rostro —alargado y enjuto— atravesado por un parche que te tapaba la cuenca vacía de un ojo, mientras que el otro tenía la particularidad de inflamarse al rojo vivo, cada vez que escuchaba mentar a Hernán Cortés.

Por lo visto, en su día a don Pánfilo —al mando de quinientos

hombres— se le ordenó salir a la busca y captura de Cortés, quien —prófugo de la justicia— se había lanzado sin permiso a la conquista del Imperio Azteca. El caso es que Cortés —con la mitad de hombres— lo derrotó en una batalla en la que no hubo ningún muerto y solo un herido; el mismo don Pánfilo, quien perdió su ojo. Y Cortés, que antes no tenía hombres suficientes, sumó los soldados de don Pánfilo a los suyos propios, pudiendo de esa forma conquistar México, y retornar con la suficiente gloria como para pasar de villano a héroe, mientras que don Pánfilo, el enviado de la justicia, volvía sin hombres, sin ojo, y sin honor. Desde entonces, la fama de Cortés no había hecho más que ir en aumento, a la par de sus galeones, que continuamente arribaban con puntualidad a Sevilla, cargados de oro y plata, desde esas tierras que un día conquistase el extremeño, gracias al ojo de don Pánfilo.

* * *

Desde que, días atrás, recibiese la visita del correo con la carta del Emperador, no me cabía duda alguna, tanto de que Francisco estaba detrás de la misiva, como de que se trataba de proponerme para algún cargo de responsabilidad cerca de la Corte. Era lo que durante largos años había estado esperando, salvo que siempre creí que ese momento sólo podría verlo, si acaso, al final de mi vida, después de décadas de abnegado y oculto servicio, y sin otra recompensa que unos cuantos ducados. Sin embargo, ese momento había decidido presentarse sin avisar, como queriendo adelantarse para llegar a tiempo, y hacer posible un amor que días antes era inalcanzable. Ciertamente, no había nada seguro hasta que volviese, entre otras cosas porque eran muchos los que morían en el intento, pero estaba claro que, si regresaba habiendo cumplido con mi deber, nada en este mundo podía hacer que se me negase la mano de Victoria.

La tarde que fui a verla, ya toda su familia estaba al corriente de la noticia. A veces, los cuchicheos de Sevilla tenían algo de bueno, en mi caso lo suficiente como para ser merecedor de que quienes me habían ignorado hasta entonces no dudasen en afirmar: “Estaba claro que mi buen amigo Álvar pronto llegaría lejos, yo mismo lo he recomendado…”. Y el hecho de que mi nombramiento me hubiese precedido, evitándome el pudor de tener que contarlo yo mismo, ya equivalía a su pública admiración y envidia, lo cual era el bien más codiciado en Sevilla, más que el mismo oro de sus galeones.

Victoria estaba radiante, y tan guapísima como distante. Sin duda, esa tarde hubiese querido —era lo que más deseado del mundo— haber escuchado de ella un melancólico suspiro mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla, con el corazón destrozado por mi inminente partida a tierras tan lejanas como peligrosas… “No te

vayas, por favor… Renuncia al cargo… Quédate junto a mí”; pero nada de eso vi, ni escuché. Ni siquiera un forzado ademán de queja. De esa lejana despedida, sólo recuerdo la frialdad de un comerciante de paños que examina con gesto de desaprobación un delicado rollo de seda de primera calidad, a la espera de que su fingida indiferencia le sirva para que le bajen el precio. Ya nada quedaba de esa frescura y pasión que degusté por un instante aquella noche en el Alcázar. Ella ya sabía que me tenía, y que era irremediablemente suyo.

–¿De verdad, no te importa? Pueden pasar años hasta que vuelva… —pregunté contrariado.

–No cometas ninguna insensatez por volver antes de tiempo. Lo único que importa es que regreses con título y como general, vistiendo un elegante fajín de franela rojo, con el que presentarte ante mi tío para pedirle mi mano.

–¿Me esperarás, con tanto caballero de alcurnia suelto y a la caza, como hay por ahí …? —dije forzando una sonrisa.

–Tardes lo que tardes —contestó ofreciéndome solo la mejilla, como dándome a entender que esos labios todavía no eran míos.

* * *

Francisco tuvo el detalle con don Juan de pedirle entrevista, y en su mismo palacio —evitándole que tuviese que desplazarse al Alcázar—, a fin de pedirle formalmente, y en nombre del Emperador, que se me diese por excusado de mis obligaciones para con la Casa de Medina Sidonia, y poder servir a la Corona como tesorero de la expedición. Fue todo un delicado gesto de humildad y sencillez, que evidenciaba el poderío de tan grande caballero.

–¿Sabes?, he pedido plaza en Alcalá; voy a cursar estudios de humanidades. Creo que me vendrán bien —comentó pensativo, mientras le acompañaba de vuelta al Alcázar.

–Me alegro mucho —dije después de titubear un momento—. Querría, también, daros las gracias por vuestra confianza en la empresa encomendada; espero no defraudaros.

–A mí no me defraudarías, te defraudarías a ti mismo. De todas formas, y si me admites un consejo que me dio mi padre cuando su Majestad me llamó a su lado, te diré que la grandeza y la nobleza tienen muchos privilegios, pero esos privilegios serían odiosos y absurdos si no se mereciesen de algún modo. Si olvidamos nuestros deberes, hasta los más pobres mendigos tendrían derecho a escupirnos a nuestro paso por la calle. No somos propietarios de nada de lo que somos o tenemos. Somos simples administradores de Dios y del Rey.

* * *

No muchos días más tarde, andaba ya de nuevo por el Arenal. Pero

esta vez no como el paseante de siempre, ávido de escuchar historias y ver barcos de los que llegan o se van, sino como el responsable de las contrataciones de buques, hombres, armas y matalotaje de la expedición más importante que partía ese año rumbo a las Indias.

–Le puedo ofrecer todo tipo de mercaderías: brea, aceite, vino de Jerez, almendras de Levante, toda suerte de hierros y armas forjadas en las Vascongadas… —se apresuró en proponerme Manuel de Sandoval, quien se ganaba la vida en el Arenal con el tráfico de mercaderías.

–¡Paaare…! Ya sé que tiene usted de todo, menos vergüenza. Aquí tiene un listado para que me pase oferta: una partida de cuarenta fanegas de habas, ciento veintiséis arrobas de aceite, veinticuatro pipas de vino de Jerez, seis quintales de almendras dulces, y otros tantos de brea…

–¿Cómo que no tengo vergüenza? ¿Quién le ha podido decir semejante majadería de mí? ¡Claro que la tengo!, lo único que pasa es que también la vendo… Venid a cenar esta noche y hablaremos —dijo —; no hay como hacer negocios con la barriga llena. En frente de San Julián, junto a la Puerta de Córdoba, tenéis vuestra casa. Allí os espero.

Su casa —un viejo palacio rehabilitado con tacañería— era sucia y destartalada. En ella, por más que abundasen todo tipo de muebles y trastos, no se podía decir que se hubiese conseguido el descarado objetivo de impresionar, sino más bien todo lo contrario. Sin duda, la rapidez con la que Antonio había empezado a ganar dinero, no le había permitido todavía darse cuenta de que las apariencias empiezan por la limpieza, y que tapar la vista de un viejo tapiz flamenco, colocando delante un ostentoso jarrón de supuesta porcelana china —toscamente falsificado— sobre un labrado bargueño incrustado de marfil y nácar, era algo que bien podría haber hecho chirriar de dentera a cualquier gañán con un mínimo de gusto.

–¡*Eztá d’ezcándalo er gamón, ehh*! —exclamó entusiasmado, mientras engullía con la boca llena.

–Sí, desde luego; lástima que sólo tenga presupuesto para cecina, y no para jamones como éste.

–La cecina es para la chusma. Un caballero como usted tiene que saber distinguirse, vistiendo buenos paños, y sirviendo una buena mesa a sus invitados —añadió escupiendo entre dientes una hebra de jamón.

–Te agradezco mucho tus consejos y, si quieres ayudarme, dame un buen precio para la lista de bastimentos, y no trates de engañarme ni con el peso, ni con las calidades.

–¡Por las llagas de Cristo! ¿Me queréis tomar el pelo, o es que vuestra merced no sabe todavía en qué mundo vive? El precio, los

pesos, y hasta las calidades lo fijaréis vos mismo. Yo firmaré como cobrado el recibo que me extendáis, y os daré un diez por ciento de la cifra reseñada. Ya sabes… los hombres de negocios estamos para ayudarnos —dijo entrecruzando los dedos, hasta hacer crujir las falanges.

–Os juro que, como vuelva a veros por el Arenal, serán ratas lo que comáis en la cárcel —le advertí mientras me levantaba e iba.

* * *

Después de atravesar el Océano, llegamos a la Isla de Santo Domingo, donde nos abastecimos de alimentos frescos y caballos. Pero, una vez allí, buena parte de nuestros hombres desistieron ante las promesas de tierras para cultivar que les ofrecían los otros colonos. En total nos dejaron más de 140 hombres, quedando reducida nuestra expedición a 450. Era la primera de nuestro largo rosario de desgracias.

Así que, antes de dar tiempo a más deserciones, compramos un barco nuevo, y partimos rumbo a Santiago de Cuba, donde don Pánfilo consiguió finalmente que nos aprovisionásemos de armas y caballos, mientras yo me dirigía, al mando de otros dos navíos, a Trinidad, en busca de los últimos abastecimientos.

Fue llegar allí yo con mis hombres, y empezar a llover. Y, sin saber muy bien por qué, quise animar a los hombres a que desembarcasen conmigo, cosa que no les pareció oportuna, por preferir —como era lógico— resguardarse a bordo del frío, el viento y la lluvia, a la espera de que amainase para desembarcar. Contra todo pronóstico, fue su perdición, pues tan pronto como los pocos que venían conmigo pisamos tierra, se desencadenó un huracán, que arrasó a su paso casas y árboles, a tal punto que todas las casas e iglesias se cayeron y era necesario que anduviésemos siete u ocho hombres abrazados unos con otros para poder ampararnos, y que del viento no nos llevase, y andando entre los árboles no menos miedo teníamos de que las casas se nos cayesen encima. En esa tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros. Después de aquella noche infernal, terminó amainando la tormenta, y bajamos al puerto, donde comprobamos horrorizados que los barcos ya no estaban, se habían hundido. Desesperadamente empezamos a buscar supervivientes, a lo largo de toda la costa. A un cuarto de legua del agua hallamos el bote auxiliar de uno de los navíos sobre un árbol, y no fue hasta diez leguas más lejos donde finalmente encontramos tablazones y hombres tan desfigurados por los golpes con las peñas, que no fue posible reconocerlos. Esa funesta jornada se saldó con la vida de más de sesenta de nuestros hombres, y veinte caballos.

Cinco días quedamos todavía vagando a la intemperie, por en medio de esos desoladores parajes, enterrando a los muertos, hasta que don Pánfilo apareció en nuestra búsqueda, con el resto de hombres y barcos, quienes no habían sufrido daño alguno, por encontrarse más alejados de la tormenta, y encontrar cobijo en el puerto. Una vez reunidos de nuevo, compramos otros dos navíos, un bergantín y un buque de carga, con los que nos dirigimos a La Habana. Todavía en el camino tuvimos que hacer frente a dos nuevas tormentas, que estuvieron a punto de hundirnos, hasta que, entrando en el puerto, justo enfrente de la misma bocana, una última tormenta, soplándonos de proa, salió a nuestro encuentro, dándonos a entender que nuestra expedición estaba maldita. No quedó más opción que olvidar los pertrechos que todavía nos faltaban por cargar en La Habana, poner culo a la tormenta, y proa a la Florida. Partíamos definitivamente a la conquista y, sin haberla comenzado todavía, ya habíamos perdido doscientos hombres.

Tras unos días de no menos penosa navegación, conseguimos alcanzar la península de la Florida, costeándola hasta dar con una bahía —ahora llamada Tampa— donde vimos varias casas y habitaciones de indios. Allí desembarcamos, y tras tomar posesión de las nuevas tierras descubiertas, y por descubrir, en nombre de su augusta Majestad el César Carlos, tratamos con no poca dificultad de entendernos por señas con los indios de aquellas tierras, quienes, pocos y pobres, nos indicaban que no muy lejos de allí había una provincia a la que llamaban Apalache, en la cual aseguraban había mucho oro, así como gran cantidad de todo lo que buscábamos. Todo parecía que empezaba a marchar bien, sin tener en cuenta que estábamos agotados, sin provisiones, y que en el trayecto desde La Habana habían muerto la mitad de los caballos, y los que todavía se mantenían en pie no estaban en condiciones de cargar.

Al día siguiente, don Pánfilo nos reunió a los oficiales. De su rostro había desaparecido, de la noche a la mañana, cualquier atisbo del agotamiento o debilidad que veníamos arrastrando los últimos meses. Milagrosamente, se había metamorfoseado en un hombre nuevo, hasta bien parecía rejuvenecido, exultante, pletórico. Sus ojos, encendidos, chisporroteaban como si acabase de beber una pinta de vino añejo. Nadie hizo ningún comentario, no hizo falta. Todos sabíamos que ese hombre creía tener ya casi en la palma de su mano ese momento de honor gloria y oro para el que había vivido desde que nació. Para él, atrás quedaban los sinsabores de las derrotas y las humillaciones. Era la ocasión de vengar la afrenta de unos años atrás, cuando Cortés, después de vencerle en México, haciéndole perder su ojo, su honor y su ejército, conquistó el inmenso Imperio Azteca, y se hizo con el mayor tesoro en oro y piedras preciosas que hasta entonces hubiese

visto junto ningún otro hombre. Apalache parecía ser la palabra mágica con la que entrar en el Olimpo de los semidioses. Un vasto y rico vergel edificado en oro, esperando a ser conquistado por don Pánfilo, y con el que hacer palidecer de envidia a Cortés, a Julio César, y hasta al mismísimo Alejandro Magno.

Don Pánfilo no era capaz de articular dos frases seguidas con un mínimo de coherencia o sentido, lo que nos hacía inquietarnos no poco a toda la oficialidad. Toda su obsesión era entrar urgentemente tierra adentro en busca del Apalache, y que los barcos partiesen hasta el Puerto de Las Palmas, junto al Río Panuco, en la costa Oriental de Nueva España. Aquel planteamiento era fruto, tanto de su inconsciente obsesión por partir aceleradamente, como del enorme desconocimiento que de aquellas tierras teníamos, y, puesto que ningún cristiano había conocido todavía esos lugares, se pensaba que apenas eran unas leguas lo que separaban la costa occidental de la Florida, de la costa oriental de la Nueva España. Un error que corregiría yo para la historia, descubriendo que entre esas costas hay todo un Mediterráneo que baña la otra América que hay al norte, completamente diferente de la que ya conocíamos nosotros al sur. Pero eso son ya detalles que no me toca contar todavía.

* * *

Partimos, rumbo a Apalache, el día primero de mayo del año de Nuestro Señor de 1528, después de haber mandado partir a los barcos, en busca de más bastimentos. Salimos en total trescientos hombres, incluyendo oficiales, un par de frailes, y tres clérigos, cada uno con apenas dos libras de bizcocho y otra media de tocino como único sustento para la conquista de todo un imperio, como se creía que era el de Apalache. Con aquellas provisiones anduvimos quince días, y pronto tuvimos que empezar a echar mano a todo aquello que escasamente daban esas tierras para poder subsistir, hasta que, días más tarde, dimos con un pequeño poblado con gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y con el que dimos infinitas gracias a Nuestro Señor por habernos socorrido en tan grande necesidad.

Mínimamente repuestos con el maíz que encontramos, proseguimos nuestra marcha, atravesando ríos y tierras, tan difíciles de andar, como maravillosas de ver por sus enormes montañas y árboles, que parecían acariciar el cielo con sus copas. Anduvimos por entre esos desfiladeros cosa de dos meses, soportando las continuas y grandes tormentas y tempestades con las que esa tierra parecía decirnos que no éramos bienvenidos, comiendo apenas cada dos días, cuando teníamos la suerte de encontrar maíz, y soportando las dolorosas llagas sin curar, e infectadas muchas veces, que nos causaban en las espaldas el tener que cargar con las armas, a falta de caballos.

Al cabo de esos dos meses, desde que partiésemos de la Bahía de Tampa, dimos finalmente con Apalache, y una gran decepción se apoderó de nosotros: apenas era un pequeño poblado de unas cuarenta casas pequeñas de paja, edificadas en lugares abrigados, por temor a las grandes tempestades. Permanecimos allí veinticinco días, preguntando a todos los indios que encontramos, a cada uno por separado, coincidiendo todos en que el mayor pueblo de todas esas tierras era en el que nos encontrábamos, y que en adelante había menos gente y mucho más pobre que ellos.

Apalache no era más que un villorrio de chozas, rodeado de tierras yermas, y mal pobladas, entre grandes extensiones de desierto. ¿Dónde estaban las calles empedradas y los tejados de láminas de oro? ¿Dónde los templos con altares de plata y las joyas de los ídolos? Solo casas de tierra y paja, semienterradas en las cuevas, pobreza y ausencia de civilización. Y este sórdido lugar era el mayor pueblo de toda aquella tierra.

Evidentemente, la decisión de volver por donde habíamos venido fue impuesta por las circunstancias. Era menester retornar en busca de los barcos, a fin de aprovisionarnos y encontrar una nueva ruta por la que poder penetrar en aquel nuevo y oscuro continente, a través de algún punto más adecuado.

Nos pusimos de nuevo de camino, en dirección a la costa. Pero esta vez no tardamos dos meses, sino apenas nueve días, en una frenética huida de las flechas de los indios semínolas, quienes, con una vertiginosa rapidez, aparecían y desaparecían de entre los árboles y los peñascos, no sin antes haber flechado a algunos de los nuestros, siempre con una extraordinaria precisión y potencia, capaz de atravesar nuestras armaduras.

* * *

Nuestra llegada de nuevo a la Bahía de Tampa no pudo ser menos desalentadora que la de Apalache; no estaban allí nuestros barcos, así como tampoco signo alguno de que nos esperasen. Todavía dejamos transcurrir algunos días con la vana esperanza de que terminarían retornando en nuestra búsqueda, hasta que nos convencimos de que los días de espera no hacían más que dilatar nuestra agonía, así como el número de bajas entre nuestros hombres, que aumentaban de día en día, como consecuencia de la desnutrición, las fiebres y las flechas envenenadas de los semínolas, quienes no dejaban de atacarnos por sorpresa. Solos en la bahía, sin fuerzas, y con más de la tercera parte de nuestros hombres agonizando, nos reunió de nuevo don Pánfilo a los capitanes, a fin de tratar de encontrar una salida a nuestra desesperada situación. Y cuán no sería de desesperada, que acordamos como único remedio hacer navíos en que nos fuésemos. A todos

parecía imposible, porque nosotros no lo sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias, finalmente ni cosa ninguna de tantas como son necesarias, ni quien supiese nada para trabajar en ello, y, sobre todo, por no tener qué comer mientras se hacían. Y considerando poner todo esto en manos del Dios Todopoderoso, con tanta fe porfiamos, que, comenzando la labor a cuatro días de agosto, a veinte días del mes de septiembre, habíamos construido un total de cinco barcos, cada uno con una eslora de veintidós codos castellanos. Empleamos los estribos de los caballos, espuelas y ballestas, así como otras cosas de hierro que teníamos, en fabricar clavos, sierras, hachas, y otras herramientas. Calafateamos con estopa de palmera, y dimos brea con cierta pez de alquitrán que hizo un griego, llamado don Teodoro, a partir de la resina de los pinos. Con lo que quedaba de nuestras camisas y sábanas hicimos velas, y con fibras de palmera y crines de caballo tejimos cabos que nos sirvieron de jarcias. Y, por último, a fin de que no faltase el agua a bordo de nuestra nueva e improvisada flota, fabricamos botas en las que guardar agua, después de desollar enteras las patas de los caballos y curtir su cuero.

Hoy todavía, casi medio siglo después, sigo sin explicarme cómo fuimos capaces de tal proeza, en tan poco tiempo, y sin medios. Incluso he tenido ocasión, años después, de visitar las mejores atarazanas del mundo, que por supuesto son españolas: La Habana, San Fernando, Sevilla, Veracruz… Y en ellas nadie me creyó, cada vez que contaba nuestra proeza. Es imposible, decían, y a mí, por más que lo oía decir, más me henchía de orgullo como un pavo. Sí, es posible, nosotros lo hicimos…

* * *

La noche del veintiuno al veintidós de septiembre, los hombres volvieron a cantar y a sonreír. Era algo que ya casi se nos había olvidado en los últimos meses. Esa noche todo parecía invitar a la felicidad; los barcos que pronto nos devolverían a tierras de cristianos nos esperaban descansando sobre la orilla, completamente acabados y aparejados, listos para embarcar e izar velas. Por grupos, entonamos las canciones propias de la tierra de cada uno, nos abrazamos, y lloramos. Asamos el último caballo que nos quedaba, y nos lo comimos sobre la arena de la playa, al calor del fuego, mientras la luna jugaba con la sombra de esos enormes cocoteros alargando sus figuras hasta sumergirlas entre la espuma de las olas. ¿Qué más daba que fuese el último caballo? Pronto tendríamos ocasión de saciarnos con cuantas exquisitas viandas nos viniese en gana… o al menos eso fue lo que creímos.

Pero lo cierto es que esa fue la última vez que volvimos a estar

todos juntos y, desde luego, la última en la que sonreímos. Pronto los nuevos acontecimientos nos arrancaron del rostro y del alma cualquier atisbo de alegría o esperanza. Al día siguiente, sin que ninguno de nosotros tuviese noticia alguna sobre el arte de navegar, nos embarcamos, a razón de cincuenta hombres por barco, y tan apretados que no nos podíamos menear. Izamos las velas, y pusimos proa a poniente, navegando siempre de través. Pronto desapareció de nuestra vista la apacible bahía, mostrando una costa extremadamente irregular, llena de pequeñas entradas, y ensenadas despobladas. Nada había del camino que nos llevase hasta el río Panuco, sino tan solo desiertos, y de cuando en cuando algunos indios pescadores, tan pobres y miserables como nosotros.

A los pocos días, el agua que había en las botas se echó a perder, pues por falta de tiempo y conocimientos, los cueros de los caballos, con los que habíamos fabricado las botas para el agua, no habían sido debidamente curtidos y tratados, y siendo grande la sed, y no teniendo qué beber, algunos hombres cometieron la debilidad de probar el agua de la mar, y murieron. Siguieron otros muchos días de navegación a lo largo de una costa que empezaba a hacerse infinita. Navegábamos siempre con la vista puesta en tierra, por si tuviésemos la suerte de divisar algo parecido a la desembocadura de un río. Ocasión que, si los vientos y las corrientes lo permitían, aprovechábamos para desembarcar. Algunas de esas veces pudimos aguar y hasta encontrar ostiones y cangrejos para comer, pero otras tantas veces no eran más que indios flechándonos lo que encontrábamos, con lo que teníamos que embarcar de nuevo, sin no poca pena, y siempre dejando a algún compañero tendido sobre la arena de la playa, atravesado a flechazos, y tiñendo de rojo la espuma de las olas.

Un día, inesperadamente, al doblar un recodo, nos encontramos con la desembocadura de un enorme río, al que los indios llaman Misisipi. Nadie de entre nosotros había visto jamás, ni podido imaginar, semejante demostración de poderío de la naturaleza. Hasta los mismos sevillanos, que prefieren dejarse arrancar la piel a jirones, antes de dejar de reconocer que lo mejor del mundo está en Sevilla, comparaban su plateado Guadalquivir con un riachuelo al lado de tan soberbio prodigio. Por un momento, la alegría del descubrimiento fue grande, pues encontrándonos aún en alta mar, bebíamos agua dulce y, habiéndonos hartado de beber, lo celebrábamos echándonos agua los unos a los otros, como los niños que juegan en la playa. Pero pronto se acabó la alegría de aquel primer momento. Era como si toda nuestra expedición no fuese más que un guión macabro en el que las pequeñas alegrías hacían de paréntesis entre las grandes desgracias; Cuando quisimos reanudar la marcha, los timones no respondían, pues la fuerte corriente del río era tan grande, que nos empujaba mar adentro.

Intentábamos, sin éxito, remar a contracorriente, pero entonces comenzó a soplar un fuerte viento de tierra hacía el interior de la mar que nos hizo perder ya por completo el gobierno de las naves.

Y fue allí, ante la desembocadura de ese río tan extraordinario como el que jamás hubiese visto cristiano alguno, y tan cruel como jamás hubiese deseado el mismísimo demonio, donde terminó nuestra expedición. A partir de entonces, cada una de las cinco naves, con los apenas doscientos hombres que quedábamos con vida, siguió el camino caprichoso y mortal del viento y la corriente. En un principio, mi barco y otro más logramos salvar la corriente, atravesando el cauce del río. Tras lo cual, conseguimos navegar con cierta tranquilidad durante cuatro días más. Pero al quinto día una nueva tormenta hizo perderse a la otra barca, y a punto estuvo también de hundir la nuestra. Fue tal la fatiga de aquella jornada, que, al caer la noche, todos los hombres yacían sobre el fondo de la nave, caídos los unos sobre los otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido.

Sin fuerzas para gobernar la nave, y completamente rendidos ante la fatalidad del destino, nos abandonamos a la muerte, mientras dejábamos que nos arrastrase la corriente. No sé cuánto tiempo pudo pasar, si horas o días, el caso es que un tibio sol de noviembre me despertó una mañana. Me sentí seco, con algo de fuerzas, y extraño, pues no percibía movimiento alguno en el bote. Me incorporé del fondo de la barca, alcé la mirada tímidamente sobre la borda, y con enorme alegría pude ver que estábamos varados sobre una playa. Desperté al resto de los hombres, y a duras penas, pero con la alegría de vernos de nuevo en tierra, pudimos encontrar agua y algo que comer, mientras otros reunían algo de leña, y encendían un fuego, con el que protegernos de los rigores de esas noches frías y húmedas.

Estábamos en lo mejor de la velada, sin creernos todavía que nos encontrásemos vivos, y bebiendo y comiendo a placer al calor de un agradable fuego, cuando un centenar de indios, armados hasta los dientes con arcos y flechas, nos rodearon, sin que siquiera nos hubiese dado tiempo a desenvainar espadas. Pero quiso Dios que esos indios, que más tarde supe que se llamaban Sioux, fuera de querer vernos muertos, nos trataron muy bien, alojándonos en sus propias chozas, y dándonos de comer pescado y unas raíces a las que llamaban patatas, hasta entonces para nosotros desconocidas.

En los días siguientes, fuimos recibiendo noticias del resto de las barcas. Eran terribles. La de don Pánfilo de Narváez se había perdido mar adentro. Otros pocos, y a duras penas, habían logrado desembarcar, pero, encontrándose en un país tan inhóspito, y junto a unos indios tan primitivos en su cultura, poco a poco fueron muriendo, a consecuencia de la debilidad que arrastraban, y de unas

enfermedades desconocidas para nosotros, y para las que no teníamos remedio.

Para cuando nos quisimos dar cuenta, apenas quedábamos un puñado de hombres, a los que los indios nos habían tomado por sus esclavos. Medio repuestos, muchos intentaron huir, para llegar hasta la Nueva España, pero sin mapas, sin caminos, y en un país desconocido, era algo que constituía una gran utopía. Algunos lo intentaron, pero los indios salieron en su persecución y los mataron. Nos encontrábamos en una trampa mortal.

A los pocos meses, ya apenas quedábamos quince hombres de los seiscientos que salimos de España. Pero aún así, no desistimos en ningún momento de lograr volver. Vivíamos siempre con esa esperanza escondida, y siempre con el oído atento para acumular noticias que nos pudiesen servir algún día en nuestra huida. Aprovechamos el tiempo, recuperando fuerzas y, sobre todo, conociendo sus costumbres y toda aquella información que nos pudiese ser de utilidad algún día. En ese empeño, yo llegué a aprender hasta seis de sus idiomas.

* * *

El lugar hasta donde nos había llevado nuestra barca a la deriva era una isla que hoy se llama de San Luis, pero a la que nosotros apodamos como del “Mal Hado”, de la mala suerte. Como he dicho, en un principio los indios nos trataron bien, hasta que, apenas repuestos, dio a los indios una enfermedad de estómago, de la que murió la mitad de la gente de ellos y, creyendo que sería algún maleficio nuestro quien los mataba, y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de acabar con los pocos que aún vivíamos. Y ese hubiese sino nuestro final, de no ser por un solo indio, que consiguió convencer al resto de que, si también nosotros moríamos, no podíamos ser los causantes de la enfermedad.

Una mañana, después de haber decidido no matarnos, pero viendo que tampoco les servíamos para nada, quisieron los indios hacernos médicos. Sin examinarnos en conocimientos, como hacen en nuestras universidades, ni pedirnos título alguno, como ocurre en nuestros hospitales, pretendían que les curásemos de sus enfermedades a su manera, que esto es soplándoles en sus dolencias al tiempo que ponen sus manos sobre la cabeza del enfermo. En un principio, para nosotros esto era cosa de risa, pero ellos, por más que insistían, nos quitaban la comida, hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y nos vimos en tal necesidad, que no supimos qué hacer, porque, si no accedíamos, teníamos por cierto que acabarían matándonos, y, si accedíamos, pero no los curábamos, como era de esperar, también acabarían matándonos. El caso es que hicimos algo que siempre funciona, pero

de lo que siempre nos olvidamos los hombres: ponernos en manos de Dios Nuestro Señor. Y fue así que les dijimos a los indios que los curaríamos, pero no a su manera, sino a la manera de los hijos del único y verdadero Dios que existe en todo el mundo. Y uno por uno, los fuimos atendiendo, después de santiguarnos y rezar un Pater Noster y un Ave Maria, al tiempo que los encomendábamos lo mejor que podíamos a Dios Nuestro Señor para que les diese salud, e inspirase en ellos que nos hiciesen buen tratamiento. Y de esta forma quiso Dios y su misericordia que todos aquellos por quienes suplicábamos dijesen a los otros que estaban sanos y buenos, y por esta razón nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer para dárnoslo a nosotros.

De esa guisa permanecí todavía un año en la isla, pero, siendo tan extrema el hambre que allí se pasaba, y siempre con la idea fija de volver algún día a España, crucé a nado hasta el continente. Allí tuve mejor suerte, pues me hice mercader, procurando realizar el oficio lo mejor que sabía, y por esto los indios me daban de comer y hasta me hacían buen tratamiento. Comerciaba con cosas muy curiosas: de la costa al interior llevaba caracoles, conchas de mar que los indios utilizaban como cuchillos, y piedras marinas; y del interior traía pieles, tintes con los que los indios se pintan para las fiestas o para la guerra, y pedernales para hacer puntas de flecha. Estos menesteres me daban la libertad de ir dónde quería, si bien es verdad que tan desnudo como cualquier otro indio, y en mitad de esas tierras tan llenas de peligros y hambres, como de tempestades y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios escapé. Todos los años nadaba hasta la isla, en la esperanza de llevarme conmigo a un cristiano que allí estaba, llamado Lope de Oviedo, y por sacarlo de allí yo pasaba a la isla cada año, rogándole nos fuésemos en busca de cristianos, pero cada año me detenía diciendo que el otro siguiente nos iríamos.

Y así pasaron seis largos años, lentamente uno detrás de otro, hasta que una mañana, sin saber todavía cómo ni por qué, me dijo que me acompañaría, y, sin pensarlo más, nos echamos al agua, y nadamos juntos las dos leguas que separan la isla de tierra firme. Una vez en el continente, reemprendimos el camino de vuelta a casa, roto años atrás. Solos, y casi desnudos, andábamos hacía poniente, sobre la arena de la playa, hasta que un día, a las pocas jornadas, nos encontramos con unos indios, por quienes tuvimos conocimiento del terrible desastre que habían sufrido el resto de los hombres, pues hasta donde nos encontrábamos habían llegado los últimos supervivientes del ejército de don Pánfilo de Narváez. Unos habían muerto de frío, otros de hambre, y la mayoría habían ido cayendo a manos de los indios, cada vez que intentaban huir hacia la Nueva España. Supimos

que todavía vivían tres: Andrés Dorantes, Alonso del Castillo, y Estebanico el negro, a quienes unos indios los tenían como esclavos, dándoles muy mal tratamiento, a base de coces, bofetones y palos. Y otras muchas cosas desagradables que nos contaron, al punto que se le mudó el parecer a mi compañero Lope de Oviedo, quien, viendo por segura nuestra muerte, antes de seguir adelante con nuestro proyecto de huida, prefirió dejarme de nuevo y volverse a la isla, convencido de pasar allí el resto de sus miserables días. Y yo, viéndome solo y sin posibilidad alguna ya de nada, me abandoné a mí mismo, vagando sin rumbo por esos parajes yermos, sin querer ya nada, ni esperar nada. Tentado estuve todavía de volver tras los pasos de mi amigo Lope, e irme con él a morir entre salvajes, en esa isla infernal, pero me negué a que lo último que hiciese en mi vida fuese un acto de cobardía. Para un soldado, la grandeza está en el empeño con el que se cumple con el deber, más que en lo conseguido, y yo, aunque no hubiese conseguido nada en todos esos años, creía haber intentado cumplir con mi obligación. Y con ese pensamiento me consolaba, a la espera de acabar muriendo de frío o hambre y, en todo caso, desnudo como vine al mundo.

* * *

Un sonido melancólico rompió en una de esas noches de silencio absoluto. Quizás sólo fuese el simple chisporroteo de la lumbre a la que me arrumaba para dormir, o puede incluso que se tratase de algún mochuelo, de esos que gustan de lanzar en mitad de la oscuridad sus profundos y tenebrosos suspiros, esperando sorprender a algún ratoncillo despistado. Fuese lo que fuese, el caso es que me despertó. Y por primera vez, en mucho tiempo, no me sentí incómodo, a pesar de estar al ras, y desnudo sobre el suelo. Todavía permanecí unos minutos inmóvil, admirado de cómo la luna, con su manto de estrellas, parecía inundarlo todo, y una profunda paz terminó apoderándose de mí. Hacía años que no sentía nada parecido, y todo me hacía recordar al sosiego y la alegría que se respiraba en el hogar de mis padres, los largos paseos con Ignacio por jardines que jalonaban su castillo de Loyola, la sonrisa de Victoria en una soleada tarde de Sevilla… ¿O quizás era Miriam quien me sonreía?

Todos esos recuerdos acudían a mi memoria con una vertiginosa rapidez, como pretendiendo despertarme, no ya solo del sopor de la noche, sino de esa especie de muerte en vida a la que me habían llevado las desgracias de los últimos años, y que yo había terminado aceptando como irremediables. ¿Qué habría querido decir con sus misteriosas palabras, aquel primer día en que nos hicimos a la mar desde España, la vieja morisca de Hornachos? —pensé por un momento—: “Todos morirán, y no llegará al puñado de hombres

quienes consigan volver con vida. Y serán esos hombres quienes demuestren que Dios, en su infinita grandeza, con sólo unos pocos se basta para hacer mucho más de lo que al entendimiento del hombre alcanza". Y de repente todo pareció cobrar sentido: mis tres compañeros y yo no llegábamos a ser un puñado, y, por extrañas circunstancias, todavía permanecíamos vivos, cuando todos nuestros compañeros habían muerto rápidamente años atrás. ¿No sería que nos habíamos olvidado de Dios, confiando nuestra empresa a nuestros solos remedios humanos? ¿Acaso el ser pocos nos eximía de nuestra responsabilidad ante el César de conquistar esas tierras y ante Dios de evangelizar esas almas?

Tenía ya más de cuarenta años cumplidos. Los suficientes como para resignarme a estar ya en el ocaso de mi vida. Sin embargo, tuve claro que algo grande esperaba todavía Dios de este humilde siervo, y que aún quedaba mucho camino por delante, como si el reloj de la existencia empezase de nuevo a contar las horas. Y con esos pensamientos empecé a adormecerme nuevamente, a la vez que volvían frescos a mi memoria los recuerdos de las mujeres a las que había amado, cuando todavía la ilusión me embargaba, y esperaba volver pronto con el honor y la fortuna que ellas merecían. Volvía a ser un hombre enamorado… aunque no sabía bien de quién… Miriam me quiso sin pedirme nada a cuenta y la desprecié… ¿Me estaría esperando todavía Victoria, quien al menos prometió quererme si volvía con fortuna?

A la mañana siguiente me desperté sin acertar a recordar si todos esos pensamientos los había tenido en sueños o vigilia. El caso es que partí en busca de los mis tres compañeros, y, cuando los encontré, al cabo de varios días, una inmensa alegría nos embargó a todos. A ellos, por verme vivo, y a mí por poder estar de nuevo entre varios españoles, después de tanto tiempo. Les conté que, si había ido hasta ellos, no era solo por buscar compañía de cristianos, sino por recomponer nuestra compañía, y cumplir como soldados de España la misión que se nos había encomendado años atrás de conquistar esas tierras a la Fe de Cristo y gobierno del Emperador. No solamente ninguno se rió, ni lo tomó por broma, sino incluso que acordaron unánimemente que yo, como oficial de mayor graduación y antigüedad, me hiciese cargo de la compañía y la responsabilidad de continuar con la empresa interrumpida ocho años atrás.

Con esta determinación, emprendimos de nuevo el camino de vuelta a la Nueva España, siguiendo siempre el rumbo que marca el sol en su ocaso. En nuestro caminar, pronto empezamos a ganarnos la confianza de los indios, pues allá por dónde pasábamos intentábamos curarlos como aprendiera en la isla, y, con tal acierto, que hasta en una ocasión llegué a abrirle el pecho a uno para extraerle una punta

de flecha alojada junto al corazón. Y allí donde nuestros medios o conocimientos no alanzaban, rezábamos por los enfermos y les imponíamos las manos, y era tal la misericordia de Dios con nosotros que todos sanaban, y llamándonos los “Hijos del Sol” nos tenían por semidioses, a lo que nosotros respondíamos que sólo existe un único Dios verdadero, Padre de todos los hombres. De esta forma, poco a poco, nuestra fama empezó a ir en aumento, hasta ganarnos la confianza de los indios. Al principio, algunos de ellos, que se negaban a que los dejásemos, empezaron a seguirnos; primero eran apenas un puñado, después ya eran unas decenas, que a los pocos meses se transformaron en cientos, y con los años llegamos a ser de nuevo todo un ejército en marcha, pero esta vez compuesto por más de cuatro mil hombres…

* * *

Una mañana clara, desde un altozano yermo y batido por el viento, divisamos nuevamente el mar, después de varios años caminando entre valles y montañas. No se trataba de una ría, o una bahía o una ensenada, sino mar abierto, sin otra cosa más que agua hasta donde la vista alcanza, tanto al norte, como al sur como al oeste. ¿Dónde demonios estábamos? ¿De qué habían servido todos esos años andando con la esperanza de llegar a la Nueva España? Hasta esa mañana siempre nos habíamos levantado todos los días pensando que nos quedaba una jornada menos para llegar finalmente de nuevo a tierra de cristianos. Llevaríamos ya por aquel entonces nueve años y casi mil leguas desde que desembarcamos con don Pánfilo en la Bahía de Tampa. Más o menos la misma distancia que media entre Algeciras a Moscú. Sin embargo, esa mañana ahí parecía haber acabado nuestro camino.

Sin duda, se trataba del Océano Pacífico, el mismo que había descubierto años atrás Vasco Núñez de Balboa. Sin planos, ni aguja de marear, ni instrumento alguno con el que tomar la altura de los astros, estaba claro que nos habíamos desviado hacia el norte de nuestro rumbo, pero ¿cuánto? Evidentemente, lo suficiente como para que hasta esos parajes no les hubiese llegado a los indios que allí habitaban noticia alguna de poblamiento de cristianos, y sin duda ello equivalía a afirmar que de la civilización no nos separaban todavía menos de quinientas leguas, por ser esa la distancia máxima —según nuestro saber con esas gentes— que podían llegar a recorrer las noticias entre esos pueblos de indios, sin otra patria que los desiertos infranqueables, e incapaces de comunicarse entre sí, por tener cada tribu su propia lengua.

* * *

Ese año el invierno parecía hacerse adelantado sin avisar, y desde hacía ya algunas semanas los hombres nos pedían parar y levantar un campamento. Al resguardo de la fría humedad que desde la mar traen las noches, y no lejos de la desembocadura de un arrollo que nos proporcionaba agua fresca cada mañana, montamos nuestro poblado, soñando cada noche con la amada España, en la que poder olvidarnos para siempre de fatigas y penurias.

Pasó el invierno, y llegó de nuevo la primavera, con su radiante sol llenando nuevamente de vida esos inmensos páramos, por los que se deslizaba serpenteante nuestro ejército de miles de indios y tres españoles en taparrabos. Los primeros días marchábamos lentamente y en silencio, como desperezándonos todavía de los largos meses de inactividad en el campamento de invierno. Avanzábamos en grupos sin orden ni concierto alguno, pero siempre hacía el sur, sin perder a poniente la vista de la costa. Y no habían llegado todavía los calores del verano, cuando salió a nuestro encuentro un grupo de indios que nos buscaban, por haberles llegado conocimiento en nuestro arte de curar, y por las muchas cosas fantásticas que se contaban de nosotros. Y cuál no sería nuestra sorpresa al ver cómo del cuello de uno de esos indios colgaba algo que desprendía un brillo que nos era familiar. No era más que la simple hebilla de la funda de una espada, pero, desde luego, un signo evidente de que nos encontrábamos, por fin, cerca de nuestro destino.

El rastro del camino cada vez empezó a hacerse más evidente, pero no por ello más agradable, pues, en las tierras allí por donde se decía que habían pasado otros cristianos, todo lo hallábamos en despoblado, mientras sus moradores andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casa ni labrar, por miedo de los nuestros. Nos contaron cómo otras veces habían entrado a ellos los españoles, destruyendo y quemando los pueblos, llevándose a la mitad de los hombres, así como todas las mujeres y muchachos que encontraban a su paso. A nosotros todo esto que veíamos y oíamos nos entristecía mucho, no ya solo por el cariño que les habíamos llegado a coger a esas gentes, sino porque ese tipo de conductas, al margen de estar prohibidas por nuestras leyes y reyes, constituían una odiosa afrenta para la gran mayoría de españoles que se dejaban la vida en el empeño de llevar la Fe y la civilización a esas tierras que, por designio del Altísimo, nos habían sido reservadas a los españoles. Ya desde los primeros momentos de la conquista, lo había dejado bien claro nuestra Reina Isabel: “Que no consientan que los indios de las tierras ganadas y por ganar reciban en su persona o bienes agravio alguno, sino que sean bien tratadas”. Pero, desgraciadamente, no eran pocos los que se excusaban en las muchas leguas y jornadas a las que se encontraban los tribunales de justicia —por aquel entonces—, para procurarse una fortuna fácil.

Afortunadamente, y andando el tiempo, se fueron perfeccionando aún más las leyes, e instituyendo tribunales de justicia por todas las Américas, hasta el punto de que los nuevos súbditos indios llegaron a tener más derecho que los castellanos viejos; jornada laboral de ocho horas, descanso dominical, permiso de maternidad…

Pero, como decía, el rastro de esos desnaturalizados, indignos de llamarse cristianos o españoles, por días se iba haciendo más evidente, hasta que una mañana, acelerando yo la marcha, en compañía de Estebanico y once indios, conseguimos dar alcance a un pequeño grupo de españoles a caballo. El encuentro no pudo ser más singular, por la alteración que les produjo el verme tan extrañamente vestido, y en compañía de indios. Estuvieron mirándome mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada, hasta que, pasado un buen rato, pude dar lugar a las presentaciones. Y tras un somero relato de nuestra aventura, estos hombres duros de corazón, y cuya conducta despótica había despoblado esos territorios, no solamente no me creyeron, sino que viéndonos desarmados, en tan lamentable estado, y ellos en superioridad, pretendieron hacer esclavos a los indios que conmigo venían, por lo que pasamos muchas y grandes pendencias con ellos. Incluso su capitán, Diego de Alcaraz, se negó a reconocer mi autoridad sobre cualquiera de ellos —autoridad basada en mi condición de oficial real. Sin embargo, pocos días después las tornas cambiaron a nuestro favor, cuando finalmente nos dieron alcance Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, acompañados de seiscientos de nuestros hombres, armados hasta los dientes. Pocas cosas en la vida le producen hoy a este pobre viejo más placer que recordar ese momento inolvidable. Sé que no está bien, y que es una terrible falta de humildad, sobre todo desde que me hicieron prior del convento, pero sé que este es un pecadillo que Dios me consiente.

El caso es que esos últimos acontecimientos hicieron mudar nuestras prioridades; ya no nos importaba tanto el volver a tierras de cristianos, como el hacer que precisamente esos lugares se convirtieran en tierras de cristianos, y que tantas injusticias como habíamos visto cometer últimamente cesasen, para dar paso a un buen gobierno que atrajese a sus gentes a la Fe y la civilización. Y, con esa urgencia, nos dirigimos hasta Culiacán, capital de la nueva provincia en la que nos encontrábamos, a casi 150 leguas al nordeste de la ciudad de México, junto a la costa del Pacífico. Allí nos salieron a recibir con grandes honores todas sus gentes, con su Alcalde Mayor, y capitán de la provincia, don Melchor Díaz, a la cabeza. Fuese porque estaba debidamente informado de nuestra llegada e intenciones, o porque verdaderamente lo deseaba de corazón, nos rogó que nos detuviésemos allí, en servicio de Dios y el César, porque la tierra

estaba despoblada, sin labrarse y toda muy destruida, y los indios andaban escondidos y huidos por los montes, sin querer venir a hacer asiento en sus pueblos, y que los enviásemos a llamar, y les mandásemos de parte de Dios y del César Carlos que viniesen y poblasen en lo llano, y labrasen la tierras.

Dispusimos diversos grupos de indios, que ya llevaban tiempo con nosotros, y por lo tanto habían sido debidamente instruidos en los rudimentos de nuestra Fe y nuestra lengua castellana, para que hiciesen de intérpretes en una descomunal labor de catequesis que organizamos, al tiempo que el gobernador nos prometía no hacer ni consentir entrada ninguna, ni tomar esclavo entre esas tierras y gentes. Empezaron bautizándose los hijos de los principales caudillos indios, y pronto les siguieron el resto de los indios, quienes, en largas procesiones, comenzaron a abandonar las sierras y a poblar los enormes llanos de las regiones del norte de la Nueva España, haciendo nuevos pueblos, todos con su iglesia, y una gran cruz a la entrada, con la que hacían profesión de su nueva vida.

Y fue así como se cumplió la profecía de la vieja morisca de Hornachos, cuando los desarrapados, a quienes los indios llamaban los Hijos del Sol, nos habíamos convertido en los dueños indiscutibles de un territorio más grande que la misma España, sin derramar una sola gota de sangre, y con las únicas armas del predicamento de la Fe, y el buen gobierno. Confiando solo en sus propias fuerzas, seiscientos hombres no habían conseguido nada. Confiando en Dios, cuatro vagabundos conseguimos descubrir e iniciar la conquista pacífica de la mitad de lo que hoy sabemos que es un nuevo continente: América del Norte.

VIII. A la mitad del camino

1537–1541

Diez años son demasiados en una vida, sobre todo para un andaluz que en todo ese tiempo no ha dejado de echar de menos, cada primavera, esas llanuras infinitas de trigales, con su verde intenso de mayo, salpicadas de lunares rojos de amapolas. Y diez años pueden ser también el tiempo que necesita uno para darse cuenta de que ya ha recorrido la mitad del camino de su vida. Que la juventud quedó atrás, y ya solo quedan por delante los inciertos años de la madurez.

¿Qué habría sido de Victoria, y de sus promesas de esperarme? ¿Qué me encontraría cuando, dentro de poco, me viese de nuevo en Sevilla? No dejaba de preguntarme durante las largas jornadas de camino entre Culiacán y la ciudad de México, capital de la Nueva España, y a donde nos dirigíamos, tras haber concluido nuestra labor de pacificación y predicamento.

Una tarde, a punto ya de ponerse el sol, coronamos la sierra que rodea el antiguo valle de los aztecas, y allí, desde lo alto, pude divisar por primera vez esa ciudad mágica, como salida de un cuento de fábulas. En medio de una enorme laguna, como formando una isla artificial, un sinfín de monumentales construcciones pétreas daba forma a los diversos espacios públicos, comunicados entre sí por anchas y bien alineadas avenidas. Desde la isla, y en dirección a los diversos puntos cardinales, partían estrechos puentes flotantes que comunicaban la ciudad con tierra firme en el valle.

Acampamos en las montañas, por ser noche cerrada, y al amparo de un buen fuego con el que protegernos de los peligros que encierra la oscuridad en esas selvas. A la mañana siguiente, nos levantamos impacientes por bajar cuanto antes, recogimos apresuradamente el campamento, y antes de que el sol alcanzase su cénit, ya nos encontrábamos a punto de atravesar uno de esos puentes flotantes. Allí, unos soldados que custodiaban el acceso a la ciudad nos hicieron esperar, a fin de comunicar a las autoridades nuestra llegada. Ya desde un principio nos sorprendió que estuviesen al corriente de nuestras

hazañas, y hasta que esperasen nuestra inminente llegada. Lo que sí que jamás nos podíamos haber imaginado fue el espectacular recibimiento de una ciudad entera que salía a honrarnos cómo héroes. Miles y miles de personas se agolpaban aclamándonos a lo largo de esas grandes avenidas, saliéndonos al encuentro con obsequios, besándonos las manos, y dándonos las gracias en las mil formas diferentes de sus diversas culturas. Y tanto el obispo como el gobernador llegaron a rivalizar entre sí por que fuésemos sus huéspedes.

A la espera de vientos y corrientes favorables con los que embarcar, hube de esperar en Nueva España el resto del año. Todavía los primeros días me echaba a dormir sobre el suelo, a pesar de hospedarme en uno de los mejores palacios de la ciudad, pues el lecho de la cama, después de tantos años durmiendo al raso, me resultaba en exceso blando. Igual cosa me ocurrió con el vestir, pues mis carnes, curtidas como el cuero viejo a la intemperie, tenían por cosa incómoda todo lo que no fuese más que cubrir mis vergüenzas.

Esos meses de impaciente espera, y mientras mis carnes se hacían de nuevo a los mullidos colchones de lana y a la caricia de los buenos paños, me sirvieron para ser realmente consciente de las inmensas maravillas que Dios obraba a través de tan indignos siervos como éramos nosotros. De hecho, su misma Madre, la Santísima Virgen de Guadalupe, se había aparecido cinco años atrás a un indito recién convertido, bendiciendo con su presencia nuestras empresas de conquista y evangelización en esas tierras. Bien es cierto, como he señalado anteriormente, que no pocos de los llamados cristianos abusaban de su condición para cometer las mismas barbaridades que pretendíamos desterrar de los indios, pero esos eran los menos, y el resto de buenos cristianos —la gran mayoría— supieron dejarse la vida misma en mejorar las condiciones de vida de esas gentes. Esos hombres cambiaron esos bohíos infectos e insalubres —esas cabañas de paja— por ciudades más modernas y mejores de las que los habían visto nacer a ellos mismos, y supieron también, con caridad y paciencia, ganarse esas almas, antaño salvajes y caníbales, al amor misericordioso de Dios Padre. A cambio, algunos de ellos tuvieron la suerte —los menos— de volver a Castilla con un puñadillo de pepitas de oro con las que pagarse un buen entierro. ¿Es que puede haber alguien tan necio, como para decir que no se lo merecían? No sé cómo nos juzgará la historia; lo que tengo por cierto es que Dios ya nos ha juzgado en esta vida, dejando patente su predilección por los hijos de España, a través de Su Madre la Virgen de Guadalupe, con un milagro tan portentoso como el que jamás ha hecho en ninguna otra nación.

* * *

Pasada la temporada de los temidos huracanes del Caribe, se abrían de nuevo las rutas de los galeones que retornaban a Sevilla. Así que, empezado el año de 1537, me desplacé hasta Veracruz, donde embarqué. Desde allí, y costeando por la Península del Yucatán, nos dirigimos hasta La Habana. Era la primera ciudad con la que me reencontraba, desde que partiésemos diez años atrás, si bien su sorprendente crecimiento le hacía parecerse ya más a una portentosa ciudad andaluza, que a uno de esos viejos bohíos de pescadores que había dejado en mis recuerdos. La Habana, por su privilegiada situación marinera, era el puerto donde se reunían por esas fechas todos los barcos que se preparaban para volver, a fin de hacer el viaje juntos, y ayudarse mutuamente en cuantas necesidades pudieran presentárseles en mitad de las penalidades que puede presentar el océano. En La Habana permanecimos cerca de un mes, hasta que, acordado entre los diversos capitanes el día de levar anclas, partió nuestra flota rumbo al noroeste, costeando por levante la Península de la Florida, desde donde por esas fechas de marzo surgían unas corrientes marinas, conocidas por los mareantes como "Corriente del Golfo", que nos devolvían directamente a Europa, sin que apenas hiciese falta maniobrar con los aparejos de las naves. Era el mismo camino de vuelta que medio siglo atrás había inaugurado un viejo conocido de mi padre: don Cristóbal Colón.

A principios de abril arribamos a las Azores. Este conjunto de islitas portuguesas se encuentra ya sólo a unos días de navegación del continente, pero aún así muchos capitanes gustaban de parar allí con la excusa de aguar o calafatear. Y de camino, siempre existía la posibilidad de optimizar el rendimiento económico del viaje con algo que vender, o que comprar a buen precio, embarcar nuevos pasajeros, o simplemente compartir una buena pinta de oporto con esos intrépidos y valientes pilotos portugueses, que regresaban a su tierra después de abrir nuevas rutas en la otra parte del mundo que hay hacia Oriente.

Fondeada a nuestra vera, en la bahía de Isla Terceira, se encontraba una nao española que daba pena verla. Era la Magdalena, y en ella agonizaba don Pedro de Mendoza. Años atrás, este buen hombre había dejado su pueblo obedeciendo las órdenes del Emperador de ocupar las tierras que se adentran en la costa meridional de América del Sur. Y ahora, enfermo de bubas, y ya sin esperanzas de regresar con vida a su tierra, volvía habiendo cumplido con su deber, después de descubrir y colonizar una zona tan extensa como España —el Río de la Plata—, y fundando allí una capital: Buenos Aires. La muerte serena de un hombre de honor es siempre una lección de señorío, y la de este hombre nos conmocionó de tal forma, que, entre la oficialidad y las tripulaciones de los barcos españoles, se hizo una colecta con la que

reparar la Magdalena. Navío que días después, y ya con otro aspecto más presentable, partía junto a nosotros rumbo a España, donde dar cristiana sepultura y honrar con los honores que se merecía, al primer Gobernador del Río de la Plata, don Pedro de Mendoza.

Apenas habríamos recorrido doscientas millas de esa última navegación que nos separaba de España, cuando a lo lejos —ya caída la tarde— divisamos las velas de lo que, sin duda, era una escuadra de corsarios franceses. Era lo peor, y más temido, que podía pasar en la mar. Podían venir tormentas, tempestades y huracanes, pero era algo contra lo que se podía luchar, aligerando la carga, echando anclas de capa, reduciendo trapo… Ciertamente, a veces, nada de eso terminaba sirviendo, y tanto barcos como tripulaciones acababan engullidos por las aguas; pero, bueno, son cosas que pasan, propias de la mar. Dios manda esas contradicciones, y nosotros hemos de aceptarlas. Pero que haya hombres, de una nación históricamente hermana, y que encima tienen la desfachatez de llamarse cristianos, que se aprovechan del anonimato y la debilidad en la mar para asesinar con la única intención de robar, era algo muy duro y difícil de entender.

De hecho, entre españoles y portugueses existía una competencia feroz en la carrera por los grandes descubrimientos de nuevas tierras y rutas comerciales, como jamás ha habido ni habrá en la historia. Sin embargo, jamás esa rivalidad fue excusa para dejar de comportarnos entre nosotros como leales caballeros cristianos. Fuimos capaces de ponernos de acuerdo para repartirnos el mundo, y lo hicimos; para ellos Asia y África, y para nosotros Europa y América. Sin embargo, los franceses, fuera de querer colaborar con nosotros en esa sugestiva empresa de civilización y evangelización, preferían dedicarse a la cómoda labor de la traición, el murmullo, la calumnia… No tenían el valor de mandar a sus mejores hombres y barcos a atravesar océanos, descubriendo nuevas tierras, pero sí les sobraba cobardía como para quedarse cerca de las costas a la espera de caer como carroñeros sobre los barcos que venían cargados de oro o especias, después de recorrer medio mundo y soportar mil fatigas. ¿Qué se podía esperar de un pueblo que tenía por rey a un hombre —Francisco I— que por la mañana se rendía jurando sobre los Santos Evangelios no volver a hacernos la guerra, y por la noche le mandaba —en secreto— su anillo real al sultán de los turcos, implorándole ayuda?

Volviendo al asunto de los corsarios, decidimos largar todo el trapo, intentando ganar algún nudo antes de que terminase de caer el sol, y así tener la oportunidad de escabullirnos entre la oscuridad de la noche. Se mandó apagar todos los faroles, fuegos, y velas que pudiesen delatarnos, e incluso cambiamos de rumbo en un par de ocasiones. Pero todo fue en vano, y el nuevo día no hizo sino confirmar nuestra desgracia, mientras los primeros rayos de sol

centelleaban sobre las velas de la soberbia flota francesa, que ya nos tenía a tiro de lombarda. Teniendo por segura una muerte inminente y cruel, al menos nos quedaba la opción de que fuese digna, por lo que nuestros capitanes dieron orden de cargar nuestra escasa artillería, y armar a la tripulación con cuanto pudiese encontrarse en la santabárbara. Los primeros intercambios de disparos no consiguieron alcanzar ni a nuestros barcos, ni a los suyos, pero sí enardecieron a la tripulación, embriagada con el humo de la pólvora. Se mandó cargar urgentemente la pieza de largo alcance, con proyectil ligero de cuatro libras y doble carga de pólvora, dándonos tiempo a disparar antes que pudieran hacerlo los franceses. El impacto fue bestial, haciendo saltar en mil astillas la amura de proa de la nave capitana enemiga, al tiempo que arrancaba un ensordecedor "¡¡¡Hurra!!" de las gargantas de nuestros hombres, más ruidoso todavía que el mismo cañonazo. Sin embargo, pronto acallaron esas voces, y un sepulcral silencio se apoderó del ambiente esperando la inminente respuesta de la artillería francesa. Supongo que, durante ese instante eterno, esperando el fatal desenlace, la mayoría de los hombres se debieron de encomendar a Dios con la devoción de un niño que va a hacer la Primera Comunión, pues los franceses, en lugar de contestar a nuestro atrevimiento con una mortal descarga de fuego, viraron a sotavento, alejándose rápidamente.

Pero no fue nuestro certero disparo la razón de su huida, como creímos en un primer momento, sino la oportunísima llegada de una flamante escuadra portuguesa, dispuesta a ayudarnos.

–¿De dónde vienen, y qué es lo que traen vuestras mercedes? —nos demandó el capitán portugués, don Diego de Silveira, nada más abarloarse a nuestra banda.

–Venimos de la Nueva España, con oro y plata, por valor de unos trescientos mil castellanos —respondió nuestro maestro.

–A fe mía que seréis muy ricos, pero tenéis unos barcos y una artillería de mierda. ¡Menudo botín se han perdido esos perros franceses hijos de puta! Dad gracias a Dios de haber dado con nosotros; os escoltaremos hasta Lisboa.

* * *

El nueve de agosto desembarcamos en Lisboa. Quizás, en esas fechas, lo más lógico hubiese sido evitar los calores del verano, haciendo el resto del viaje hasta Sevilla en una nao que partía un par de días después, pero quise hacer ese último tramo del recorrido por tierra. Llevaba demasiado tiempo embarcado, y además me apetecía disfrutar de nuevo de los caminos, los campos y los pueblos de España.

Llegué a Sevilla, después de once años, en medio de una apretada

tormenta de verano. La torre de la Catedral, como siempre, era lo primero que se divisaba desde la lontananza, y después el río, con sus sinuosas y caprichosas formas. Creo que esa tarde que llegué, la ciudad se alegró de verme, pues de momento las pesadas nubes se abrieron, dejando que se les colaran algunos rayos de sol, con los que platear el Guadalquivir.

Los nuevos palacios y casas señoriales, las calles antes embarradas y ahora primorosamente empedradas, las elaboradas forjas de ventanas y balconadas, las casas perfectamente enjalbegadas y dispuestas, plazas arregladas y nuevas fuentes… Todo en Sevilla delataba el rico esplendor que la transformaba. Por fin estaba en casa de nuevo.

Omitiré relatar el reencuentro con mi familia y amigos. Creo que es algo tan íntimo, como difícil de explicar, sobre todo teniendo en cuenta que desde hacía ocho años nos daban a todos por muertos, y a la expedición como fracasada por completo. Yo, por mi parte, tampoco tuve que lamentar ausencia ninguna, pues esta vez no faltaba nadie; mi hermana, la moza, hecha toda una madre de familia, mis primos, mis amigos, y hasta la vieja aya de la tía Beatriz, con su eterno echarpe gris de ganchillo, y su moño a juego. Cierto es que algunas cosas habían cambiado; mis sobrinos habían pasado de los pañales a las espinillas, y la vieja aya, ahora anciana y sin fuerzas, después de dedicar su vida entera a servirnos, se tenía dejar cuidar —a regañadientes— por mi hermana, como si de su misma madre se tratase.

Con respecto a Victoria, nuestro amor —si es que lo hubo— fue tan fugaz, como discreto, y, por lo mismo, nadie de mi entorno sabía ni quién era, ni menos todavía qué había podido ser de ella. En todo caso, mi hermana apenas acertaba a recordar cómo un día —al poco de conocerse la noticia de nuestra pérdida— una joven que decía venir de la Casa de Medinaceli se había acercado a preguntar si era verdad que habíamos muerto todos, pero apenas supo darme más detalle. Y, por más que indagué durante las primeras semanas por toda la ciudad, no conseguí averiguar nada como cosa cierta. Alguien apuntó a que se había casado con un hombre próspero de mucho dinero y que vivía en Sevilla, pero era una información tan vaga, que no le di crédito alguno. Los duques habían muerto no mucho después de partir yo, y, no teniendo descendencia, palacio y título, pronto pasaron a la familia colateral, quienes no tardaron en mudar personas y cosas a su particular gusto. Victoria no dejaba de ser una simple sobrina de la esposa de un duque que había muerto hacía ya muchos años, y, en la siempre cambiante Sevilla, eso equivalía a haber desaparecido de la vida social.

* * *

Volver vivo de la muerte, después de tantos años, y como un héroe, bien podría haber sido razón más que suficiente como para disfrutar de un merecido descanso, pero en mi caso hube de pagar el haber sobrevivido, elaborando mil informes y tediosos documentos. Como Tesorero Real, estaba obligado a presentar cuentas y resultados ante la Corte, y, como oficial de la expedición, tenía que informar detalladamente ante el Consejo de Indias de cualquier detalle sobre las nuevas rutas empleadas, y tierras descubiertas.

Por eso, desde que regresamos a la civilización, una de mis primeras obsesiones fue la de hacerme con abundante papel, pluma y tintero estanco de los que se pueden transportar, a fin de ir anotando todos los detalles, todavía frescos en mi memoria, de cuanto nos hubo acontecido desde que partiese la gran armada de don Pánfilo, hasta que regresamos los "Hijos del Sol". Así, durante prácticamente un año, desde mi espera en Nueva España, la larga travesía del océano, y mi posterior llegada por tierra a Sevilla, no hice otra cosa, cada vez que tenía ocasión, que ir desgranando recuerdos, escribirlos, y ordenarlos cronológicamente en una infinidad de notas.

Por último, ya sólo quedaba el darle forma a esa masa ingente de papeles, emborronados con miles de anotaciones. A esa labor me entregué todas las tardes, aprovechando la fresca en el patio de casa, y no muchas semanas después di por concluido un libro, al que llamé *Naufragios*. Decididamente, era la mejor forma de darle cumplidas explicaciones a todo el mundo, y de una sola vez. Hice, por tanto, cuatro copias; una para la Corte, otra para el Consejo de Indias, una tercera para mandarla a un impresor, y la cuarta para mí.

Supongo que a todos gustó. El Consejo de Indias me felicitó, el Emperador me agradeció los servicios prestados con una buena bolsa de oro y pensión vitalicia, y un impresor editó el libro en Valladolid en 1542, agotándose rápido varias ediciones seguidas.

* * *

Acabado el verano, retomé a mi empleo al servicio de don Juan, en la Casa de Medina Sidonia. Evidentemente no ya como camarero personal del Duque —cosa que estuvo muy bien mientras fui un joven capitán—, sino en calidad de secretario, algo más acorde ahora con mis canas de cuarentón y mi fajín de maestre de campo. No era algo que exigiese dedicación exclusiva, ni tampoco la obligación de estar haciendo siempre lo mismo. Más bien, mi trabajo consistía simplemente en estar disponible; unas veces para cosas importantes, como podía ser acudir a la Corte, y otras tantas para cuestiones de menor enjundia, como aconsejar sobre una determinada cuestión, revisar unas cuentas…

Como una más de esas muchas labores, un día don Juan me pidió

aclarar un contencioso con respecto a los arbitrios del año anterior. El asunto en sí no tenía por qué plantear mayor importancia, de no ser porque era el mismo responsable de dichos impuestos municipales quien le había requerido que fuese yo mismo quien acudiese a la entrevista.

Según don Juan, ese hombre era un advenedizo que había comprado el cargo, y, por lo tanto, quizás no fuese de extrañar que simplemente pretendiese aprovechase de su nueva posición para que uno de los hombres más populares de Sevilla en ese momento, como era mi caso, se tuviese que rebajar a tener que visitarlo, y perder una mañana entera en su despacho. Seguramente sería uno de esos individuos que necesitan continuamente convencer a los demás de lo importantes que son; "Pues ayer, precisamente, vino a mi despacho a verme fulanito para pedirme…".

* * *

–¡Hombreee, mi viejo amigo Álvar! —exclamó resuelto un personaje tan gordo como una vaca de feria, incapaz de levantar siquiera su pesado culo del sillón.

–Lo siento, pero no recuerdo de qué nos conocemos.

–Pues será que el sol os ha cocido los sesos, después de tantos años a la intemperie con esos indios —repuso sin gracia ninguna.

–Sí, seguramente… Pero, bueno, venía por el asunto de los arbitrios de…

–Sí, sí, ya sé… —me interrumpió sin dejarme acabar—. Nada importante que no podamos liquidar mañana por la noche en mi casa, de camino que seguimos con la cena que dejamos interrumpida hace unos años… —concluyó satisfecho, mientras apoyaba sus manos regordetas, sobre el voluminoso vientre.

Era Manuel de Sandoval, el mismo sinvergüenza que había tratado de sobornarme con las mercaderías de la expedición, antes de partir para América. Salí de su despacho sin atreverme a declinar la invitación. No sabía si tramaba algo, en venganza a mi desprecio de años atrás, o si simplemente pretendía pavonearse a cuenta de su nueva posición y cargo, como si ello pudiese justificar su necedad. En todo caso, bien sabe Dios que, de no haberme comprometido con don Juan en solucionarle el asunto de los arbitrios, lo hubiese mandado a la mierda, en lugar de aceptar su invitación.

Sin duda, la casa de Sandoval había experimentado ciertos cambios a mejor. Ya no era el palacete decadente que recordaba, tratando de dar cierta impresión. Los pequeños adornos de cerámica mozárabe, las elaboradas rejas de forja, y los portalones tratados al aceite de linaza y tachonados con bruñidos de bronce, denostaban que una mano —que evidentemente no podía ser la del garrulo de Sandoval— estaba detrás

de ese nuevo refinamiento. Ciertamente todavía quedaban cosas un poco chillonas, como el sirviente que recibía en la puerta, que, disfrazado de chambelán palaciego, forzaba unas reverencias tan exageradas, que en una de ellas seguro que se terminó quebrando el espinazo.

Mi distinguido anfitrión no tuvo siquiera el detalle de salir a recibirme en el zaguán, ni tampoco de levantarse cuando me presenté en el salón. Creo que era el hombre más flojo que he visto en toda mi vida.

–Ya me tiene aquí, señor inspector de los arbitrios.

–Bueno, bueno… esas cuestiones ya las dejaremos para después de la cena, o para otro día. Hoy tenemos que celebrar vuestro feliz regreso, y para ello os tengo preparada una gran sorpresa, que de seguro no olvidareis jamás —añadió con una sonrisa socarrona y feliz.

Siempre he creído que casi todos los que van al Infierno llegan allí por necios. Por supuesto que habrá grandes criminales, pero, sobre todo, estúpidos como Sandoval. Gente envidiosa y engreída, incapaces de ser felices. Yo no sabía todavía cuál sería esa famosa sorpresa que me aguardaba, pero no me cabía ninguna duda de que ese ladrón encumbrado llevaba meses preparándome su venganza. Seguramente debió de alegrarse enormemente al darme por muerto, mientras él triunfaba en la vida, y ahora no soportaba que hubiese resucitado y vuelto con la gloria y el reconocimiento que siempre soñó para sí.

Por supuesto que en ningún momento de la cena se interesó en lo más mínimo por preguntarme acerca de mis años de aventuras. Directamente pasó a enumerarme todas las profesiones y riquezas que había conseguido amasar en los últimos años, mientras —según él— yo perdía el tiempo con los indios. Después hizo traer a sus hijos, pero no con ese cariño de padre de familia al que se le cae la baba enseñándolos, sino más bien como el cazador que muestra las cabezas disecadas de sus trofeos, colgadas de la pared.

Y, por fin, a los postres, la sorpresa.

–Bueno…, ¿qué me decís? ¿No llevabais tiempo buscándola?, pues aquí la tenéis, os presento a Victoria, mi mujer —dijo dirigiéndome una mirada torva, cargada con todo el odio que había estado reservándome hasta ese momento.

Y giré la cabeza, en dirección a esos inconfundibles pasos de mujer que se oían acercarse al salón…

–Manuel, ya estoy aquí. ¿A qué tanto misterio? ¿Para qué querías que viniese? —dijo, sin haber advertido todavía mi presencia, y mientras se arreglaba el peinado con los dedos.

Era Victoria, y estaba tan exultante y hermosa como en mis recuerdos. Ni siquiera había tenido el detalle de envejecer o afearse viviendo junto a ese canalla, cosa que seguramente hubiese podido

dulcificar en algo ese duro trago. El corazón se me aceleró, y un rápido escalofrío me recorrió el cuerpo entero, mientras miles de pensamientos e ideas empezaron a bullir en mi cabeza en menos de lo que dura el aleteo de una mosca. El inmenso gozo de encontrarla sólo era comparable con la profundísima tristeza de ver a la mujer de mi vida casada con un gusano. ¿Cómo reaccionar? ¿Forzar una sonrisa imposible y quedar como un imbécil? ¿Levantarme, e irme humillado, dejando a Sandoval saboreando su triunfo? No tenía escapatoria.

Pero Victoria, con esa delicadeza y tacto que Dios ha dado en exclusiva a las mujeres, supo adelantarse y salvar la situación.

–Tú eres Álvar, ¿verdad? ¿Te acuerdas de mí…? Soy Victoria, la prima de Inés, la pobrecita a la que dejaste plantada —dijo con absoluta naturalidad.

–¿El que dejó plantada a tu prima? ¿No era tu…? —preguntó Manuel, completamente azarado.

–Bueno, Manuel, rápido, ¿qué era eso tan importante?, que tengo que acostar a los niños…

–No, nada… —respondió rascándose la cabeza.

–Álvar, ya sabes, si te encuentras con mi prima, ni se te ocurra acercarte, vaya a ser que te salte a los ojos como una gata —comentó con una sonrisa volátil, mientras se alejaba.

* * *

¿Qué hago yo aquí, en Sevilla, después de esto?, pensaba de vuelta a casa esa noche, mientras la tibia tristeza del otoño caía triunfalmente sobre la ciudad.

Durante años sobreviví con la esperanza de volver y encontrarla, y, ahora que la había encontrado, resulta que me tenía que ir para poder sobrevivir al encuentro. Para mí no cabía más opción que abandonar la ciudad, antes de volverme loco, o cometer la villanía de intentar seducirla al adulterio, por lo que escribí a la Corte pidiendo un puesto en cualquier empresa lejana y donde se me permitiese “demostrar arrojo”, que más o menos venía a ser lo mismo que decir que me tenían disponible para cualquier cosa a la que nadie quisiera ir, por ser muy pocas las oportunidades de volver con vida.

Entrado ya el año de 1538, recibí dos ofertas a mi ofrecimiento, cada cual de ellas más singular. La primera consistía nada menos que en volver a intentar la conquista de la Florida, y además repitiendo el mismo cargo de comisionado real. Acepté, a falta de entrevistarme con el armador de la expedición, Hernando de Soto, a quien finalmente conocí llegado el mes de marzo. Era un hombre alto y delgado, de profundos y penetrantes ojos grises, con el rostro afilado, y revestido de un cierto halo misterioso. Había hecho una inmensa fortuna, más de cien mil escudos de oro, en anteriores correrías por las Américas

junto con Pizarro, pero esa experiencia, fuera de ser una ventaja a favor del éxito de la nueva expedición, iba a acabar siendo su perdición. Al igual que le ocurriese a don Pánfilo de Narváez, la codicia le cegaba al punto de no tener límite en su querer. Hernando de Soto había leído mi libro *Naufragios*, y, sin embargo, después de ver las mil penalidades y miserias que pasamos, seguía obsesionado con la existencia de las míticas Tierras del Dorado y las Siete Ciudades del Cíbola, con sus majestuosos edificios recubiertos de oro. Intenté convencerlo de que la única y verdadera riqueza de esas tierras estaba en la conveniencia de fijar asentamientos, y traer los indios a cultivar fincas más grandes y mejor regadas que toda la inmensa vega del Guadalquivir, pero no lo conseguí, y, desgraciadamente, tampoco me equivoqué. Lo único que encontraron fue la muerte, a la altura del río Misisipi, sin llegar a recorrer siquiera la mitad de camino que yo hiciese.

Bastante más agradable fue la segunda oferta, pues venía nada menos que de mi viejo amigo Francisco de Borja, quien, recién nombrado Virrey de Aragón, quería que pasara a formar parte de sus consejeros. La nueva propuesta era extraordinaria, sobre todo para un hombre ya de mi edad, que busca un puesto tranquilo y distinguido, bien remunerado, y cerca de la Corte. Sin embargo, tampoco acepté este ofrecimiento. En esta vida es importante conocer las virtudes y limitaciones de cada uno, si no se quiere meter la pata. Y yo no me veía —en absoluto— pasando el resto de mis días revisando papeles y elaborando documentos, dentro del gigantesco aparato burocrático de la Corte. Seguro que era algo que me terminaría aburriendo soberanamente, y que, por lo mismo, no iba a hacer bien.

Por esa razón estaba decidido a declinar cortésmente el nuevo cargo, antes de aceptarlo a lo loco y terminar decepcionando a un amigo como Francisco. No obstante, me apetecía verlo y escaparme de Sevilla unos meses, motivo por el cual decidí ir a visitarlo, en lugar de hacerle llegar una simple y educada carta para rehusar su generosidad.

Pero Francisco se me adelantó, o, bueno, como a veces pasa en esta vida, fueron los acontecimientos los que se adelantaron. Nuestra todavía joven y hermosísima Emperatriz, doña Isabel de Avís, había muerto. Y Francisco de Borja, en calidad de sobrino, tanto de la difunta como de su esposo el Emperador, y como grande hombre del Reino, fue el encargado de la comitiva real que se desplazó hasta Granada, donde fue enterrada la Emperatriz junto a los Reyes Católicos, en el Panteón Real.

A su vuelta de Granada, Francisco hubo de pasar por Sevilla y, al cabo de los pocos días de su llegada, recibí recado para que lo visitase en el Alcázar. Me recibió con un abrazo sentido, de esos que te

aprietan y en los que te das cuenta de que te quieren de verdad.

–La última vez que nos vimos fue aquí mismo… —afirmó resuelto Francisco.

–Sí, pero la vida pasa, igual que la corriente del río cuando busca el mar —añadí.

–¡Por las llagas de Cristo! ¿Qué ha sido de tu alegría, Álvar? De acuerdo con que la vida solo se entiende mirando hacia atrás, pero también es verdad que sólo puede ser vivida mirando hacia delante… Problemas de mujeres, ¿verdad? —repuso Francisco.

–Pues sí…, no voy a mentirle a un virrey de su Católica y Augusta Majestad.

–Déjate de formalismos. Has vuelto y te la has encontrado casada con otro…

–Pero ¿cómo demonios habéis podido…?

–Álvar…, Álvar…, acuérdate de que me aconsejaste estudiar en Alcalá, y seguí tu consejo. Allí enseñan lógica. Vamos a ver…; estás triste, y te sobra honor, dinero y salud, ¿qué te puede faltar entonces? El amor, sin duda. Y no llevas tanto tiempo en Sevilla desde tu vuelta, como para que un hombre de tu edad se haya podido enamorar perdidamente, por lo que deduzco que dicho amor era anterior a tu partida. ¿Me equivoco?

–En absoluto, Excelencia, pero me conforta saber que el Reino está en manos de hombres sabios como vos…

–¡Bah…!, déjate de adulaciones, el título lo gané en una rifa de feria. Chanzas aparte, me he acordado mucho de ti estos años, y de aquella jornada de la boda del Emperador, en este mismo palacio, hace ya doce años. ¡Qué bien lo pasamos!, ¿verdad? Y, si no me equivocó, los dos triunfamos esa noche…

–Triunfaríais vos, porque esa chica con la que me visteis es la que ahora me tiene de esta guisa…

–Pues sí, no te voy a negar que triunfé, y aquella doncella que saqué a bailar, Leonor de Castro, dama de nuestra difunta Emperatriz, es ahora la madre de mis ocho hijos.

–Siento mucho lo de vuestra tía, la Emperatriz. Era tan joven… —añadí, al oírle mentar a su difunta tía, y acordarme de que no le había dado el pésame.

–Sí, joven, hermosa y buena cristiana. A veces Dios nos desconcierta con sus decisiones… Pero, bueno, al fin y al cabo somos hombres que vemos las cosas con el simple rasero de este mundo, y, para tratar de comprender mínimamente a Dios, hay que levantar un poco más la mirada. ¿Sabes?, estudiando en Alcalá, me hice muy amigo de un viejo conocido tuyo, que me hablaba mucho de las cosas de Dios, sin que yo entendiese nada, hasta ahora, cuando tuve que reconocer el cadáver putrefacto y maloliente de la Emperatriz.

Entonces lo entendí todo, y me juré a mí mismo nunca más servir a señor que se pueda morir.

–¿Y qué vais a hacer? ¿Dejar de servir al Emperador, y abandonar a vuestra familia para encerraros en un convento? Me considero un hombre piadoso, mas no acierto a imaginarme que un viejo conocido mío os pudiera aconsejar tal barbaridad…

–No, Álvar, no se trata de eso… Servir a Dios y servir al Emperador no pueden entenderse como cosas incompatibles, sino que servir al Emperador con honradez y haciendo bien mi trabajo, con espíritu de servicio, ha de ser mi forma de servir a Dios. La diferencia está en descubrir que servir al Emperador no puede ser un fin en sí mismo, que muere con su persona, sino un medio para servir a Dios, el verdadero Señor que nunca muere.

–En eso no os falta razón. ¿Y quién es ese viejo conocido que tan santas cosas predica?

–El general Ignacio de Loyola.

–¿General? ¿Entonces se recuperó perfectamente de la pierna…? —pregunté.

–La verdad es que cojea, pero ya lo conoces… Después de cicatrizar sus heridas, peregrinó a Montserrat y Jerusalén, desde donde volvió para cursar estudios en Alcalá, Salamanca y París. Ahora está en Roma, donde tiene el cuartel general de su compañía.

–Pues menos mal que cojea; si no, estaría dando la vuelta al mundo, como Elcano…

–No; eso de dar la vuelta al mundo es poco para él. Supongo que le parecería una excentricidad sin sentido. Créeme si te digo que su Compañía se prepara para la conquista del mundo: Europa, Asia, las Américas, África…

–Excelencia, diría que habéis perdido el juicio, si no os conociese. ¿Qué locura es esa de la que habláis?

–Son las locuras con las que Dios forja la historia…

* * *

Por fin, a principios de 1540, llegó la oportunidad que estaba esperando de salir corriendo de la ciudad que me había robado mis sueños. Habían llegado al Consejo de Indias noticias alarmantes sobre la delicada situación en el Río de la Plata. Era la misma región descubierta y conquistada pocos años atrás por Pedro de Mendoza, a quien conocí agonizante en las Azores, a mi vuelta de América.

Se requería allí el envío de una nueva fuerza expedicionaria que garantizase el buen gobierno y acabase con las sediciones, toda vez que era menester seguir ampliando las rutas de colonización de esos territorios. Pero el Consejo de Indias, ante un asunto de tal enjundia, no se atrevía a mandar a nadie sin el parecer del Emperador, por lo

que directamente solicitó de la Corte un veterano con experiencia, y fue nuestro César Carlos quien, después de haber leído mi libro *Naufragios*, me concedió el honor de confiarme la misión.

Don Pedro de Mendoza, antes de salir del Río de la Plata para Castilla —enfermo de bubas—, había dejado como gobernador a Ayolas, de quien no se sabía siquiera si todavía estaría vivo. En todo caso, y respetando ese nombramiento de Pedro de Mendoza, yo partía con poderes para gobernar como segundo de Ayolas, o directamente como gobernador, en el caso de que éste hubiese muerto, si bien se me garantizaba el dominio personal sobre la Isla de Santa Catalina, estratégico enclave de la costa meridional.

A cambio de esas mercedes, quedaba obligado en las capitulaciones que firmé con el Emperador el ocho de mayo, a contribuir con la armada invirtiendo ocho mil ducados para la compra de ropas, armas, pertrechos, recluta de hombres, y transporte hasta el Río de la Plata. Pero, sobre todo, quedaba obligado a hacer cumplir las órdenes e instrucciones de cómo proceder entre indios y colonos, conforme a las cartas que el Emperador me había dado, en las cuales se contenían las nuevas Leyes de Indias, sabiamente promulgadas en Burgos.

Todo ello había de hacerse en el plazo máximo de seis meses, desde la firma de las capitulaciones hasta la salida de la armada, por lo que pronto hube de ponerme manos a la obra. Fueron unos meses de frenética labor que transcurrieron, una vez más, entre las Gradas y el Arenal, concluyendo con la recluta de cuatrocientos soldados, sin contar marineros, y la compra de cuarenta y seis caballos, y dos naos; la Santa Lucía, de trescientas cincuenta toneladas, y la Trinidad, de ciento cincuenta, gastando en todo ello un total de catorce mil ducados, la mayor parte prestados por Pedro Dorantes, quien me acompañaba en calidad de factor del Emperador.

* * *

Una semana antes de partir, recibí la visita de Victoria. No sabía por qué, pero durante esos últimos meses siempre tuve la convicción de que la vería antes de irme.

–Su hermana le espera en el salón con una dama que pregunta por usted —me comentó el criado una tarde al llegar a casa, mientras dejaba escapar un silbido.

Y de dos zancadas subí las escaleras, con esa misma ilusión quinceañera que te hace sentir como si un gusano te bailase en la tripa.

–Ya estás aquí, os dejo solos —repuso mi hermana nada más acercarme al salón, mientras se despedía de Victoria con un beso.

Victoria me recibió con una sonrisa nostálgica, pero no dijo nada. Mientras, en el salón reinaba una mezcla silenciosa de quietud y de

recuerdos, solo interrumpida por el chirriar de alguna carreta desvencijada al doblar la esquina.

–Si me dejas llevarme a los niños, me voy contigo —sugirió, después de titubear un momento.

–Eso no puede ser Victoria, y tú lo sabes… No voy a aprovecharme de tu desesperación, utilizándote para llenar con tu compañía la soledad de mi vejez. Han pasado ya muchos años, y tú estás casada. No sé cuánto tiempo podríamos disfrutar todavía juntos en esta vida; en todo caso, no lo suficiente como para que merezca la pena echar a perder la eternidad. Y la verdad es que ya ni siquiera sé si te quiero como ha de quererse a una mujer, y hasta dudo de si de verdad llegué a quererte, y si lo tuyo no fue más que una ilusión.

–Lo siento, Álvar, siento mucho el daño que te he hecho. Durante un tiempo te esperé, hasta que todos creímos que habías muerto. Poco después fallecieron mis tíos, y yo, una niña caprichosa y feliz hasta entonces, hube de abandonar el palacio, sin más opción que volver al pueblo. Me negaba a dejar de ser alguien en Sevilla, y para ello no dudé en aceptar un matrimonio sin amor, pero con dinero. Es un pecado que ya he pagado, a golpe de lágrimas todos los días…

–Rezaré por ti todos los días. Te lo juro —le dije apretando fuertemente sus manos.

La despedí en la puerta, mientras se secaba una lágrima con cierto ademán de aquiescencia. Todavía durante un par de días mis manos siguieron impregnadas de ella, con un algo que olía muy bien, sin necesidad de nada mínimamente pegajoso o dulzón en su perfume.

IX. Gobernador en América del Sur

1541–1545

Una mañana de octubre, después de dos meses de continuos temporales, se abrió el cielo y el sol radió con más fuerza que nunca, como queriendo augurarnos un buen viaje. Fue una espera larga y tediosa, pero que acreció las esperanzas de mi gente.

Había llegado el momento de la partida y, en una misa solemne en la catedral, el obispo bendijo nuestras banderas, ante una ingente multitud congregada en el templo. Concluida la ceremonia, la ciudad entera salió a despedir nuestros barcos, mientras las campanas todas de Sevilla se afanaban en lanzar sus largos repiques, despidiendo a la flota.

Mientras, unas mujeres ajenas al revuelo del acontecimiento lavaban y colgaban la ropa en la otra orilla del río, sin advertir cómo nuestras naves empezaban a desperezarse, con sus primeros chapoteos sobre el Guadalquivir. Y yo, completamente absorto, me empleaba en retener en mi memoria esos repiques de las campanas y la imagen de esas mujeres.

* * *

Nueve días empleamos en arribar a La Palma, dejando el Teide nevado a nuestra izquierda, que la gente de la mar llama babor. Después de otra larga temporada en la isla, a la espera de los favorables alisios y que aproveché para comprar un tercer barco, nos hicimos a la mar, dejando que los suaves vientos nos empujasen por la popa hasta Cabo Verde, a fin de cruzar el mar océano por su parte más estrecha, entre las panzas que hacen África y tierra firme de América, que ahora llaman Brasil, y que es del rey de Portugal. En la travesía, la nao grande hacía mucha agua, y lo pasamos tan mal, y en tan continuo peligro de hundimiento que, durante los diez días de travesía, más de la mitad de la tripulación hubo de emplearse sin descanso en achicar agua, con las bombas y hasta con baldes. Llegó a subir el agua en bodega hasta doce palmos, y se echaron a perder

todas nuestras provisiones.

Finalmente llegamos a Cabo Verde. Allí no hay nada de nada. Son unas islas insanas, sobre todo en verano, pobres y feas, sin árbol ni verdura. Solo hay negros, que son los más listos, y los portugueses más vagos del mundo. Los negros, porque a estas islas mandan desde el continente a todos los negros rebeldes, para castigarlos; y los portugueses, que son los que aquí mandan, porque con tales vasallos y esclavos se han dado a la molicie. En esta isla permanecimos casi un mes, a la espera de vientos de levante, y, mientras, nuestro carpintero de rivera, que a la sazón también demostró ser el mejor buzo de España, se puso a tapar huecos y calafatear la nao.

Y en esos largos días de espera, la gente se me aficionó a un baile que hacen estas negras y que se llama el "chá"; se contonean mucho, con sobrada lascivia, y al terminar dan un sonoro aplauso con sus nalgas y muslos que suena "¡Chá!"; y si no se acompasan bien suena a pedorreta y es motivo de gran jolgorio, pero si lo acompasan es de mucha admiración y les tiran doblones de oro. Y quiso Dios abreviar los días del "chá", y que llegasen pronto los esperados vientos de levante, hinchando nuevamente nuestras velas.

Después de repostar agua, carne y otros bastimentos, tornamos a zarpar en nuestra tercera y más larga etapa, en la que cruzar la Mar Océana, o el charco, como acostumbran a llamar los navegantes. Fueron dos meses y medio de navegación, siempre al suroeste. Pasamos el Ecuador, donde la sombra ya no te sigue, porque la tienes justo debajo. Un día, el maestre quiso saber cuánta agua llevaba la capitana, y encontró que, de las cien botas de agua que llevábamos, se habían estropeado noventa y siete, y solo nos quedaban tres para dar de beber a cuatrocientos hombres y treinta caballos. Así que, ante la urgencia de dar con tierra y no perecer de sed, el capitán dio orden de cambiar el rumbo, poniendo proa hacia donde se pone el sol. Los pilotos creían que la tierra debía de estar cerca, pero no sabían cuánto, porque, aunque las latitudes son fáciles de hallar tomando la altura de las estrellas, las longitudes, que son las que miden el avance, solo se calculan a la estima, a falta de relojes que no se atrasen o adelanten con las inclemencias de la navegación.

En las bodegas relinchaban los caballos, sedientos sin parar, cuando ocurrió uno de esos milagros que son milagros para quien los ve, pero que creo yo que nunca se verán en los libros de historia. El soldado José María Sánchez, madrileño, compró en Cádiz un grillo que llevaba en una jaulita y maldecía de él porque no había cantado en toda la travesía, al punto que el Sánchez pensaba si en la jaula tendría cucaracha y no grillo. Nadie había visto tierra, cuando, al atardecer del cuarto día desde que cambiásemos el rumbo en busca de agua, empezó a cantar con el brío de un gallo al alba, y antojándosele a

Sánchez que cantaba porque olía a tierra, subió a cubierta, y vio un acantilado a tiro de ballesta de la proa, tocó la campana, y todas las naves echaron el ancla, sin que nadie hubiese visto las oscuras y peligrosas rocas.

La luz del amanecer nos descubrió una espléndida bahía, encerrada entre los farallones, y rematada por el lejano perfil de una enorme roca que se asemejaba a un pan de azúcar. Hicimos aguada, tras lo cual continuamos rumbo a nuestro destino, navegando hacia el sur–suroeste, a lo largo de la costa durante varios días, con sus noches en las que el grillo ya no dejó de cantar puntualmente. Y a 29 días de marzo, del año de Nuestro Señor de 1541, echamos el ancla a pocas varas de la playa de la Isla de Santa Catalina. Me pareció el paraíso en uno de los parajes más bellos que imaginarse pueda. Desembarcamos con ganas y mojándonos el trasero. El capitán besó la tierra gruesa y negra de la isla. Ya estaba en el feudo que me había dado el emperador por doce años.

* * *

Pero todavía no era el momento de disfrutarlo, pues aún quedaba hacer frente a las malas noticias que conocimos en Sevilla, confirmadas ahora por los refugiados que hasta la isla habían llegado huyendo del caos del interior. A la espera de cualquier nave que los devolviese a España, se encontraban desde hacía tiempo dos franciscanos; el cordobés Bernardo de Armenta, y el canario Alonso Lebrón, quienes nos pusieron al corriente de la situación. El antiguo gobernador, Ayolas, había muerto como consecuencia de la traición de su lugarteniente, un tal Irala, quien, desobedeciendo las órdenes de enviarle hombres de refuerzo, prefirió aventurarse al interior en busca de oro. Y, sin nadie ya que le controlase la situación, ese tal Irala —por su cuenta y riesgo— decidió abandonar y despoblar Buenos Aires, a fin de mudar la capital de la región del Río de la Plata a la nueva ciudad de Asunción, desde donde podía ejercer un control absoluto sobre la región, al margen de las autoridades de la corona, y en un punto estratégico desde el que poder acceder más fácilmente a la Sierra de la Plata.

Con ese panorama, no era ciertamente muy alentador saber que ahora yo era el nuevo gobernador y, por lo mismo, el responsable de recomponer ese desaguisado. Con apenas un puñado de hombres, tenía que pacificar y someter un territorio tan grande como toda España y Francia juntas, completamente cubierto de espesas e infranqueables selvas, y todas ellas infectas de animales hambrientos e indios salvajes. ¿Cómo repoblar Buenos Aires, a más de doscientas leguas de navegación rumbo al sur, y al mismo tiempo pacificar Asunción, a otras doscientas leguas, pero tierra adentro, hacia

poniente? Lo lógico habría sido bajar con todos los hombres y barcos por mar hasta el estuario del Río de la Plata, y remontar el río hasta Buenos Aires, para, desde allí, y una vez rehabilitada la ciudad como capital, empeñarnos en una penosa navegación contracorriente remontando otros dos ríos, el Paraná y el Paraguay, hasta alcanzar finalmente Asunción, en la orilla de levante de este último, y donde acabar con la revuelta. Esa opción nos hubiese permitido hacer todo el camino juntos, manteniendo unidas las fuerzas, pero con toda seguridad hubiese también acabado siendo la tumba de mis hombres. Recorrer más de doscientas leguas —la distancia que media entre Toledo y París— por esas regiones inhóspitas era ya una locura; intentar recorrer el doble, un suicidio.

Por eso, finalmente me decidí por dividir la expedición en dos grupos: una fuerza de ciento cincuenta bajaría con los barcos navegando hasta Buenos Aires, y allí se encargarían de repoblar la ciudad, a la espera de nuevas órdenes. Yo, por mi parte, me internaría hacía tierra firme con el resto de los hombres —los más fuertes—, caminando siempre hacia poniente, esperando poder abrir una ruta terrestre hacia Asunción.

Las naves nos trasladaron desde la Isla de Santa Catalina hasta tierra firme, donde desembarcamos los que habíamos de marchar a Asunción con todos los caballos y cuantas provisiones pudimos cargar entre hombres y animales. La desestiba fue rápida, y apenas era primera hora de la tarde cuando acabamos el trabajo y despedimos a la flota. Sin duda, todavía podíamos haber aprovechado esas horas de sol que nos quedaban para internarnos unas leguas en la selva, pero nos quedamos todos allí, mudos, sentados sobre la arena de la playa, viendo cómo se perdían de vista las velas en el horizonte rumbo al sur.

Desde la mañana siguiente, y durante no sé cuántos días más, no hicimos otra cosa que ascender pesadamente por entre los desfiladeros de una sierra interminable, hasta que —tras muchas fatigas— conseguimos ir descendiendo, poco a poco, hasta llegar a una estrecha planicie, regada por un río al que los indios guaraníes —señores de esas tierras— llaman Iguazú. Seguimos nuestro camino vadeando el río, a veces por la orilla, y otras tantas con el agua hasta la cintura, siendo no pocas las jornadas en las que hubimos de acostarnos y levantarnos tan mojados como garbanzos en remojo. El caudal, al principio trémulo, fue cogiendo fuerza a medida que descendíamos; las márgenes del río se iban ensanchando, y finalmente adoptó tal bravura que parecía que se iba a desbocar de su curso en cualquier recodo.

Bajábamos guiándonos por el río porque mantenía de forma indefectible, jornada tras jornada, rumbo a poniente, la misma dirección en la que, según los guaraníes, se encontraba la ciudad de

Asunción. Por eso todos los atardeceres aprovechábamos el ocaso para confirmar nuestra ruta, viendo cada atardecer cómo el sol parecía irse a dormir al fondo del río, mientras sus últimas luces, antes de sumergirse completamente, hacían brillar como estrellas a las pequeñas gotas de agua que se estrellaban contra las piedras.

Sin embargo, una noche nos quedamos horrorizados viendo no sólo que ya el refulgir plateado de las aguas no moría en el horizonte junto con el sol, sino que tampoco se dibujaban allá en la lontananza montañas, ni tierra alguna. Era como si el mundo se acabase a media legua de nuestras narices, y no pocos comentaron en el campamento, mientras nos secábamos al calor del fuego, que habíamos llegado al fin del mundo. La llegada de la mañana no hizo más que acrecentar las habladurías, inquietando a la soldadesca, pues a medida que avanzábamos no sólo se veía cada vez más cerca el horizonte, sino que también empezábamos a escuchar con más fuerza, hasta hacerse ensordecedor, como un crepitar de las aguas cayendo al abismo.

Sin saber yo mismo todavía qué es con lo que iba a encontrarme, me adelanté para reconocer el terreno y tranquilizar a los hombres. Y lo que allí vi no podía ser más hermoso y sobrecogedor. Tanto nuestra llanura, como el río que la atravesaba, morían en un acantilado, alzado a forma de rocoso anfiteatro, y por el que se vertían las aguas desde una altura de más de trescientos pies castellanos, creando en su caída una majestuosa cortina de espuma, como si se tratase de una inmensa y mágica caldera. Mientras, allá abajo, otro inmenso río, más grande todavía que el Iguazú, recogía las aguas en su camino serpenteante a los pies del acantilado, al tiempo que marcaba los límites infinitos de un verde y boscoso valle.

Después de tomar posesión de esas nuevas tierras en nombre de España, y de bautizar las cataratas como “Saltos de Santa María”, bordeamos —no sin muchas fatigas— el acantilado, hasta conseguir descender a la orilla del río que se encontraba a sus pies. Con la ayuda de unos indios y sus canoas, atravesamos su ancho y apacible cauce, nos internamos en plena selva a través de los manglares, y acabamos desembarcando para continuar a pie. Algo más de una semana tardamos en atravesar ese valle, tan llano y extenso como toda la tierra castellana, sin apenas acertar —en todo ese tiempo— a ver directamente la luz del sol por lo apretado de la arboleda, y la altura de sus copas.

Finalmente topamos con una pequeña sierra, que a los pocos días coronamos, y dimos gracias a Dios por respirar de nuevo aire fresco, sin la pesadez de esa densa humedad de la selva que nos encharcaba los pulmones y entumecía los huesos. Allí, desde lo alto de sus colinas, vimos por primera vez Asunción, desparramada entre las faldas de las suaves colinas que desde nosotros caían, y la vera de levante del Río

Paraguay, donde se forma una gran ensenada, en forma de bahía.

* * *

Asunción era un gran pueblo con su plaza de armas central, y calles trazadas a cordel, como mandan las Leyes de Indias. Tan nueva como pobre, sus mejores casas apenas eran de tapial toscamente encalado, y el resto —que eran la mayoría— se componían de toda suerte de bohíos y cabañas, a base de postes y ramas. Sus calles y plazas carecían de alcantarillas, ni fuentes, por lo que se embarran cuando llueve, que es casi siempre, y, si no, son una pura polvareda. Y el agua se toma de cisternas o pozos, pero no del río, por no haber todavía ingenio de acueducto. Quizás lo más destacable de todo el conjunto urbano —por llamarlo de alguna forma— es que todavía no contaba con iglesia, ni edificación alguna que hiciese las funciones de tal, cosa que tampoco terminó extrañándonos, habida cuenta de que no debía convenir a quienes llamándose cristianos acostumbraban a vivir con hasta setenta indias, y si no es algún pobre, no hay quien baje de cinco o seis, hallándose también en esa tierra la maldita costumbre de que sean las mujeres quienes siembran y recogen alimentos, mientras los hombres se dedican a la molicie y el pecado.

Ese era el panorama con el que me encontré, después de llegar con mis ciento cincuenta hombres, y las más de cuatrocientas agotadoras leguas que cargaban sobre las espaldas de cada uno de ellos. Estaba claro que cualquier intento de imponer orden desde el primer día era algo que estaba llamado al más estrepitoso de los fracasos, por lo que me conformé con que Irala y sus hombres —que nos cuadriplicaban en número, y jugaban en su terreno— me reconociesen como nuevo gobernador, a cambio de nombrar a Irala como maestre de campo y segundo en el mando. Sin embargo, mi nombramiento como gobernador disgustó sobremanera a Irala, por cuanto que barría de un plumazo la enorme autoridad que venía ejerciendo en toda la región, y retrasaba la expedición a las sierras del Perú que venía preparando desde tiempo atrás.

Así comenzaron mis primeros pasos como gobernador de unos territorios más extensos todavía de los que llegaron a tener los Reyes Católicos, con la diferencia de que no contaba con más de ochocientos hombres para emplearme en tal empresa, y de que al mando de mi ejército había tenido que nombrar a un forajido, al que en otras circunstancias hubiese mandado directamente al patíbulo sin pestañear en lo más mínimo. Pero, si bien la conveniencia de la pacificación se impuso sobre mis ganas de impartir rápida y expeditiva justicia, no por ello renuncié a dejar bien claro desde el principio, y aprovechando mi discurso de toma de posesión, las dos líneas fundamentales de lo que entendía que había de ser mi gobierno:

En primer lugar, y siguiendo las indicaciones del César, dejé bien claro que los indios habían de ser tratados conforme a las Leyes de Indias, disfrutando de los mismos derechos y libertades que cualquier otro español, por lo que quedaba terminantemente prohibido venderlos como esclavos, quitarles sus tierras, o secuestrar a sus doncellas para amancebarlas en harenes, como acostumbran los moros. Igualmente, y en contra de las oscuras intenciones de Irala, dispuse de la necesidad de repoblar Buenos Aires, como enlace principal y cabeza de puente, entre la inmensa región del Río de la Plata, y el gobierno de la Corona.

Evidentemente esas primeras medidas empezaron ya, desde el primer momento, enfrentándome no sólo con los hombres de Irala, sino también con no pocos de los míos, quienes no pensaban en otra cosa más que lanzarse a una expedición hacia la Sierra de la Plata en busca de las ricas minas del Potosí.

Y, por si fuese poco el tener que lidiar con quienes se llamaban cristianos y súbditos del César, todavía me quedaba meter en cintura a quienes no se reconocían como tales; los pueblos indios, quienes no dejaban de hostigarnos continuamente, causando no pocas bajas entre nuestros hombres.

* * *

A diferencia de aquellos otros indios que había conocido en América del Norte, pueblos miserablemente pobres y pacíficos por lo general, los de América del Sur se encontraban mucho más avanzados social y económicamente, llegando a formar grandes imperios, como el de los Aztecas de la Nueva España, o los Incas del Perú. Sin embargo, la humanidad no les iba a la par de su desarrollo, pues no creo que haya habido jamás en la tierra gentes más depravadas, acostumbrados durante siglos al canibalismo, el concubinato, la trata de esclavos, y a la guerra como única forma de vida.

Los indios de la región del Río de la Plata provenían de más de cuarenta naciones distintas, formando un batiburrillo de tribus que andaban sueltas, según han ido llegando. Los hay Caribes, pero los más son naciones de guaraníes, indios que saben sembrar y cosechar, y criar patos y gallinas, como en Castilla. No hay grandes imperios, como los que había en Perú o la Nueva España, sino que viven en tribus, cada una con su cacique, en poblados de barro y paja. No conocen la rueda ni el hierro, ni las letras, ni tampoco hacen dibujos para guardar memoria. Los guaraníes suelen tener a los demás por esclavos, se sirven de muchos de ellos para los trabajos del campo, y otros se los reservan para sus fiestas más escogidas, en las que se los comen.

Por lo general, todos son muy inclinados a la religión, verdadera o

falsa, y antes de que llegásemos los españoles vivían en continuos miedos, dadas sus exageradas supersticiones. Conocen la inmortalidad del alma, y hasta tienen trato con los espíritus de sus antepasados, quienes les avisaron de que vendríamos los españoles a enseñarles la Verdad, por lo que no debían resistirnos. Entre sus muchas creencias, se encuentran ciertos atisbos de verdad, pues creen en un Dios Padre, así como en que al final de los tiempos la tierra será un paraíso de justicia, donde ya no habrá muerte ni mal alguno. Como clérigos tienen a sus chamanes, brujos muy temidos y respetados que aprovechan para sí todos los miedos de esas pobres gentes.

Aunque algunos guaraníes se tapan sus vergüenzas, la mayoría de estos pueblos andan completamente en pelotas, cuando no van ridículamente pintados enteros de añil.

Gustan de vivir cerca de los ríos, donde no les faltan alimentos, pues allí cultivan mandioca, cazabe y maíz, cazan con facilidad puercos salvajes y aves —que hay muchas—, y no sólo pescan cuanto precisan, sino que hasta algunos tienen pesquerías. Sin embargo, lo que más les gusta comer es la carne humana. Para ello se sirven de guerras y cacerías para capturar esclavos, a los que tratan muy bien. Las mujeres más principales de la tribu los engordan y hasta se echan con ellos para que estén contentos, y les dan a sus hijas y otras mujeres para que huelguen con ellas. Y, cuando ya los tienen cebados, les pegan en la cabeza con unas garrotas que llaman “macanas” hasta matarlos, cosa que les cuesta no pocas fatigas, pues tienen la cabeza muy dura. Luego vienen tres niños de seis o siete años, hijos de los más distinguidos, con unas hachuelas de cobre para sangrarlos y descuartizarlos, que así van aprendiendo desde la niñez. En todo ello, los adultos los animan, mientras las viejas, que son las que más mandan en la tribu, los terminan de descuartizar, a veces con el corazón todavía palpitante. Luego los guisan con hierbas y entrantes, ponderando todos en mucho la calidad de las cocineras. Y no sólo se comen a sus esclavos, sino también a sus padres y hasta a sus hijos, con la notable excepción de nosotros los españoles, por cuanto nos encuentran mal sabor, como a leche agria, llegándose a correr la voz de que damos mala digestión y pesadillas.

Sus jefes, aunque son de su misma carne y sangre, con frecuencia no les tratan bien, llegando al punto de que, si alguien de la tribu les enoja, le dan un flechazo o un golpe con la macana, y luego le dan a la viuda una cuenta de hueso o dos plumas para desenfadarla, que van baratos los homicidios del jefe. Cuando el cacique escupe, el que esté más cerca tiene que poner las manos para recogerlo.

En cuanto a la familia, cada uno toma cuantas mujeres puede, de tal guisa que unos tocan a muchas, y otros no catan mujer en su vida. Los caciques se creen con derecho a todas las doncellas de la tribu,

llegando incluso a prestarlas a huéspedes y paniaguados, siendo tan grande su lascivia, que a veces abusan hasta de sus propias nueras. Tienen por poco cualquier relación familiar, al punto de venderse unos a otros; el padre a la hija, el marido a la mujer, el hermano a la hermana. Su desapego es tan grande que no dudan en matar a todos los niños con defecto, y a veces también si simplemente les incomodan con sus llantos, o porque han de partir de viaje, o si el marido dice sospechar que la criatura no es suya, caso este último en el que la madre está obligada a estrangularlo ante la mirada complaciente de su marido.

Con respecto a nosotros los españoles —y según me han contado—, estos indios temen grandemente a nuestros caballos, pero más todavía a nosotros mismos, pues saben que venimos de parte de Dios, y les parecen cosas de magia todo lo que con nosotros hemos traído. Les fascina ver cómo atravesamos las selvas vestidos de hierro, con armas que llaman de rayo, y con espadas que cortan una liana en el aire. Pero, sobre todo, más que nuestras armas, temen nuestra valentía y tenacidad, pues ellos son cobardes, y no conciben que apenas un puñado de españoles pueda adueñarse de todo, aunque ellos sean miles, teniendo por cierto que somos capaces de cualquier cosa que nos propongamos. Sin embargo, les da mucha risa, y entre ellos es no poco motivo de chanzas, que tengamos tanto gusto por el oro y la plata, que según ellos no sirve para nada y pesa mucho, y que, a cambio de lo que para ellos es inútil, les demos cosas muy apreciadas entre sus gentes, como adornos buenos, cuchillos, tijeras, hachas… Todos quieren emparentar con nosotros; las indias, porque quieren hijos nuestros; y los indios, nietos de nuestro color, que al fin no es tan distinto del suyo.

* * *

Así las cosas, decidí empezar con la pacificación de la región. Quizás era la única forma de ganarme la confianza como gobernador, por lo que ese mismo mes de julio salí al frente de una expedición punitiva contra los Guaicurúes, a quienes vencimos sin gran dificultad, gracias a la ayuda de nuestros aliados los guaraníes —indios pacíficos—, con lo que quedaba definitivamente sometida la inmensa región del Chaco, sobre todo después de que hubiesen jurado sus principales caudillos y chamanes, sobre los Sagrados Evangelios, no volver a comer carne humana. Estabilizada la situación, y ya con las vías de comunicación seguras empezamos a preparar la penetración hacia el Oeste, en busca de las míticas minas de la Sierra de la Plata, no sin antes, y para evitar futuros malentendidos, firmé también un acuerdo de paz con el otro gran pueblo indio, el de los Agaces, quienes entendieron mi gesto como un acto de debilidad, que aprovecharon

para prepararse a atacar, trampa que, por suerte, descubrí a tiempo. Por lo visto, y según confirmaron más tarde en sus declaraciones, pretendían aprovechar las procesiones de Semana Santa que organizamos en Asunción, para acercarse hasta nosotros sabiendo que estaríamos completamente desarmados, y haciéndonos creer que querían conocer los misterios de nuestra Santa Fe, para de esta forma acabar cayendo sobre nosotros, sin defensa alguna. Descubierto el engaño, ordené colgar a los doce principales cabecillas de la celada, a fin de dar ejemplo, y perdoné al resto, que, por ser muchos y numerosos, lo tuvieron en gran gesto, mostrando desde entonces gran respeto hacia los españoles.

Pero todavía nuestra expedición hubo de esperar, pues en febrero un gran incendio devastó prácticamente la totalidad de Asunción, quemándose doscientas de las doscientas cincuenta casas. Mucha gente quedó incluso desnuda, por lo que todos —y yo mismo el primero— tuvimos que compartir con los más desafortunados lo poco que pudimos salvar de las llamas, y ponernos manos a la obra para reconstruir nuevamente la ciudad, a base —esta vez— de muros de adobe, y no de paja de la que arde.

Pero a medida que la ciudad iba renaciendo de nuevo de sus cenizas —nunca mejor dicho—, y tomando aspecto de una alegre villa castellana, en lugar del infecto bohío al que antes se parecía, comenzaron a arreciar las maledicencias. Instigadas por Irala y sus hombres, al principio no pasaban de ser más que absurdas habladurías acusándome de estar detrás del incendio, el problema empezó a venir más tarde, cuando en el colmo del cinismo no tuvieron otra ocurrencia mejor que la de ir con la superchería de que el incendio no era más que un mal augurio, señal evidente de que Dios no aprobaba mi gobernación. Al principio no le otorgué más importancia de la que se le pueda dar a unos ignorantes depravados, que se erigen en portavoces de la Voluntad Divina, después de no haber hecho otra cosa en su maldita vida más que violar niñas y asesinar salvaje y gratuitamente.

Estaba claro que había que reemprender la expedición cuanto antes, en busca de la ruta hacía la Sierra de la Plata. Ciertamente, era perentorio encontrar recursos con los que pagar a los prestamistas que habían adelantado dinero para nuestro viaje, y aun así conseguir más todavía para pagar a los hombres, llevar a cabo las necesarias obras públicas de civilización que requerían los nuevos territorios, y además tenía que sobrar para contribuir a la Hacienda de la Corona. Pero por encima de todo eso, lo más acuciante en esos momentos era salir. Simplemente salir, tomar aire fresco, y hacer que nuevamente los hombres se ilusionasen con algo, en lugar de seguir retozando en la molicie.

Emulando mis años de juventud en el Puerto de Santa María, y más tarde en la Bahía de Tampa, volví a fabricar barcos. En nuestro improvisado astillero, tomaron forma un total de diez bergantines, en los que embarcaron más de cuatrocientos de mis hombres, y numerosos indios. El 8 de septiembre de 1543, con Irala a la cabeza, la expedición abandonó Asunción, navegando hasta la orilla occidental del Paraná, donde quedó fundado el Puerto de los Reyes. Allí se quedó Juan Romero, con un reducido grupo de hombres para custodiar los navíos, mientras el grueso se internaba en el Chaco. A partir de entonces, y secundado por el contador real, Felipe de Cáceres, Irala determinó desprenderse de las normas y objetivos que yo le había marcado en la expedición, y prefirió llevarla a cabo según sus propios dictados, sin nadie que frenase su crueldad para con los nativos, ni las costumbres licenciosas y brutales de sus hombres, a los que prácticamente permitió que cometiesen cuantos abusos les apetecieran. Desviándose de la ruta por mí marcada, se internó en territorios ajenos a nuestra jurisdicción, por lo que finalmente fue obligado a regresar a Asunción por el presidente de la Audiencia del Perú. La falta de víveres, la hostilidad de los indios, y la crecida del Paraguay, con su secuela de calenturas, marcaron su regreso sin haber culminado completamente la expedición. Solo las avanzadillas de Hernando y Francisco de Rivera consiguieron allegar datos concretos acerca de la Sierra de la Plata, si bien siempre entremezclados —como no podía ser de otra forma— con los eternos mitos del El Dorado y las Amazonas. Fue un ocho de marzo de 1544 el día que, apenas sosteniéndose de pie, entró de vuelta la malograda expedición en Asunción.

* * *

No muchas semanas más tarde, y encontrándome dormido en mi cámara, fui despertado al grito de "¡Libertad, viva el Rey!", mientras que un grupo de unos treinta hombres, los más afines a Irala, apoyaban sus ballestas sobre mi pecho.

–Quienes actúan en nombre del rey no precisan de esconderse en la noche, sino que obran abiertamente a la luz del día, y exponiendo sus documentos legítimos, y no sus armas como argumento —alegué inútilmente, mientras me forzaban a la casa de Garci Venegas y Alonso Cabrera.

En ningún momento de esas primeras e inciertas horas de la revuelta, se atrevió a aparecer Irala, sin duda por miedo a que su conjura acabase en fracaso, y tuviese que acabar dando cuentas en el patíbulo de su traición. Convencido de la lealtad de los míos, durante todo ese tiempo no dejé de esperar a que pronto mis hombres acudiesen a rescatarme y dar por finalizada la sedición, mientras el

cuerpo de Irala expiraba tambaleándose de la horca. Pero finalmente, y al caer la tarde del día siguiente, mis ilusiones acabaron desvaneciéndose cuando fui conducido a la prisión, después de pasearme maniatado por mitad de las calles, y donde mediante un documento toscamente improvisado, se me comunicaba mi destitución como gobernador, y la elección de Irala como capitán general y teniente gobernador de los que a sí mismos se denominaban “Comuneros”.

Hoy, tantos años después, y ya cuando el juicio inexorable del tiempo hace ver las cosas de otra forma, he dejado de culpar a los hombres de Asunción por no haber sido capaces de salir a la defensa del jefe y compañero que con tanta caridad y miramiento por sus vidas y haciendas los había tratado. Al fin y al cabo, aquellos hombres hacía ya años que se habían visto obligados a abandonar a sus familias y la tierra de sus antepasados, con la vana esperanza de encontrar unas riquezas con las que poder olvidar tantos siglos de pesada pobreza. ¿Y qué es lo que habían encontrado después de tanto tiempo, en mitad de esas selvas? Nada. Sólo muerte, enfermedades, hambre, desnudez… Esos pobres soldados —sin letras ni seso la mayoría— necesitaban creer que no acabarían allí sus días, más pobres todavía de cómo llegaron, e Irala supo nublarles el juicio con sus promesas de libertad y riquezas. No se molestó siquiera en inventar nada nuevo, sino que se aprovechó de lo mismo que han prometido y seguirán prometiendo siempre los tiranos, mientras el sol siga alumbrando cada amanecer en esta tierra.

El tiempo demostró que la única libertad que recibieron de Irala fue la de maltratar a los indios, así como que finalmente no obtuvieron más riquezas que el terruño de tierra con el que se cavaron sus tumbas. Sin embargo, y es ésta una reflexión que me hago ahora, quizás eso no fuese un fracaso, sino una victoria. Una gran victoria, capaz de hacer palidecer de envidia hasta a los más linajudos y afeminados caballeros de Francia. No debemos nunca olvidarnos de que el mundo no es cómo lo vemos los hombres, sino como lo ve Dios, que para eso es su Creador y Señor. Y desde ese punto de vista, esos pobres hombres de España, con todos sus defectos y virtudes, fueron el medio útil y fiel del que Dios se sirvió para llevar su Santa Fe, y la civilización a América entera, buena parte de África, Australia, Filipinas… ¿Se puede pensar acaso, sin ser tildado de hereje, que tan buen pagador como es Dios, nos les ha dado en la otra vida —la verdadera vida— más gloria y oro del que jamás soñaron?

* * *

Durante trece interminables meses estuve prisionero en un agujero infecto, indigno siquiera de ser llamado cárcel. Ciertamente, era lo

único que podía hacer Irala conmigo, por mucho que le hubiese apetecido ejecutarme públicamente, pero eso era algo que escapaba de sus competencias de gobernador provisional, y todavía el Consejo de Indias tenía que decidir si era o no conforme a derecho mi destitución. En teoría, Irala debería haberme mandado a Sevilla tan pronto como le hubiese sido posible, a fin de ser allí juzgado, pero viendo él que eso no le convenía, trató de retenerme en Asunción todo el tiempo que le fue posible, con la esperanza de que acabase muriéndome de asco en su infecto agujero.

Finalmente, no le quedó más alternativa que mandarme de vuelta. Por una parte, ya le habían llegado requerimientos obligándole a que yo fuese puesto a disposición de los Tribunales de Sevilla, pero, sobre todo, temía el descontento de la gente de Asunción, que, viendo no cumplirse sus promesas, empezaban a pedir de nuevo mi restitución en el cargo de gobernador. Así las cosas, fui embarcado con cuantas cadenas pudieron cargarme, y poniendo como alguaciles de mi custodia a los mismos desalmados que trece meses antes se habían atrevido a irrumpir en mi cámara apuntándome al pecho con sus ballestas.

En las grandes travesías de la mar son muchos los hombres que mueren de escorbuto, deshidratados por los vómitos, o, simplemente, intoxicados con alimentos en mal estado, y supongo que sería ese el motivo por el que los hombres de Irala me envenenaron con arsénico, intentando simular una muerte natural, con tal de que no llegase vivo a Sevilla, y contase allí la verdad. Pero estuvo de Dios que el físico de a bordo descubriese el engaño, haciéndome regurgitar con un antídoto de aceite y cuerno de rinoceronte.

Repuesto del envenenamiento, y llegados a las Azores, fui puesto en libertad, mientras que mis alguaciles se echaban a mis pies, pidiéndome perdón, y rogándome que no declarase contra ellos al llegar a Sevilla. Y ahí es donde estuvo mi pecado, y por el que hube de pagar durante años, pues en pidiéndome ellos perdón, y presumiendo yo de buen cristiano, tuve en más vengar la afrenta que perdonarlos como nos mandó de palabra y ejemplo Nuestro Señor Jesucristo.

X. Epílogo desde un convento

1545–1564

Durante toda la noche, la suave corriente de la pleamar nos había ido conduciendo a través de las sensuales y plateadas curvas del río, hasta que, con las primeras luces del día, arrancaron a tañer las campanas de la catedral, anunciando una vez más nuestra llegada a Sevilla.

Ocupados y menesterosos, ricos y pobres, todas las gentes de la ciudad se confundían agolpándose en el Arenal para recibir la llegada de la flota. Era la misma fiesta de la que tantas veces había disfrutado a lo largo de mi vida, y, antes que yo, supongo que también otros hombres con las mismas ilusiones. Fenicios, griegos, romanos, visigodos, árabes y castellanos han pasado por este mismo puerto a lo largo de los últimos dos mil años. Todos con la misma alegría del reencuentro. Sin embargo, a mí, ese día, nadie me esperaba. ¿Quién se iba a fijar en un pobre viejo con las ropas sucias y ajadas, y el cabello grasiento y alborotado?

Pude reconocer a esas gentes uno por uno, conocía sus nombres y a sus familias, y sabía de sus vidas y menesteres. Muchos de ellos eran los mismos que, no muchos atrás, se afanaban por disputar a codazos los mejores puestos con los que poder darme la mano, o dirigirme unas palabras en mi gloriosa despedida. Sin embargo, esa mañana nadie se fijó en ese hombre que se deslizaba pesadamente entre ellos, cargando con el peso de su desgracia.

Quizás esa contradicción fue una especie de aviso de lo que todavía me quedaba por ver, aunque yo por aquel entonces no tuviese la menor duda de que, en cuestión de pocos días, mi honor y puesto quedarían restablecidos, de la misma forma que los culpables de tan villana traición habrían de pagar sus culpas en esta tierra, sin necesidad de esperar a la justicia divina.

* * *

–¿Qué ha pasado, Álvar? —me preguntó mi hermana, nada más

llegar a casa.

De su pregunta y forma de preguntar se intuía que ella me estaba esperando, y que no le sorprendía en lo más mínimo mi descuidado aspecto.

–¿Por qué lo preguntas, no te alegras de verme? —respondí barruntando malas noticias.

–Ayer se presentaron aquí unos alguaciles del Consejo de Indias preguntando por ti. Dejaron una citación. Por lo visto, han presentado cargos contra ti, y el juez ordena que vayas a declarar, nada más llegar, bajo apercibimiento de arresto…

A veces un pequeño detalle basta para que la vida entera nos cambie en cuestión de segundos. Yo ya no era un gobernador del Emperador a punto de denunciar las oscuras maquinaciones de unos traidores, sino un presunto delincuente que había de defenderse como acusado de unos delitos que ni siquiera conocía todavía, y todo porque los secuaces de Irala, desde que los despedí en las Azores rendidos a mis pies, no habían perdido el tiempo, partiendo en un bergantín, mientras yo embarcaba en una vieja carabela que hacía aguas por cada una de sus tablazones. No sé cuántos días de ventaja me podían haber sacado en el largo viaje, pero en todo caso los habían aprovechado, presentando cargos antes de mi llegada ante los tribunales, y situándome en una clara situación de precariedad jurídica.

Le pedí prestadas ropas a mi cuñado, y me lavé y afeité lo mejor que pude, con el poco de agua tibia que quedaba en la jofaina, sin tiempo para tranquilizarme, ni para ordenar las ideas, pues era menester presentarme en el Consejo antes de que cerrase. Un sudor frío me recorría el cuerpo entero y, nada más salir a la calle, las piernas empezaron a temblarme.

–¿Por ventura viene vuestra merced del Río de la Plata? —me preguntó el alguacil de la puerta, nada más darle mi nombre—. Desde hace días le esperan para declarar. Aguarde un momento, mientras aviso a su Señoría de su llegada.

El “momento” terminó siendo no menos de tres horas de angustiosa espera en una triste y mugrienta cámara de los sótanos, con la mirada siempre atenta de un alguacil, tras la puerta entreabierta.

–Acompáñeme al despacho del juez —me comentó, sin más, el primer alguacil, cuando se presentó de nuevo.

En el despacho del juez, de pie, se encontraban mis acusadores, y sentado, desparramado sobre su sillón como la grasa que se funde al sol, pude reconocer a Manuel de Sandoval, con su eterna sonrisa feliz y socarrona. No entendía por qué sádica ironía del destino ese maestro de la mentira había conseguido terminar ocupando indignamente un sillón destinado a dar justicia, lo que sí comprendí al instante fue que

todo el tiempo que hube de esperar esa mañana hasta ser recibido les sirvió para darse aviso unos a otros, y hacerme comparecer indefenso en esa absurda parodia de proceso legal.

–Don Álvar Núñez Cabeza de Vaca, se le acusa de treinta y seis delitos, por los que ha de responder, alegando en su defensa —dijo, abriendo su enorme boca desdentada, mientras se frotaba las manos, y soltaba agudas y nerviosas risitas por entre sus encías mondas.

No uno, ni dos, ni tres a lo sumo, sino nada menos que treinta y seis delitos, con los que dio comienzo el mayor calvario de mi vida; durante ocho años —entre 1543 y 1551— en los que llegué a añorar los fríos inviernos en cueros y comiendo raíces entre los salvajes. Estaba claro que mis enemigos, los mismos a los que un día había perdonado la vida en el Río de la Plata, con el arribista de Sandoval a la cabeza, no se atrevían a mandarme al patíbulo, ni siquiera a la cárcel, pues temían que con ello interviniesen mis amistades en la Corona, y se descubriese la verdad. Pero, por contra, no iban a tener el menor pudor, ni escatimar esfuerzo alguno en someterme a un proceso largo y humillante, en el que de seguro habría de emplear toda mi hacienda y los últimos años de una vida a la que quería asirme fuertemente, pero que empezaba ya a escapárseme por entre los dedos de las manos.

Pronto mis días y afanes parecieron haberse detenido en una angustiosa espera de algo que nunca llegaba. Declaraciones, apelaciones, juicios… Cuando miraba al tiempo de frente, éste parecía haberse petrificado en la eternidad, pero cuando echaba la vista atrás daba la sensación de haber transcurrido todo en una avemaría. Sin darme cuenta, los días empezaron a devorar mi existencia sin pedirme permiso, cuando quizás lo normal sea al revés; que la vitalidad de nuestra existencia sea la que consuma los días. Pero por aquel entonces mi obsesión por conseguir que la justicia me diese la razón me hizo olvidar que cada minuto cuenta, y que la vida merece ser saboreada, independientemente de las mil contrariedades o sinsabores con los que nos encontremos en el camino.

* * *

El buen acero se templa a fuego y martillo, y el oro fino se limpia de escorias al calor del crisol, suelen decir las gentes ante las adversidades. Pero a mí, la verdad, todas esas metáforas del buen acero y del oro fino me importaban una higa, y, si finalmente conseguí salir de esa calma chicha y encontrar viento fresco, fue recordando cómo Nuestro Señor Jesucristo —nada menos que el mismo Dios— quiso redimirnos a la humanidad entera ofreciendo su injusto proceso y condena. ¿Cómo no iba yo a aceptar seguir su ejemplo, y máxime teniendo en cuenta que el dulce peso de la cruz es garantía de triunfo

y resurrección?

Y así, poco a poco, empezó a entrar de nuevo la ilusión en mi vida, casi de una forma infantil. Quizás no fue sólo el arrobo de esa experiencia mística, sino que simplemente una mañana —como tantas veces ocurre— me despertaron los primeros rayos de la primavera, colándose primero por entre las rendijas de la ventana, y más tarde por esas brechas sin remiendo que el frío había abierto en mi corazón.

El caso es que, coincidiendo con esas fechas, allá por 1546, y tras dos años pleiteando sin poder moverme de Sevilla, el Consejo de Indias dispuso que me trasladase a Madrid, donde se me mandaba cumplir arresto domiciliario durante un periodo de tres años, plazo que se me daba para encontrar pruebas y testigos con los que poder alegar en mi defensa. Sin duda, esa era una extraordinaria noticia, no ya solo por lo que pudiese referirse a las nuevas esperanzas de salir airoso de esa pesadilla de juicios y denuncias, con el aliento de jueces y fiscales siempre pegado a mi cogote, sino porque algo interesante aparecía de nuevo en mi vida.

Con todo, comencé por aquel entonces a encontrarme tan alegre, que hasta me sentí de nuevo un hombre enamorado. Ya sé que medio siglo a las espaldas no es precisamente una edad asociada al amor, pero, al fin y al cabo, ¿qué es el amor? ¿La obsesión ciega de la juventud, que viene tal como se va? ¿O ese poso de cariño —fuerte y poderoso— que permanece cuando se olvida la pasión y que acompaña toda la vida, junto al impasible sucederse de los otoños, uno tras otro?

Durante esos últimos años, el tiempo y la lejanía —que casi todo sanan— habían acabado por hacerme olvidar mi obsesión por Victoria. No es que ya no la siguiese queriendo, simplemente ya no la veía como el amor de mi vida, sino como una de esas personas de las que se guardan gratos recuerdos. Como he dicho antes, cincuenta y cuatro años quizás era ya una edad lo suficiente madura como haber tenido claro a esas alturas quién es y quién no el amor de tu vida. Cuestiones —éstas del corazón— que la mayoría de los mortales han dejado bien atadas antes de estrenar la treintena. En todo caso, supongo que esa idealización que tenía de ella acabó por desmoronarse viendo con quién se había casado, o quizás puede que nunca llegase a quererla de verdad. ¿No sería que lo que tanto me había deslumbrado de ella fue simplemente la posibilidad de verme emparentado con los Medinaceli? En todo caso, a medida que la imagen de Victoria había ido perdiendo nitidez en mis recuerdos, surgió de nuevo, creo que con más fuerza que nunca, el cariño hacia Miriam, algo inexplicable. Supongo que el corazón se rebela siempre que lo vaciamos de afectos, y él solo hace por llenarse de nuevo, aferrándose a cualquier rincón de la memoria. Ciertamente, nunca me

había olvidado de Miriam, creo que ni un solo día de mi vida, pero lo cierto es que esos remordimientos de conciencia de cómo me porté con ella me impidieron muchas veces corregir mi error y pedir perdón. ¿Viviría todavía? ¿Estaría casada? ¿Qué aspecto tendría ahora? Eran preguntas que no dejaban de revolverme las entrañas, pero la única respuesta que encontraba eran esas imágenes de rubia adolescente jurándome amor eterno con esos chisporroteantes ojos azules que no dejaban de mirarme fijamente, mientras esbozaba una cálida sonrisa…, algo que ciertamente nunca hizo Victoria.

En todo caso, mis instrucciones eran ir a Madrid…, pero de Sevilla a Madrid se puede ir por muchos sitios, y sin duda que uno de esos caminos había de pasar por Baeza, de donde apenas esperaba algo tan sencillo como encontrarme de nuevo con Miriam, arrancarle una sonrisa, y seguir mi camino con el recuerdo de un entrañable reencuentro metido en el petate. Quizás algo sin importancia, podría pensar más de uno, pero… ¿Qué tiene más mérito: conquistar reinos y ganar batallas, o robarle el corazón a una mujer pasados los cincuenta?

* * *

La lluvia caída durante la noche había renovado el olor del campo, seco por el estío, libando el aroma a tomillo y lavanda de los caminos que atravesaban las dehesas y los campos de Jaén, con sus camadas de olivos, siempre perfectamente alineados en el horizonte.

–Allá a lo lejos se divisan ya las torres principales de las iglesias de Baeza —gritó el palafrenero; y una mezcla silenciosa de quietud y de recuerdos me hizo presentir que pronto vería a Miriam.

Cuando entré en la ciudad, la mañana estaba todavía fresca, y los vencejos aprovechaban para exhibir sus últimas piruetas en el aire, antes de que el sol apretase, y hubiesen de acudir a refugiarse a la sombra de algún tejado. Mientras, a lo lejos se escuchaban los últimos toques de las campanas llamando a la primera misa, al tiempo que un anciano enjuto apretaba el paso, seguramente para llegar antes de que le quitasen su sitio.

–Por ventura, buen hombre, ¿sabría usted indicarme dónde puedo encontrar el palacio del regidor, don Alonso de Carvajal? —pregunté estúpidamente, con tal de iniciar una conversación que me permitiese informarme sobre Miriam.

–Don Alonso se aloja ahora en el Cielo —respondió con actitud de grave indiferencia, y sin hacer el más mínimo ademán por detener el paso.

–Lo siento mucho, pues tuve el honor de servir con él en Italia.

–Pues, si tanto lo siente, lo mejor que puede hacer usted es entrar conmigo a misa, y ofrecerla por su eterno descanso —añadió clavando

en mí su mirada con unos ojillos pequeños, como los de los gorriones, hundidos entre unas pobladas cejas.

A la salida de la misa, que fue corta y sin homilía, comencé a vagabundear por entre las callejuelas de Baeza, intentando recordar de entre todos esos edificios y palacios que rivalizaban entre sí por la rica manufactura de su cantería cuál de ellos sería aquella casa en la que treinta años atrás había dejado llorando a una niña que me quería. Al principio, el sol apenas conseguía todavía colarse tímidamente por entre el alero de los tejados, pero pronto empezó a caer a plomo, como sólo sabe hacerlo en Andalucía, arrancándome espesos goterones de sudor de la frente que resbalaban caprichosamente hasta los labios, dejando tras de sí un regusto a salado. Poco a poco, la ciudad se iba levantando de su letargo; los carruajes chirriaban al doblar la esquina, los comerciantes vociferaban sus mercaderías en las plazas, y a hombres y mujeres se escuchaba rumorear en su animado deambular por las calles. ¿Qué hacía yo allí en medio?, empecé a preguntarme con el temor de que la Miriam que encontrase fuese para mí tan extraña como esas calles y esas gentes. Al fin y al cabo, lo más seguro es que estuviese casada, con hijos, y hasta con nietos. Incluso bastante probable sería también que hubiese muerto… Pero, bueno, ¿qué más daba ya? El caso es que estaba allí, dando vueltas como un idiota, y sin saber todavía si estaba enamorado de un viejo recuerdo coloreado por la juventud, o si simplemente empezaba a ver cercano el final de mis días, y trataba de reconciliarme con mi conciencia.

Baeza es una rica ciudad, llena de abundantes y hermosos palacios y edificios, por lo que al final, y sin querer preguntarle a nadie, hube de decidirme por el que más encajaba con esos nublados recuerdos que me esforzaba por traer de nuevo a la memoria.

–¿Vi… vive aquí Miriam de Carvajal? —requerí titubeante, y todavía con el aldabón fuertemente asido de la mano, al criado que me abrió, y que resultó ser el mismo viejo al que le había preguntado a la misma puerta de la iglesia.

–La señorita Miriam le espera, don Álvar; ya le anuncié esta mañana su visita, acomódese aquí en el zaguán, por favor —me dijo secamente el chambelán, recalcando lo de “señorita”.

¿Cómo demonios podía saber ese viejo zorro quién era yo? Sin duda que me había reconocido, y que después de tantísimos años seguía acordándose de quien un día, muchos años atrás, había abandonado esa misma casa como un ladrón que se escabulle en la noche. Intenté entonces, tragando saliva, esbozar una forzada sonrisa, me sequé el sudor de la cara con la manga, y sacudí como pude el polvo, tratando de estar presentable…

–Hombre, Álvar, no te esperaba tan pronto… Pensaba que ya no volvería a verte en este mundo —escuché de repente, mientras torcía

la mirada y veía a Miriam bajando las escaleras con una enorme sonrisa iluminándole la cara.

Sin duda, el tiempo había modulado su cuerpo con una serena belleza, que superaba incluso esa imagen idílica que esperaba encontrar. Los volúmenes habían rellenado sus formas, pero en su justa medida; ni sobrada en carnes, ni seca como el perro de un ciego, sino como dándole un aire de gravedad y señorío. Su cabello, antes de oro y ahora de plata, caía a la espalda recogido en una sencilla coleta, y sus ojos y su mirada seguían siendo exactamente los mismos de la niña que recordaba, pero con ese algo de picardía y seguridad que dan los años. Vestía con esa elegante y aparente sencillez de una noble provinciana que parece que viene de dar un paseo por sus tierras, como si no se hubiese molestado siquiera en arreglarse para la visita, pero que marcaba un estilo imposible de copiar por quien no lo lleva mamando desde su tatarabuela, por muchos doblones de oro que gasten otras en paños de Flandes, sedas portuguesas, o rasos franceses…

–He venido porque no podía vivir sin ti —acerté a responder, después de permanecer unos instantes contemplándola en silencio.

–Claro que no puedes vivir sin mí, ¡so tonto! Si no fuese porque no he dejado de rezar por ti un solo día, seguro que hace ya tiempo que estarías criando malvas, vaya a saber Dios dónde —me respondió con una sincera sonrisa.

–Perdóname por haberme comportado contigo y con tu familia como un bellaco. Sólo merezco que me abofetees y me escupas a la cara. Un día salí de aquí corriendo en busca de la felicidad, y he tenido que recorrer medio mundo para darme cuenta de que me la había dejado aquí olvidada una noche de Navidad.

–Mi querido Álvar, muchas veces en esta vida perseguimos sueños que a veces creemos estar casi tocando, pero que un día se desvanecen como nubes de verano. Supongo que es porque los planes de Dios no siempre coinciden con los nuestros, y aunque se trate de cosas que no entendamos en este mundo, tengo por cierto que algún día llegaremos a comprenderlo, si tenemos la dicha de disfrutar de la gloria eterna. Entonces nos daremos cuenta de que todo tiene un porqué, y que Dios —que nos quiere con locura— así lo dispuso por nuestro bien.

–Al final tú tampoco te casaste… —añadí.

–No. Durante unos años te esperé, sin dejar de informarme de ti a través de los parientes y amigos que iban o venían de Sevilla. Hasta que, viendo que no tenía nada que esperar de ti, acepté una propuesta de matrimonio de un viejo pretendiente que ya me daba pena, de tantas largas como le había dado a él, esperándote…

–¿Y qué pasó?

–Pues que se aburrió de mí. Me había propuesto no casarme hasta

conseguir olvidarme de ti, por lo que fui retrasando la boda, hasta que se hartó, y me dejó…

–Si quieres, me quedo aquí contigo —dije después de dejar escapar un largo suspiro.

–Álvar, no digas tonterías. Apenas nos queda tiempo para disfrutar de este mundo, y sin embargo son todavía muchas las cosas que nos quedan por hacer. Yo paso mis horas ocupada entre los cuidados de mi madre, que vive tendida en su cama sin acordarse siquiera de cómo se llama, los enfermos del hospital, la administración del campo, y mil cosas más. Y, como comprenderás, a estas alturas no puedo dejarlo todo con la excusa de que mi novio, después de treinta años, no ha tenido otra cosa mejor que hacer que venir a Baeza a buscarme. Y a ti todavía te esperan grandes empresas —añadió con tono casi profético–. Si te parece bien, hoy pasaremos el día juntos, quizás intentando recuperar el tiempo perdido, y después, cuando acabe el día, nos despediremos y cada uno volverá a donde le esperan sus menesteres, que al fin y al cabo es también donde nos espera Dios. Vive santamente, y no me olvides, y yo te prometo que no será una despedida para siempre, pues espero que al final del camino disfrutemos juntos y para siempre de la eternidad, en la otra orilla del Guadalquivir, donde siempre es primavera, y ya no existen las angustias y penas de este mundo.

Por fortuna, en los veranos de Andalucía los días no se acaban cuando se va el sol, como ocurre en otros lugares, sino al llegar la fresca, con su suave brisa trayendo el olor de un jazmín encaramado en la tapia del patio, o quizás el de la hierbabuena que crece libremente a la sombra de un arriate. Cuando ya no se escucha a los gorriones gorjeando mientras se arrebujan para dormir en la higuera o el limón, sino que ya sólo se oye el lejano y melancólico cricrí de un grillo. Fue entonces cuando hube de despedirme, y ya jamás volví a verla.

* * *

Ciertamente Madrid —en comparación con Sevilla— no dejaba de ser por aquel entonces más que uno de esos pueblos sencillos y anodinos que jalonan los caminos polvorientos de Castilla, completamente alejados de las grandes vías de comunicación que nos dejaron los romanos. La ribera del Manzanares apenas ofrecía otra vista más que la de un puñado de mujeres lavando la ropa, o tendiendo la colada al calor del mediodía. Nada que ver con ese rico y ampuloso Guadalquivir, por el remontaban hasta Sevilla naves venidas de todo el mundo, cargadas de oro y mil maravillas. Ni siquiera allí el sol tenía esa misma alegría, capaz de inundar la ciudad con el color y el olor de las huertas y frutales de los campos de Sevilla, ni finalmente

tampoco tenía Madrid ninguna de tantas otras cosas como de las que bien podía presumir Sevilla, pero esa olvidada villa castellana había sido elegida para convertirse en la capital de España.

Durante los últimos mil años, la dura historia de nuestro pueblo había obligado a nuestros reyes a ir mudando continuamente la Corte, en un continuo trasiego. Desde el Toledo visigodo, hasta el Oviedo de don Pelayo, de allí a Granada —con los Reyes Católicos—, y desde la antigua ciudad mora directamente hacia el norte de Europa, allí donde el César Carlos decidía los destinos del nuevo imperio que estaba forjando; Colonia, Estrasburgo, Milán, Rotterdam…

Sin embargo, su hijo, el príncipe Felipe, después de tantos siglos de Corte errante, había decidido hacer de Madrid la capital de esa España que algún día le tocaría gobernar. Evidentemente el mundo estaba cambiando, y él se había dado cuenta. Por aquel entonces algunas universidades empezaban a cuestionar la filosofía aristotélica, la cristianísima Francia se aliaba con los turcos, el pueblo inglés —en masa— se plegaba ante los caprichos de un rey por su cortesana, media Europa abrazaba una fría herejía en la que ya no había sitio para los Sacramentos, la Tradición, o la mismísima Santa Madre de Dios. Los libros ya no los copiaban minuciosamente los monjes, uno a uno, cargándolos de primorosas ilustraciones, sino que se imprimían mecánicamente por cientos en las nuevas imprentas, y finalmente los caballeros ya no se saludaban antes de iniciar un combate, sino que las batallas se decidían entre cuerpos de artillería e infantería que se daban muerte a distancia, sin necesidad de verse las caras. Estaba claro que ese nuevo mundo ya no se podía gobernar a lomos de un caballo, y lanza en ristre, como habían hecho sus antepasados, sino parapetado detrás de una bien ajustada maquinaria burocrática, enclavada logísticamente en una céntrica capital.

Ese era el Madrid que me encontré cuando llegué, cumpliendo las instrucciones del Consejo de Indias. Una ciudad en la que todavía estaba todo por hacer, pero desde la que ya se empezaba a barruntar que desde allí se decidían cosas más importantes de lo que a primera vista pudiese parecer. Aparentemente allí todo lo que se veía no era más que famélicos y tristes leguleyos, que no dejaban de entrar y salir de edificios públicos, de escribanos cargados siempre de papeles, calle arriba y calle abajo, o de ampulosos y tonsurados eclesiásticos que discutían en voz baja en cualquier esquina. Ciertamente, nada que ver con los ricos comerciantes, o engalanadas damas de Sevilla, pero lo cierto es que esos hombres organizaban las sesiones del nuevo Concilio de Trento, fijaban las fronteras en Europa, disponían la política en el Mediterráneo, y concertaban las expediciones de América…

Pero todo eso era algo que, evidentemente, nada tenía que ver con

esa mugrienta y mezquina pensión, sin otra compañía que la de las chinches y los rufianes, en la que hube de hospedarme al llegar a Madrid, habida cuenta de lo maltrecha que había quedado mí hacienda, después de dos años de pleitos. No recuerdo bien el tiempo que allí pasé, quizás apenas fuesen unas semanas, pero en todo caso el tiempo suficiente como para volver a hundirme en la miseria, pensando que ahí acabarían anónimamente mis días, sin que nadie se acordase ya más de un viejo sin historia, como uno más de esos pobres desheredados de la vida que hasta allí acudían para emborracharse cada noche con vino barato, en compañía de amigos desconocidos, o de un amor de alquiler, siempre que el trapicheo de la jornada se hubiese dado bien.

Pero una de esas anodinas mañanas, ya bien entrado el invierno, y sin que nada me hiciese presagiar en lo más mínimo que ese iba a ser un día extraordinario, se presentó un correo de Palacio con instrucciones de parte de un tal Honorato Juan para que lo acompañase de vuelta con todas mis pertenencias, a fin de alojarme en la Corte. Evidentemente, no me cabía la menor duda de que detrás de todo eso estaba —como siempre— mi buen amigo Francisco de Borja. Aun así, y a pesar de que llevaba meses esperando ese momento, un cierto pudor me invadió mientras preparaba mi baúl… ¿Por qué me sonreía a mí la vida una vez más, y no a cualquier otro de los muchos con los que me había cruzado en la pensión? Al fin y al cabo, y por muchas contrariedades que hubiese tenido últimamente, mi vida entera estaba llena de grandes momentos y alegrías. Nada que ver —desde luego— con esas existencias vacías y tristes de tantas otras personas que había conocido, y que se van de este mundo sin poder decir que han hecho nada medianamente interesante en sus vidas. Y, a decir verdad, sigo sin saber todavía responder a esa cuestión, pero en todo caso pienso que mucho ha tenido que ver, y lo digo con sincera humildad, esa actitud de absoluta fe y confianza en la Providencia Divina, que siempre tuve y que me ha llevado a no acostarme jamás sin elevar la mirada al Cielo, suplicando ante Quien sé que me quiere y que cuida de mí, ya sea en las oscuras y frías noches de los desiertos americanos, o la luz de una tenue vela en esa sórdida pensión. Y, por eso, estoy absolutamente convencido —hoy más que cuando tenía veinte años— de que la fe mueve montañas, y que no existe actitud más mezquina en esta vida que la de no intentar levantarse cada mañana con la ilusión de hacer algo grande. Al fin y al cabo, nuestras vidas valen lo que valen nuestras ilusiones.

Así pues, la Corte pasó a ser mi nueva prisión, una hermosa y sosegada prisión de la que salía y entraba a placer. Por fin, después de tantos años de tediosa espera, encontraba de nuevo algo interesante. Descubrí un nuevo placer; el del gusto por la cultura, el mundo del

conocimiento y el saber, de la mano de mi nuevo amigo Honorato Juan. Este buen hombre, aparte de paisano y viejo conocido de mi otro amigo, Francisco de Borja, había sido discípulo de Luis Vives, y antiguo profesor de la Universidad de Valencia, y en esos momentos era uno de los hombres más elogiados por todos los sabios de su época, tanto españoles como extranjeros. Sin embargo, su papel más destacado, y lo que le retenía en la Corte, era el educar a los príncipes. Ya había sido tutor de don Felipe, y ahora estaba a la espera de que el Infante don Carlos tuviese la edad suficiente como para empezar a aprender las primeras letras. Entre tanto, Honorato Juan tenía el tiempo suficiente como para poder volver a sus estudios y, de camino, enseñarle algo a este pobre viejo que suscribe. Con el tiempo llegó a haber una profunda amistad, supongo que como consecuencia de esa imperiosa necesidad que tenemos muchas veces de complementarnos y llegar a través de otro a donde la naturaleza o la misma vida no nos alcanzan.

La paz de la Corte, y el consejo de Honorato, me dieron ánimos para volver a escribir y contar mis aventuras en América del Sur. Así vio la luz mi segundo libro: *Relación y comentarios*, que, incluyendo todo lo ya narrado en *Naufragios,* incorporaba también mis aventuras y desventuras en el Río de la Plata. Evidentemente, el éxito del primero fue una más que buena presentación para que uno de los mejores editores de Valladolid firmase su publicación, y a mí me permitiese vivir medio dignamente, sin tener que recurrir a la caridad.

Esos años fueron también los del inicio de ese cosquilleo, primero en la barriga y después en el corazón, que andando el tiempo me ha llevado a vivir plenamente dedicado a Dios, entre las cuatro paredes de este monasterio desde el que escribo. Todo comenzó con mi reencuentro con Francisco de Borja, quien, en calidad de Virrey de Aragón, se desplazó en ese tiempo hasta en un par de ocasiones a Madrid para despachar con el Emperador. Me impresionó que un hombre con su poder, y en la plenitud de su vida, considerase —como lo más importante y transcendental de este mundo— dedicarse a cursar, medio en secreto, estudios eclesiásticos para abandonar sus cargos en la Corte y profesar en religión. Por lo visto, la muerte de su mujer, esa chiquilla con la que le había visto bailar casi treinta años atrás en la boda del Emperador, le había hecho descubrir ese nuevo camino que Dios le pedía. Por aquel entonces la Compañía de Jesús era ya algo más que los delirios de ese Ignacio de Loyola que había conocido convaleciente, y, después de haber sido aprobada su “Compañía” por el Papa, ya se extendía por Europa, las Américas y hasta en el lejano Japón, donde por lo visto a un tal Francisco Xavier le llegaban a doler los brazos de tantos miles de personas como a las que bautizaba sin parar a diario. Francisco había conocido a Ignacio

unos años después que yo, cuando, siguiendo mi consejo, fue a estudiar a Alcalá, y por eso tenía bien claro que la Compañía de Jesús sería el nuevo ejército donde habría de combatir la última y más importante batalla de su vida, la de la santidad. No obstante, Ignacio le había pedido que esperase todavía un poco, pues su primera responsabilidad era terminar de criar al último de sus ocho hijos, mientras completaba debidamente los estudios eclesiásticos y de Humanidades con los que había de armarse como buen soldado de esa nueva y peculiar Compañía con la que Dios, una vez más, intervenía en la historia.

* * *

Pero todo lo bueno acaba en esta vida, y esos relajados años en la Corte tocaron a su fin cuando nuevamente un correo apareció preguntando por mí. Fue a principios de 1551; el Consejo de Indias me citaba en Sevilla para comunicarme la sentencia. Ciertamente, en todos esos años casi me había olvidado de que mi vida entera pendía de la decisión de unos señores que decían hablar en nombre de la justicia, convencido de que llegarían testigos y pruebas del Río de la Plata que demostrasen la falsedad de las acusaciones. Pero no llegaron, y nada bueno podía esperar de ese documento en el que seguramente ya estaba escrito mi destino.

Con todo, me dirigí resuelto a Sevilla dispuesto a enfrentarme a lo que fuese, como un gato panza arriba si hiciese falta. La verdad, mi renovada confianza en Dios y… —¿por qué no decirlo?— mis influencias en la Corte me hacían sentirme seguro, y con la absoluta certeza de que pronto saldría de esa prueba, y que algo bueno me esperaba al doblar la esquina.

De regreso a Sevilla decidí pasarme por Baeza. No había vuelto a saber nada de Miriam en todo ese tiempo, y no precisamente por pereza o falta de interés, sino simplemente porque en nuestra despedida había quedado, como flotando en el aire, esa idea de que vernos o escribirnos no era más una forma absurda de mortificarnos, y hasta seguramente de echar a perder esos buenos recuerdos, ante una relación que el tiempo y la vida habían hecho ya imposible. Aun así, como he dicho, decidí volver a Baeza. Sin duda, a forma de última despedida.

Abandonamos Madrid descendiendo por la ligera pendiente entre pinares que conduce hasta Ocaña, donde comienza La Mancha, que se extiende a través de cuatro jornadas de camino por medio de inmensas planicies, vigiladas por molinos de viento que desde sus cerros parecen estar siempre oteando el horizonte. Allí las noches de invierno parecen mágicas, por la grandeza y luminosidad con la que se ve el firmamento, pero con la claridad del día todo se torna en

páramos donde apenas se ve otra cosa más que las secas hileras de viñedos, con sus muñones leñosos y retorcidos, como quejumbrosos de dolor tras la poda, mientras el viento frío y cansino de esas tierras no se aburre jamás de juguetear con algún matojo muerto al que hace rodar por toda la estepa. La Mancha acaba bruscamente en Sierra Morena, que se atraviesa pesadamente entre riachuelos, monte bajo perfumado de tomillo y romero, e impresionantes formaciones rocosas a las que se encaraman los abetos, como enseñoreándose del paisaje. Y ya desde allí, hasta Baeza, sólo resta una jornada más, a través de la vega del Guadalquivir: los olivares siempre verdes, y sus pueblos blancos con su plaza en medio, bien dispuesta entre la iglesia y el ayuntamiento.

Baeza era, por aquellas fechas, todo un continuo ajetreo de carros llevando su preciada carga de aceitunas a las almazaras, seguidos de hombres y mujeres que volvían del campo llenos de barro y cargando sus varas y fardos, mientras un fuerte olor a orujo impregnaba la ciudad entera, como celebrando que por fin —después de un año de espera— había llegado el ansioso momento de la recogida de la aceituna.

Esa vez no tuve que dar más vueltas por la ciudad, ni preguntar a nadie, sino que me dirigí directo al enorme caserón, donde el viejo sirviente barría la entrada.

–Entre al patio, don Álvar, que doy recado de su visita —musitó con esa cierta familiaridad que se da por entendida en Andalucía cuando te dicen que pases directamente al patio, en lugar de esperar en el zaguán.

Ya en la casa se percibía un silencio triste y melancólico en el ambiente que no era normal. Las pareces olían a humedad, la cocina estaba limpia y recogida, sin ninguna mujer desplumando una gallina, o limpiando unas judías de sus vainas, y ni siquiera el más mínimo olor a guiso o una fritura hacía suponer que se hubiese cocinado en días atrás. El empedrado del patio estaba lleno de las hojas secas caídas del jazmín, mientras que las plantas y hierbajos de los arriates crecían caprichosamente, sin el cuidado de unas manos que impusieran allí un poco de orden y armonía.

–Perdona que te haya hecho esperar. Han tenido que ir a darme recado de tu visita. Supongo que te acordarás de mí, soy Teresa, la hermana de Miriam… —dijo sin acabar la frase, como esperando que ya con eso había de intuir yo sólo el fatal desenlace de la noticia.

Hasta ese momento, siempre presentí que no sería así, y que mi historia y su historia seguían paralelas e inconclusas, y que en algún momento nos volveríamos a encontrar. ¡Cuántas veces, hasta entonces, se me había venido a la memoria esa sonrisa de Miriam que me daba la vida!

–¿Qué ha pasado? —pregunté sin más.

–Cuando viniste hace unos años, Miriam ya estaba enferma, y por los físicos sabía de su estado, pero no quiso decirte nada. Murió hace un par de años, unos meses después de mi madre. Supongo que durante todo ese tiempo sacó fuerzas de donde no había para cuidarla. Desde entonces sólo vive aquí el viejo Antonio, que cuida de la casa. Toma; esta carta la dejó Miriam para ti, sin duda presentía que volverías… Te dejo solo para que la leas…

“Mi querido Álvar, para cuando leas estas líneas ya te habrán dicho que he muerto, pero en verdad sabes que no es así, sino que simplemente he pasado del tiempo a la eternidad, allá en la otra orilla del Guadalquivir, donde siempre es primavera, y ya no existen penas ni agobios, sino que todo es alegría. Aquí te espero, porque siempre has sido el amor de mi vida…”

Cuando acabé de leer la carta, me levanté, y me fui, sin apenas saludar al viejo criado más que con un leve movimiento de cabeza al cruzar la puerta. Sin duda, por miedo a que me diese conversación, y que, de mi voz quebradiza y temblorosa, terminara aflorando algún suspiro acompañado de lagrimeo ante quien me era un desconocido.

–¡Vaya usted con Dios, don Álvar! —oí, ya de espaldas, mientras unos gorriones correteaban a saltitos por entre debajo de los setos.

* * *

Perdida en mitad de la costa mediterránea de África, está Orán. Esta y otras plazas del mismo litoral, como La Goleta, Túnez, o Melilla, en su tiempo —apenas unos años atrás—, formaban una larga cadena de refugios de piratas berberiscos que, con la eterna excusa moruna de la “Yihad” —su famosa Guerra Santa—, se dedicaban a saquear, asesinar y esclavizar todo cuanto pillaban en el Mediterráneo. No eran plazas que formasen parte de las posesiones algún reino moro de la zona, ni siquiera se podía decir de ellas que tuviesen un destacado valor estratégico. Simplemente eran cuevas infectas que había que limpiar de piratas, asesinos y ladrones, si se quería garantizar la libre navegación en ese mar que compartíamos desde hacía casi dos mil años españoles, franceses, italianos, griegos, y, en general, todos los pueblos de más o menos buena voluntad que andábamos por esos mares…

Evidentemente todavía quedaba el problema de los turcos, quienes habían trocado sus ancestrales tradiciones mahometanas de asaltar caravanas en los desiertos, por la novedosa costumbre de abordar flotas en la mar. Pero, aun así, la toma de dichas plazas por parte de nuestro Emperador supuso un incuestionable alivio. Alivio del que, por cierto, disfrutaba la cristiandad entera gracias a las armas y hombres de España, que éramos enviados allí, a esos páramos de

moscas, con el único objetivo de mantener estabilizada la situación, y una cierta libertad de navegación.

Y digo que éramos enviados allí, porque en 1551, y tras casi ocho años de pleito, finalmente fui condenado a servir otros tantos en Orán, teniendo —además— que emplear a mi costa seis lanzas y otros tantos caballos. Evidentemente, recurrí de inmediato la sentencia, si bien no por ello me negué a cumplirla, tanto porque me convenía para ganarme el favor de los magistrados que iban a considerar mi apelación, como porque estaba hastiado de luchar con papeles y abogados contra jueces y fiscales, y necesitaba desfogarme en los auténticos campos de batalla, donde los hombres se miran a la cara, y dirimen sus diferencias a golpe de espada.

Por otro lado, y teniendo en cuenta que en todo ese tiempo no había podido todavía reunir testigos ni pruebas con los que demostrar mi inocencia, no se podía decir que fuese una condena injusta, sino que más bien hasta podía parecer un guiño que se me hacía dándome una nueva oportunidad de lucirme allí donde la Corona me requería, recobrando honor y prestigio.

Orán era —básicamente— un recinto amurallado sobre un acantilado, y en el que o bien te cocías de calor, medio año, o en el que era imposible encontrar un hueco donde poder guarecerte del relente húmedo y frío que siempre traía la brisa de invierno. Intramuros de la ciudad reinaba una desordenada amalgama de estilos, en los que se confundían todavía viejas estructuras de edificaciones romanas en las fachadas de los edificios principales, con el alambicado hacinamiento de las construcciones árabes, donde el único parámetro de arquitectura parecía consistir en hacer cada uno lo que le viniese en gana aprovechando el máximo espacio, con lo que al final resultaba un enjambre de callejuelas estrechas, sinuosas e insanas, en las que era tan fácil perderte, como que no te encontrasen jamás. Allí los españoles nos afanamos en realizar notables mejoras urbanísticas, con la idea siempre puesta en crear espacios abiertos y habitables, en los que pudiesen discurrir cómodamente los quehaceres diarios de la comunidad. Se derruyeron manzanas enteras, con las que ganar espacio para hacer plazas o anchas avenidas, y se perforaron pozos con los que alimentar fuentes y pilares de lavanderas. A veces Orán era más grande y espacioso de lo que se escondía tras sus murallas; de hecho, en teoría nuestros dominios abarcaban hasta casi una legua a la redonda, el mismo perímetro que en su día se trazó en el acuerdo de capitulación, conforme al alcance de nuestra artillería. Entonces se tenía el desahogo de toda la bahía, con su playa de arena fina y dorada, y las vegas que se extendían a ambos lados de Río Martín, y siempre abundantes de fruta o verdura fresca, según la temporada, así como toda el agua dulce que pudiésemos necesitar.

Pero eso no era siempre así, sino que dependía del ánimo de la morisma, quienes, según les viniese en gana, o nos hacían la guerra —obligándonos a ponernos al cubierto de las murallas, a veces durante meses—, o nos besaban la mano con el cuento de que moros y cristianos éramos hermanos y un mismo pueblo.

Allí convivíamos como podíamos unos y otros. A la campana de una iglesia llamando al Ángelus, le sucedían los graznidos estreñidos de un imán desde su minarete, y en el deambular de la calle se confundían las almidonadas gorgueras de encaje con las chilabas de lana. En general —y durante el día—, los moros se dedicaban a todos aquellos menesteres que tuviesen que ver con el comercio, el regateo, o el cambalache, mientras que por parte nuestra quedaba todo lo relativo al orden y administración de la ciudad, o bien los oficios especializados; herreros, carpinteros, maestros de albañilería… Sin embargo, al caer la noche, muchos moros y cristianos se encontraban en las mismas tabernas, aunque allí cada uno se emplease en menesteres bien diversos. Así los moros, aquellos mismos que durante la jornada se habían dedicado a darse de cabezazos contra el suelo mirando a La Meca, o a ver pasar pausadamente las horas muertas ante un vaso de té con hierbabuena, se afanaban ahora como locos en beberse hasta el agua de las macetas, siempre que el mesonero les asegurase que era el vino más caro que se podía encontrar en mil leguas a la redonda, con lo que quedaban harto contentos, por ser eso para ellos signo de poderío y distinción. Mientras, los cristianos se dedicaban a colmar a las moritas con todo el cariño que jamás encontrarían entre sus semejantes.

Por lo demás, ¿qué podré contar del tiempo que allí pasé? Pues, si acaso, únicamente que me volví, tal como llegué; sin entender para nada a esas gentes. Al principio, incluso les tomé simpatía y amistad, pero más tarde empecé a sospechar que algo de razón podía tener Milenko, el viejo capitán croata del puerto de Orán; “Álvar, no seas ingenuo: esos infieles bereberes no hacen sino postrarse en el suelo para aparentar que oran, elevando el trasero en actitud no por menos sospechosa… ¿Qué sabrán de lo que es la libertad profunda del hombre? ¿Qué sentido tiene, acaso, para ellos el vivir civilizadamente? ¡En ardiente Infierno den con sus mahometanos huesos por ignorar todas las anteriores glorias de Roma y la cristiandad!”.

En todo caso, sean ciertos o no esos mitos y leyendas que nos hemos forjado tras tenerlos como enemigos desde hace ya más de ocho siglos, no me queda duda alguna de que la enorme distancia que nos separa seguirá siendo todavía insalvable mientras no acepten que, si Dios quiso dotarnos de inteligencia y razón, fue sin duda para que la usásemos, y no para enterrarla en la arena del desierto. Según su

religión, Dios sólo acepta que se le rece en árabe —¡qué dios tan limitado!—, y todos aquellos que afirmen públicamente que Alá es el único dios, y Mahoma su profeta, tienen garantizado el Paraíso. Eso sí; no todos van al mismo Paraíso; los que se hayan pasado la vida entera sin doblar el espinazo tendrán que contentarse con el primer Cielo, donde Alá sólo les tiene reservada una virgen por día, mientras que, por el contrario, aquellos que hayan muerto limpiando el mundo de infieles con su espada en forma de media luna, serán merecedores del séptimo Cielo, donde el número de doncellas a deshonrar asciende, nada menos, que a cuarenta por día. Y supongo que será por eso de que ya tienen mujeres garantizadas como para que se harten en la otra vida, que en este mundo les hacen tan poco caso.

Y no sé si es que los cristianos hemos nacido con poca suerte —y nos vamos a perder todo eso—, o con demasiados sesos como para creer en esas teologías. Lo que está claro es que, si nuestra civilización avanza es porque nuestra religión nos enseña que el Cielo se gana a base de esfuerzo, y, si ellos van cada vez más para atrás como los cangrejos, es por dedicarse a la molicie pensando en las mil fantasías y pamplinas que les tienen prometido en su Paraíso, a cambio de no haber hecho nada de provecho en esta tierra.

* * *

Toda la luz del verano malagueño parecía haberse puesto de acuerdo esa mañana para colarse por entre las rendijas de las desvencijadas ventanas, mientras yo luchaba todavía en la cama por seguir durmiendo un poco más, buscando refugio como podía entre la almohada y las limpias y frescas sábanas de hilo.

–¡Boquerooones, sardiiinas, jureeeles…! —empezó a gritar, de repente, un desalmado cenachero, arruinando definitivamente mi sueño, tras apalancarse con su chiringuito de pescado justo debajo de mi balcón, con lo grande que es la bahía de Málaga.

Bien entrada la noche anterior había desembarcado en el puerto andaluz, procedente de Orán, y dejando por la popa, tras la estela de espuma del barco, más de un año de mi vida en esas tierras.

Resultaba que, por fin, y después de tantos años de espera, en 1552 habían llegado a Sevilla procedentes del Río de la Plata esos testigos y pruebas de los que seguían dependiendo mi libertad y buen nombre, y por eso se me citaba nuevamente para revisar mi caso. Pero lo que tan rápido se prometía, una vez más hubo de esperar a la inexorable dictadura del papel, sin que nada verdaderamente nuevo o definitivo pasase hasta que años más tarde, en 1556, y de forma completamente inesperada, un correo del mismísimo Rey, Su Majestad Felipe II, me requería con urgencia en Madrid.

A todo esto, el año anterior, en 1555, se había publicado en

Valladolid mi segundo libro, *Relación y comentarios*, que ya había dejado escrito durante mi estancia en Madrid, antes de partir para Orán. Y en esa España ávida de aventuras y conquistas, pronto hubieron de hacerse varias reediciones, debido al éxito que tuvo, y que me hizo pasar de ser un delincuente anónimo a un héroe público. Y, por lo visto, hasta el mismo emperador lo había leído, por lo que, entre los muchos asuntos que le había dejado pendiente a su hijo Felipe II cuando abdicó en su nombre, estaba el de restablecer mi honor, compensando con plata y gloria la hacienda y años perdidos. Está claro que en este mundo muchas veces vale más la fama que la honra.

Y cuentan que los grandes emperadores de Roma, cuando regresaban victoriosos a la ciudad después de una gran campaña militar en la que habían sometido a los enemigos y conquistado nuevos y extensos territorios para el Imperio, eran recibidos ante el griterío de toda la población, que los vitoreaban al toque de trompetas y tambores, mientras que del cielo entero caía una lluvia de pétalos de rosa en su honor. Sin embargo, ellos, como ajenos al espectáculo, se hacían acompañar en el carro triunfal exclusivamente por un esclavo que, al tiempo que les hacía de aurigas, les susurraba en un continuo bisbiseo al oído: "No olvides que eres sólo un hombre, no olvides que eres sólo un hombre, no olvides que eres sólo un hombre…". Evidentemente, mi entrada en Madrid poco tenía que ver con algo parecido, pero el hecho de que el hombre más poderoso del mundo —Felipe II— me llamase para pedirme perdón en nombre de la Corona me hacía —al igual que a esos emperadores— correr el serio peligro de llenarme de soberbia, y echar a perder en un minuto lo aprendido a través de tantos años de sacrificios, por lo que me encomendé a mi Ángel de la Guarda para que me acompañase a Madrid sin parar de recordarme a lo largo del camino de La Mancha —como ese fiel auriga—: "Álvar, recuerda; en esta vida todos nuestros momentos de gloria son pasajeros, y no nos corresponden por mérito propio, sino que son un regalo de Dios…".

Una apretada lluvia caía en Madrid la noche que entré por el camino de Toledo, convertido en un barrizal. Ciertamente podía haberme dirigido a dormir directamente al Palacio Real, pero preferí detenerme en mi vieja posada de la Plaza de la Cebada. Allí la mayoría de las caras habían cambiado, pero el continuo trasiego de borrachos, desheredados, y mujeres dispuestas a dar un rato de amor a cambio de cinco maravedís, hacía parecer que todo seguía igual.

Ya con las primeras luces del día, el cielo se abrió, dejando colarse a algunos rayos furtivos de sol para que diesen un poco de calor a las frías piedras de la fachada de palacio, y toda la explanada empedrada que se abría en frente de tan majestuoso edificio. Yo me encontraba

allí en medio, solo, y como absorto sin saber qué hacer, ante ese soberbio conjunto arquitectónico que se alzaba en la planicie sobre la ribera del Manzanares.

Finalmente, me decidí a entrar, y rápidamente —nada más mostrar mi documentación— empezaron a pasarme de un cuerpo de guardia a otro, a través de interminables salas y pasillos, hasta que al final de la cadena un circunspecto alabardero, después de examinar una vez más el ya manoseado documento, me espetó un simple “Espere aquí sentado”, mientras unos lacayos daban explicaciones a un joven chambelán que parecía muy nervioso. Al rato sonó una campanilla y un ayudante anunció mi título y mi nombre, precediéndome hacia la pequeña sala del Consejo.

Allí, sentado ante el bargueño, se encontraba el joven rey, al que ya había conocido años atrás, haciendo discurrir su afilada pluma de ganso por una extensa página de pergamino. Su barba, negra y bien recortada, era como la continuación de una barbilla en forma de espolón de galera, y en ella ya se adivinaban algunas de esas trazas, como hilos plata, que delatan a los que empiezan a ser treintañeros.

Alzó su mirada, me escrutó detenidamente con una sonrisa, y exclamó resuelto:

–Lleváis sirviendo a España toda la vida. Creo que no habéis hecho otra cosa; a mí, viniendo hasta aquí, a mi padre el Emperador en mil batallas y exploraciones, y no dudo —dijo ya en tono de broma— que hasta lo hayáis hecho también incluso en tiempos de mi abuelo Felipe.

–Majestad, serví a vuestro abuelo —le contesté con una sonrisa cargada de sano orgullo—, a quien llamaban “el Hermoso”, y, antes que a él, tuve también el honor de servir incluso a vuestro bisabuelo el rey Fernando, con motivo de las guerras de Italia.

Y, soltando una carcajada, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás, me contestó:

–¡No me lo puedo creer! ¿Qué edad tenéis, Álvar?

–Sesenta y cuatro años, majestad.

–Es la hora de mi paseo por el campo, Álvar. ¿Me acompañas?

Entre la meseta del palacio y el río Manzanares, se extiende a través de una suave pendiente una ladera conocida como el “Campo de los venados”, por donde anduvimos, seguidos apenas de lejos por un par de guardias.

–Tengo entendido que eres muy amigo de mi primo Francisco de Borja.

–Sí, Majestad.

–Creo que tanto mi padre el Emperador, como yo mismo, hemos sido muy duros e injustos con él, y lo que más me preocupa es que con esa actitud hayamos ofendido también a Dios. Cuando nos comunicó su decisión de renunciar al Virreinato de Aragón y al Ducado de

Gandía para vestir hábitos, no quisimos entender nada. Incluso le mandamos un correo a través de uno de nuestros hombres de confianza, con la idea de que viniese a vernos y hacerlo recapacitar, pero no hubo forma, pues, según nos contó a su regreso el correo, todo fue en balde. Por lo visto, nada más llegar al convento preguntó a un hermano lego que barría la puerta:

"¿Me haría la merced de anunciar mi visita a Su Excelencia, el Duque de Gandía? Le traigo un mensaje de parte del emperador".

"Lo siento, caballero, el Duque de Gandía ha muerto —respondió impasible mientras terminaba de reunir la mugre del suelo en torno a un montoncito".

"Y como comprenderás, el caballero, alarmado por la noticia, entró corriendo en el convento para que el prior le contase con más detalle cómo y cuándo había ocurrido el fallecimiento, a fin de poder informarnos debidamente a su regreso —me explicaba el Rey, mientras proseguía con la narración".

"El hermano Francisco de Borja se encuentra más sano que una pera. No sé, caballero, quién os ha podido decir tal majadería; yo mismo lo acabo de ver hace un padrenuestro barriendo la entrada del convento… ¿Es que acaso estáis ciego, y no lo habéis visto al entrar por la puerta? —respondió el prior al estupefacto caballero".

"Perdón, Excelencia, no sabía que se trataba de su ilustrísima cuando me dirigí antes a usted… —le dijo entre balbuceos el caballero a Francisco, después de salir nuevamente a la puerta".

"No, no era yo… Como os dije, su Excelencia el Duque de Gandía murió, fue nada más traspasar la puerta de este convento y vestir estos hábitos… Yo ahora sólo soy vuestro hermano Francisco…"

–Mi padre montó en cólera al enterarse; no concebía que su sobrino y hombre de confianza le dejase a cambio de un hábito raído y una escoba. Lo tomó por traición. Sin embargo, ya ves las vueltas que da la vida, y ahora es mi padre quien ha dejado no un virreinato y un ducado, sino todo el Imperio para retirarse también a un convento, en Yuste.

–Sí, y supongo que bastante habrá tenido que ver en todo ello el ejemplo de su sobrino Francisco… —añadí.

–Pues no sé qué decirte, quizás más que el ejemplo de Francisco, le han podido influir las noticias que le llegaban de esa nueva orden, la "Compañía de Jesús". Ese tal Ignacio de Loyola, que acaba de morir hace poco, también le impresionó mucho. Al fin y al cabo, la misión del Imperio es la defensa de la Fe, e Ignacio ha demostrado con su Compañía que un puñado de hombres que rezan y enseñan llegan más lejos que todos los hombres y armas de nuestros tercios. No olvides que apenas hace unos años que el Papa aprobó a los jesuitas —como los llaman— y ya tienen más de cien casas y mil sacerdotes repartidos

por todo el mundo. La extraordinaria labor cultural que están llevando a cabo en Europa ha demostrado ser el único remedio eficaz contra la herejía protestante, e incluso un cardenal me comentaba el otro día que ya han convertido a tantos paganos a nuestra Santa Fe por todo el mundo, como los que se tardó en evangelizar en los primeros quinientos años de cristianismo… Por cierto, Álvar, y cambiando de tema: ¿quieres dirigir la Casa de Contratación de Sevilla?

–Sinceramente no, Majestad —respondí de inmediato.

–Magnífico. Eso es justo lo que necesito, un hombre con tu experiencia, lealtad probada, y sin ambición de cargos. A partir de ahora es una orden, y me servirás como juez supremo de la Casa de Contratación.

–Como su Católica Majestad disponga…

* * *

Después de atravesar Castilla, mi vuelta a casa discurre por la vega del Guadalquivir. Allí la siembra ha sido hecha, y el campo está de un color amarillento, ocre. Pronto los labriegos comenzarán la recolección, y yo, a mi edad, creo que ya he alcanzado la madurez, como esas espigas que se mecen doradas al viento, a la espera de que llegue el momento de su siega.

Ya desde lejos, a unas leguas todavía de Sevilla, se divisa la torre de la catedral. Siempre es lo primero y lo último que se ve de la ciudad desde la lontananza, despedida y saludo de quien allí deja algo, o se dirige al reencuentro. Pero esta vez brilla en ella algo especial, y que pronto se dispone a explicarnos el palafrenero, según avanzamos en nuestro camino. Por lo visto, coronando el campanario cristiano que se asienta sobre el viejo alminar almohade, se alza ahora una veleta dorada que figura el coloso de la Fe vencedora, y a la que se conoce por el nombre de “Giralda”.

La Plaza del Duque, el Alcázar, las Gradas, el Arenal…, todo sigue allí, en su sitio, como si no hubiese pasado medio siglo, y esas piedras siguiesen todavía esperando a ese joven que un día abandonó la ciudad, cargado de ilusiones. Quizás ese sea uno de los grandes problemas que tenemos los hombres al envejecer. No nos damos cuenta de que la vida ha pasado en un suspiro, e intentamos agarrarnos desesperadamente a cualquier recuerdo de lo que un día fuimos. He conocido a muchos hombres que se han muerto de viejos, arrugados como una pasa, pero creyendo todavía que tenían todavía veinte años. A las mujeres, sin embargo, les ocurre justamente lo contrario; sólo les preocupan las arrugas, pero les encanta ese paso del tiempo que les hace creerse más respetables.

El Consejo de Indias se ocupaba de todos los asuntos políticos y legales de las Américas, mientras que la Casa de Contratación

acaparaba en exclusiva todos los aspectos materiales: cartografía, buques, suministro de bastimentos y vituallas, registro y autorizaciones de capitanes y marinerías… Absolutamente todo lo que se pudiera ver o tocar, comprar o vender, tanto al salir, como al entrar de las Américas, era de nuestra exclusiva competencia. Y yo, por mandato del Rey, resulta que era juez supremo de las mercancías y conocimientos que empezaban a circular entre dos mundos. Desde Sevilla mandábamos mareantes y pilotos, semillas de trigo, patas de olivo, cepas de viñedos, plantas de naranjos, misioneros y borrachos, arquitectos e ingenieros… Y de allí traíamos, oro y plata, verduras y cereales jamás degustados por paladares cristianos como el maíz, las patatas, el tomate, los pimientos…, cartografías de tierras y mares desconocidos hasta entonces …

Fueron dos años —entre 1556 y 1558— en los que disfruté del anhelado reconocimiento, y un buen sueldo con el que olvidar tantos años de estrecheces. Lo único que me faltó fue con quién disfrutarlo. Me sobró plata y honor, y eché en falta una mujer —quizás Miriam—, y unos hijos con sus ojos y su sonrisa. Ni siquiera los pocos amigos que llegué a tener en Sevilla tuvieron el detalle de esperar a mi regreso antes de morirse, y así poder disfrutar de su compañía en una taberna, en lugar de tener que ir a visitarlos a sus tumbas a rezarles un padrenuestro.

Uno de esos días me anunciaron la visita de Victoria. No la había vuelto a ver en los últimos quince años, cuando me despedí de ella antes de salir para el Río de la Plata. Llevaría yo ya más de un año en Sevilla por aquel entonces, y en todo ese tiempo ni siquiera había hecho el más mínimo intento por verla, o hacerme el encontradizo. Y no precisamente por respetar su condición de mujer casada, la verdad, sino simplemente porque verla era algo que ya no necesitaba. Definitivamente, Victoria era ya un asunto cerrado y olvidado en mi vida. Sin embargo, esperaba su visita, por lo que no me sorprendió aquella mañana la noticia del alguacil. Su marido, Manuel de Sandoval, había sido inhabilitado como juez del Tribunal de Indias, tras lo cual no se le ocurrió otra cosa más que volver a las andadas con sus trapicheos de mercaderías y bastimentos del puerto. Pero no contaba con que su viejo negocio estaba ya en manos de jóvenes y hábiles negociadores, y, en un intento a la desesperada de recobrar un hueco en el Arenal, cometió la torpeza de intentar sobornar nada menos que al Virrey de la Nueva España. Desde entonces, hacía ya casi un mes de eso, Manuel de Sandoval vivía dos pisos por debajo de mi despacho, en las mazmorras del Alcázar, esperando ser juzgado por quien él mismo —años atrás— había condenado sin haber juzgado. Ciertamente, no era ese un asunto agradable, ni fácil de lidiar. ¿Cómo ser capaz —como cristiano— de perdonar, y a la vez de ser imparcial

—como buen juez— sin dejarme llevar por tantos recuerdos de vejaciones, todavía frescos en mi memoria?

La solución al dilema la puso Victoria.

–Álvar, sé que eres un buen hombre, y quizás yo una mala mujer. Sin embargo, no te pido justicia, pues, si obrases conforme a derecho, habrías de mandarlo al patíbulo, ya que no sirve ni para ir a galeras. Te pido, por lo que Dios más quiera, que lo dejes en libertad, pues ha enfermado, y pocos son los días que le quedan de vida. Déjale que muera en su casa, entre los brazos que nunca fueron tuyos, y de esa forma tú yo, y hasta puede que él, habremos sido justos ante Dios, cosa que siempre trae más cuenta que el obrar conforme esperan los hombres.

Los cabellos de Victoria se habían tornado gris, y apenas quedaban unas tenues huellas de humor en las arrugas que rodeaban sus ojos, como si se tratase de un humor amargo que delataba el esplendor ajado de lo que un día fue esa mujer.

–Mañana lo tienes en casa —le respondí, mientras me besaba en la mejilla.

* * *

Un año después, a principios de 1558, llegó a Sevilla Francisco de Borja. Por lo visto, le habían ordenado que abandonase la escoba del convento por cargos de responsabilidad en la Compañía, encomendándole la fundación de colegios. Incluso se rumoreaba que sería el próximo General de los Jesuitas. Venía de inaugurar un colegio en Córdoba, y ahora —gracias a una limosna de don Hernando Suárez— se disponía a abrir un nuevo colegio en la recién fundada casa profesa de los jesuitas en Sevilla, situada extramuros, entre la Puerta de Córdoba y la Puerta de la Macarena. Unos meses más tarde acudí a la bendición, oficiada por el obispo como “Colegio de San Hermenegildo”. En un primer momento, se empezó con apenas cuatro aulas de gramática, que con el tiempo llegué a ver ampliarse a retórica —en 1563—, y a filosofía —en 1564—, que es hasta donde yo he visto y escribo.

Comenzaron esta fundación del Colegio de San Hermenegildo once jesuitas, que al poco pasaron a ser doce, como consecuencia de lo que creí que no era más que un simpático comentario:

–Francisco; uno más, y sois doce, como los apóstoles…

–Bueno, Álvar, eso tiene fácil solución; deja todo lo que tengas y sígueme… Así seremos doce.

Sin pensármelo más, al día siguiente solicité al Rey por escrito mi renuncia al cargo para dedicarme por completo a lo que desde hacía ya un tiempo veía que me venía pidiendo Dios, mientras yo me hacía el remolón. La autorización tardó unos meses en llegar, supongo que,

a consecuencia de todos los cambios habidos tras la muerte de su padre, quien, agotado y envejecido prematuramente, tras dedicar su vida entera a transformar el mundo, nos abandonó un 21 de agosto de 1558 en un convento de Yuste. Carlos de Habsburgo había sido el último emperador de Roma, y a quien serví durante casi toda mi vida. ¿Qué me quedaba ya en este mundo, sino seguir también su ejemplo?

Desde entonces paso mis últimos días en este convento. A veces desgranando cuentas de un rosario, otras perdiendo la mirada en el infinito, o quizás incluso dando algo de calor a un joven estudiante recién llegado de Valladolid que de mayor quiere ser soldado, o puede también que escritor…

Y entre estas paredes que median entre el claustro, las aulas, el patio, y mi celda, vivo día a día, pues sé que en cualquier momento puedo dejar este mundo. Y si algo he aprendido en estos setenta y dos años es que sin la eternidad no se puede vivir, porque entonces el tiempo se quedaría vacío, y la existencia no sería otra cosa más una invención repugnante, vacía de contenido.

Esta mañana me ha despertado el chiar de las primeras golondrinas, cruzando raudas el azul del firmamento. Sé que esta será la última vez que las vea aparecer anunciando una nueva primavera, pues este cuerpo, ya macilento y arrugado, ha llegado a su fin, y dentro de poco Dios me llamará a su presencia, donde también me espera Miriam, y allí me presentaré con una sonrisa, pues me voy con las manos llenas.

Cronología de la época de Álvar Núñez Cabeza de Vaca

1492–1564

· **1492–1495** Nace Álvar Núñez Cabeza de Vaca en Jerez de la Frontera. La fecha se concluye del dato de que en 1506 todavía no tiene catorce años, pues lo representa su madre, y en 1512 todavía no tiene veinticinco, pues lo representa su primo hermano, don Pedro de Vera.
– Cristóbal Colón descubre América.
– Los Reyes Isabel y Fernando, con la toma de Granada, dan por concluida la Reconquista, tras casi ocho siglos de guerra.
– Antonio de Lebrija publica su Gramática, primer estudio de una lengua moderna, el castellano.
– Nace en Valencia el gran filósofo y moralista del Renacimiento: Juan Luis Vives.

· **1493** Tras diversas negociaciones diplomáticas, el rey Fernando obtiene de Francia la devolución del Rosellón y la Cerdeña, territorios históricamente pertenecientes al Reino de Aragón.

· **1494** Alejandro VI crea para los monarcas españoles el título de Reyes Católicos.

· **1497** Don Pedro de Estopiñán, tío de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, conquista Melilla, estando al servicio de la Casa Ducal de Medina Sidonia.

· **1500** Nace, en Gante, el futuro emperador Carlos V, hijo del archiduque de Austria y duque de Borgoña, don Felipe de Habsburgo, y de la infanta de Castilla, Juana de Trastámara.

· **1503** Las tropas de don Gonzalo Fernández de Córdoba (el Gran Capitán) vencen a los franceses en las batallas de Ceriñola y Garellano, incorporando Nápoles a la Corona Española. A partir de entonces, y durante el siglo y medio siguiente, los ejércitos españoles serán árbitros indiscutibles de la política europea.

· **1504** Muere la Reina Isabel la Católica.
– Juana, reina de Castilla.

· **1505** Muere Francisco de Vera, padre de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.
– Muere en Sevilla Cristóbal Colón.

· **1506** Muere don Pedro de Vera, abuelo de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, y conquistador de Gran Canaria.
– Nace en Navarra San Francisco Xavier.
– Muere inesperadamente el Archiduque Felipe de Austria, más conocido como

Felipe el Hermoso, quien apenas unos meses antes había recibido de su suegro, Fernando el Católico, la regencia de Castilla, por lo que vuelve nuevamente a manos de éste.
– Leonardo da Vinci pinta la Gioconda.
– El Cardenal Cisneros funda la Universidad de Alcalá de Henares.

· **1507** El Nuevo Mundo recibe el nombre de Américo Vespucio, América.

· **1509** Muere Teresa Cabeza de Vaca, o de Zurita, madre de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.
– Muere don Pedro de Estopiñán, conquistador de Melilla y tío de Álvar.
– Mencía, hermana de Álvar, se casa en Jerez con don Luis de Mendoza.
– Violante, hermana de Álvar, se casa en Jerez con Juan Riquelme, hijo del regidor.
– Álvar, y su hermana María (apodada la "Moza") se trasladan a Sevilla a vivir con su tía Beatriz, hermana de su madre, y viuda de don Pedro de Estopiñán.

· **1510** Nace San Francisco de Borja.

· **1512** Álvar Núñez Cabeza de Vaca parte para Italia en las Compañías de Bartolomé de Sierra y Alonso de Carvajal. Allí lucha en la batalla de Rávena, y más tarde, ya como oficial, contra el Duque de Ferrara.
– Fernando el Católico, con el Duque de Alba a la cabeza de su ejército, conquista el Reino de Navarra, y lo incorpora a la Corona de Castilla.
– Juan Ponce de León descubre La Florida.
– Miguel Ángel pinta la Capilla Sixtina.

· **1513** Álvar Núñez Cabeza de Vaca, ha vuelto de Italia, y se le localiza de nuevo en Sevilla, en casa de los Medina Sidonia.
– Vasco Núñez de Balboa descubre el océano Pacífico.
– Fernando de Rojas escribe La Celestina.

· **1515** Nace Teresa de Cepeda y Ahumada, Santa Teresa.
– Francisco I es coronado como rey de Francia.

· **1516** Muere el Rey Fernando el Católico en Madrigalejo.

· **1517** Después de veinte meses de regencia, asumidos por el Cardenal Cisneros, desembarca en Laredo Carlos I, hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, quien es proclamado Rey de España.
– Martín Lutero fija sus 95 tesis en la puerta de la Iglesia del Castillo de Wittenberg, primer paso hacia la reforma protestante.

· **1519** Carlos I hereda el título de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, con el nombre de César Carlos V.
– Hernando de Magallanes inicia su viaje de circunnavegación del globo.
– Hernán Cortés da comienzo a la conquista de México.

· **1520** Revuelta de los comuneros. En dicha guerra, Álvar Núñez Cabeza de Vaca toma parte al servicio de la Casa Ducal de Medina Sidonia (fieles al emperador). Son muchos sus servicios en dicha revuelta; reconquistando el Alcázar de Sevilla, como responsable de la custodia de la Puerta del Osario, mensajero de los despachos de la Casa Ducal con el Cardenal Adriano (regente de España), y por último tomando parte en las batallas de Villalar y Tordesillas, en la que prestó sus armas y cuatro caballos.
– Carlos V es coronado emperador en Aquisgrán.

· **1521** Las tropas francesas toman Pamplona. En el asedio es herido en una pierna el capitán Ignacio de Loyola.
– Una vez concluidos sus servicios para apaciguar la Revuelta de los Comuneros, Álvar Núñez Cabeza de Vaca continúa en el ejército, destacándose en la

Batalla del Puente de la Reina, donde son derrotadas las tropas francesas de Francisco I que antes habían tomado Pamplona.

– Carlos V se reúne en la Dieta de Worms con Lutero, quien al negarse a retractarse es excomulgado.

· **1522** Después de más de tres años de fatigas, muertos casi todos los hombres, incluido el mismo Magallanes, y con sólo una maltrecha nao, La Victoria, llega a Sevilla Juan Sebastián el Cano: los españoles acaban de dar la primera vuelta al mundo.

–Hernán Cortés, con apenas medio millar de hombres, concluye la conquista del Imperio de México, que cuenta con más de dieciséis millones de habitantes.

· **1525** Primera guerra entre el emperador y el rey de Francia por el control de Italia, que concluye con la batalla de Pavía, donde Francisco I es hecho prisionero y llevado a Madrid.

· **1526** Carlos V contrae matrimonio con su gran amor, Isabel de Avís. La boda se celebra en los reales Alcázares de Sevilla.

– Francisco I es liberado, después de jurar no volver a combatir contra España.

– Los turcos de Solimán el Magnífico invaden Hungría.

· **1527** Álvar Núñez Cabeza de Vaca parte como oficial real en la expedición de Pánfilo de Narváez, comisionada para la conquista de la Florida.

– Nace Felipe II.

– "Sacco di Roma".

· **1528** Un joven Francisco de Borja queda gratamente impresionado al conocer, en la Universidad de Alcalá de Henares, a Ignacio de Loyola.

· **1532** Los ejércitos imperiales de Carlos V impiden la entrada de los turcos en Europa Central, tras derrotar a Solimán El Magnífico, ante las mismas puertas de Viena.

– Francisco Pizarro conquista el imperio Inca, con más de once millones de habitantes. Sus soldados, exhaustos y casi desarmados, apenas superan el centenar.

– Los príncipes protestantes alemanes forman la Liga de Esmalcalda.

· **1533** Álvar Núñez Cabeza de Vaca opera a un indio, extrayéndole con éxito una punta de flecha del corazón. Dicha intervención quirúrgica, recogida en su posterior libro Naufragios, constituye el primer testimonio conocido de la humanidad de una operación a corazón abierto.

· **1534** Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús.

· **1535** Enrique VIII de Inglaterra consuma el Cisma de la Iglesia de Inglaterra. Martirio de Santo Tomás Moro.

– Empieza una nueva guerra entre España y Francia, que acabará al año siguiente con la victoria española, después de que los franceses se alíen con los turcos.

– La Armada Española, con Carlos V a la cabeza, toma las plazas de la Goleta y Túnez, tras derrotar a Barbarroja.

· **1536** Pedro de Mendoza funda la ciudad de Buenos Aires, después de concluir la conquista de los Territorios del Plata, la actual Argentina.

· **1537** Después de diez años, Álvar Núñez Cabeza de Vaca regresa a España, tras descubrir la mitad de lo que hoy día son los EEUU, recorriendo 18.000 km a pie, desde Florida a California, y desde allí hasta México. En reconocimiento a los servicios prestados, es nombrado gobernador del Río de la Plata.

· **1538** Con la Tregua de Niza, termina la tercera Guerra Hispano–Francesa.

– Hernando de Soto parte para la conquista de la Florida, pero, al igual que Pánfilo de Narváez, cometerá el error de obsesionarse con la búsqueda de oro, en lugar de fijar asentamientos estables, por lo que también terminará fracasando.
– Se funda en Santo Domingo la primera universidad de América. Durante los siglos siguientes de presencia española, le seguirán más de cuarenta.

· **1539** Francisco de Borja, nombrado Virrey de Aragón, recibe el encargo de enterrar en Granada a la Reina Isabel, esposa de Carlos I, y tía suya.
– Pedro de Valdivia, tras largos años de lucha, concluye la conquista de Chile.

· **1540** Álvar Núñez Cabeza de Vaca parte desde Sevilla para América como adelantado y gobernador, y Capitán General del Río de la Plata, después de haber firmado capitulaciones con el César Carlos V.
– El Papa Paulo III aprueba la compañía de Jesús mediante la bula "Regimini militantis Ecclesiae".

· **1541** Calvino se establece en Ginebra.

· **1542** Se publica en Zamora Naufragios, editado por Agustín de Paz y Juan Picardo. Este libro, escrito por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, narra, con gran detalle y precisión, las aventuras y descubrimientos que hizo en su primer viaje a América.
– Fruto del trabajo de los mejores juristas y teólogos españoles, se promulgan las Leyes Nuevas para el gobierno de los virreinatos de Indias. Conocidas como "Las Leyes de Indias", no sólo equiparan en derechos y garantías jurídicas a todos los súbditos del nuevo imperio, tanto indios como castellanos, sino que marcarán una nueva escuela jurídica de la que son herederas todas las actuales declaraciones de derechos humanos.
– San Francisco Xavier llega a Goa (India), desde donde desarrollará una frenética labor apostólica, que a lo largo de los diez siguientes años lo llevará a lo largo de toda la costa de Oriente hasta el Japón, y morirá intentando desembarcar en China.
– Hernando de Soto, extremeño y antiguo oficial de Pizarro, fracasa en el intento de encontrar en la Florida la Tierra del Dorado, y las míticas Siete Ciudades de Cíbola.

· **1543** Álvar Núñez Cabeza de Vaca es destituido como gobernador del Río de la Plata por quienes, no tolerando las muchas concesiones hechas a los indios, lo mandan a Sevilla encadenado y cargado de falsas acusaciones.

· **1544** Álvar Núñez Cabeza de Vaca es juzgado en Sevilla por el Consejo de Indias, y condenado a ocho años de destierro en Orán, si bien no debió de cumplir dicha condena, pues consta que todo ese tiempo lo pasó pleiteando, hasta ver reestablecido su honor.

· **1545** Se inicia el Concilio de Trento, promovido por Carlos V.

· **1546** Muere Lutero.
– Carlos V derrota a la Liga de Esmalcalda.

· **1550** Francisco de Borja, Virrey de Aragón y Duque de Gandía, después de enviudar y criar a sus ocho hijos, entra en la Compañía de Jesús, donde al poco acabará siendo el tercer General de la Orden. Se le considera, después de San Ignacio, el segundo gran fundador de la Orden, y a su labor se le atribuye la consolidación y expansión de la Compañía de Jesús.

· **1554** Felipe II se casa con Maria Tudor, y es proclamado rey de Inglaterra.

· **1555** Álvar Núñez Cabeza de Vaca publica en Valladolid Relación y comentarios, su segundo libro, donde narra lo acontecido durante su segunda aventura

americana.

– Paz de Augsburgo, por la que el César ha de reconocer el principio de “Cuius regio, eius religio”.

– Muere en Tordesillas Juana la Loca, reina de Castilla.

· **1556** Álvar Núñez Cabeza de Vaca es absuelto y declarado inocente por Felipe II, quien lo rehabilita como juez del Tribunal de la Casa de Contratación.

– Felipe II enviuda de María Tudor, reina de Inglaterra y tía carnal suya (once años mayor que él). Con esta temprana muerte, sin descendencia, acaban también las últimas esperanzas en una Inglaterra amiga y católica.

– Carlos V abdica en nombre de su hijo Felipe II.

– Muere Ignacio de Loyola en Roma, dejando un ejército de más de mil sacerdotes y cien casas de la Compañía repartidas por todo el mundo.

· **1557** Batalla de San Quintín, en la que las tropas españolas obtienen una victoria definitiva sobre el ejército francés de Enrique II.

· **1558** Muere Carlos de Habsburgo en el convento de Yuste.

– Se funda en Sevilla la Casa Profesa de los Jesuitas.

· **1559** Felipe II decide contraer matrimonio con Isabel de Valois, hija del monarca francés Enrique II, en un intento de acabar con la vieja enemistad entre ambos países, y con quien acaba de firmar la Paz de Cateau–Cambrésis.

· **1562** Francisco de Borja funda el colegio de jesuitas de Córdoba.

· **1563** Los Jesuitas fundan en Sevilla el Colegio de San Hermenegildo.

– Finaliza el Concilio de Trento.

· **1564** Muere, en la ciudad de Sevilla, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, siendo prior de un convento.

– Llega a Sevilla, con diecisiete años, Miguel de Cervantes Saavedra, donde estudia gramática en el colegio de los Jesuitas de San Hermenegildo.